



BOURGET

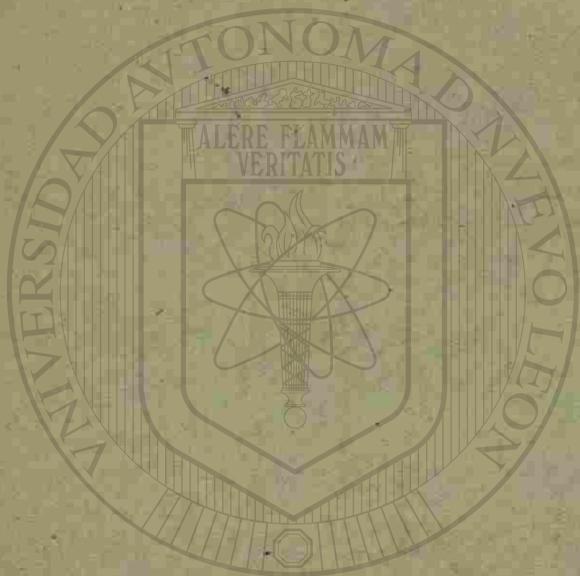
LOS RODEOS
DEL
CORAZON

PQ2 199
R68

98266



1020026157



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





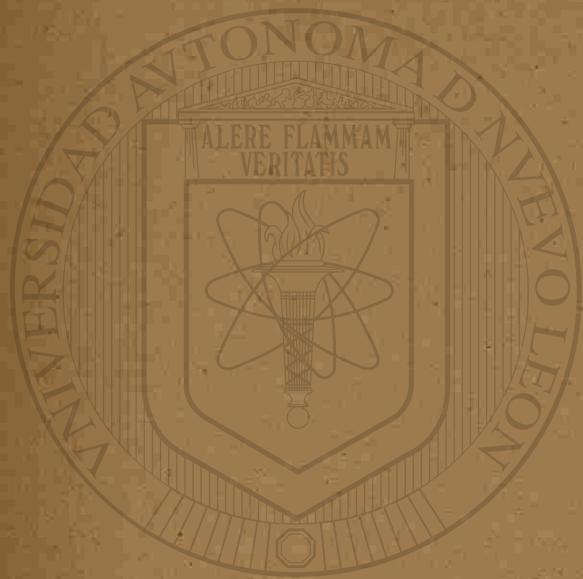
LOS RODEOS DEL CORAZÓN

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. B772
Núm. Auto. 29783
Núm. Adq. -8-
Procedencia _____
Precio _____
Fecha _____
Clasificó [Signature]
Catalogó _____



PAUL BOURGET
DE LA ACADEMIA FRANCESA

LOS RODEOS
DEL CORAZÓN

NOVELA

UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Carretera, 2025 MONTERREY, MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EDICIONES LITERARIAS
MADRID

29783

098266

843
B.

PQ2199
R68



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA - GLORIETA DE LA IGLESIA.—MADRID

BRUTUS

I

Hace de ello unos diez años. Eso en París es medio siglo. ¿Quién recuerda ya, como no sea algunos profesionales de la anécdota, cuentistas de café o viejas viudas que incesantemente refrescan sus recuerdos refiriéndolos; quién recuerda ya, digo, la extraordinaria impresión que causó en la sociedad la inesperada noticia de que los Gueneville se divorciaban? El naufragio de aquel matrimonio elegante apasionó quince días todas las esferas; porque, en efecto, los Gueneville se relacionaban con todas las esferas. Con el barrio de San Germán y su «crema» por ella, que era nada menos que una Candale, de la rama segunda y pobre, pero bastante para levantar una imponente oleada de parentela, entre la calle de San Guillermo y la explanada de los Inválidos. Con el mundo de los deportes por él, oficial retirado, miembro de dos Círculos distinguidos y comisario de carreras en Auteuil. Con el medio elegante por los dos: ella de veintiséis años, con un superior sentido del tocado, y hermosa, de tez

deslumbradora, de cabellos rubios y divino talle; una de esas bellezas llamativas para las cuales los ingleses han creado la palabra intraducible *striking*; él, de treinta y ocho años, guapo todavía, gallardo, con un no sé qué de impresionante en su viril fisonomía de franca expresión, recia y tosca. Era cosa de desconcertarse ante todas las ideas sostenidas sobre el atavismo, pues el padre de Teodoro de Gueneville se había llamado Fortier a secas durante todo el Imperio, época en que había amasado, mediante hábiles especuaciones de terrenos, los doscientos mil francos de renta que dejó a su hijo.

Considerable fortuna que permitió al ilustre especulador blasonarse al llegar a la vejez, sin ponerse demasiado en ridículo, alegando, con más o menos fundamento, parentesco con unos auténticos Gueneville, ennoblecidos a su vez hacia 1700 «mediante la suma de 1.250 libras». Ennoblecimiento que no fue ninguna tontería, porque gracias a ese lustre pudo el villano aliarse con los Candale sin gran extrañeza. Aquel origen conservaba además lazos con una cuarta ralea: la de los negociantes que pasan por hombres de mundo. Si a todos estos elementos de escándalo añadís este otro: la curiosidad, comprenderéis el desenfreno de lenguas femeninas y masculinas que la separación del matrimonio Gueneville debió de provocar. Hasta allí la joven pareja había pasado como un enlace perfecto. Jamás se había hablado ni de ella ni de él, y, sin embargo, pleiteaban el uno contra el otro. ¿Por qué?... No se podía en aquella época entrar en un salón, o en un palco, o en un círculo, sin oír alguna frase por el estilo de las siguientes, subrayadas por el guiño de ojos, la inflexión de la voz y ese aire de importancia que revela al enterado, al hombre o mujer al corriente de los verdaderos chismes del día.

— ¿Sabe usted la nueva?... ¿No?... ¡Pues nada! María de Gueneville se separa. ¡Pobre muchachal! ¡Tan linda! ¡Tan delicada!... ¡Y sobre todo, tan correctal... Parece que el bárbaro del marido la engañaba desde el principio de su matrimonio... ¿Lo hubiera usted creído?... Yo, no... En fin, ella lo ha descubierto todo. Claro que toda la culpa es de él, que abandonó desde luego el hotel, procediendo al menos correctamente. Pero si esperaba ablandarla, se equivocó... Menos mal que no tienen hijos...

— ¿Sabe usted la nueva?... Gueneville deja a su mujer. Por lo visto, ha descubierto un lío. ¡Sí, sí!... Se habla de Barsac. Sí, de Barsac, el rubio... Pero, al parecer, el juego era doble y Gueneville también la corría por su parte. María posee tales pruebas, que va a tener que andar con cuidado... Además, se dice que se ha comido, que se ha comido... Jugaba a la Bolsa y en todos los garitos... ¡Además, hay faldas!... ¿Quién lo hubiera sospechado, ni en ella ni en él?... Desde luego, de ella no hay seguridad, y puesto que él la traicionó de esa manera, francamente, tiene disculpa...

— ¿Sabe usted la nueva?... Que los Gueneville se separan. No podía acabar eso de otro modo. Una Candale no debe casarse con un Fortier... Dicen que era un infame en la intimidad... La pegaba... Claro, claro que bebía... Todos esos hombres que no abren el pico en sociedad, nueve veces de diez, créame, son los peores *pochards* (curdas). Ya sé, ya sé que la palabra no está en el diccionario de la Academia; pero expresa bien lo que quiero decir, sobre todo en este caso. El *pochard* (curda) es el borracho que se golpea, que se descalabra. ¡Una Candale peleándose con su marido!... ¿Qué le parece a usted eso? Ella le puso a la puerta de la calle y él no protestó. Ella conserva el hotel. Esto da la clave del asunto, ¿no?...

De todas estas murmuraciones y otras semejantes, que sería enojoso consignar, con sus implacables «según parece»... y sus terribles «¡es claro, es claro!»... una cosa resultaba evidente: el mundo culpaba a Gueneville. Tenía mala prensa, como se dice en la jerga de hoy día. Estas corrientes de opinión mundana se manejan de ordinario a voluntad y redundan muy a menudo en favor de aquel contra quien se desencadenan.

Y él no supo o no se dignó dirigir las. Se sabe esto y a sabiendas sufre uno mismo la influencia de estas charlas tendenciosas, instintivamente, por un fenómeno de sugestión casi invencible. Por mi parte debo decir que no conocía a los Gueneville más que de una manera superficial, por haber cenado con ellos cinco o seis veces. Mi impresión personal había sido más bien desfavorable respecto a la joven esposa, y simpática en cuanto al marido. Ella me había dado la idea de una de esas fisiologías harto brutales bajo apariencias delicadas, como la de ciertas mujeres en cuyas venas duerme una herencia de cazadores y soldados. Esas criaturas tienen nervios de acero bajo una epidermis de pétalo de rosa, y rudezas de tirano asiático al servicio de sus caprichos. Teodoro Gueneville me había agradado, en cambio, por cierta dignidad en su cortesía, un poco displacente, en que creí diagnosticar uno de los rasgos más interesantes y más ignorados del burgués que ha ascendido de clase, cuando verdaderamente merece dicha ascensión: un respeto singular por su propia persona, la capacidad de grandes prejuicios respecto a sí mismo y a los demás, y por último, la necesidad de sentir noblemente que tantos verdaderos nobles no experimentan nunca. Ni la antipatía ni la simpatía prevalecieron contra la sugestión de la maledicencia. Me imagino en la época a que estas reflexio-

nes me remontan, es decir, en el momento en que las murmuraciones en torno de este incidente conyugal se hallaban en su apogeo, entrando en un círculo del bulevar del que yo era socio, para perjuicio de mi bolsillo, porque se jugaba bastante caro. Hacía varios meses que no había vuelto a consecuencia de una pérdida algo fuerte. Entré en la sala del bacará: entre los puntos estaba tallando, a banca abierta, el sombrero algo echado para atrás, un cigarrillo en la boca, una flor en el ojal del traje, vestido con la elegancia del trasnochador, con chaleco blanco que no hacía más que acentuar la ignominia de su actitud, el protagonista de todas aquellas habladurías, el propio Teodoro de Gueneville, en carne y hueso. Su actitud osada denunciaba al hombre decidido a arrostrar el qué dirán, y que se ha desenmascarado y se divierte a su antojo. A la mano tenía en una bandeja una botella de *whisky* y un sifón de agua de Seltz. De cuando en cuando, entre dos barajas, preparaba e ingería un vaso de aquella atroz mescolanza. Los billetes de Banco y las onzas de oro se amontonaban ante él justificando el antiguo adagio sobre la suerte de los borrachos. Todos los parisienses que allí había, ocupados, los unos, en jugar, los otros, de mirones, conocían su historia; pero parecía que la hubiesen olvidado como él mismo, porque de hecho toda partida de cierto riesgo despierta un interés casi bestial que comenzaba a hipnotizarme a mí mismo. Vino a sacarme de aquella contemplación estúpida, ante las idas y venidas de ochos, de cincos y de monos, una mano que se posó sobre mi hombro, la de uno de mis camaradas de entonces, hoy muerto como tantos otros. Se llamaba Arturo Langlois y había ido conmigo al colegio; nos habíamos encontrado, después de habernos perdido de vista, tan íntimos como si jamás hubiésemos dejado

de *sodalizar*. Esta voz no es francesa, y a fe que merece serlo con más razón, desde luego, que el innoble vocablo de *pochard*, cuyo grosero origen no recuerdo. El *sodalis* entre los latinos no era el amigo, era el compañero con quien se juega, el convidado predilecto, el conversador que predispone a la charla más franca. Yo admiraba en Arturo el gusto con que veía y comprendía la vida, los caracteres y los sentimientos. Quizá, de haber tenido una existencia menos holgada, ese don de ver claro en la realidad, como decía Beyle, se hubiera transformado, en Langlois, en talento de escritor. Por lo pronto, este delicado mozalbete de tez intensamente pálida, de hundidos ojos azules, de hombros angulosos, propenso a la tisis, se conformaba con derrochar la juventud que le quedaba entregándose a aventuras que no siempre eran dignas de su distinción. Nocherniego empedernido, a pesar de la tos que le aquejaba ya, acababa de entrar en aquel garito con la firme intención de probar fortuna y procurarse la ligera sacudida nerviosa que el juego procura a sus adeptos. Además, mi encuentro y el de Teodoro de Gueneville bastarían para distraerle. Una anécdota cualquiera, un problema humano que se planteara, era motivo suficiente para que aquel juerguista cediese el puesto al conversador. ¡Ay! A veces se siente uno cansado de sobrevivir cuando se piensa en tal o cual desaparecido y oye uno su voz, reconoce su mirada, su ademán, su modo de pensar y de sentir... ¡Y luego, nadal...

—¿Te has fijado cómo juega Gueneville?—me dijo, asiéndome del brazo y llevándome aparte a un diván, donde fuimos a tendernos en una soledad tan completa, a pocos pasos de aquella mesa de bacará, como si hubiésemos estado conversando en el salón de Langlois o en mi despacho. —¡Qué estómago

tienel... —Y sobre todo tupé—le respondí—. Tallar en público y alcoholizarse como lo hace mientras se ventila el proceso con su encantadora mujer, es tirar piedras a su tejado. ¡Que el abogado de su mujer vaya a contar a quien corresponda por derecho estas sesiones «de pedir con cinco», con acompañamiento de *whisky and soda* como la de esta tarde, y ya verás los considerandos de la sentencial... Y no es sólo el tribunal, es la opinión...

— ¡Pero si eso es lo que él quiere!...—exclamó Langlois encogiéndose de hombros—. ¿No lo has notado, tú, que eres observador de oficio? No es que te adule. No tiene nada de extraño. Tú has oído hablar a las gentes sin reparar en que todos los Candale y toda la parentela de los Candale habían dado el... ¿Quieres que te diga lo que es Teodoro de Gueneville? Pues bien, es un Brutus...

—Un Brutus—me dije, sin que me ofendiera el tono algo insolente con que mi amigo me daba la lección. Las viejas amistades de los compañeros de infancia tienen el encanto de no dejar sitio al amor propio. Por lo demás, la rareza de aquella cita clásica, a propósito de un lazo parisiense de orden tan banal, me desconcertaba, lo confieso.

— Llamo Brutus—agregó mi amigo—a todos los personajes—¡y mira tú si abundan!—que se divierten haciendo el payaso o el vicioso con el fin de procurarse una especie de coartada moral, si puedo expresarme así. Por ejemplo, es para mí un Brutus el marido burlado que, desesperado de serlo, trata con afectación de enumerar, cínicamente, las traiciones de su mujer, como aquel que a sí mismo se llamaba el primer Sganarelle de Francia... Y es también un Brutus el aldeano advenedizo a quien la suerte ha deparado una situación importante—ministro, general o arzobispo—, nosotros lo hemos presenciado

ya, y que blasona de rudo, que se complace en hacer gala de sus propios defectos extremándolos, a falta de aptitudes para corregirlos... Es un Brutus, por último...

— Comprendo—le interrumpí—: un Brutus es el comediante de sí mismo.

— No del todo replicó al punto Arturo—, por que semejante Brutus (me refiero a Gueneville) no es ni jugador ni borracho. Hay Brutus que cambian su propio carácter. Los hay que se disfrazan. El rasgo común consiste en que todos por igual se procuran una silueta ridícula, si no odiosa, por mero afán de adelantarse al epigrama o desorientar la observación. Tú mismo acabas de ver que Gueneville da la razón, con su actitud, a los que se han pronunciado contra él en sus enredos matrimoniales.

Ahora escucha esta historia: Hace dos años que me presentaron a la señora de Gueneville. Sin saber por qué, se muestra amable conmigo y me invita para que me vaya a verla. Voy una, dos, tres veces, sin pensar, claro es, en cortejarla; un poco por ociosidad, como suele suceder, y un mucho porque era amiga de otra persona, ausente en aquellos momentos de París, y que yo tenía muy pocas ocasiones de encontrar. En esas tres visitas, más íntimas, lo confieso, de lo que exigen las conveniencias, me encontré con Gueneville, cuando no en la puerta, en la escalera. En la cuarta quiso el azar que no hubiera salido todavía del saloncito de su mujer. Nos dejó solos, como marido bien educado; pero al salir me lo encontré en el rellano y me dijo: —¿Quiere usted concederme unos minutos, querido Langlois?— Bueno está—pensé—, se ha puesto celoso. Esto marcha... —Le acompañé al fumadero y apenas estuvimos cara a cara, comenzó:

— Cuatro veces ha venido usted a visitar a la se-

ñora de Gueneville en el lapso de diez días... No proteste—insistió al ver un gesto que no pude contener—, y déjeme hablar... No me vaya a tomar ni por un marido ciego, ni por celoso. No soy ni lo uno ni lo otro... Tengo, sí, mis ideas personales acerca de los deberes de todo hombre galante en lo que respecta al matrimonio. No debe ser ni juguete ni tirano. Yo juré cuando me casé que si algún día mi mujer se enamoraba de alguien, me alejaría, pero diciéndole a tal individuo lo siguiente: Ella le ama y usted le ama. Yo me retiro... Solamente, y puesto que usted me la quita, debe usted conservarla. Me voy, pues, más para volver un día si usted la abandona, y entonces, créame que no le irá a usted muy bien...

— Este discurso, querido Langlois, se le he soltado ya a dos de mis amigos que, como usted, parecían interesarse por la señora de Gueneville y de quienes yo creía, como de usted, que le interesaban a ella. Ambos comprendieron al punto que yo no me andaría en bromas, y sin duda su interés no era muy grande, pues desde entonces sus visitas enrarecieron... Debo agregar que mi casa seguía abierta para ellos, como lo está para usted... No le ofenderá mi franqueza y seguiremos siendo buenos amigos, ¿no es verdad?...

—¿Y tú escuchaste hasta el final esa asombrosa declaración?—le interrogué.

— Tú mismo habrías hecho otro tanto—repliqué—, porque habrías sentido, en efecto, que te hallabas frente a un hombre que te hablaba con lo más íntimo de su corazón; con la voluntad de su voluntad... Si yo pudiera traducirte ahora su acento y su mirada, deducirías lo mismo que yo deduje...

—¿Que habrá soltado ese mismo discurso a un cuarto pretendiente, al joven Barsac, por ejemplo?... Perfectamente.

— ¿Y que Barsac ha ido más allá, consiguiendo que María de Gueneville se enamorase de él?... Perfectamente también.

— ¿Y que el marido hace el jugador y el borracho para que toda la culpa de la ruptura recaiga sobre él? ¿Tú crees eso posible?...

— Yo no sólo lo creo—respondió Langlois—, sino que estoy seguro... Pero ya que estás advertido, abre los ojos, y algún día verás si tengo razón o no...

II

Yo había abierto bien los ojos, después de esta conversación, para no ver sino una serie de hechos del orden más vulgar y que excluía esa hipótesis de un marido, profunda, trágicamente novelesco, que iba a renovar el sacrificio del Jacobo de Jorge Sand, de una manera bien extraña. Cuando se está en la novela, ¿dónde comienza lo extraño y dónde termina lo verosímil?

Al poco tiempo, la separación de los Gueneville se concertaba amistosamente y sin más escándalo. María de Gueneville se quedaba con el hotel y con unarenta considerable. Y el público continuaba no concediendo al esposo ninguna consideración por sus generosidades, que todo el mundo calificaba de forzadas. Ni el uno ni la otra habían tratado de transformar esta separación en divorcio. La sociedad, por su lado, había alabado la corrección de la joven esposa, por una de esas aparentes inconsecuencias que provocan la indignación de los moralistas cortos de vista, y en las que el filósofo admira el infalible instinto de la naturaleza social. El desorden de una unión

como la que María de Gueneville hiciera pública, al poco tiempo, con Barsac—en este punto Langlois no se había equivocado—significa una falta individual, más culpable en sí que la regularidad del segundo matrimonio de una divorciada. ¡Pero qué diferentes las consecuencias! Esa diferencia no instituye un tipo de sociedad anárquica, y su degradación la hace menos contagiosa. Sea como fuere, y fuesen ellos o no culpables, en los salones se había acabado por dar la razón a los dos amantes contra el marido que, por su parte, parecía desmentir las teorías de Arturo Langlois acerca de los Brutus. Si de veras había querido hacer la comedia del vicio y de la crápula a fin de desviar las sospechas y disimular las causas verdaderas de la ruptura con su mujer, ¿por qué continuaba jugando, bebiendo y frecuentando ostensiblemente las malas compañías, cuando la leyenda de su culpabilidad era cosa tan sabida? Aunque, a mi edad, mis relaciones con el mundo de los troneras se había ido espaciando cada vez más, conservábalas en grado suficiente para que aún me llegasen sus ecos. El nombre de Teodoro de Gueneville reaparecía sin cesar en las reseñas de «grandes juergas», atestiguando así su perseverancia y la devoción que le inspiraban la sota de espadas, la sota de copas y el demonio de los *cocktails*. Por entonces empecé con frecuencia largos viajes. Arturo Langlois murió entretanto. Pasaron los días, y el tiempo fué ejerciendo su imperceptible e irresistible poder sobre mis costumbres y mis ideas, hasta el punto de que no habiendo vuelto a encontrar jamás a la señora de Gueneville, ni a Melchor de Barsac, ni a Teodoro de Gueneville, aquella aventura quedó al cabo relegada a lo más olvidado de mi memoria, en esos rincones adonde sólo vuelve uno a descender cuando surge algún nuevo incidente. De lo único que me

acordaba era de la paradoja sobre los Brutus. En muchas ocasiones, durante diez años, había tenido oportunidad de comprobar su exactitud, aunque persuadido de que en el caso Gueneville, Langlois la había aplicado en falso. La energía de su afirmación y, sobre todo, la anécdota que la reforzaba, me habían impresionado, sin embargo, más profundamente de lo que yo mismo me figuraba. En rigor, ésta era la única explicación, iba a decir la única disculpa, de un paso, de una curiosidad casi feroz, que voy a referir tal como es. Yo la censuraría seguramente en cualquiera otro; pero no me arrepiento. Sin ella no habría yo hallado la clave de este enigma tan cuerdamente entrevisto por Langlois. Ha sido menester más que un simple caletre para prever el desenlace.

Fué un retazo de diálogo, sorprendido en una platea de la Opera, lo que provocó en mí esta crisis de curiosidad. Algunas simples frases que, sin embargo, dieron actualidad a la conversación que sostenía en el diván del garito con mi amigo muerto.

— ¿Y es oficial esa boda de Melchor de Barsac? — preguntó una señora muy guapa, de la misma edad de la señora de Gueneville diez años antes... y que se abanicaba coquetamente mientras dirigía esta pregunta a uno de sus «devotos», quien, contentísimo de poder proporcionar una noticia reciente, se apresuró a responder:

— Lo he sabido esta misma noche. Cené en casa de los Contay. La madre de Barsac es prima hermana de la duquesa... Así que mi información es de buena tinta.

— Entonces a eso se debe que el palco de María de Gueneville esté vacío esta noche—repuso la interlocutora—. Yo la creía más fuerte...

— Cuando un amante de diez años juega esas pasa-

das, hay que mostrar más energía y no confesar ni el abandono ni la desesperación... Después de todo —continuó tras breve silencio—, acaso esto le sirva de pretexto para unirse otra vez a su marido...

— ¿Gueneville?... —dijo otro de los invitados al palco, riendo alegremente—. ¡Ah! su peor enemigo no le desearía tal cosa; usted no sabe a qué grado de relajamiento ha descendido... A las diez de la mañana ya anda alumbrado, y a media noche hay que verle en casa de Philips...

El nombre de ese bar, célebre en mi juventud entre los aficionados a las carreras, y en el cual podían verse príncipes de sangre real bebiendo alcohol inglés con los corredores de las apuestas, no había llamado en un principio particularmente mi atención. Pero luego, a medida que oía la música distraídamente, con el pensamiento en otras cosas, como les ocurre a todos los que no sienten ese arte más que fisiológicamente, se despertó en mí cierta tentación de volver a aquel pintoresco lugar una vez terminado el espectáculo. ¿Por qué? En verdad, no habría sabido decirlo. Si Gueneville estaba allí, según la costumbre que el chismorroto de los clubs le atribuía, ¿qué interés tenía yo en probar su degeneración? ¡Le había conocido tan someramente años antes y no había vuelto a encontrarlo desde hacía tanto tiempo!... ¿Valía la pena de ir a sufrir, transponiendo el dintel de aquella otra crisis de este cansancio de vivir?... ¡Cuántos han desaparecido ya de los compañeros con quienes iba tan a menudo a rematar mis noches en aquel antro de embriaguez, pero también de sana alegría y divertida observación! Esta idea surgió de improviso en mi mente al empujar la puerta que daba acceso al bar de Philips por la calle Godot de Maurox. Desde la Opera hasta allí había caminado sin darme cuenta, con esa especie de automatismo

que le posee a uno cuando cede a móviles secretos de que no tiene cabal conciencia. Al primer golpe de vista advertí que la espaciosa sala no había cambiado: el mismo mostrador se extendía con su hilera de barriles detrás, y sobre el mármol todos los aparatos destinados a la confección de los *manhatann*, los *widow's smile* y otros brebajes por el estilo. Los mismos altos taburetes junto al mostrador, servían de asiento a unos cuantos elegantes, fieles continuadores de la tradición de los Casal, los Herbert Bohun, los Vardes y los Machault, todos los troneras, en fin, que duermen en la tumba o se han refugiado en el matrimonio; de todos, en fin, los que habían puesto en moda aquel despacho de venenos. Las mismas estampas de carreras decoraban las paredes y los mismos retratos de entrenadores. El mismo olor a ginebra y a tabaco de Virginia saturaba la atmósfera. En el fondo se abría una puerta que daba a una reducida sala. A ella me dirigí sin detenerme, convencido de que aquél era el asilo de los genuinos parroquianos del establecimiento, es decir, de los que se intoxican solemnemente durante horas y horas. Allí, desplomado en un diván, el codo sobre la mesa y la barba en la mano, encontré al hombre que buscaba: a Gueneville en persona. Efectivamente, como el otro había dicho, estaba convertido en una piltrafa humana. El buen mozo de cuarenta años que yo recordaba, gallardo, despejado, guapo, se había convertido en un viejo de la más baja estofa, de rostro abotagado, de pupilas enramadas en sangre, perdidas en las bolsas lacrimosas de los párpados; las mejillas manchadas de rojo, húmedos y caídos los labios. La corrección del traje era lo único que delataba los antiguos hábitos del *gentleman*. El infeliz alcohólico estaba vestido de frac y chaleco blanco, con un ramo de flores en el ojal siempre, y la cabeza em-

blanquecida, tocada con un sombrero de copa, que relumbraba siniestramente bajo la cruda claridad de las lámparas eléctricas. ¿En qué *cocktails* estaba? Los platillos amontonados frente a él lo denunciaban con demasiada elocuencia, y también el estado de inconcebible estupor en que le hallé sumido. Ante semejante cuadro de inmunda degradación, debí haberme retirado en seguida. El proceder de los hijos de Nos nos enseña la única actitud verdaderamente piadosa que debemos adoptar frente a las flaquezas de otro: *Facies oorum aversae erant*. «Sus rostros se volvieron.» En vez de esto, me senté junto al desdichado, que ni siquiera parecía verme, y le anuncié mi presencia, preguntándole por su salud, como si apenas nos hubiésemos despedido la víspera. Contaba, y no me engañé, con esa incapacidad de los beodos para el asombro. Este, efectivamente, no se mostró en modo alguno sorprendido, ni de mi presencia ni de mi pregunta, y me respondió con voz pastosa:

— Voy muy bien, muy bien...

En ese momento, y viéndole en el estado semi-consciente que constituye la embriaguez en los profesionales del terrible vicio, me acometió un acceso de esa curiosidad feroz a que antes hice alusión. Eché una mirada en torno mío para cerciorarme de que estábamos absolutamente solos, y sin más preámbulos le interrogué:

— ¿Se acuerda usted de Melchor de Barsac, señor de Gueneville?

Yo esperaba que al oír este nombre un estremecimiento crispaba la máscara del marido traicionado; que le brillaran las pupilas; que en sus labios se dibujara un gesto. Si delante de mí hubiera saltado furioso y hubiera sido yo la víctima de su arrebato, aquello me habría parecido lo más natural. Contentóse con replicar como atontado:

— ¿Por qué me pregunta usted eso?
— Por nada —respondí—. He sabido hoy que se va a casar; eso era todo.

— ¿Y por qué me dice usted eso también?—repuso el ebrio, sonriendo extrañamente. Luego, levantando los hombros, agregó: — ¿Qué quiere usted que a mí me importe todo eso ahora?

Esta última palabra la pronunció con tono muy diferente del resto del discurso, como si hubiese revivido una fibra en medio de su torpeza.

Recordando hoy ese diálogo fantástico, no acierto a comprender por qué le extremé tanto. Pero ¿quién ha podido sentirse poseído del vehemente deseo de conocer a fondo el corazón humano y no ha cedido en ciertos momentos a esa necesidad de la experiencia, iba a decir de la vivisección, cruel delicia también de fisiólogos? Se diría que la Naturaleza, para probarnos que la ciencia de la vida nos está vedada, nos condena a torturar el alma y la carne, cuyo supremo secreto tratamos vanamente de ahondar. Recuerdo asimismo la insistente crueldad de verdugo, de que ahora me avergüenzo, con que seguí preguntando:

— ¿Ahora?... ¡Luego quiere decir que no habría permitido semejante boda en otros tiempos!...—Y añadí bruscamente: —Eso era precisamente lo que me había dicho Arturo Langlois. ¿Se acuerda usted de Arturo Langlois? ¿No? Ni de cierta conversación que sostuvo usted con él a raíz de haber sido éste presentado a la señora de Gueneville?... Vamos, haga usted memoria—. Y repetí, tuve la osadía de repetir la frase que me había dicho Arturo Langlois: —«¡Si usted me la quita, deberá conservarla!»... ¿No fué esto lo que usted le dijo... Recuerde...

Esta vez el ebrio me miró con unos ojos que no olvidaré jamás. Si he cometido un verdadero crimen

de lesa humanidad, abusando del estado casi comatoso en que el aguardiente había sumergido al infeliz intoxicado, por mero afán de arrancarle una confesión, no hay duda también de que fuí duramente castigado por aquella mirada; hasta tal punto me transmitió el horror y el sufrimiento. Intentó el ebrio levantarse, mas como sus piernas no se lo permitieron —tan borracho estaba—, volvió a caer en el diván y soltó una espantosa carcajada, que era casi un hipo. Este sobresalto fué uno de esos despertares momentáneos y súbitos que con frecuencia sufren los infortunados como él, pobres máquinas nerviosas descompuestas, donde la voluntad es pura veleidad y no hay sentimiento estable ni emoción fija. Las imágenes que yo había suscitado en él produjeron como una sacudida, que se transformó en convulsión. Luego, pasados unos instantes, sufrió un decaimiento y comenzó a hablar solo, presa de esa locuacidad incoherente del alcohol, mera excitación superficial, completamente mecánica, alternada con profundos mutismos.

— ¿Qué me importa a mí?—decía, y empleaba aquí un verbo mucho más expresivo y más soez de lo que pueda imaginarse—. Sí, ¿qué me importa a mí... Langlois? Sí, Arturo Langlois. Me acuerdo bien... guapo mozo. Ya murió... Tuvo miedo cuando le hablé. El otro, no... Ella y él creerían que fuí yo el que temí... ¡Qué me importa!...— Y volvía a intercalar el mismo vocablo siniestramente abyecto. —En un principio debía para que las gentes no comprendieran nada...; hoy ya es otra cosa—. Y viendo su vaso medio vacío, lo asió con una mano, que yo vi temblorosa, y llevandoselo a los labios, bebió un sorbo. —Esto sí que no miente...—dijo mirándose esta vez y guiñando el ojo con una alegría que me estremeció. —¡Que se casen! Si le ha enviado para

averiguar lo que yo haría, puede usted decirle que se case con ella, que se casen...—Y agregó burlonamente: —Y si es ella quien le manda a usted, lo mismo...—Y repitió con voz ronca: —Lo mismo, lo mismo.—Había entretanto cogido el vaso, que apuró, apoyándose en seguida contra el respaldo de la banqueta, entornando los ojos como si fuera a dormirse. ¿Era fingido aquel sueño? ¿Era verdadero? Sólo sé que no parpadeó siquiera cuando yo me levanté turbado por aquella brevísima escena que me es casi imposible de referir. Y huí de aquella taberna, sin tener valor para prolongar tan inhumana indagación. Ya sabía bastante para comprender que Langlois había tenido razón: Gueneville había hecho el Brutus, como él decía. Había simulado la comedia del libertinaje, obedeciendo a la más singular de las caballerosidades, él, ¡el burgués casado con la señorita noble! Luego encarnó realmente el personaje que fingió al principio. La máscara se le pegó a la piel. La mueca del vicio se había estereotipado, y yo acababa de asistir al último acto de la tragedia más conmovedora que presenciara en mi vida.

LA VIDA ES LA JUVENTUD

I

Cuando la señora de Montclerc pidió a Guillermo Duclós que la acompañara al *Veglione*, que aquella noche se representaba en uno de los teatros de Niza, aquel hombre sutil no se hizo ninguna ilusión. No creyó que aquella mujer hubiera cambiado repentinamente para él. A los cuarenta y nueve años cumplidos, demasiado comprendía que ya no podía inspirar los deliciosos caprichos *que podía evocar* su memoria de hombre corrido. Esa experiencia de soltero recalcitrante y de inveterado parisiense—razón de más—, le indicaban a la vez que el más seguro medio para triunfar de las mujeres es obedecer a todos sus antojos, incluso a los más descabellados, sobre todo a los descabellados. Y por eso había consentido en vestirse, a las once en punto de la noche, con un dominó amarillo y lila, color del Carnaval de aquel año, y se había provisto de un capuchón y de una máscara, ¡a su edad! ¿Era pagar bastante caro, y un poco ridículamente, el placer de tener un secreto con la grácil y exquisita condesa, de quien se

averiguar lo que yo haría, puede usted decirle que se case con ella, que se casen...—Y agregó burlonamente: —Y si es ella quien le manda a usted, lo mismo...—Y repitió con voz ronca: —Lo mismo, lo mismo.—Había entretanto cogido el vaso, que apuró, apoyándose en seguida contra el respaldo de la banqueta, entornando los ojos como si fuera a dormirse. ¿Era fingido aquel sueño? ¿Era verdadero? Sólo sé que no parpadeó siquiera cuando yo me levanté turbado por aquella brevísima escena que me es casi imposible de referir. Y huí de aquella taberna, sin tener valor para prolongar tan inhumana indagación. Ya sabía bastante para comprender que Langlois había tenido razón: Gueneville había hecho el Brutus, como él decía. Había simulado la comedia del libertinaje, obedeciendo a la más singular de las caballerosidades, él, ¡el burgués casado con la señorita noble! Luego encarnó realmente el personaje que fingió al principio. La máscara se le pegó a la piel. La mueca del vicio se había estereotipado, y yo acababa de asistir al último acto de la tragedia más conmovido: a que presenciara en mi vida.

LA VIDA ES LA JUVENTUD

I

Cuando la señora de Montclerc pidió a Guillermo Duclós que la acompañara al *Veglione*, que aquella noche se representaba en uno de los teatros de Niza, aquel hombre sutil no se hizo ninguna ilusión. No creyó que aquella mujer hubiera cambiado repentinamente para él. A los cuarenta y nueve años cumplidos, demasiado comprendía que ya no podía inspirar los deliciosos caprichos *que podía evocar* su memoria de hombre corrido. Esa experiencia de soltero recalcitrante y de inveterado parisiense—razón de más—, le indicaban a la vez que el más seguro medio para triunfar de las mujeres es obedecer a todos sus antojos, incluso a los más descabellados, sobre todo a los descabellados. Y por eso había consentido en vestirse, a las once en punto de la noche, con un dominó amarillo y lila, color del Carnaval de aquel año, y se había provisto de un capuchón y de una máscara, ¡a su edad! ¿Era pagar bastante caro, y un poco ridículamente, el placer de tener un secreto con la grácil y exquisita condesa, de quien se

había prendado apenas sin darse cuenta, y a punto de enamorarse verdaderamente? La conoció cuando ella era todavía muy joven, cuando se llamaba Luisa de Condé, hacía veinte años. Porque también ella había traspuesto la flor de la edad, y no estaba más lejos de la lastimera cifra 4, que él de la penosa cifra 5. Por uno de esos azares frecuentes en la vida de hoy, en que las amistades mundanas se relajan y se estrechan muy arbitrariamente, apenas si la había vuelto a ver de tarde en tarde durante esos veinte años. La primera vez que se encontraron le había parecido lo bastante simpática para pensar por un momento en hacerla su esposa. Otra coincidencia, la de una común vida de campo el otoño pasado en los alrededores de París, los había ido aproximando. Duclós comenzó a interesarse por la señora de Montclerc, atraído primero por el recuerdo de la señorita de Condé, y luego por ella misma. A los veinte años, Luisa fué una visión de lozanía rubia y rosada. Sus treinta y nueve años, poco ajados por la vida, pero ajados, sin embargo, conservaban un encanto delicioso y conmovedor: el de la gracia, todavía soberana, aunque marchita y a punto de fenecer.

Sus inmensos ojos azules tenían aún aquella mirada de dulce asombro que Guillermo no había olvidado. Sólo en los párpados se dibujaban, leves, muy leves, invisibles rayas que mañana serían arrugas. El oro de sus cabellos no era menos resplandeciente que en otros tiempos; pero el peinado, de mayor complicación, denunciaba el empobrecimiento de las trenzas tan espesas antes, y que la hermosa joven recogía en un solo y copioso atado. Nada había perdido la tez de su transparencia; pero en las sienes y en las mejillas el tiempo comenzaba a imprimir su huella. El talle, esbelto todavía, no tenía ya tanta flexibilidad. En fin, la edad se notaba; me-

jor dicho, comenzaba a notarse. El pleno desarrollo de la mujer la daba un atractivo más voluptuoso, más intenso. Al menos, esa había sido la impresión experimentada por el antiguo admirador, que volvió a ocuparse de aquella a quien por un minuto había pensado en dar su nombre. Los ocho días de vida de castillo, y luego París, precipitaron su sentimiento. Y ahora, aquel baile de máscaras venía a probar que la reciente amistad se había hecho en seguida íntima. Guillermo Duclós repasaba en su mente una vez más las etapas de aquella intimidad mientras rodaba el coche que le conducía a la cita que Luisa de Montclerc le había dado aquella noche, lo mismo que si hubiesen sido él un amante y ella una querida; cuando, insistamos sobre este punto, en torno del cual gira la verdadera significación de este lance, no era él para ella más que un amigo. Duclós recordaba las primeras visitas que la hiciera en la calle Dumontd'Urville, donde habitaba uno de esos hoteles de estilo inglés de los que se han construido en ese barrio después de la guerra. ¡Con cuánto interés, creyendo no obedecer sino a simple curiosidad, estudió Guillermo todo lo que la rodeaba para ver si descubriría indicios de los misterios de su existencia! En primer lugar, ¿congeniaba con su marido? Bastaba ver a Montclerc diez minutos para responder a esta pregunta. Aquel matrimonio no era ni bueno ni malo. No existía. Ningún hijo. El marido, oficial retirado, llevaba la vida del círculo y deporte propia de todos los ociosos de su categoría y su posición. Nadie se explicaba por qué se había casado con aquella mujer; del mismo modo que nadie comprendía por qué ella se había casado con aquel hombre, pareciendo tan extraños el uno al otro.

No tardó Duclós en reconstruir la historia trivial de tal unión: un acuerdo celebrado entre dos fami-

lias, sancionado por la ignorancia de ellos y por la indiferencia de él; un primer período de convivencia aturdida y alegre, interrumpida por un embarazo que había sido para los dos una decepción. Luisa había dado a luz antes de tiempo. La criatura murió al nacer. Y luego, perdida la esperanza de otra maternidad, nada serio ocupó este hogar, presa de las alacadas disipaciones del mundo. A éste había seguido un segundo período; el del choque de dos temperamentos; luego el tercero: el de las infidelidades del marido.

Raimundo de Montclerc había vuelto a hacer su aparición en los bastidores de los teatros de baja categoría y en los salones de damas de clase media. ¿Se había enterado su mujer de sus infidelidades? ¿Habrían mediado entre ellos explicaciones como las que surgen en semejantes circunstancias en que el divorcio asoma? ¿Se interpondrían los padres como todavía hoy se acostumbra? ¿Se habría concertado cierto armisticio? El hecho es que los dos esposos practicaban ahora, uno al lado del otro, aquella separación absoluta, bajo el mismo techo, de la cual se ha querido hacer erróneamente una característica exclusiva del antiguo régimen. Para que se pueda realizar dicha separación se requiere una gran fortuna, mucha indiferencia por ambas partes y una carencia absoluta de sentido moral. Cosas todas que se encuentran en pleno siglo xx.

¿Se había aprovechado Luisa de Montclerc de ese pacto de independencia para buscar el amor lejos de aquello que no era más que una sombra de hogar? O para decirlo brutalmente, ¿tendría algún amante? Esta pregunta se la había formulado Guillermo, a partir de aquel otoño, diez, ciento, mil veces, siempre en vano. Había, sí, con esa prudencia del parisiense avisado, y sin darle importancia, preguntado

a unos y a otros; y no era sólo un nombre el que se le había citado a propósito de la señora de Montclerc, eran varios. Demasiado conocía la ligereza de los comentarios de este orden para tomarlos por otra cosa que por mera indicación. Los hombres corridos no creen jamás enteramente ni en el bien ni en el mal que se atribuye a una mujer a la moda; bien saben que la calumnia se mezcla en todas las murmuraciones, y también que la murmuración se mezcla en todas las calumnias. Duclós había, pues, escudriñado la vida de la hermosa señora de Montclerc, su salón, sus relaciones, con toda la perspicacia de que era capaz, sin que por esto dejara de abandonarse al deseo cada vez más vivo que le acercaba a ella. Y no había conseguido disipar sus dudas. Las costumbres de la misteriosa y delicada condesa eran bastante libres. Una prueba de ello la había encontrado Guillermo en la misma facilidad con que inmediata y familiarmente le había recibido, permitiéndole que le escribiera y aun escribiéndole ella, ella, que desde la primera carta le llamaba ya «mi querido amigo» y firmaba con su diminutivo; invitándole y aceptando de él galanterías; cenas en *cabarets* en compañía de mutuos conocidos; invitaciones al teatro; permitiendo que fuese a verla casi a diario, encontrando muy natural llevarle en su coche siempre que la ocasión se presentaba. ¿Qué significaban aquellas confianzas, que no eran exclusivas, pues la señora de Montclerc procedía del mismo modo con todos los hombres que la rodeaban? Ese proceder despreocupado es el más difícil de interpretar. Duclós no lo ignoraba, y sabía que tras de él se esconde todo: desde la inocencia más pura, hasta la corrupción más depravada. Muchas mujeres honradas le adoptan precisamente porque estando seguras de no caer jamás en el mal, se creen autorizadas a abandonar esa barrera conti-

nua que las costumbres convencionales imponen al sexo débil. Y también le siguen mujeres deshonestas, porque las pueriles familiaridades son una cómoda excusa para las demás. Ese acompañamiento en coche, por ejemplo, que se permiten con diez hombres de su círculo, es irreprochable nueve veces. Esas nueve veces escudan a la décima. Los nueve amigos sirven para disimular al amante. ¡Id a reconocerle entre tantos! ¡Id a descifrar el enigma de un salón como el de la señora de Montclerc, en que hay diez retratos de hombres dedicados, colocados en marcos sobre las mesas junto a un sin fin de recuerdos de Año Nuevo y de los días onomásticos, ofrendados por los amigos de la casa, que constituyen verdadera legión! Además, Luisa sabía, consagrándose a todos con la mayor deferencia, practicar ese arte que un humorista ha llamado maliciosamente «el arte de la distribución». Ella sobresalía, por tanto, en arreglar el horario de sus visitas de manera que el visitante de las tres dejase la casa cinco minutos antes que el de las tres y cuarto, que a su vez marchaba cinco minutos antes que el de las cuatro y media. Es el mismo juego, con dos fines, que practican igualmente las mujeres muy delicadas que, sintiendo el placer de la amistad, dosifican la simpatía para no verse arrastradas demasiado lejos, y las mujeres galantes que proceden así por la «concurcencia». De diez entrevistas que se procuran de este modo, una es culpable. ¡Adivinadla!

Ninguno de estos matices había escapado a Ducíos, y todas las hipótesis que sucesivamente había imaginado sobre los misterios de aquella existencia le asediaban de nuevo en su carrera a través de Niza. La condesa le había citado, como si se tratara de la más criminal de las intrigas, en la esquina de la calle y de la plazuela Grimaldi. Me olvidaba de decir que

ella había ido de París para pasar los dos últimos meses de invierno en Montecarlo, de manera que aquella escapatoria a Niza revelaba una habilidad extraordinaria. Había tenido que tomar una habitación para la noche en un hotel, y trasladarse a él con su camarera para disfrazarse allí. Ese disfraz suponía la complicidad de dicha camarera, pequeño detalle que no había dejado de observar. También había notado este hecho extraño: la insistencia que la señora de Montclerc había puesto, cuando no había entre ellos sino relaciones normales, en querer que no se hospedase en el mismo hotel que ella y que su cita tuviese aquel carácter misterioso. ¿Por qué? Sí. ¿Por qué tales precauciones? — se preguntaba el amigo, tratado como amante, a medida que su coche se iba acercando a la plazuela—. Por Montclerc no es. Está en París, y además... Por el mundo tampoco; quién la conoce aquí... ¿Será por su camarera? Es casi lo más comprometedor que puede hacer a los ojos de su doncella, a menos que no sea ya confidente de alguna otra historia. En tal caso era natural que tratase de evitar que este capricho suyo pudiera ser denunciado a quien debiera serlo... Pero ¿a quién?

Guillermo había repasado mentalmente la lista de los personajes que él tenía como sospechosos, en mayor o menor grado, de gran intimidad con su reciente amiga. De todas maneras, ninguno de esos personajes se encontraba, que él supiera, en la Costa Azul.

Ninguno había alterado su vida para estar donde la señora de Montclerc pasaba aquel fin de invierno, como él había hecho. ¿No cabía dentro de lo posible, después de todo, que Luisa se sintiera impresionada ante aquella demostración de sus sentimientos? Su amistad era, para él al menos, una manera de hacer la corte, la del hombre que no tiene más pretensión

que la de ser consentido como admirador mudo y desinteresado...

¡Son tan extrañas las mujeres! ¿Quién sabe si ella no se había dejado interesar poco a poco por aquel cortejo? ¿Quién sabe si no habría pasado por su mente la idea de un capricho sin consecuencias? ¿Quién sabe?... En fin, cuando el coche se detuvo en la plaza Grimaldi, en el lugar convenido, y Duclós percibió otro carruaje que, parado, esperaba visiblemente, el corazón le latía tan precipitadamente, tan precipitamente a pesar de todo su ingenio y todo su mundo, como si de su dominó carnavalesco fuera a salir el rostro avejentado de un quincuagenario medio calvo, cuyo bigote debía su presente negrura a un hábil artificio. Y jamás voz alguna, aun en la época de sus primeras citas de amor—hacía lo menos un tercio de siglo—, le había parecido tan dulce, tan llena de promesas, como la de la señora de Montclerc, que le decía:

— ¡Ah! Es usted. ¡Por fin! Imagínese usted que había empezado a figurarme que no vendría y a tener miedo de mi cochero.

Y al decir esto reía con tal nerviosidad, que Guillermo acabó por emocionarse hasta el extremo de quebrársele la voz al decir:

— Estoy absolutamente seguro de que no llego con retraso... Yo era quien podría haberme imaginado que usted no vendría. ¿Faltarle yo a mi palabra? ¡No habrá usted creído eso!...

II

De la plaza Grimaldi al teatro donde se representaba el *Veglione* habría a lo sumo doce minutos en coche, tiempo suficiente para disipar aquella emo-

ción que le embargó cuando llegó a la cita. Ya era completamente de aquella mujer tan delicada y tan linda, cuyas pupilas veía brillar a través del antifaz con un brillo como de fiebre. Pero al verse junto a ella en aquel carruaje de alquiler a tales horas de la noche, Duclós sentía que su propia presencia no tenía nada que ver con el propósito de ella. El calificativo de hombre de mundo empleado frecuentemente en aquel caso, no daba de él una impresión exacta. Esa frase lleva consigo una idea de relajamiento y de cinismo, y Duclós era de esa clase de hombres que nacen y mueren caballerescos, cualquiera que sea el medio que atraviesen y cualesquiera que sean los lances en que se hayan aventurado. El signo particular de esos temperamentos es que para ellos el deseo va siempre acompañado de emoción, precisamente lo contrario de lo que sucede a los verdaderos libertinos, que llegan pronto al absoluto divorcio entre los sentidos y el corazón. Un perspicaz moralista, Joubert, ha notado profundamente esta verdad cuando ha dicho que el desenfreno supone siempre frialdad de alma. Sí; Duclós había tenido costumbres y aventuras de hombre de mundo; pero había llegado a los cincuenta años sin que los demasiado numerosos caprichos en que había dilapidado la juventud, hubiesen abolido por completo en él su sentimentalismo ingénito. El se hubiese despreciado, por ejemplo, si hubiera abusado de aquella entrevista concedida por una mujer que le gustaba apasionadamente, y que quizá no le había invitado sino por el firme conocimiento que tenía de aquel aspecto caballeresco. Sucede a veces, y en este caso se encontraba Duclós, que esa delicadeza desarrolla en tales hombres una perspicacia casi anormal a fuerza de ser sutil. Es muy fácil para la mujer amada traicionarles; pero no le es tan fácil engañarles. Se diría que la perciben

sentir o no sentir. Las ruedas del vehículo que llevaba a Guillermo y a la señora de Montclerc no habían aún doblado la esquina, cuando él sabía ya que ella no iba adonde iba más que por otro. Todo el enigma de aquel carácter de mujer se presentó de nuevo ante su espíritu de manera tanto más imperiosa cuanto que estaba allí, tan cercana y tan distante, tan confiada y tan impenetrable. Desde el momento en que el coche se puso en marcha, ni ella abrió la boca, ni él, por su parte, dijo una palabra. Había algo de fantástico en aquella carrera silenciosa a través de las calles de la ciudad alborotada, que hacía bulliciosa la alegría de una loca noche de fiesta. Todo un pueblo transitaba por las aceras risueño, divirtiéndose al paso con innumerables máscaras y bromas. Mientras reflexionaba en lo extraño de su propia situación, Duclós, aprovechando los primeros instantes, sujetó al rostro el antifaz y bajó su capuchón. Una vez que de este modo quedó desconocido, preguntó a su compañera, en el momento que llegaban al teatro, con una ironía indulgente y burlona:

— ¿Estoy bien así para el papel que quiere usted que represente esta noche?...

— ¿Qué papel? — preguntó ella a su vez con voz baja, casi ahogada —. No lo comprendo...

— En cambio, yo creo que la comprendo demasiado — continuó él —. Confíese que va usted a buscar en el Veglione alguien de quien usted está celosa, y se ha dicho: Duclós es el comparsa que necesito para esta comedia. Disfrazado y enmascarado, todavía hará una figura presentable. El no sabrá nada, y por otra parte, aunque lo supiera, me lo perdonaría porque me ama tanto...

— ¡Pero usted no creerá eso!... — respondió la señora de Montclerc vivamente, estrechando la mano de su acompañante con una fuerza que denotaba su

nerviosidad —. ¡Dígame que no lo cree!... Sé que usted me ama — añadió con un acento desconocido para él —; no tanto como usted se imagina; pero sí lo bastante para confiar en usted esta noche... — Y luego, suplicando y uniendo sus manos en un gesto apasionado: — Yo le juro, amigo mío, que jamás he tenido la horrible idea que me atribuye. No; nunca he pensado servirme de usted para dar celos a nadie. Demasiado sé lo que se sufre... Pero he tenido necesidad, *necesidad* de estar aquí esta noche —. Y subrayó aquella palabra con una fuerza que no permitiría dudar de su sinceridad. — Podía haber venido sola. No me he atrevido. Por eso le he traído, no como un comparsa, sino como un protector... Si me he engañado, si usted no es amigo mío para prestarme un *inmenso servicio* — y volvió a recalcar estas dos palabras — sin pedirme explicaciones, sin sospechar una odiosa maniobra, entonces... — pareció dudar un segundo, y resuelta continuó: — entonces, déjeme. Ahora que me ha costado tanto llegar hasta aquí, tendré la fuerza necesaria para llegar hasta donde yo quiero...

— Perdóneme — dijo sencillamente Duclós, después de un silencio. Había conocido que Luisa no le mentía, y en su voz y en su mirada se reflejaba la emoción. Su curiosidad se agudizaba. ¿Qué motivo sino un punzante interés de amor podía turbar a aquella mujer después de decidirla a una empresa tan audaz y tan extraña en su rango y en sus costumbres? Al mismo tiempo, porque no hay que atribuir a aquel viejo parisiense una inocencia que no tenía, aquella semiconfidencia y aquella complicidad habían despertado en él otra idea: los triunfos por despecho no son, ciertamente, los más lisonjeros, pero son los más frecuentes. Confesemos, pues, que un secreto cálculo se mezcló a la ternura con que el

amigo continuó: — Tiene usted razón para creer que estoy a su entera disposición. Olvide esa injusta queja que no prueba más que lo sensible que soy cuando se trata de usted... y disponga de mí a su antojo; no intentaré ni siquiera comprender.

— Gracias — respondió ella, estrechándole de nuevo la mano. Esta vez, era la presión suave y abandonada de una mujer reconocida que encuentra un apoyo seguro para su debilidad. Duclós aprisionó aquella mano. En el roce de sus dedos finos enlazados a los suyos, podía apreciar la agitación de que Luisa se hallaba poseída. Cuando descendieron del carruaje y consiguieron llegar a la escalera del teatro, donde se agitaba una bulliciosa multitud, aquellos finos dedos se agarraron a su brazo más nerviosamente. A través de la flotante tela del dominó, sentía él, sobre su codo, latir precipitadamente el corazón de la pobre mujer. ¿Adónde iban? Ella misma parecía ignorarlo, porque su paso, seguido por el de su presunto protector, era tan pronto apresurado como lento. Indudablemente trataba de reconocer a alguien entre las máscaras por medio de las cuales se iban abriendo paso. Así dieron vuelta a los palcos principales entre las miradas y las interpelaciones de los desconocidos y desconocidas que se cruzaban con ellos, que tenían la canallesca familiaridad propia de semejantes sitios. ¡Otro indicio más de la importancia que Luisa daba a su indagación! Las palabras, algunas veces groseras, que le lanzaban al oído, y los gestos casi brutales, la hacían simplemente volver la cabeza sin ese estremecimiento que en ocasiones la sacudía cuando creía reconocer un metal de voz o una silueta... Luego, ¡nadá! Entretanto, el estrépito de la música que llegaba del interior del teatro revelaba que en el patio, convertido accidentalmente en salón de baile, se agolpaba un gentío aún

más numeroso que el de los pasillos. La gente se apiñaba hasta ahogarse cerca de las puertas. Duclós, temiendo las violencias de la muchedumbre, dijo a su compañera:

— No entremos ahí...

— Sí — respondió ella con decisión —, es preciso que entremos.

Y al decir esto le arrastraba con una presión tan apasionada, que él no resistió. Tenían que atravesar una verdadera muralla de curiosos que, apelmazados los unos contra los otros, observaban el baile. Un cuarto de hora emplearon, poco más o menos, en introducirse hasta llegar a la primera fila, desde donde abarcaron por fin, de una ojeada, el salón de baile que un tablado movable unía al escenario. La orquesta tocaba sobre un estrado, y alrededor cientos y cientos de espectadores invadían los palcos: unos, disfrazados y enmascarados como Duclós y Luisa; otros, hombres y mujeres, conservando el traje habitual de los saraos de la *Costa*: ellos, de corbata blanca y *smoking*; ellas, descotadas y con sombrero. Todo esto formaba bajo las luces de los innumerables cristales policromos, un tornasolado de telas deslumbrantes surcado por manchas blancas y negras. El amarillo y el violeta, los dos matices reglamentarios de la estación, dominaban en aquella agitada multitud. Un rumor de fiesta llenaba la sala. La estrepitosa música tenía por acompañamiento el pateo de los bailarines sobre el tablado resonante, sus exclamaciones, sus risas, las voces de los que hablaban en los palcos, cuando no gritaban; todo un murmullo confuso e inmenso. Aquella bacanal ensordecedora no parecía llegar a los oídos de la señora de Montclerc, a quien Duclós podía ver ahora, inmóvil, escuchando con sus ojos penetrantes el misterio de todos aquellos palcos, desde los proscenios, que más allá

del gentío brillaban a la luz, hasta las plateas, veladas por una propicia penumbra. Alzada sobre la punta de sus pies y erguida su cabeza como la de un halcón que arranca, buscaba, buscaba incesantemente... De pronto, un estremecimiento casi convulsivo de todo su cuerpo reveló a su compañero que había encontrado algo. Los finos dedos que él sentía desde que entraron en el teatro, siempre temblorosos en su antebrazo, se agarrotaron con una contracción convulsa e intermitente. Duclós siguió la dirección de aquella mirada ardiente y fija. Al principio no vió, en la fila de palcos de aquel lado, rostro alguno que le recordase, no ya un nombre, sino ni un parecido... Es decir, sí... en el antepecho de rojo terciopelo de uno de los palcos, estaba, apoyado, un joven a quien reconoció. Era un tal Mauricio Pregy, al que había encontrado algunas veces en casa de la señora de Montclerc y en el que había reparado poco por juzgarle como un fatuo insignificante que de ningún modo podía agradar a una mujer del gusto y de la inteligencia de Luisa. Por primera vez, y bajo el reflejo de aquella luz intensa que daba un realce brutal a las fisonomías, la impresión de insignificancia se cambió para Duclós en otra, no contraria en absoluto, sino bastante diferente. Aquel muchacho de veinticinco años se apareció al quincuagenario, entre el esplendor de la fiesta nocturna, como una viva encarnación de la juventud y de la fuerza. Pregy era hermoso, de una hermosura delicada y varonil, con una tez de intensa palidez ambarina donde brillaban unos ojos claros, casi grises. La abundancia de sus cabellos, la blancura de sus dientes cuando sonreía y la agilidad de su cuerpo al moverse, delataban la profunda vitalidad, las energías de un temperamento vigoroso. No estaba disfrazado. Junto a él, envolviéndole en sus miradas, hablándole de cerca, pregonan-

do, en fin, su capricho con el impudor y la libertad del sitio, se hallaba sentada una mujer vulgarmente vestida de Pierrot. Su descote era tan pronunciado, que sobre el corpiño resaltaba todo el seno y dos pechos tan juveniles como aquel a cuyos deseos se ofrendaba tal desnudez. El cuello de aquella mujer y el modelado de sus brazos daban la idea de que apenas había cumplido los veinte años. De su cara, oculta por un antifaz blanco con labores de perlas falsas, no se veía más que su boca fresca, su barba, sus pequeñas orejas, y sobre la frente la opulencia de una magnífica cabellera de color castaño con reflejos leonados. Toda su actitud decía que estaba locamente enamorada de aquel hombre, al que hablaba más cerca cada vez, mezclando casi su aliento con el suyo. El la sonreía respondiéndole con la condescendencia de una fatuidad voluptuosamente halagada. Así hablaban, sin preocuparse de los amigos y amigas que detrás de ellos charlaban en el antepalco, ni de la aglomeración apiñada debajo de ellos o a su alrededor. Un momento se levantó la joven. El brazo de la señora de Montclerc estrechó el de Duclós aún más convulsivamente. Pregy pareció titubear un segundo y acabó por levantarse. La joven y él se dirigieron a la puerta del palco. Apenas hubieron salido, cuando Duclós se sintió arrastrado por su compañera, que le decía con un dolor cuya causa ya no podía ignorar:

— Vámonos, Guillermo, pero en seguida... Abre-me paso... En seguida—repitió con una insistencia febril—, en seguida—. Y cuando ganaron de nuevo el pasillo, después de atravesar la muralla humana en sentido inverso, añadió con el mismo frenesí: —¡Ahora, a la puerta de salida! ¿No hay más que una, verdad? ¡Ah, Dios mío! ¡Con tal que no haya más que una!... — Visiblemente estaba descompuesta. Ca-

minaba arrastrando a Duclós, al cual se agarró de pronto con las dos manos para no caerse. El joven del palco acababa de pasar junto a ellos, tan cerca que les rozó. Iba dando el brazo a la mujer del antifaz de perlas falsas. El abrigo de ella, lo mismo que el de su caballero, probaban que salían del teatro. La señora de Montclerc inició un gesto para tocar a Mauricio Pregy en el hombro; pero se contuvo y se contentó con apresurar el paso detrás de la pareja. Cinco minutos después, un carruaje, llamado por uno de los *golfos* que a la puerta del teatro acechan la salida, llegaba al peristilo. Pregy desapareció en él con su conquista de aquella noche, gritando al cochero el nombre de una villa. Largo tiempo hacía que aquel coche había doblado la esquina, cuando la señora de Montclerc estaba aún en la acera, anonadada por lo que acababa de confirmar, incapaz de hablar, de moverse, de comprender.

— Señora—le dijo al fin Duclós, asustado por aquella especie de estupor de que la veía poseída—. ¡Señora!...—Ella le miró y, como despertando de un acceso de sonambulismo, le reconoció. Luego, prorrumpiendo en una risa nerviosa que le conmovió por el sufrimiento que en ella había: —Es verdad; estaba usted ahí, amigo mío... Creí que me iba a poner mala... Hacía demasiado calor en esa sala... Pero ahora estoy bien, muy bien... ¿Quiere usted que vayamos a cenar?... ¡Ah! usted me quiere, sí, usted me quiere...—Y repitió: —Lléveme a cenar. Esto será alegre, muy alegre...

— Está usted tan nerviosa—dijo él, al verla aún sacudida por aquella risa espasmódica—. ¿No cree usted que sería mejor volver a su hotel para que descanse?...

— ¿Yo nerviosa?—exclamó ella—; no, yo no estoy nerviosa, le repito que estoy contenta. ¿No quiere

llevarme a cenar?... Confiese que eso es extraordinario...

— Está bien—añadió él—, vamos a cenar.

III

He dicho que Guillermo Duclós se había conservado sentimental en medio de la más prosaica de las existencias, la de un soltero rico en París, cuya gran preocupación consiste en correr aventuras a sus anchas en el gran mundo o en el mundo galante. Es decir que, llegada la ocasión, este sentimental podía ser un cínico. Montado en el coche con la señora de Montclerc, y una vez que hubo dado al cochero la dirección de un *restaurant*, aquel cinismo apareció en él en seguida:

— Ella tiene un amante. El la engaña. Ella acaba de recibir la prueba... y quiere vengarse conmigo. Yo sería un tonto si no me aprovechase...—Si no se hacía este razonamiento con tal precisión, empezó por arreglar a él su conducta. Tan pronto como el coche se puso en marcha, cogió la mano de su compañera y depositó en ella un largo beso, diciendo:

— Si dudé hace un momento en obedecerla, es porque no quería creer en mi felicidad... ¡Figúrese! Apenas si me ha dejado usted declararle mis sentimientos... Cuando yo le decía que la amaba, en los primeros días, tenía usted una manera de escucharme tan burlona, que yo no encontraba palabras para expresarme... y me alejaba repitiéndome: Eres un viejo loco. Ella no se interesará jamás por ti... Y ahora, ¡estar solo con usted en este carruaje, ir adonde vamos!... Me parece que sueño... Pruébeme

que no sueño, Luisa, permitiéndome mirar sus hermosos ojos, acariciar sus lindos brazos, besarla... ¿Me lo consiente usted?—Estas palabras no dejaban duda sobre la interpretación que el «amigo» daba al consentimiento de ella de ir sola con él al *cabaret*. Duclós las había pronunciado con un ardor en que entraba—por extraño que esto pueda parecer—como un prejuicio de conciencia. No se ha vivido impunemente un cuarto o más de siglo en sociedades donde reina todavía la moral expuesta con tanta gracia y tanto impudor por Besenval, en sus célebres *Memorias*: «Haber en los hombres, *seducción* en las mujeres, eran los verdaderos motivos que hacían atacar y rendirse. De esta manera se abandonaba con la misma facilidad que se había cogido...» Y además... encontrar tan buena ocasión y dejarla escapar hubiera sido desmerecer para Duclós. A esta consideración de amor propio, casi profesional, se añadía un sentimiento no muy hermoso, pero muy humano, muy masculino más bien. El brusco descubrimiento de que la señora de Montclerc tenía un enredo con Pregy venía a humillar profundamente al amante de los cincuenta años. Su falta de perspicacia le había ridiculizado a sus propios ojos, y más aún la naturaleza de esa elección. Jamás se había dignado fijarse en aquel imberbe de Pregy, y aquel imberbe era el feliz amante de la mujer de quien él, Duclós, no había creído en verdad que hubiese tenido alguno en su vida. Y sin embargo, en el fondo, muy en el fondo de sí mismo, le había concedido el beneficio de la incertidumbre. Esa parcialidad inconsciente es el signo más seguro de una ternura que no se conoce por completo. Algo de esto había todavía en aquel súbito cambio de la actitud de Guillermo: una venganza irritada, un rencor por aquella ternura de que había sido víctima. ¿Víctima? No lo

sería cuando la querida de Pregy lo hubiese sido también suya. Y repitiendo: —¿Me lo consiente usted?...—había ceñido con su brazo la cintura de la señora de Montclerc, atrayéndola hacia sí, sin que ella protestase. Luisa había dejado caer el capuchón que le cubría la cabeza. Cuando los labios de Duclós rozaron los suyos a través de los encajes de su antifaz, ella no retrocedió, pero tampoco le devolvió el beso. Con la boca inmóvil y fría y los dientes apretados parecía un cadáver; pero de pronto, cuando él intentó levantar aquel encaje para un segundo beso más íntimo, ella se apartó de él, al otro ángulo del coche, lanzando un grito. Una convulsión la agitaba más violenta que la del salón de baile, y comenzó a sollozar con una desesperación tan honda, que los bajos sentimientos del hombre afortunado desaparecieron inmediatamente del corazón de Duclós, para no dejar paso más que a la piedad:

— ¡Amiga mía!—suplicaba—. ¡Mi amiga querida, tranquilícese, se lo suplico! ¡No tema!...—Ya no pensaba en engañarla. ¿Es que las voluptuosidades de aquella entrevista iban a reducirse a estrechar con su brazo aquel talle y a rozar aquellos labios cerrados y fríos a través del encaje de un antifaz?... ¡Qué le importaba a él entonces!...—Perdóneme, he sido brutal, pero no lo seré ya. ¡Tranquilícese! ¡Domínesel... ¿Quiere usted convencerse de que no tiene nada que temer de mí?...—Bajando el cristal de la portezuela, inclinándose dijo al cochero: —No vamos al restorán.—gritaba a aquel hombre—, vamos al hotel.—Que era el de la señora de Montclerc. —Ya ve usted que yo tenía razón—añadió con ese tono trivial que se adopta cuando se quiere calmar una crisis nerviosa que no se toma demasiado en serio—. Es mejor ir derechos a su casa para que descanse. Vayamos allí.—El carruaje había tomado la dirección indicada

y la señora de Montclerc se calmaba en efecto; cogió la mano de Duclós con un gesto que probaba la vuelta de su confianza. El le preguntó con una voz profunda, en que vibraba no la vanidad del amigo que sufre una burla, sino los celos apasionados del amante:

— ¿Tanto quería usted a Pregy?...

— ¡Ah!—respondió ella, con la voz profunda de la mujer que no defiende su secreto, que no discute sobre los signos más o menos delatores de una relación que ocultó tanto—. ¡Sí le amó!...

— ¿Hace mucho tiempo?—preguntó Duclós.

— Cuatro años—respondió ella.

— ¿Y antes?—interrogó él crudamente.

— ¿Antes?—repitió ella, y tal dolor se reflejó en su acento que él se avergonzó de aquella nueva brutalidad. Y sin darle tiempo a pedirle perdón: —Es verdad—continuó—, usted tiene derecho para pensar así después de haberle ofrecido a ir a cenar, como lo he hecho. ¡Pero he sufrido tanto allí cuando lo he visto marchar con aquella mujer!... ¡He estado local!... No, Duclós—y a través del antifaz podía ver en sus ojos la verdad profunda de su alma—, le juro que *antes* no ha habido en mi existencia más que mi marido, a quien nunca quise y que me ha traicionado, y mi hijo que murió... Hace de ello cuatro años, yo tenía treinta y seis... Encontré a Mauricio... Era tan desgraciada por el vacío de mi vida... Era una locura, ya lo sabía, unirme a quien tenía catorce años menos que yo... Sí, ya lo sabía, pero mi corazón estaba enamorado... Yo estaba todavía hermosa... y quise tener mi parte de alegría en el mundo... Y la he tenido tan completa... que en este mismo momento me es imposible arrepentirme de haber sido suya... Y, sin embargo, no es hoy cuando yo me he convencido de lo que había previsto, que dejaría de

amarme antes de que yo lo dejara. Pero aunque yo lo prevenía, no creí que esto fuera tan terrible... Comenzó por ligeros abandonos por su parte. Cuando me escribía, sus cartas eran más cortas. Sus visitas a mi casa, menos asiduas... Cuando se ama, ¡cómo se notan estos matices! Yo no tenía más que estudiar-me en el espejo por la mañana al levantarme para saber la causa de aquel cambio... Hace un año, Duclós, que me veo envejecer... Por esto no le desalenté en seguida cuando usted empezó a hacerme la corte... Usted me probaba que yo podía agradar todavía... Tengo que confesarle que yo había hablado de usted a Mauricio y se me había mostrado un poco celoso... Soy yo ahora quien tengo que pedirle perdón; pero es preciso que usted comprenda, es preciso... Aquella sombra de celos que él manifestaba ¡me hacía tanto bien!... ¡De tal manera contrastaba con los indicios de indiferencia que se iban multiplicando!... Hace tres meses una conversación me hizo saber casualmente que se pronunciaba, a propósito de él, el nombre de una mujer... No es preciso decirlo: es una de nuestro mundo. Tuve una explicación con Mauricio en la que al menos fué leal: me confesó su infidelidad con tales lágrimas de remordimiento, con tal desesperación ante mi dolor, que le perdoné... Era sincero, estoy segura. Y estoy segura de que rompió con ella... En enero estuvo enfermo; se le envió al Mediodía... y aquí he venido... y aquí he empezado a sufrir. ¿Es que me guarda rencor por el sacrificio que me hizo? ¿Ha disminuido su amor por mí? ¿Se ha cansado de mí y de mis quejas?... En fin, estoy celosa... Me dijeron que ahora tenía ciertas relaciones y he querido saberlo... Ya lo sé...

Se calló. Su respiración se hizo fatigosa. Desató su antifaz como si hasta aquel fino encaje la impidiese respirar todo el aire que necesitaba. A la débil cla-

ridad que sobre el carruaje proyectaban los farolillos a la veneciana que empavesaban la avenida, Duclós miraba aquel rostro encantador. En efecto, los cuarenta años estaban grabados en él con huellas que se le hicieron más querido; le devolvió todo su arrebató de un momento antes, y con el corazón agitado, le dijo:

— Y ahora que usted lo sabe... ¿qué va a hacer?

— ¡Ahl—gimió ella—yo querría, para estimarme a mí misma, pensar que tendría la suficiente energía para romper... No la tendré—continuó con una infinita amargura—. No la tendré, ni aun para ocultarle que le he espiado y sorprendido. Le volveré a ver. Le hablaré con todo mi enojo y con todo mi rencor, y luego seré yo quien le pida perdón. Sé que volveré a empezar y que he entrado en el infierno de mi felicidad... pero también sé que esto es justo... El tiene veinticinco años. Yo voy a cumplir cuarenta. La vida es para los jóvenes, y yo ya no lo soy. Yo ya no tengo derecho a ella.

— La vida es para los jóvenes—repitió él, protestando con vehemencia—; no toda, sin embargo... Acompañándola esta noche, respetándola, conduciéndola como la conduzco sin exigir nada, ¿no la pruebo que hay ciertos sentimientos que pertenecen a todas las edades? Puede ser joven el corazón, cuando los años no lo son...

— Es verdad—respondió ella, meneando la cabeza—, pero no es entonces más que para sufrir...

Dijo esto con un acento tan triste, que él no encontró nada que responder. Así estuvieron callados durante los cinco minutos que les separaban del hotel de la señora de Montclerc. Al detenerse el carruaje, dijo ella a Duclós:

— ¡Qué amable ha sido usted conmigo esta noche, Duclós! ¿Quiere usted ser siempre mi amigo?...

— ¿No irá usted a pedirme que no vuelva a verla?...—suplicó él estremeciéndose.

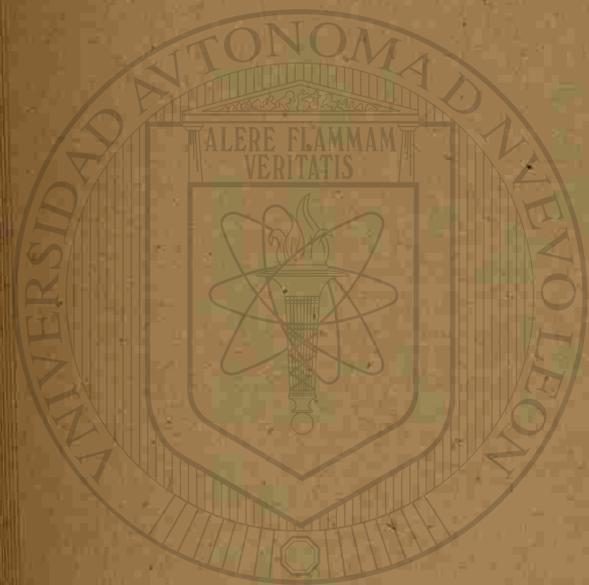
— Sí—respondió ella—; al menos, durante algún tiempo. Me sería muy doloroso encontrarme con usted mañana—y añadió cerrando los ojos, hasta tal punto la certeza de su debilidad la iba doliendo—; todavía más, pasado mañana...—y muy bajo—: Tendría mucha vergüenza delante de usted.

— La obedeceré—dijo él sencillamente.

Ella no le dió las gracias. Se miraron un minuto. Lo extraño de la situación estaba simbolizado por el contraste entre sus disfraces de carnaval y las frases que acababan de cruzarse. Luisa pareció querer añadir una palabra más. Luego, bruscamente, como si ya la presencia de aquel testigo de su reciente degradación le fuera insoportable, saltó a tierra, cubriéndose con su dominó, y se encaminó a su hotel con paso rápido, sin volver la cabeza. Duclós hizo ademán de lanzarse en su persecución, y después, encogiéndose de hombros, subió al coche, dando ahora la dirección de su hotel y repitiendo indefinidamente:— La vida es para los jóvenes... La vida es para los jóvenes...—Jamás tristeza más honda le había invadido el corazón, que la que en aquel momento le ahogaba en medio de aquella ciudad alegre, donde seguía agitando la loca multitud.

1906.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICA
CALLE FUENTES N. 133
APO. 1122-MONTERREY, MEXICO



COMPLICIDAD

Encontré a Edme Raymond en el andén de la estación de Milán, al subir yo a uno de esos trenes enfáticamente calificados por los italianos con el nombre de *lampo*—¡relámpago!—. En los cuales, estad seguros de que llegaréis con dos horas de retraso, en un trayecto que dure cinco. ¿Cómo enfadarse? Si os quejáis, os responden:—Es el destino italiano, *il destino italiano*...—con sonrisa de finura irresistible. ¿Se burlan de ellos mismos? ¿Se burlan de vosotros? Y perdonáis al *lampo* sus paradas interminables en estaciones donde espera el enlace, la coincidencia que jamás se verifica. ¿Cómo enfadarse otra vez, cuando se acaban de ver los divinos Luini de la *Brera* y se van a visitar mañana el *Palacio Rojo* y el *Palacio Blanco* en Génova? Porque era Génova adonde yo iba cuando Edme Raymond se me acercó. También él iba allá.

—¿Quiere usted que hagamos el camino juntos?... —me preguntó—Y le contesté, precediéndole en el departamento, un «¡Con mucho gustol» que no era

muy sincero. No es que Raymond me sea antipático: es un muchacho muy fino, y aunque algo amanerado para mi gusto, es un compañero leal. Desde hacía veinte años que nos conocíamos—no sé bien de dónde—, jamás tuve con él relaciones superficiales. Charla admirablemente. Ha leído mucho y es culto. Su fortuna le permite viajar y ha visto bastante. Es, sin embargo, un parisiense; y cuando no se ha podido disponer en el invierno más que de una veintena de días para darse un baño de Italia, se temen todos los encuentros que conducen, aunque no sea más que el pensamiento, al París abandonado. A un charlatán, así tuviese el ingenio de un Dumas o de un Barbey d'Aureilly, se le huiría, y Raymond no se parece, ni de cerca ni de lejos, a aquellos dos maestros de la charla, los más fecundos que yo conocí, allá en los tiempos de mi juventud.

...Yu su'l mio primo giovenili,
Quand'era in parte altr'uomo da quel ch' isono.

Es oportuno citar esos versos deliciosos, del delicioso Petrarca:

«Cuando yo era en parte otro hombre del que soy...»

Edme es un hablador corriente. Se sabe, casi de antemano, lo que las gentes como él piensan respecto a las cosas que están en moda en los salones inmediatos al Arco de Triunfo: ayer exaltaban las novelas de Tolstoy y las de d'Annunzio; hoy celebran la escultura de Rodin y la pintura de Bernard. Mañana... Hace tiempo que yo aprendí a distinguir, entre las habladurías de ese género, las opiniones que siempre son un eco, y las anécdotas que pueden ser originales. Raymond me contó una que me lo pare-

ció y que yo quería contar a mi vez. Pertenece a la serie de los «casos de conciencia». Diga lo que quiera Pascal, todo el interés de la vida humana está en esos escrúpulos y en sus soluciones. Mi compañero me refirió esa historia, mientras nuestro tren iba de Novi a Sampierdarena, sobre los altos muros de mampostería que se suceden a lo largo del estrecho valle por donde serpea el bravo Scrivia. Habíamos cambiado al azar del camino bastantes palabras, cuando esta simple pregunta:—¿Dónde para usted, en Génova?—provocó su confianza.

Yo le dije un hotel algo apartado de la ciudad y que me place por su hermoso jardín.

—Entonces nos separaremos—me respondió—. Figúrese que ese hotel está asociado para mí a un recuerdo demasiado triste, y yo tengo la superstición de no volver jamás a los lugares donde me ha sucedido una aventura desagradable... ¡Una aventura! Algo fuerte es la palabra, pero sin embargo...—Y después de un silencio—: ¿Quiere usted que le cuente esa historia? Desearía saber lo que usted hubiese hecho en mi caso. Cambiaré los nombres. Por otra parte, no conoce usted a los personajes...

«Hace de esto quince años—comenzó—; era en mi primera visita a Génova. Había parado en ese hotel por la misma razón de usted. Era en otoño, un admirable octubre de la Costa Ligur. Había visitado detenidamente durante el día los palacios y las iglesias, los Van Dyck del Brignole-Sale, los del Balbi y sus Tizianos, los frescos de Perin del Vaga en Doria y San Stéfano, y Santa María de Carignano, y las estatuas de San Lorenzo; ya ve usted que soy un turista concienzudo... Al atardecer estaba sentado en un bosquecillo del jardín de dicho hotel, tomando notas sobre mis impresiones de la mañana y de la tarde, cuando me sobresaltó el sonido de una voz a

pocos pasos de mí en una avenida, de la que me separaba un seto. Una mujer hablaba, creyendo firmemente que nadie la escuchaba. A su lado caminaba un hombre. La frase que decía era bien frívola, toda vez que los dos eran jóvenes:

— ¡Ah, querido, querido!—decía ella—, jamás hubiera podido soñar estar aquí contigo, ante este mar, bajo este cielo y con tantas horas gratas delante de nosotros... Diez y ocho aún, puesto que mi tren parte a mediodía...

— Tampoco yo—respondía él—esperaba que pudieses verte libre... Pero seamos prudentes. Volvamos al hotel. La habitación es segura y el jardín no lo es. Podríamos encontrar a alguien...

— ¿Y qué?—preguntó ella—. Es tan agradable respirar este aire, contemplar esta puesta de sol, contigo...

— Cuánto mejor hubiera hecho siguiendo antes mi idea—continuó él—, examinando la lista de viajeros cuando he llegado...

— ¡Malol!—dijo ella, con un tono de tierno reproche—. ¿Sientes no haberme robado esos cinco minutos?... ¡Oh! Si me amases, no razonarías tanto; no tendrías esa prudencia...

— Pero si es por ti, amada mía—agregó él—. Es por ti, a quien yo querría evitar disgustos a toda costa.

— ¡Que vengan!—suspiró ella—. Habré sido tan feliz que, después de todo, me será igual todo. ¿Entiendes? Todo...

Pasaron sin verme. Y ahora juzgue usted del grado y la naturaleza de mi emoción. En aquella amante que no podía reprimirse para pregonar así su felicidad, reconocí a la mujer de uno de mis amigos más íntimos, más íntimos; el más íntimo puedo decir. Le llamaré, para continuar mi relato, Carlos Routier, y

a su mujer, si le parece, Margarita. El cómplice de aquella cita en aquel hotel apartado de Génova me era desconocido. Sepa usted también que aquella mañana, al ir al correo a buscar mi correspondencia, me encontré con una carta del mismo Routier, que me escribía desde París y me decía que su mujer aprovechaba el viaje de una prima, que la había invitado para pasar quince días en Florencia y en Roma. Me decía el nombre de la prima, con gratitud, por el placer que procuraba a su querida Margarita. Los Routier no eran ricos. El estaba en los comienzos de su carrera de abogado, que luego ha sido de las más brillantes. Por el contrario, la prima, que lo era por parte de la señora de Routier, tenía cien mil francos de renta. Yo sabía esto también, por haber asistido a la boda de Carlos como segundo testigo. Y a esa prima era a quien yo daba el brazo en el acompañamiento. Hacía de esto cinco años, cinco cortos años, y hoy...

Los dos imprudentes amantes habían entrado hacía bastante tiempo en la habitación donde, sin duda, cenaban frente a frente, con esa intimidad peligrosa y embriagadora que constituye la delicia de las relaciones ocultas. Tienen, en otro sentido, tanto de baja humillación, que es necesario reconocer su poesía para explicarse su atractivo en sensibilidades, por otra parte delicadas. Yo continuaba sentado en la mesa del jardín, frente a mi cuaderno, abierto por la página en que—lo conservo en la memoria con la precisión indeleble de algunos recuerdos—estaba escrita la primera mitad del nombre del escultor de Luca, Civitali, a propósito de su Zacarías... Usted le conoce bien: aquel hermoso sacerdote hebreo, con la túnica y la Tabla de la Ley sobre el pecho, los dos brazos medio levantados y las palmas abiertas... Sí, es muy singular, pero es así. Yo no podría volver a

ver esa bella escultura; de tal manera su imagen permanece estrechamente asociada en mi espíritu a las impresiones que allí me sobrecogieron y que quizá fueran las más dolorosas de mi vida. Si Routier no hubiera sido mi íntimo amigo, yo habría sufrido más melancolía que ironía (Pero ciertas ironías, ¿no son tristezas?) al cerciorarme del rápido hundimiento de aquel hogar. El simple contraste entre la ceremonia nupcial y aquella cita, me hubiera llenado de amargura. Routier era mi amigo y adoraba a esa mujer, que se había casado contra la voluntad de los padres. Yo sabía que él se abrumaba de trabajo por ella, para mirarla y satisfacerla. Yo sabía que no tenía hijos de ella, y que los deseaba ardientemente. Junte todo esto y comprenderá el terror que me causó aquel repentino descubrimiento: esa mujer, de tal manera idolatrada, engañaba a mi amigo. ¿Cuándo había comenzado aquella aventura? ¿Dónde había encontrado a ese hombre que yo no recordaba haber visto jamás en su casa? ¿Cuál era el papel desempeñado por la prima? ¿Estaba de acuerdo con Margarita, o, por el contrario, había ésta encontrado el medio de burlar su vigilancia, como burlaba la de su Carlos, con un hábil pretexto? ¿Era la primera vez— a pesar del tuteo, estas cosas no son imposibles— que los dos amantes se veían? ¿Quién sabe si aquel hijo deseado por mi amigo con una pasión de paternidad, que me había confiado, no iba a engendrarse allí, en aquel hotel cuya fachada pintada de claro y llena de ventanas veía yo a través de los árboles del jardín? Todas estas preguntas se agolpaban a mi mente, y todas acabaron por resumirse en esta otra: ¿Cuál es mi deber?

Hay un proverbio indio que usted conoce como yo: «No se debe herir a la mujer ni aun con una flor». La idea caballeresca que contiene está de tal

manera grabada en lo más profundo de nuestro ser, gracias a una herencia secular, que yo desde luego me respondí: mi deber es callar... ¿Callar? Y vi en mi pensamiento a Carlos Routier, como yo le viera tantas veces después de su matrimonio, inclinado sobre los legajos de sus clientes, y recibíendome en su despacho con estas palabras u otras parecidas: «No tengo ni tiempo para estrecharte la mano. Estoy lleno de asuntos. Van aumentando y nuestra fortuna también. Pero nada es trabajo cuando hay una persona a quien dedicar estos esfuerzos». Y mostraba su cara surcada por la fatiga e iluminada por una sonrisa de felicidad. ¡Y mientras él trabajaba así, matándose en la tarea para asegurar el lujo de su mujer, ésta se dejaba cortejar por otro! Ella gastaba en trajes, para agradar a éste, el dinero que ganaba su laborioso marido. Y yo, habiendo oído lo que oí, ¿iba a consentir que aquella explotación que de un hombre honrado y tan cariñoso, hacía una infame, continuase? ¿Callar! ¿Eso era una complicidad! Todos los episodios de mi larga amistad con Carlos acudían a la vez, y le veía, a los diez años, con su blusón de colegial igual al mío; recordaba nuestros juegos de entonces a los quince años, cerca de Tours, en unas cortas vacaciones que yo había pasado en casa de sus padres. Los dos estábamos internos en el liceo de Luis el Grande y ¡éramos tan felices aquel verano por haber dejado nuestro recreo del colegio por la verde llanura por donde corre el Loira! Le veía a los veinte años haciendo su servicio militar conmigo, y luego nuestra vida en el Barrio Latino, cuando seguíamos juntos los cursos en la Facultad de Derecho. Toda nuestra amistad, nuestra fraternidad mejor dicho, de más de un cuarto de siglo, se rebeló en mí contra la complicidad del silencio. ¡Porque eso no sería más que una complicidad!... Si alguna vez los amantes cometían una im-

prudencia—que siguiesen por el mismo camino; la locura del paseo por el jardín del hotel lo probaba demasiado—, ¿me atrevería yo a responder a Carlos, si me refiriese la perfidia de Margarita: «Lo sabía todo»? Y si yo le contestaba así, ¿no se indignaría contra mí por no haberle advertido?... Sin embargo, ¿cómo advertirle? ¿Denunciar a una mujer? ¿Era esto posible? Yo debía carta a mi amigo. ¿No se quebraría mi pluma antes de escribir el relato de lo que acababa de sorprender?... ¿Tengo necesidad de decirle más?... Ya sabe usted por qué el hotel en que pasó la tarde y la noche, agitado por aquel caso de conciencia, representa para mí un recuerdo insoportable. La idea de que la traición tenía lugar en aquel momento a pocos pasos de mí, de que Margarita estaba en los brazos de su amante, en un cuarto contiguo al mío, probablemente, añadía al conflicto moral un horror físico que llegaba hasta el sufrimiento.

Por la mañana mi decisión estaba tomada. Rotundamente no; yo no denunciaría a la mujer. Carlos no sabría nada. No sería ni el primero ni el último marido traicionado en su hogar y viviendo tranquilo. Amando como amaba a esa mujer, demostrarle su indignidad sería precipitarle al suicidio. ¡Ah! ¡Era preferible que lo ignorase todo! En cuanto a mí, esperaba olvidar aquel tan extraordinario encuentro. Margarita Routier no me había visto. Ella no sabía que yo conocía sus amores. No lo sabría jamás. Según lo que dijo en la avenida del jardín, tomaba el tren próximamente al mediodía. Casi a la misma hora yo debía tomar uno en sentido inverso; pero decidí retardar mi salida para no correr el riesgo de encontrarme con ella, aunque yo estuviese bien seguro de que había de ir sola a la estación. No era probable que renovase la temible locura de la víspera y se exhibiese con su amante. No contaba yo

con esa embriaguez malsana del peligro que lanza a los amantes a afrontarlo todo en ciertos momentos. Hay para una querida, que ama apasionadamente a aquel a quien se entregó en secreto y toda entera, una voluptuosidad inexplicable en marchar apoyada en su brazo, en mostrarse con él en público como si fuera su mujer, en publicarlo, en una palabra. ¿Por qué? No me lo explico; pero recuerde usted y comprenderá el hecho. Puede decirse que de cien veces, noventa y nueve, las catástrofes que ponen fin trágicamente a tantos adulterios no reconocen otra causa. La más elemental precaución las hubiera evitado. He aquí un ejemplo más. Yo salí del hotel bastante temprano, después de aquella noche de insomnio, con la idea de volver muy tarde, cuando seguramente Margarita Routier hubiese partido para la estación. Prefería no verla, ni aun sola. Después de recorrer las calles al azar acabé, a eso de las once, por entrar en el Palacio Rojo a ver los retratos de Van-Dyck. Figúrese mi sorpresa al oír de nuevo resonar en las tranquilas salas de aquel Museo desierto la voz que me había impresionado la víspera por la tarde bajo la arboleda del jardín. La mujer estaba allí. ¡Yo que tanto había temido encontrarla aun sola! ¡Ah! ¡Si hubiera estado sola! Una voz la respondía: la de su compañero del día anterior. Yo estaba entonces ante el retrato célebre de la marquesa Paola. ¿Lo recuerda usted? Tiene en la mano un clavel rojo, y lleva un traje verde oscuro... Los amantes se acercaban. Lo conocía en sus voces. Ahora se hablaban de *usted*. Aquella prudencia era para el caso, que ellos consideraban improbable, de encontrarse con algún conocido que les escuchara. Siempre podrían justificar su paseo juntos hablando de un encuentro casual. De pronto se callaron. Con la extrema agudeza que se desarrolla en nuestros sentidos algunas veces,

yo percibí inmediatamente el rumor de un cuchicheo. Cambiaban de tono: Margarita me había visto y reconocido. Sin duda, decía a su amante estas palabras terribles para ella: «Un amigo de mi marido.» Sin embargo, ella no se retiraba. Los pasos se iban acercando más cada vez, y sus pasos sobre el estrado hacían más perceptible el silencio de sus voces. Inmóvil, con los ojos fijos en el lienzo, los brazos cruzados, en una actitud de absorta contemplación, me preguntaba: «¿Debo volver la cabeza?» «No será mejor evitarme y evitarla este trance?... Desde luego es bastante extraño que permanezca así sin moverme... Demostraré, quizá demasiado, que la he visto y que no quiero verla, lo cual es un insulto indiscutible..., porque no quererla ver es admitir que está en una compañía condenable. Saludarla, es darle ocasión para explicarse, para inventar una excusa a la cual yo aparentaré dar crédito. Y mientras razonaba así seguía sin moverme. La pareja se detuvo detrás de mí. Indudablemente la pobre mujer se preguntaría si no estaba yo fingiendo. Sin embargo, no se decidió a abordarme la primera. Con ese valor que las mujeres despliegan para defender su felicidad, se atrevió a hablar en voz alta para que yo me viera obligado a volver la cabeza:

— Tiene usted razón — dijo —; esta pintura es la más bella de esta galería... Le agradezco que me la haya enseñado, y celebro la casualidad que me ha hecho encontrarle... Espero que volveré a verle en París... Ahora tengo que regresar en seguida para no perder mi tren...

Era imposible, a menos de estar sordo, que yo no la oyese. ¡Y no me volví! Margarita Routier dudó un segundo. Luego se alejó, como si tampoco ella se hubiese apercibido... ¡Y su discurso no era más que para mí... El joven la siguió momentos después, du-

rante los cuales yo persistí en mi inexplicable actitud de contemplación hipnótica ante la Dama pintada por Van-Dyck. Tal como pudo estar, en el mismo Génova, Enrique Heine ante el retrato de la princesa que se parecía a María la muerta. ¿Recuerda usted las páginas de los Reisebilder? Pero Heine no se entregaba a esa adoración teniendo detrás de sí a la mujer de su mejor amigo dispuesta a hablar en alta voz. Era un poeta un poco loco a quien estas contemplaciones ante las bellezas pictóricas o estatuarias eran familiares, mientras que a mí, ¡un pobre parisiense!... La verdad es que cuando los pasos del amante de la señora de Routier se alejaron también y yo comencé a andar, caí en un estado de remordimiento que renunció a describirlo. Afectando no ver a Margarita, la había hecho saber, tan claramente como con palabras, que la creía culpable y de qué la creía culpable. No hay duda que lo primero que hizo él al entrar en el hotel fué consultar el registro de viajeros. Allí vería mi nombre, y de ahí deducirían la verdad: que yo había descubierto su presencia en aquel sitio. Para no volver la cabeza en la galería del Palacio Rojo, era preciso que no me sorprendiese su encuentro. De no ser así, la sorpresa me hubiese arrancado un gesto. Lo cierto era que yo no podía, a los ojos de la mujer de Carlos, aparentar que ignoraba su amorío. Ella *sabía* que yo *sabía* la existencia del amante, y *sabía* que *sabía* quién era. ¿Qué serenidad íbamos a tener cuando nos viéramos frente a frente? Yo había tenido el horror de una complicidad, y ahora me veía forzado a ella. Cuando un culpable tiene la convicción de que conocemos su falta, y de que le protegemos con nuestro silencio, tiene el derecho de considerarnos como en connivencia con él. ¡Cuánto mejor hubiese sido prestarme a la farsa a que ella me invitaba con su frase! ¡Si yo me hubiese

vuelto sencillamente... Si yo le hubiese dicho: «¿Usted por aquí, señora?» Ella no hubiera presentado a su compañero diciéndome que le había encontrado en Génova por casualidad. Habría escrito a su marido, y yo lo mismo. Y en lugar de esto, ahora sería menester que ella se callase delante del marido para no contradecir lo que yo le dijese, si es que le decía algo. Nuestras relaciones estaban envenenadas para siempre por mi tontería o mi escrúpulo. Aquella aparente discreción era más acusadora que nada.

El primer efecto de esa situación completamente falsa fué hacerme imposible, durante los doce días que duró aún mi viaje, contestar la carta del marido burlado. Por primera vez quizá desde nuestra juventud estuve dos semanas sin pedir a Carlos noticias suyas y sin enviarle las mías. De regreso a París estuve todavía otras dos semanas sin pensar en visitarle. Bien me daba cuenta de que esto era aún más irrazonable que mi actitud en las galerías del Palacio Rojo. Carlos no podía dejar de extrañarse; pero yo estaba resuelto a no denunciar a su mujer. ¿Por qué, pues, retardar tanto mi visita? Me hacía todas estas consideraciones, y luego la idea de asociarme al ultraje más atroz que pudiera recibir aquel hombre me detenía. En esto, me hallaba un día solo en mi casa preguntándome cuándo reanudaría las relaciones que mi retraso hacía cada vez más difíciles, cuando un criado me anunció que una señora quería hablarme. Dí orden de que pasara, y vi entrar en mi salón a Margarita Routier en persona.

— Estoy perdida— fué su primera palabra. Sin más explicación, y bruscamente, como loca, agregó: — El destino ha puesto mi secreto en sus manos. Usted no me ha delatado a Carlos; ya lo sé. Por eso no va usted a nuestra casa. También lo sé...; usted tiene corazón; usted tendrá compasión de una desgracia-

da. Le repito que estoy perdida... Estoy encinta...

Ya no era la complicidad pasiva lo que la infortunada me pedía; era la complicidad activa. Había vuelto de Italia hacía tres días tan sólo. Ciertos síntomas la manifestaron que estaba embarazada desde hacía un mes. Le diré lo que ella me confesó también entre sollozos: desde que tenía un amante había pretextado desarreglos de salud para vivir separada del marido. Aquella maternidad la sorprendía como una amenaza más terrible, puesto que estaba allí yo, el íntimo, casi el hermano del marido, para referir lo que había visto. Había intentado escaparse con el amante; pero al intentarlo no había hecho más que descubrir la verdadera naturaleza de los sentimientos de aquel hombre. Había pensado en el suicidio. El instinto de conservación la detuvo. En su delirio acudió a mí porque yo sabía su secreto, como ella me dijo, para implorar de mí compasión... ¡Ah! ¡Allí vi qué frágil es, qué débil la pared que nos separa del crimen! Iba a suplicarme que la acompañase a casa de un médico de quien ella pretendía... ¿Qué? Una ayuda malvada para detener aquel embarazo acusador. ¡Necesitaré decirle lo que yo le respondí, y mi consejo, mi súplica de que viviese, de que no atentase contra su vida ni contra la del ser que llevaba en sus entrañas? Todavía me veo diciendo: «Confíeselo todo a Carlos antes. Se separarán ustedes. Tendrá usted su fortuna, su hijo. Encontrarán un medio de divorcio. No tendrá usted sobre su conciencia el eterno remordimiento de un asesinato. ¡Y qué asesinato!»

A medida que hablaba se iba calmando un poco, y se retiró jurándome que no cometería ni un suicidio ni un infanticidio. Al día siguiente todas mis vacilaciones para volver a la casa habían desaparecido, como usted puede suponer. A las diez estaba en la

morada de Carlos Routier, seguro de encontrarle en aquel momento. Su cariñosa acogida me probó que no sospechaba el drama que en su hogar se desarrollaba.

— No debía recibirte — me dijo alegremente —. ¿Qué significa tu conducta? Margarita no sale de su asombro. Ha regresado de Italia encantada de su viaje... Pero veamos, ¿qué ha pasado? Yo pensé: un amorío... ¿No te decidirás a casarte? Y, sin embargo, la felicidad está en el matrimonio. ¡Sólo allí, créemelo...

Paso por alto las razones que le dí para justificar mi silencio y mi ausencia. Aquella misma noche cené con ellos al lado de la desesperada de la víspera, cuyo rostro impenetrable parecía haber olvidado completamente la crisis pasional que atravesaba y el horroroso peligro suspendido sobre ella. Comprendí qué solución, fácil de adivinar, había dado al trágico problema al recibir de Carlos, un mes más tarde, otra confesión. Había cenado en su casa y fumábamos frente a frente:

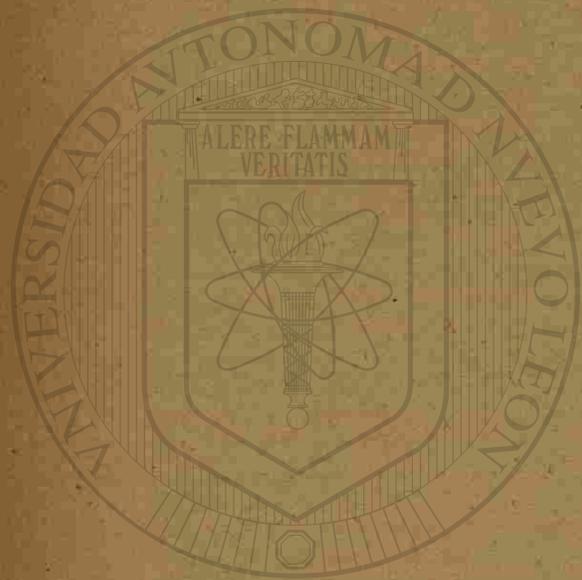
— Amigo mío, soy feliz. Mi sueño va a realizarse. Tengo esperanzas de ser padre. Tú serás el padrino...

No bien pasados ocho meses nació un niño, cuyo peso me anunciaba el presunto padre con un orgullo del que yo no me sonreí.

— Sí, amigo mío... Aquí una cifra de kilos extraordinaria y antes de tiempo. ¡A los siete meses y medio! ¡Es admirable!... Yo tenía miedo. ¡El doctor me ha tranquilizado!... Es un médico de primera. Margarita supo su dirección por una casualidad, por una de sus amigas, al venir de Italia. Para entre nosotros, ella había sufrido bastante y yo no esperaba ser padre; pero esto era cosa de nada. Con algunos pequeños cuidados que él la indicó... Una vez más: soy muy feliz...

Mientras me hablaba me sentía desfallecer de vergüenza. ¿No era yo uno de los que se habían confabulado para mantener la atroz ilusión en que de ahora en adelante iba a vivir y a envejecer? Yo comprendí que, una vez fuera de mi casa, Margarita Routier había ido a casa de un doctor cualquiera; que ella le habría hablado del aborto, y el médico aconsejaría a su cliente aterrada volver sencillamente a su hogar, comprometiéndose él, el día del alumbramiento, a hacer aceptar fechas, después de todo verosímiles... ¿Tuve o no razón en no hablar en seguida? ¿Tuve o no razón en callarme entonces?... Después de tantos años sigo preguntándomelo sin poderme responder. ¿Hice o no hice bien en tener sobre la pila bautismal a aquel niño, cuyo verdadero padre conocía?... No es, sin embargo, un ahijado lo que me causó, ni me causará jamás, muchas molestias. Menos de seis meses después de su nacimiento, la madre encontró medio para enemistarse con Carlos, enemistad que yo no he tratado de impedir. Me resultaba enojoso ir a aquella casa. ¿Comprende usted ahora por qué no le acompañaré al hotel de Génova?»

¿Es preciso que diga que yo tampoco, por simpatía a Edme Raymond, paré aquella vez en el hotel? Muchas veces me he preguntado después lo que yo habría hecho, como él me dijo. Para un verdadero amigo, ese silencio es culpable. ¡Y hablar es tan cruel! Esa es la prueba de que es necesario ignorar ciertos secretos. El mejor partido en la vida es cerrar los ojos y los oídos para no conocer las faltas de los demás. Es la única manera de vivir completamente en paz. ¡Pero eso no siempre es fácil!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

LA AMENAZA

I

La alegre claridad de un cielo invernal, despejado y sereno, entraba a raudales por la ventana del saloncillo en que la señora de La Guerche sostenía con su hijo una conversación que debía ser para los dos bastante dolorosa, porque a ratos rodaban gruesas lágrimas por las mejillas del joven, que paseaba nerviosamente, y el semblante de la madre reflejaba una angustia casi trágica. A los cincuenta y siete años recién cumplidos, la señora de La Guerche recordaba aún, por la regularidad de sus facciones y la esbeltez perdurable de su talle, a la bella Enriqueta, del París mundano después de la guerra, la que inspiró y compartió tantas pasiones, la que se comprometió con el elegante Giobbe, con el hermoso Casal, con el gran Videville, con el insignificante Liauran, con... — Como decía aquél: «¡Son demasiados!» Conservaba la dulzura de sus ojos negros y los blancos dientes de su sonrisa; pero ni aquellos ojos habían vuelto a reflejar una mirada de alegría, ni aquellos hermosos dientes volvieron a sonreír desde la

muerte de su otro hijo, el mayor de los dos, arrebatado rápidamente tres años antes por una gripe infecciosa. El dolor había convertido a la hermosa mujer, que declinaba, en una anciana siempre enlutada, de cabellos grises, de pupilas graves, de boca triste, de tez pálida por la reclusión, de arrugas que la melancolía profundizaba más cada vez, y que ya no frecuentaba el mundo. ¿Por qué rareza aquella pasión de sus hijos se había conciliado con los hábitos de una duradera galantería? —Porque la historia de Liauran no era muy antigua. —La vida de las mujeres más difamadas presenta problemas insolubles. No por ser inexplicables los hechos dejan de serlo, y los más temibles murmuradores del casino se verían obligados a reconocer la sinceridad de Enriqueta, si la hubiesen visto escuchar a su hijo aquella mañana entre aquellos muebles algo antiguos que habían, en otro tiempo, oído tantos otros discursos.

Aquella conversación comenzó por una confianza del orden más humilde y más burgués: un principio de celos. Pero para comprender qué secretas fibras conmovían en el corazón de la madre las frases de aquel hijo, hoy único, es preciso decir que la señora de La Guerche se había hecho, o había vuelto a hacerse tan ferviente piadosa o, mejor, devota, como había sido alocadamente frívola. La fulminante catástrofe le había infligido ese pavor que no desaparece: el de una justicia misteriosa suspendida sobre ella. Su conciencia despertó aterrada. Examinó el pasado en toda su desnudez y reconoció en el terrible golpe una expiación. ¿Sufriría aún otra? ¿Iba a ser herida en el hijo que la quedaba y que parecía reunir en él todas las venturas de la suerte: treinta años, hermoso y bien casado? Contrajo matrimonio, gracias a la diplomacia de Enriqueta, con una prima de Casal, precisamente con Elena Tournade, la hija

del opulento industrial. La señora de La Guerche se felicitaba entonces de que su antiguo amante hubiese seguido siendo amigo y que dirigiese la fundación del hogar de su hijo. Con sus nuevas ideas, ese recuerdo la espantaba ahora. ¿Cómo no iba a sentirse conmovida hasta lo más íntimo mientras Roberto, su Roberto, le descubría en su hogar una tragedia latente que ella sospechaba desde hacía varias semanas, sin querer creer en ella? Había llegado el hijo con una angustia cuya huella leyó la madre inmediatamente en su rostro. Apenas llegado, se preocupó de saber si su padre estaba allí, y al enterarse de que había salido de caza y que su entrevista no sería turbada, se reflejó en él cierta tranquilidad. Ella le había molestado; él la suplicó que no bromease, y prorrumpió en sollozos... Luego, con la decisión de carácter que acusaba su noble fisonomía, virilmente, solemnemente, en nombre de su hermano muerto, la había conjurado para dar el paso que iba a pedirle y que ella temblando prometió. A esto siguió un relato todavía confuso y vago, el de una cena dada por Elena y él la víspera, que era el 6 de enero. Varios matrimonios jóvenes y algunos solteros se habían propuesto pasar los Reyes en su casa. La suerte concedió el haba a Elena (1), que había elegido por rey a uno de los contertulios de la casa, a Juan de Albiac, amigo de la infancia de Roberto. Sólo al pronunciar este nombre, el acento del joven se alteró de pronto y la confusión se hizo entrecortada por las lágrimas y los gritos de cólera. Roberto estaba celoso de Elena por causa de Juan de Albiac, celoso

(1) Alusión a una costumbre francesa del día de Reyes que consiste en servir un pastel en el cual se ha colocado un haba. Dividido el pastel en los trozos correspondientes a los comensales, aquel a quien le toca el haba, si es hombre, elige reina; si es mujer, elige rey.

hasta morir de celos, y venía a referírsele a su madre. ¿Con qué objeto? La señora de Guerche se estremecía y la piedad por la desesperación del hijo le desgarraba el corazón mientras le oía gemir:

— ¡Ah! ¡Madre mía! ¡He vacilado tanto antes de recurrir a usted!... Compréndame bien: yo no acuso a Elena; pero repito que estoy celoso y que sufro, aunque no me reconozco el derecho de sospechar su conducta... Estoy seguro de que ella no ha olvidado jamás lo que me debe a mí, lo que debe a nuestro hijo, lo que debe a usted, a usted que ha atravesado la vida sin mácula... —Y no notó que la señora de La Guerche cerraba los ojos. Aquella prueba de la fe que su hijo tenía en ella, le hacía daño.

— Sí—insistió él—, estoy tan seguro de Elena como de usted. Ella es inocente... ¡Ay! No basta que una mujer sea inocente; es preciso que no despierte ni una sospecha...

— En Elena no la hay—interrumpió la madre vivamente—. Yo lo sabría. El eco habría llegado hasta mí.

— La calumnia no va tan de prisa—replicó el hijo—. Piense que Elena no tiene más que veinticinco años y no se habla de una mujer tan joven hasta que no ha dado mucho pábulo a la maledicencia... Sin embargo, si no se comenzase a notar que tiene predilección por Juan, ¿se les invitaría siempre a la vez? Anteayer, en casa de los Corcieux, ¿qué vecino de mesa la dieron? Juan... Hace tres días fuimos a la Comedia al palco de la señora de Ethorel. ¿Quién estaba invitado con nosotros?... Juan... Hace cinco días... Pero sería menester referir detalladamente todas nuestras semanas de este otoño y de este invierno. ¿Son indicios, sí o no, éstos continuos encuentros que nuestros amigos le preparan? Admitamos que no son más que casualidades y que el mundo no se

ocupa ni de Elena ni de Juan. Pero no está solo el mundo: está mi corazón. ¡Usted no sabe lo que un hombre sufre viendo flotar en torno de su mujer una influencia que no es la suya!... Los gustos, las ideas, las lecturas, las simpatías, las antipatías, todo en Elena lleva trazas de cambiar totalmente, y ¿cuál es la causa de todos estos cambios? De Albiac. ¡Le conozco tan bien! ¡Hemos vivido tantos años juntos!... Escuche: ¡Ya sé que son futilidades, como las coquetearías de mi mujer anoche en la cena de Reyes! ¡Pero de futilidades está hecha la vida del corazón! Detestaba a las mujeres que fuman, y ahora fuma ella y fuma cigarrillos de tabaco ruso... Ella no montaba a caballo, y ahora ha comenzado a cazar... y ¿en qué tren!... En el mismo que él... Usted me dirá que son cosas mías. Por mí no ha ido tres veces en cinco años; por él ha ido diez veces este invierno... Ella no se ocupaba de política; usted sabe lo apasionado que es Juan en sus opiniones. Hoy, ella tiene las mismas... Hasta en su atavío ha cambiado. Siempre le han gustado a él las mujeres lujosas, de vestidos atrayentes y a la última moda. Elena era tan sencilla, tan natural... Hoy se adorna para él... Lo peor es que ella no lo sospecha, que sufre esa sugestión sin darse cuenta. Yo insisto en no acusarla, yo no recelo de ella. Si ama a Juan, es sin saberlo... Pero yo soy muy desgraciado...

— ¿Por qué no le has hablado sencillamente?— preguntó la señora de La Guerche—. En lo que me dices no hay nada, nada, nada—insistió—, más que niñerías... ¿En qué consistió, por ejemplo, la escena de anoche en la comida? En nada. Tu padre estaba allí, y ni se ha ocupado en referírmela esta mañana. Eso prueba que no son más que visiones...

— Mi padre está enamorado de Elena, desde luego. Todo lo que ella hace, está bien hecho... Pero si

usted hubiese estado allí... ¡Ah, mamá! ¡Si usted hubiese visto sus ojos!...

— Yo habría visto lo que veo: que eres un loco... — repuso la madre—. Sí, un loco es quien alimenta quimeras semejantes y no las manifiesta a la única persona que podría disiparlas con una palabra. Si os hubierais explicado de una vez para siempre, no te hubieras envenenado el alma tan inútilmente. ¿Tú esperas de mí un paso, me has dicho?

Y no pudo disimular su ansiedad mientras añadía:

— ¿No irás a pedirme que la hable en tu lugar? ¡Eso sería tan imprudente, tan peligroso!...

— ¡Imprudente? — respondió el hijo—. ¿Peligroso? ¿Por qué?... Pues sí, mamá, has adivinado... He venido a suplicarte que des ese paso: es el único medio que puede devolverme la paz. Vete. He medido el pro y el contra... ¡Imprudente?... ¿Peligroso?... — repitió—. La imprudencia sería tener yo una explicación con Elena, en el estado en que me ves. El peligro sería exponerme a herirla para siempre quizá, con alguna palabra que se me escapase... Hace seis meses, cuando empecé a sospechar de Juan, hubiera podido confiarle a ella. Hoy he sufrido ya mucho y no sería dueño de mis nervios... Por otra parte, no se trata de hablarla en mi nombre. Mis susceptibilidades, mis pensamientos, mis celos, no importan nada. Se trata de saber: eso es todo... — Y cogiendo con su mano febril la mano no menos ardiente de la pobre Enriqueta, añadió: — Una de dos: o son delirios de loco, como dices, y no hay entre Elena y Juan más que una amistad demasiado familiar, lo cual es posible; pero que tenga yo la prueba, una prueba verdadera, y tendré fuerza para dominarme... O bien ella tiene por él un interés vivísimo, ella le ama, y yo, quiero saberlo también. Lo quiero... Una vez seguro, yo obraré. Invocaré lo mejor que hay en ella: su ho-

nor, su ternura para nuestra hijita... y me la llevaré; viajaremos. Ella será la primera en retroceder cuando vea el abismo a que se precipita... Pero es necesario que alguien le muestre ese abismo, y ese alguien, madre mía, no puede ser nadie más que tú... ¡No me digas que no! ¡No me digas que no, mamá!

Se había arrojado a las rodillas de la señora de La Guerche, y la tuteaba infantilmente como cuando era pequeño.

— Es tan fácil... tú le escribes diciéndole que venga a verte... Estáis solas... Comienzas hablándole de la maldad del mundo, del peligro que hay para una mujer joven en dar pretexto con sus actos, aun los más inocentes, a la maledicencia... Ella se asombra. Es ahora ella la que interroga... Tú le nombras a Juan de Albiac...

— ¿Y si se molesta? — preguntó la madre.

— ¿Contigo?... — interrumpió el hijo—. No es posible. Has sido siempre tan buena para ella... Le dices lo que te han dicho... y no mentirás porque acabo yo de hacerlo. No dirás de dónde lo sabes...

— ¿Pero si a pesar de todo se enfada? — repitió la señora de La Guerche—. ¿Si ella se obstina?... Sucede con frecuencia que una mujer a quien se aconseja ser prudente comete más imprudencias todavía... ¿Y si ella, por espíritu de contradicción, acentuase esas apariencias de que te quejas?...

— Es demasiado orgullosa... — respondió el marido—, y no lo hará. Además, yo las soportaría desde el momento que estuviera *seguro*, escúchame, *seguro* de que no son más que apariencias.

— Y yo lo estaría por tí. ¡Eres tan perspicaz!... En unos minutos leerás en el fondo de su corazón y me dirás lo que hayas leído. Me amas demasiado para engañarme... y además, no podrías. ¡Oh! dime que harás lo que te pido, que la hablarás... Si no...

— ¿Si no?— imploró la madre.

— Pediré explicaciones a Juan— contestó resueltamente Roberto.

— ¡No harás tal cosa!...— exclamó la señora de la Guerche—. ¡Un altercado entre los dos, un duelo!... ¿Y el honor de Elena? ¿No piensas en él?... Bien— continuó angustiosamente—, puesto que lo exiges, hablaré a tu mujer.

— ¿Y cuándo?— insistió él.

— Hoy mismo. Al retirarse anteayer, me anuncié su visita para eso de las dos. Cerraré mi puerta a todo el mundo para que nadie interrumpa nuestra entrevista... Es lo mismo— concluyó con una singular aflicción—; repito lo que te he dicho: de suegra a nuera, este paso es peligroso—y esforzándose por sonreír—. Es por ti, mi Roberto, por ti... ¡Ah! ¡Tendré acierto!...

Largo rato hacía que Roberto abandonara el saloncito de su madre, y la turbación que en ella provocara su deseo no había hecho más que agrandarse a medida que se acercaba el momento que iba a ponerla frente a frente de su nuera, para aquella entrevista tan peligrosa en efecto. Se había servido de esta palabra y traducía exactamente su pensamiento. Pensamiento que no había revelado a su hijo, por temor de reavivar en su corazón dolorido alguna llaga. Unos amigos le hablaron meses antes de las coqueterías de su hija. Pero ¿hasta dónde llegaban? La señora de La Guerche no lo sabía; mas sí sabía que se hablaba, y aun ella, en un principio, tuvo la idea de hacerle algunas indicaciones. Razones que no quería precisar la impidieron hacerlo. Varias veces creyó sorprender en su nuera, tan correcta sin embargo, aun tan afectuosa, una imperceptible insolencia, la callada ironía, oculta bajo formas irreprochables de la persona que no es juguete de otra y que ha penetrado sus secre-

tos. ¿Qué secretos?... Enriqueta conocía demasiado bien su París, para que la respuesta fuese dudosa. No obstante, había rehusado formularla con precisión. Todos somos un poco de esa manera. Nos damos cuenta, por una experiencia de todos los días, de que todas las historias de todos son conocidas por todos, repetidas por todos, y cuando se trata de algún enredo importante de nuestra vida, nos exceptuamos de ese universal comadreo, casi ingenuamente. La madre de Roberto se decía: — No, no es posible que haya encontrado a nadie tan malvado que vaya a difamarme ante la mujer de mi hijo. ¿Con qué interés, por otra parte? Yo soy una pobre vieja que no molesta a nadie.

Era verdad; pero ella no contaba con la crueldad gratuita del mundo, que es la peor. Se es implacable, algunas veces, por rencor; otras, por cálculo; a menudo, por torpeza, y más frecuentemente, por esa necesidad de parecer bien informado, que entre los ociosos llega a ser un deporte como otro cualquiera. Se lanza una frase sangrienta, sin que el maldiciente se haya apercebido siquiera del veneno que ha soltado. Noventa y nueve veces, de ciento, la víctima tampoco se apercibe, y así se explica la semi-ilusión en que pueden vivir mundanas tan notoriamente deshonradas como la señora de La Guerche. Y todas se dicen como ésta se decía:

— ¡Hace tanto tiempo de eso!...

No sospechan que la trabazón de su nombre al de uno u otro de sus pasados amantes se transmite de una generación a otra, con la indeleble duración de una leyenda. Ni la muerte, ni los nuevos escándalos, ni los trastornos políticos, importan nada. Habría una guerra europea, otra *Commune*, y si dos comparsas de la sociedad que gravita en torno al *Fockey* y al *Petit Cercle* se encontraran en una nueva emigración,

no dejarían de decirse al hablar de sus relaciones:

— ¿Y Enriqueta de La Guerche?... ¿Qué es de ella? ¿Se acuerda cuando Casal?... ¿Recuerda que Videville?... ¿No era del tiempo de Liauran?...

Estas verdades de la más elemental experiencia social eran bien conocidas por Enriqueta, que quería ignorarlas, pero que la llenaban de todos modos de una inquietud casi punzante, cuando la campanilla hizo sonar, a eso de las dos de la tarde, el golpe único que anunciaba las visitas. A través del espesor de los muros percibió el tintineo: era su hija política la que llegaba, sofocada por el viento y con el color de una frescura deliciosa. El oro de sus cabellos rubios parecía más suave por el contraste con la piel de su sombrero y de su abrigo. Tenía en sus labios bermejos que, dejando ver sus dientes, entreabría una sonrisa; en sus mejillas, donde unos hoyuelos se marcaban; en el fondo de sus ojos azules, tan alegres y tan atrevidos, ese no sé qué que revela el íntimo contento de vivir. Besó a la madre de su marido, y mirando el reloj de su pulsera:

— No vengo más que por algunos minutos, mamá...—dijo— a saber de vosotros y porque lo había prometido. Me esperan...

— Lo siento doblemente—respondió la señora de La Guerche, que, viendo a Elena de tan buen humor, había dominado inmediatamente su malestar.—Sí—insistió—, tenía necesidad de hablar contigo largamente y cosas bien serias, bien serias... Pero si no tienes tiempo...

— ¿Cosas bien serias?—repitió la nuera.

Y miró a la madre de Roberto y sorprendió en su rostro una melancolía y una ansiedad que la conmovieron. Pensó que la señora de La Guerche estuviese enferma, y le dijo con una bondad que no siempre tenía con ella:

— ¡Bah! que me esperen a la cita. Son Matilde Mosé y Juan de Albiac. Tenía que encontrarme con ellos en la exposición Fauriel; pero llegaré un poco más tarde, a eso se reduce todo... Veamos qué pasa, madre mía. ¡Parece usted muy emocionada!

— En efecto, lo estoy, mi querida Elena—dijo la señora de La Guerche—, pero el cariño con que me hablas me da valor. ¿Tú me quieres, no es verdad, hija mía, y tú sabes que yo te quiero?...

— ¿Por qué me pregunta usted eso, madre?—respondió aquélla con un tono de cariñosa rebelión—. ¿Acaso lo duda usted?...

— Tengo necesidad de oírte, para estar segura de que no verás en mis palabras más que cariño hacia ti y deseo de tu felicidad... Se trata precisamente de una de las dos personas cuyo nombre acabas de pronunciar...—continuó. Y mientras decía estas palabras, retenía entre las suyas las lindas manos de Elena, blandamente abandonadas hasta entonces, pero que de pronto se crisparon y desasieron. Los labios, entreabiertos en confiada sonrisa, se cerraron. El azul pálido y suave de sus ojos se hizo mate y fiero. La señora de La Guerche dibujó un gesto de angustia, e, interrumpiendo su frase, dijo con tono de desaliento:

— Ya ves. Es mejor que lo dejemos. Ya te has ofendido...

— Ni mucho menos—repuso Elena—. Por el contrario, soy yo quien insiste para continuar y voy a ayudarla. Usted quiere hablarme de Juan de Albiac.

— Efectivamente, a él era a quien aludía. Empiezo por afirmarte que creo en la absoluta inocencia de vuestras relaciones. Pero no puedes impedir que el mundo sea maldiciente, sobre todo cuando se trata de una persona como tú: bella, rica y que triunfa...

En fin, hija mía, se habla; yo sé que se habla, y he querido advertirte...

— Se lo agradezco—dijo secamente Elena, meneando su hermosa cabeza con un gesto de altivez—. Que se hable o no de mí me es indiferente. Yo no me privaré del trato de un amigo, para desarmar la envidia o la estupidez de las buenas lenguas que se han divertido en traerle a usted esos chismes.

— ¿Quién te dice que cortes la relación con un amigo?—replicó la señora de La Guerche, siempre con la misma dulzura, casi implorante—. Entre una familiaridad que se presta a comentarios y una ruptura que no se prestaría menos, ¿no hay lugar para relaciones más discretas, más normales?...

— ¿Quiere usted decirme en qué no son ni discretas ni normales mis relaciones con Juan?...—interrumpió la joven.

Estas pocas palabras habían bastado para que la frialdad del momento antes se convirtiese en una irritación vecina de la cólera. Ante aquella prueba evidente de que ella tenía en la discusión un interés apasionado, la madre se estremeció. ¿Había acaso entre Elena y Juan algo más que complacencias por parte de ella, y algo más que una corte sin consecuencias por parte de él? También ella, como su hijo, quería saber y habló:

— Yo no formulo contra ti acusación alguna. Debía hacerte esta advertencia, primero por ti y también—titubeó un instante—... por Roberto. Sí, por Roberto... Me ha parecido preocupado hace algún tiempo. Temo que esté celoso de esa tan gran intimidad...

— Dígalo todo—insistió Elena—. El ha venido a su casa esta mañana, ya lo sé... Y le ha hablado de mí... Ahora comprendo... Y le ha encargado que me interrogue... ¡Ah! cuando le vea, yo lo sabré. ¡Que me pregunte él, pues! El tiene derecho...

— ¿Y aun cuando así fuese?—respondió la señora de La Guerche—. Aun cuando él hubiera venido a confesar a su madre los celos de su corazón, ¿sería eso motivo de malquerencia? El te ama, hija mía, y es verdad que no es feliz... Es verdad también que, a pesar de todo, yo tengo algún derecho para aconsejarte... Piensa, pues—continuó—, que yo debería haber repetido a mi hijo lo que sobre de Albiac y sobre ti me han referido... No lo he hecho porque estoy segura de que son calumnias... Pero—insistió impulsada por una irresistible necesidad, la de saber lo que había de cierto tras de los ojos mudos de la joven, extrañadamente fijos en los suyos—, si yo llegase alguna vez a pensar que no son calumnias...

— ¿Entonces?—interrogó Elena.

— Entonces...—repitió la madre; y no acabó, atemorizada por la terrible sonrisa que agitaba los labios de su nuera.

— Entonces—dijo ésta con voz áspera—, ¿usted me denunciaría a mi marido?... ¡Bien! Únicamente debo advertirle a mi vez que si se interpone entre nosotros, ojo por ojo y diente por diente.

— ¿Qué quieres decir?

— Que no es usted la única en el mundo a quien se le refieren cosas. Le han dicho algo sobre mí, y usted me hace el honor de no creerlas hasta ahora. Yo soy lo mismo que usted, y *hasta ahora* no he creído lo que, los mismos amigos probablemente, me han dicho sobre usted... Pero...

Con una implacable ironía, la de la mujer que presenta a otra una batalla decisiva y quiere acabar, repitió las mismas palabras de que se había servido la madre de su esposo, acentuándolas:

— *Si yo llegase a pensar alguna vez que no son calumnias...*

Y después de un silencio:

— ...Yo podría tener con mi suegro una conversación interesante.

— ¿Con mi marido?—exclamó la suegra—. ¿Tú cometerías la villanía de ir a repetir infamias que no conozco, que no quiero conocer, a mi marido?...

— ¿Preferiría usted que fuese al mío?—dijo la joven—. ¡Válgame Dios!, es una idea.

Y como para esclarecer con un terrible comienzo aquella terrible amenaza, percibió en una mesita una fotografía de Casal, joven, que cogió en sus manos diciendo:

— ¡Miral! Si es Casal!., ¡Y qué bien estaba!... Pero me gusta más el retrato de Videville que vi aquí el otro día. ¿Dónde está?...

— ¡Elena!...—exclamó la señora de La Guerche, irguiéndose en su sillón.

Y repitió, con toda la indignación de su corazón ultrajado:

— ¡Elena!...

— ¿Qué he podido decir—replicó ésta como sorprendiéndose—que la pone de ese modo?

Inmediatamente se levantó, y fijando sus ojos claros en los ojos de su víctima, que no resistieron su penetrante mirada:

— Hemos medido nuestras armas—dijo—. He probado que las mías valen tanto como las suyas; si por desgracia se mezcla usted en los asuntos de mi casa... Es la primera vez que se ha ocupado usted de ellos. Es necesario que sea la última... o hablo a su hijo... No pido más que neutralidad, pero ésa la quiero... y la tendré. Yo veré lo que me conviene. Usted ha vivido con su marido a su gusto. Yo viviré con el mío como me parezca y sin que usted me haga ningún reproche, *para lo cual no tiene usted ningún derecho...*

II

Hace un año justo, día por día, que sucedieron estas dos escenas. Quizá bastasen para epílogo las pocas palabras que cambiaron la penúltima noche Juan de Albiac y uno de sus amigos, Máximo de Portille, al salir la noche de Reyes de casa de una amable señora de la burguesía, la cual, favorecida por el haba, había escogido a Juan por rey:

— No has sido muy galante con la pobre Lucía, Juanito... Me parece que echas de menos a la reina del año pasado...

— Es verdad que tú estabas en la cena de los de La Guerche, me había olvidado...—dijo de Albiac—. ¿Te acuerdas cómo estaba con Elena?... Yo bien creí esa noche que no pasaría de aquella semana... Al día siguiente volví a verla con la gentil Mosé... Y luego, su suegra muere repentinamente por la noche... Tú o yo hubiéramos creído que aquello la preocuparía tanto como a mí este cigarro.

Y arrojó rabiosamente el egipcio que fumaba.

— Pues he aquí una mujer que desaparece de París, que viaja con su marido con pretexto de consolarle... y cuando vuelve, voy a visitarla... y tan fría como esta noche...

Levantó el cuello de su abrigo, encendiendo otro cigarro en el de su compañero.

— Se conoce que tenía verdadero capricho por ella, porque se me ha aparecido. Tienes razón, cuando Lucía me eligió rey... ¡No he estado bien!... Es igual; para una vez que me he aventurado con las mujeres de mundo, me he caído... No es conveniente...

— No es conveniente—repitió Portille.

¡Cómo iban a adivinar estos dos abonados a todos los teatruchos y garitos el drama que bordearon! Una madre muerta de dolor, suicidada, ¿quién sabe!, porque se encuentra entre un terrible dilema: o aceptar en silencio que su único hijo sea traicionado por su mujer, o ser deshonrada en la estimación de él; y la esposa del hijo, presa de tal remordimiento ante aquella catástrofe, obra suya, que no puede ver sin horror al hombre por cuya causa cometió tal asesinato... La secreta y misteriosa equidad de las cosas quiso que la infortunada Enriqueta hubiese salvado, al menos, el honor del hijo en aquella suprema expiación de las faltas de su vida. Porque Elena se consagró a él con un ardor del que Roberto no sabrá nunca la verdadera causa. El la atribuye a la conversación de su mujer con su madre, y no está lejos de reprocharse haber apresurado por la emoción que le causó la confidencia la muerte de aquélla, atribuída por los médicos a una lesión cardíaca.

LA PRUEBA

I

Aquella tarde Jorge Couterot estaba casi contento al regresar de su largo paseo, el primero que se había permitido desde su llegada a Nauheim tres semanas antes. Su angustiosa inquietud por el estado de su joven esposa se había calmado un poco a consecuencia de una conversación sostenida por la mañana con el médico del balneario. Sólo el nombre de la pequeña ciudad alemana dice bien claro la naturaleza del mal que aquejaba a la señora de Couterot. Nauheim es para ciertos desórdenes cardíacos lo que Carlsbad y Vichy para las enfermedades del hígado, y Wildbad, Ragatz o Neris, para las neurosis.

— No estamos más que en el duodécimo baño —había dicho el doctor Kraft— y ya se nota un progreso asombroso. El corazón ha disminuído en un octavo. —Y sacó de su cartera una hoja de papel cuidadosamente doblada entre cincuenta más. A la vuelta estaban escritas en alemán estas palabras sinietras: «Corazón de la señora de Couterot.» El concienzudo médico tenía el cuidado, cuando se le

presentaba un nuevo cliente, de hacer un gráfico exacto del corazón que tenía que cuidar, y a cada nueva consulta, con un grueso lápiz de dos puntas, que jamás abandonaba, marcaba con puntos el estado actual del órgano. El lápiz rojo le servía para marcar las líneas de mejoría; el negro, las otras. ¡Cuántas veces el marido angustiado había visto con horror a los colegas del profesor Kraft, y al profesor mismo, pasearse por las avenidas del parque con uno de esos macabros dibujos en la mano! Aquellos especialistas de la más misteriosa y de la más terrible de las enfermedades, se enseñaban unos a otros notables ejemplares de dilatación, mejorados o agravados. La ferocidad técnica, si podemos llamarla así, naturalmente asociada en los médicos a las más altas virtudes de caridad, les hacía admirarse ante aquellos gráficos de algunos «hermosos casos». ¿Cómo un hombre perdidamente enamorado de su mujer, y que desde hacía unos meses se estremecía hasta lo más profundo de su alma por un ahogo, por una palpitación de aquel pecho débil, no iba a sentirse herido en su fibra más sensible por esos profesionales de las *endocarditis*, de las *pericarditis*, de las *insuficiencias mitrales*, de las *miocarditis*, de los *aneurismas valvulares o parciales*, fórmulas siniestras todas, que el desgraciado había leído, sin comprenderlas, en libros especiales? Cualquiera que fuese de aquellas lesiones la que aquejaba a Berta, para Jorge esa enfermedad era un desastre, era la catástrofe posible de todas las razones de su existencia. Para los médicos era un diagnóstico que hacer y una experiencia que registrar. Nada más. Es sabido que el efecto de las aguas de Nauheim sobre los desórdenes de la circulación sigue siendo objeto, entre los sabios, de discusiones entabladas con ese encono con que sostienen o combaten teorías de ese género. ¿Qué le importaba hoy

todo a Couterot? Desde el momento en que se trata de una enferma amada con pasión, la invencible energía de la esperanza está siempre pronta para despertarse en nosotros. Por centésima vez en el año que hacía que la grave enfermedad de su mujer le era conocida, la había visto, con el pensamiento, curada sólo al oír al doctor alemán repetirle con el acento de las riberas del Rhin: «Sí. Asombroso... Marchará de aquí con el corazón tan normal como el de usted y el mío... Únicamente es preciso evitarle toda emoción. El tratamiento cansa mucho. Por otra parte, no hay peligro estando usted para cuidarla. No la cuide demasiado; eso es todo. Y después, *gozar de la presencia.*»

Ese germanismo que significaba: «gozar del presente», había divertido a la misma enferma, a quien Couterot se lo había repetido, pero sin decirle el resto: aquella recomendación de evitar las menores emociones. El digno señor Kraft, el clínico corpulento, colorado e hirsuto, de gafas de oro, no era el primero que había dado aquel consejo, demasiado revelador en su sencillez. Bien fácil parecía de seguir. Los Couterot eran ricos. Jorge, después de haber ocupado un cargo diplomático, había pedido la excedencia. No teniendo ni hijos ni parientes, las consecuencias que los incidentes de la carrera, de fortuna o de familia pudiesen tener sobre una salud amenazada, parecían, pues, evitadas de antemano para Berta. Y, sin embargo, aquel marido que no vivía, que no respiraba más que por su mujer, no había cumplido aquella indicación sino a costa de un esfuerzo heroico. Un vicio congénito, quizá, mejor dicho, una desgracia, le hacía muy difícil ese dominio de sí mismo sin el cual es imposible establecer una atmósfera de tranquilidad en torno de un ser enfermo. Era de esa raza de la cual Shakespeare y Molière, que

también pertenecieron a ella, han encarnado la desdicha en aquellos dos tipos inmortales, trágico el uno y cómico el otro, los dos impresionantes: Oteló y Arnolfo. Jorge Couterot había nacido celoso. Había en él esa mezcla de sensibilidad ardiente y de imaginación descabellada, de tierna exaltación y de instintivo recelo, que no permite a ciertas almas ni el descanso en la felicidad, aun la más positiva, ni la certeza en el cariño, aun el más evidente.

Después de diez años de matrimonio, no soportaba sin una interior turbación, que pronto llegaba hasta el sufrimiento, una conversación demasiado larga de un extraño con su mujer en sociedad, ni las visitas demasiado frecuentes de alguno de sus propios amigos. El carácter profundamente morboso de las impresiones de esta clase ha sido estudiado también por esos divertidos catalogadores de todas nuestras debilidades, por los médicos, los cuales han asimilado a las «fobias», a los terrores irrazonables e irresistibles de los maniáticos, esas fiebres de sospecha encendidas en las venas del celoso por el más insignificante de los indicios—el pañuelo de Desdémona en las manos de Casio—, y los cuales han hecho notar ese rasgo común a los celos y a la locura, la absoluta incapacidad durante el acceso para reparar lo imaginario de lo real. Para Oteló, concebir una idea es crearla. Aun en la época en que su mujer no estaba enferma, ¡se había reprochada Jorge tantas veces aquella detestable enfermedad! ¡Se había avergonzado tantas veces de no poder mirar el sobre de una carta dirigida a Berta sin experimentar el deseo de abrirla; ni de verla entrar en casa, sin sentir deseo de preguntarle: «¿Dónde has estado hoy? ¿A quién has visto?» De diez veces, nueve no formulaba la pregunta injuriosa; pero la décima lo hacía. ¡Quién sabe si los sobresaltos causados a la joven por esa celosa

susceptibilidad de su marido no contribuyeron a desarrollar en ella el terrible mal que ahora amenazaba con arrebatarla a la primera emoción demasiado fuerte! Couterot era sincero cuando era verdaderamente dueño de sí, para no darse cuenta de la sinrazón cometida en diversas ocasiones con Berta al mostrarle sus inicuos celos. Y la quería muy profundamente para no tratar, desde que la supo enferma, de ocultarle sus nuevas crisis. Porque no había cesado de tener, por desgracia, momentos de funestas y odiosas sospechas, aun en presencia de los síntomas de que aquel ser encantador era víctima. Un celoso lo sería de una moribunda... Pero no somos responsables de nuestras impresiones: lo somos de nuestros actos. En los hechos, Jorge podía vanagloriarse de que ni una palabra ni un gesto habían traicionado los accesos de desconfianza que hubiese podido sufrir en aquellos últimos meses. Una vez más, aquella tarde, y durante su paseo por los bosques que cercan a Nauheim, después de la confortadora consulta del médico, se había examinado sobre aquel delicado punto y había reconocido sus progresos con una alegría un poco triste. Una noble conciencia no se perdona ciertas tentaciones aun cuando triunfe de ellas.

— Si ella curase—se decía—. Y sin embargo, hay casos de verdaderos milagros producidos por estas aguas. Kraft me ha citado algunos de que no puedo dudar: la señora de Lautrec, Lady Hemsley y otros cuantos. —A su mente se agolpaban nombres que se repetía con una necesidad casi física de dar una forma concreta a su esperanza.

— ¡Dios mío! ¡Si yo la viese tal como estaba hace tan sólo dos años! Andaba, corría, bailaba...—y evocaba otras imágenes: Berta caminando ágilmente con él cuando en París iban a misa juntos, desde la

avenida Bosquet, donde vivían, hasta la iglesia del Gros-Caillou; Berta jugando al *tennis* sobre el césped, delante de la casa de campo en Turena; Berta arrebatada en el torbellino de un vals en los últimos bailes a que asistieron. ¡Ay! Fué al salir de ellos cuando él tuvo con ella la más dolorosa explicación en la berlina que los conducía, porque la había encontrado demasiado complaciente con Máximo Fau-riel, el conocido pintor.

— ¡Ah!—pensaba al acordarse de aquella noche y de aquel camino—. ¡Cuánto la he atormentado! ¡Qué duro y qué injusto he sido con ella!... Siquiera desde que está enferma le he evitado esas escenas. ¡Que se cure y hago promesa de evitárselas siempre!... Sí, se curará, se curará...—Con estas palabras indefinidamente repetidas se había prolongado su paseo. Todavía la iba diciendo cuando volvía, y cuando a través de las ramas de los árboles se perfiló el tejado rojo de la villa Hoffmann, donde su mujer y él tenían su habitación. Parecía como si de aquellas sílabas emanase para el una sugestión de valor. No se cuidaba de los que pasaban por las avenidas del parque, que de ordinario le atormentaban con sus siluetas dolorosas. ¡Todos ellos, atacados del mismo mal que Berta, iban y venían con movimientos tan lentos, tan despaciosos! Se veía que el prudente doctor Kraft y sus camaradas les habían prohibido, bajo las más terribles amenazas, los movimientos demasiado vivos, los pasos muy apresurados, la libre y espontánea manifestación de la vida. Por todas partes se percibían caminos cuyas pendientes graduadas servían para comprobar los resultados conseguidos por las aguas.

Algunos paseantes se aventuraban en ellos y se sentaban cada veinte pasos. El raudo vuelo de las negras cornejas que poblaban el parque contrastaba de un modo casi fantástico con la manifiesta esclavi-

tud de hombres y mujeres que iban allí a pedir a las fuentes que manaban en aquella tierra un poco de energía para su pobre corazón perturbado. ¿Qué le importaban a Couterot en este momento las miserias ajenas? No se preocupaba de ellas (y esa es la historia de nuestras piedades) sino cuando él sufría bastante con su propia inquietud pensando en su mujer a la vista de aquellos cardíacos. Después de su conversación con Kraft ya no eran para él más que símbolos de lo que hubiera podido ser Berta y de lo que ya no sería. Poco faltaba para que aquel espectáculo de dolor no fuese para él una alegría. Se tienen ferocidades de ésas cuando se ama lo suficiente para hacer girar el mundo entero alrededor de una sola cabeza.

II

Jorge estaba, pues, de un humor casi alegre (había sufrido, no obstante, mucho para que aquella vuelta a la esperanza no le dejase todavía quebrantado) cuando entró en el salón de la villa en que le esperaba la enferma. Eran cerca de las cinco, la hora del te, que antes tomaban juntos. Ahora, pequeño detalle, pero que tenía su muda y triste elocuencia, estaba solo para tomar ese te, pues aun este ligero excitante corría riesgo de ser peligroso para ella, a quien no se permitía beber más que leche mezclada con agua mineral. Berta, con un encanto de ternura que hubiese debido curarle para siempre de todo recelo (pero nada hay evidente para el celoso que sus quimeras), se afanaba preparando ella misma todo lo necesario para la merienda de su marido, como en el

tiempo de su viaje de novios cuando paseaban su dicha reciente a lo largo de los caminos de Italia. Entonces, como hoy, la exquisita criatura tenía la habilidad de hacer íntimas las instalaciones provisionales en los cuartos de los hoteles o en las viviendas alquiladas. Pero entonces ella estaba lozana, contenta, buena, y no hoy, que, consumida por el mal que la minaba, tenía esa lividez, esos ojos brillantes, esa boca descolorida de los seres heridos en un punto vital. En el momento en que Jorge abría la puerta, acababa ella de tenderse otra vez sobre la *chaise longue*, después de encender el diminuto infiernillo de plata sobre el que hervía el agua, y su hermoso semblante demacrado destacaba su sufrimiento sobre los blandos almohadones de seda azul que ella llevó. El tono claro de sus cabellos resplandecía al sol poniente, cuyos oblicuos rayos entraban por las rendijas de las persianas corridas. Así echada, su cuerpo grácil, dibujado apenas bajo la seda de su bata de encaje con cintas moradas, con sus brazos desnudos asomando por las amplias mangas, y la punta de sus pies encajada en sus chapines de piel blanca, era una aparición tan inquietante como deliciosa, por la delicadeza, por la impresión de una sutilidad demasiado nerviosa. Las palabras del médico seguían vibrando en los oídos de Jorge, y con voz alegre, un poco fingida y, sin embargo, sincera, dijo:

— No tendrás que decirme que soy perezoso... Desde que te dejé no he cesado de andar... He llegado hasta el pueblo de... Esos nombres alemanes son muy difíciles de pronunciar y no lo digo. En fin, he caminado lo menos tres leguas. He ganado bien mi taza de té. ¿Y tú?

— Yo sigo sintiéndome muy bien—contestó ella. Luego, con un poco de vacilación, mientras vertía el agua hirviendo en la tetera—: Sólo he sentido ha-

berte obligado a salir porque hubieses tenido una visita que te hubiera distraído un poco, en tanto que a mí me ha aburrído...

— ¿Una visita?—preguntó él. Su acento continuaba tan tranquilo, que la joven esposa pareció como aliviada de un peso. Sonrió infantilmente, y cogiéndole la mano le dijo:

— ¡Si seré tóntal! ¿Querrás creer que me pesaba haberle recibido?... También es verdad que era muy difícil no hacerlo. ¡Este criado de la villa es de una torpezal... Oigo a alguien que llama, que después pregunta en la antecámara si estoy, y el criado que entra a entregarme la tarjeta, sin cerrar siquiera la puerta... Después de contestar «Que pase», me asalta la idea: ¡Con tal que Jorge no se disgustel...

— ¡Pobrecita mía!—dijo Couterot—. ¡Cuánto tengo que haberte hecho sufrir con mis locas imaginaciones para que tú me hables así... Sin embargo, yo creía haberte demostrado que ya no las tengo... Mírame bien a la cara. ¿Ves que yo tenga el aspecto de un celoso que va a comenzar un interrogatoriol... Vamos, señora, dígame quién es el buen señor de París que ha hecho todo este viaje para venir a hablarla en ausencia de su marido...

— Gracias—respondió ella con una sonrisa de niña alentada, y con un tono resuelto añadió—: Pues bien, el señor es alguien que mi marido no estima mucho, jamás he sabido por qué, puesto que es un hombre muy agradable y que tiene talento: es Máximo Fauriel.

— Máximo Fauriel—repitió Jorge.

Esperaba tan poco el nombre del pintor a la moda, de quien tan celoso había estado una noche, que su mujer no pudo contener otra sonrisa un poco nerviosa, porque no estaba ya completamente tranquila.

— Pues sí— continuó ésta—. La cosa es muy sencilla. Parece que Fauriel está en plan de hacer un viaje en automóvil con unos amigos por esta parte de Alemania. Se detuvieron en Nauheim para almorzar, en camino para Francfort. Vió nuestro nombre. Recordó que yo estaba enferma, y ha tenido la gentil idea de venir a preguntar por mí. Ya sabes lo que me ha obligado a recibirle. Ha estado aquí una media hora. Yo he insistido para que se quedase, porque hubiese preferido que le encontraras al regreso. Como tardabas, y él no viajaba solo, y el tiempo de su visita estaba contado... ¿Me prometes que no tendrás otra crisis?...

Y su rostro reflejaba una verdadera súplica. Ella, que sufría diariamente aquellos ataques siniestramente denominados de angina de pecho, durante los cuales se creía morir de angustia, de ahogo, de dolor, hablaba de crisis a propósito de esos accesos de sospechas tan injustas, tan irrazonadas, tan gratuitas, que asaltaban a su marido. No se las reprochaba, pero las sentía. Jorge Couterot no habría sido el hombre que era, generoso y tierno, fuera de sus horas de aberración, si no le hubiese impresionado esa delicadeza. Sinceramente respondió:

— No sólo no tendré crisis, sino que estoy muy reconocido a Fauriel por haber venido a saber cómo estabas. Esta atención me reconcilia con él, porque es verdad que su recuerdo está asociado en mí a otros dolorosos, casi a remordimientos. ¡He sido tan injusto contigo una noche por su causa!... ¿Querrás creer que estaba pensando en él mientras me paseaba? Es extraño. ¿No? ¡Precisamente cuando él estaba aquí!... Pero dejemos esto. Prefiero que me digas qué noticias te ha dado de París...

Sí, era sincero al decir esto, era sincera su voluntad de evitar a su mujer, tan enferma y tan querida,

escenas como las pasadas. Y, sin embargo, su serenidad de hacía un momento había disminuído. Oía a Berta refiriéndole minuciosamente la conversación que había tenido con el visitante de paso. Evidentemente quería ella recordar hasta el menor detalle para no dejar lugar a ningún equívoco entre ella y su marido. Bien lo comprendía Jorge; pero no por eso dejaba de sentir menos el malestar, bastante impreciso todavía para que pudiese sin demasiada violencia ocultarle a la enferma durante la cena y la velada. Cuando a eso de las diez se separaron, con razón pudo decirse en su cuarto, mientras se preparaba para dormir:

— Kraft estará contento de mí. Bien he ocultado a Berta esta noche lo desagradable que me ha sido esa visita. ¡Bah! Mañana ya no pensaré en ella.

Y se acostó con esa seguridad, apagando la luz en seguida, con prisa de sumirse en ese sueño que tan bien conocen todos los que han sufrido una obsesión dolorosa. Aun no se había dormido y de pronto una idea surgió en su pensamiento, cuya sola aparición le proporcionó una de esas pequeñas fiebres nerviosas, síntoma precursor, bien lo sabía, del acceso próximo. Recordó que aquella tarde Berta le había obligado a dar un largo paseo con una extraña insistencia. Bromeando le había dicho él:

— Voy a librarte de mí una o dos horas. ¿Estás contenta?

— Sí—había respondido ella bromeando también...

¿Bromeaba?... Jorge Couterot vió rápidamente una coincidencia entre la actitud de su mujer y la llegada tan completamente insospechada de Máximo Fauriel a Nauheim. El espíritu no tiene dos métodos. La fórmula con la cual los sabios construyen sus leyes: «Todo pasa como si...» es la que instintivamente es-

tablece todo hombre que va buscando relaciones de causa a efecto entre hechos que le preocupan. Si Berta sabía que Fauriel vendría a verla, ¿qué más natural que librarse así de su marido? Jorge había entrevisto esa hipótesis de repente. Pero la encontró tan absurda, que todas las potencias de su alma se rebelaron. Para qué Berta supiese el paso de Fauriel por Nauheim, era preciso que se carteasen sin él saberlo... Durante algunos instantes, ese razonamiento calmó la fiebre de que el celoso se sentía invadido. Por regla general el correo llegaba a eso de las once, y tan pronto era a él como a ella, algunas veces a los dos, a quienes el portero de la villa entregaba la correspondencia; y de diez veces, nueve, el apartado lo hacían juntos. ¿Era aquello compatible con la organización de una correspondencia clandestina? Jorge se respondía que no; pero la energía misma con que se repetía esa sílaba: «no, no, no», probaba sobradamente que el acceso iba a reanudarse... ¿No? Cuando una mujer engaña, el a b c de su diplomacia ¿no estriba precisamente en multiplicar los pequeños detalles naturales que impidan el nacimiento de toda sospecha? Un nuevo recuerdo se le apareció. Jorge se veía entrando en la habitación de Berta, hacía tres o cuatro días, y hallándola ocupada en romper cartas. ¿Qué cartas? ¿Por qué aquellas lindas manos (su movimiento estaba allí, delante de sus ojos) se encarnizaban reduciendo a pedazos pequeñísimos las hojas de papel, reveladoras de qué?... Entonces no había visto en aquello más que una prueba del cuidado que Berta ponía en todas sus cosas; era muy natural que escribiendo íntimamente a sus amigos o a sus parientes de Francia, y recibiendo las mismas íntimas respuestas, procurase no dejar huella alguna que por una casualidad cualquiera pudiese caer en manos indiscretas. La sospecha había acabado por hacer tal

estrago en la imaginación atormentada del marido, que impulsivamente, después de rebelarse contra la sola idea de una indagación indigna, se levantó, y con una vela en la mano se deslizó de puntillas, como un ladrón, hasta el gabinete. ¿Encontraría quizá en aquella papelera, en un cajón, en las hojas de su cuaderno de notas, un indicio siquiera para sorprender una línea, una palabra?... No comprendió la vergüenza de su espionaje hasta que se convenció de su puerilidad. En la papelera no había más que invitaciones partidas y los periódicos de la víspera. Todos los cajones tenían puestas sus llaves, y cuando colocó el papel secante delante del espejo, la primera línea que leyó era la dirección de un comerciante.

— Estoy loco—se decía al volver a su cuarto, y escuchaba para ver si salía algún ruido de la habitación donde dormía la encantadora mujer a la que estaba ultrajando secretamente. Es tan vergonzosa como estúpida una pesquisa semejante. ¿Como si Berta no tuviese otros medios de sostener una correspondencia secreta... Pero no; ella no la sostenía; eso era insensato. ¿Otros medios?... El año pasado se había entablado un proceso de divorcio entre personas de su intimidad. El hecho capital consistía en que el marido, ciego hasta entonces, había descubierto el papel que una criada desempeñaba sirviendo de intermediaria. Los amantes se escribían bajo su protección. ¿Qué ultraje más tremendo también este de suponer una innoble complicidad con una sirvienta... Jorge rechazó desde luego esa idea con una repugnancia que no sintió cuando de pronto se irguió ante un nuevo recuerdo. Había ya llegado a aquel punto de locura en que los menores indicios prevalecen contra todos los escrúpulos. ¿Acaso no sostuvo quince días antes una ligera discusión con Berta por causa de su camarera? Por un descuido de ésta, él había hablado

de despedirla, y la enferma se opuso tenazmente. Estaba muy delicada—dijo—para no temer un cambio de servicio, aunque éste fuese muy imperfecto. ¿Era ese el verdadero motivo? El celoso se sorprendió al intentar recordar toda la historia de las relaciones de Berta y aquella sirvienta durante los dos años que llevaba en la casa. ¿Es que no habían cambiado aquellas relaciones? ¿No tenía ahora la doméstica unos humos que probaban una complicidad?... ¡Qué desgracia para un hombre que se tiene en algo, dejarse sugestionar por tales cosas! ¡Qué desgracia también emplear toda la fuerza de su inteligencia en exámenes retrospectivos, en los que todas las imágenes del pasado se falsean y los celos que proyectaron aquel espejismo creen encontrar en él la realidad! Era necesario, sin embargo, un apoyo para las sospechas cuyo quimérico y monstruoso edificio acababa de erigir Jorge. Para que Berta pudiese sostener aquella correspondencia secreta con Fauriel, era necesario que hubiese habido entre ellos otras relaciones en París. Las oficiales, las únicas que el marido conocía, se limitaban a simples encuentros en casa de amigos comunes y a mutuos convites. Los Couterot habían sido invitados a la casa de los Fauriel, a quienes ellos habían invitado a su vez. Se había hablado de que el pintor de moda hiciese el retrato de Berta. Para ello había ido a su casa con bastante frecuencia. En esto llegó el famoso baile. El proyecto del retrato se abandonó. Los dos matrimonios no tuvieron más que relaciones muy distanciadas. ¿Era posible que entre el artista y Berta se hubiese establecido una intimidad que el marido no había sospechado y de la cual aquella visita al balneario no sería más que un episodio? Pero ¿qué intimidad? Hagamos a este desgraciado la justicia de que él no llegaba en su demencia a concebir que Berta pudiese ser la

querida de Fauriel. Mas si ella se había dejado hacer la corte sin él saberlo, era suficiente. Ante esta idea se revolvió en su lecho, víctima de ese devorador apetito de saber a toda costa la verdad, que hace de un celoso un loco, capaz, para apagar esa sed y ese hambre, de las más deshonrosas astucias y de las más graves violencias, sin perjuicio de verter después las lágrimas de sangre del moro cuando exclama: «¡Yerta, amor mío, como tu castidad!...» Y añade: «Cuando nos encontremos en el Juicio, tu mirada bastará para arrojar mi alma del Paraíso...»

III

Aquella recaída en la manía funesta no hubiera tenido otra consecuencia probablemente que una noche de insomnio para Jorge Couterot, a no haber sido por un incidente insignificante. Pero un celoso exaltado es como el caballo que galopa y al cual el tronco de un árbol, un peñasco, un papel que revolotea, impulsan de pronto a una carrera vertiginosa y mortal.

Jorge se había levantado bien resuelto a dominarse. Las primeras miradas que cruzó con Berta le mostraron la necesidad de ello.

— Estás pálido—le había dicho ella en seguida—. ¿No has dormido bien?...

— Admirablemente—respondió él—. ¿Y tú?

— Yo he estado un poco nerviosa—contestó ella—. Me he despertado más de veinte veces... Me pareció que andaba en la casa...

— Yo no he oído nada—se apresuró él a replicar.

Eran sus pasos los que la enferma había sorprendido, sin adivinar la verdad felizmente. El más pequeño indicio podía revelárselo, y el marido celoso se dió mentalmente palabra de honor de no permitir que la pobre sufriese las consecuencias de una crisis que ya desaparecía. Se veía bien claramente que ella pensaba, sin querer renovar la conversación del día anterior, en el efecto que la visita de Fauriel podía haber producido en él. Aquella inquietud debía ser bien manifiesta, porque el rostro del profesor Kraft expresó cierto asombro cuando vino a auscultar a su cliente a la hora acostumbrada.

— Es menester que el baño sea hoy menos fuerte que ayer—dijo extendiendo una receta—. ¿No ha cometido usted ninguna imprudencia, señora?... ¿No ha caminado muy de prisa, tocado el piano?... ¿No?... Hay un poco de retroceso. No será nada. ¡Sobre todo, ninguna emoción!

Esa ligera agravación de los síntomas se explicaría si Berta ocultara en su vida un secreto sentimental, y ese secreto fuese una viva afición para el visitante de la víspera. Y no se explicaría menos si, a pesar de que no tenía nada de que acusarse, ella temiese una renovación de los celos de Couterot, el cual, de tal manera se había dominado, que esta hipótesis le vino sola al pensamiento. Si el profesor Kraft, en lugar de ser un sólido pero *Badeanst* alemán, hubiese sido un sutil médico parisiense, habría notado cierto remordimiento en el tono con que el marido de su cliente respondía:

— No tendrá ninguna emoción, doctor. Se lo prometo.

No hacía veinte minutos que había hecho esa promesa con todo el ardor de su cariño avivado por el arrepentimiento, y después de acompañar al doctor y de llevar a Berta hasta la puerta del balneario, se

había sentado en uno de los bancos del parque delante del hotel, abandonándose a esa languidez que sigue a los largos insomnios, cuando llamó su atención un repartidor de telegramas que distraídamente, mirando a todas partes, llevaba un despacho en la mano. En seguida reconoció al muchacho que servía en la casa Hoffmann, y sin pensar demasiado en lo que decía, le detuvo y le preguntó, dando su nombre, si llevaba un parte para él. El muchacho no tuvo ningún inconveniente en darle el telegrama que desde luego llevaba el nombre Couterot, pero precedido de «señora».

— Siempre que no sea alguna mala noticia—se dijo Jorge—. Es preferible que lo abra...

Tal precaución era natural; pero en su deseo de no mostrar más desconfianza respecto de la enferma, Couterot se había prohibido hasta esas insignificantes libertades como la de mirar la firma de una carta dirigida a su mujer y preguntarle: «Te escribe Fulano. ¿Qué te dice?...» Es verdad que un telegrama no es una carta. El mero hecho de haber sido transmitido por un empleado que ha podido leerle libremente, le quita ese carácter de secreto que el lacre da a la más simple carta. Después de un segundo de vacilación, Jorge iba a abrir el telegrama, cuando le asaltó una idea, que no era sino su inquietud de la noche que reaparecía a la primera ocasión:

— ¡Si fuese de Fauriel este despacho!

Aun permaneció un minuto vacilante, como paralizado ante la brusca acometida de una nueva sospecha. Ahora le fué imposible ya no hacerlo en seguida. Rápido y tembloroso, desgarró el sobre. Al leer la firma creyó desvanecerse. Era la del hombre entorno del cual giraban sus celos desde hacía diez y ocho horas. El telegrama, fechado en Francfort, estaba redactado así:

«Le agradecería infinito mandase preguntar Hotel Ritter si olvidé allí cuaderno dibujos. Dispense gran indiscreción, pero pérdida sería importante para mí, que deseo poner todas probabilidades de mi lado. Caso cuaderno encontrado, suplico enviarle certificado dirección París. Mil perdones. Gracias. Viaje magnífico. Dichoso haberla visto. Respetos y votos mejoría.—Máximo Fauriel.»

Jorge leyó y releyó esas frases, de una significación bien clara. Conocía bastante a aquel célebre artista para saber que procediendo de él, ese despacho era una cosa perfectamente de acuerdo con su carácter. Fauriel supo abrirse paso, gracias a su éxito, entre la sociedad más elegante, pero permaneciendo el bohemio que ignoró siempre lo que era molestarse. Había encontrado muy natural, pasando por Nauheim y viendo en la lista de extranjeros el nombre de una mujer que conocía un poco y que sabía que estaba muy enferma, ir a visitarla y tener noticias de ella. Aquello era un aspecto de bondad, de una naturaleza afectuosa y apasionada. Le había parecido no menos natural, cuando notó la falta de su álbum de bolsillo, hacérsele buscar por medio de la señora de Couterot, en lugar de telegrafiar al hotel. Ese era el aspecto del despreocupado. Luego, al redactar su despacho, habló del viaje, de la visita de la víspera, de su deseo de un completo restablecimiento de la enferma, todo envuelto. Era otra vez su bonhomía. No habiendo jamás pensado en hacer la corte a Berta, en la cual no había visto antes más que un retrato posible (diez mil francos), ¿cómo iba él a suponer la celosa susceptibilidad del marido? ¿Por qué don mágico de diplopia iba a ver las palabras inofensivas que trazaba su pluma indiferente, deslizarse a lo largo del hilo telegráfico para ir a herir en su espíritu atormentado las fibras más dolorosas? Lo que hace a

los celos tan desgraciados es que su locura descansa sobre una verdad incontestable: la infinita flexibilidad de los amantes para variar los medios de entenderse. Es muy raro que una correspondencia culpable no se redacte de modo que se preste a las más rotundas denegaciones. La creación de un lenguaje convencional es una astucia elemental y es también elemental para el celoso decirse: «Estas frases tienen doble sentido. Yo comprendo uno. ¿Cuál es el otro?...» ¿Era este el caso en las que Couterot leía y releía, víctima de una verdadera agonía de incertidumbre? Esas cinco sílabas odiosas: «Máximo Fauriel» al pie del telegrama, bastaban para ello.

— Primero hay que saber una cosa—acabó de decirse—. ¿El álbum de dibujos está realmente en el Hotel Ritter?

Hacer esta averiguación era cosa de trescientos pasos. ¿Qué grande pareció aquella corta distancia a Couterot y qué larga la espera en el despacho mientras el secretario procedía a una requisita cuyo resultado negativo no significaba nada! El cuaderno podía haberse perdido en otra parte y engañarse el propietario en sus suposiciones. Para Couterot la sencilla posibilidad de ese error no era admisible y mientras volvía a la villa rumiaba entre dientes el texto enigmático. Su pensamiento chocaba, se estrellaba contra él para venir siempre a la misma conclusión en que terminaban todas sus reflexiones de aquella noche:

— No. Berta no es su querida... Pero ¿y si le amase?...

Para que Jorge se hiciese esta pregunta, aun en aquellos minutos de profunda turbación, era preciso que hubiese dejado densificar entre su mujer y él una extraña neblina de desavenencias. Ese es el castigo del crimen de lesa amor de los celos, los cuales llegan

a destruir entre dos seres que viven juntos esa mutua confianza, gracias a la cual el alma de uno es transparente para el otro. Todo en aquella delicada y espiritual criatura desmentía la suposición de que pudiese abrigar un sentimiento apasionado por un arribista de maneras vulgares y toscas, de talento corriente y afectado, de ambiciones tan manifestamente groseras como Máximo. Esta idea era descabellada. Sin embargo, Jorge la sentía tan dentro de él, que comprendía que esta vez lucharía en vano contra ella. Iba a serle imposible, y se daba cuenta de ello, ocultarle su agitación a Berta, a quien tendría que volver a ver dentro de algunos instantes (consultó su reloj), un cuarto de hora. El tiempo del baño había pasado; el del reposo pasaría en seguida. Si no estaba allí como de costumbre cerca de ella, cuando regresase a la villa, se inquietaría. Iría, pues. Le daría el telegrama. Le explicaría primero por qué le había abierto. Ella tendría el papel entre las manos. Leería esas frases que quizás para ella tuviesen una significación tierna... ¿Y él?... En ese momento, figurándose de antemano la escena, con una precisión verdaderamente dolorosa, se presentó a su mente un proyecto, primero incierto y confuso, luego más claro y más... En alta voz se oyó él mismo decir:

— ¡Ah! Sería la salvación. Yo sabría...

Y se encaminó rápidamente hacia la casa. No reflexionaba. No calculaba. Ya tenía, como él había dicho, un medio de saber. Otra voz interior, la de la conciencia, hablaba en él. Se daba clara cuenta de que no tenía el derecho de intentar la prueba que acababa de concebir y hacia la cual se precipitaba con la prisa de un criminal, víctima de esa fuerza de sensación que da a ciertos actos la rapidez, la seguridad y casi la inconsciencia de los movimientos sonámbulos. ¿Qué importaba la orden del médico de

evitar emociones a la enferma?... Couterot había olvidado que lo estuviese. No veía en ella más que una mujer a la que amaba apasionadamente, de cuyos sentimientos dudaba y los cuales una vez más quería conocer. Había imaginado una de esas artimañas de infalible y formidable sencillez que los celosos tienen la habilidad de concebir y la implacable audacia de ejecutar en los arrebatos de su feroz pasión.

— Acabo de saber una noticia horrible — dijo tan pronto como entró en el gabinete donde la esposa le esperaba, echada sobre la *chaise longue*, y ocupada, para matar el tiempo, en un bordado que no la obligaba a levantar los brazos.

— Efectivamente, tienes el aspecto de haberte impresionado — respondió ella.

— Motivo hay para ello — continuó él —: el pobre Máximo Fauriel...

— Fauriel — dijo ella, sin que su voz delatase el menor estremecimiento.

— Ha ocurrido ayer un terrible accidente de automóvil entre Nauheim y Francfort...

— ¿Está herido? — preguntó. Había en su acento un poco de inquietud, pero tan poco!... Era la simple piedad que se despierta en los más indiferentes ante el infortunio humano.

— ¡Muerto!... — respondió, se atrevió a responder Jorge Couterot, y sus ojos espiaban en la fisonomía de la inocente un sufrimiento que, naturalmente, no apareció.

— ¿Muerto? — repitió ella, meneando la cabeza con tristeza —. Y ayer tan contento y tan lleno de ilusiones. Me hablaba de sus cuadros comenzados, de su candidatura al Instituto. ¡Lo que somos!... Pero ¿qué tienes Jorge, qué tienes?...

El desgraciado acababa de dejarse caer sobre una silla, con las manos en los ojos y prorrumpiendo en

llanto. El resultado de su abominable estratagema desvaneció todos los fantasmas de sus celos insensatos, y su honor despertaba. Había en él una mezcla tal de alivio y de vergüenza, de delicadeza y de remordimiento, que sus nervios le traicionaron, e incapaz de fingir más tiempo una comedia, de la cual sentía entonces todo lo grotesco y lo infame, gemía:

— ¡Lo que tengo, hija mía, querida mía, es que soy un desgraciado y un vill! Lo que tengo es que acabo de sufrir una de mis odiosas crisis y de dudar de ti, de ti, de ti... Pero te juro que es la última vez... Esa visita de ese hombre ayer durante mi ausencia... Ese despacho, después, que te ha dirigido esta mañana... Ya lo leerás y comprenderás... En fin: he estado celoso y he querido saber si te interesabas por él y hasta qué punto... Por eso he imaginado hablarte como lo he hecho... Te he mentido... ¡Oh! Perdónamel... Ya ves qué vergüenza siento de haber cedido a tan innoble sentimiento. Te amo, Berta, te amo, y esa es toda la explicación de mi locura. Porque he estado loco... No lo seré más. Te lo juro, nunca más... Pero ¿qué tienes tú? Berta, Berta, Berta...

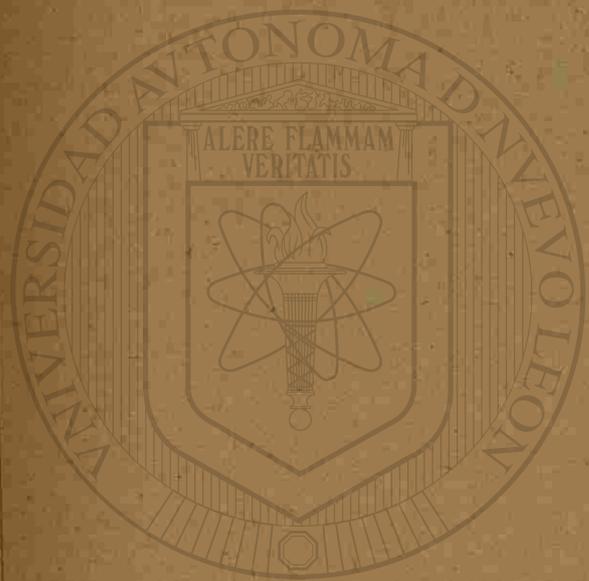
A medida que el marido hablaba, contando en frases entrecortadas la horrible acción que acababa de cometer con ella, el rostro de su joven mujer iba expresando un dolor creciente. Se había incorporado sobre su asiento, fijos sus ojos en aquel verdugo mártir que no había temido, enferma como estaba, someterla a tan siniestra prueba. Con la boca entreabierta, respirando anhelosamente, con voz ya estertorosa, dijo tan sólo:

— ¡Tú has podido hacer esto!... ¡Tú!...

Y llevándose las manos al corazón, que un agudo sufrimiento punzaba, movió los labios sin poder arti-

cular el final de la frase. Había palidecido horrorosamente. El terror de la agonía súbita invadió sus pupilas, que se desencajaron. Su cabeza se inclinó, después su cuerpo... Había muerto. ¡Una vez más Otelo en su delirio mataba a Desdémona, conociendo al matarla cuánto era amado!

1906.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

EL RAPTO

I

El automóvil se detuvo. Las últimas trepidaciones del motor se apagaron, y nada anunciaba ya su presencia en el hondo camino en que se había parado, sino la fuerte claridad de sus linternas, proyectadas sobre los rojizos fustes de unos pinos rodados. Del coche descendieron un hombre y una mujer que, quietos un instante, escucharon. Nada turbaba aquel amplio silencio más que los suspiros del viento en las ramas y la resaca del cercano mar contra las rocas. Esa noche de Navidad envolvía aquel rincón de la costa provenzal en una atmósfera tibia, como de primavera y tan diáfana, que los viajeros podían distinguir a bastantes pasos, bajo la bóveda arbórea que los cobijaba, los esqueletos fantasmagóricos de las ruinas a las que aquella playa debe su nombre de Pomponiana. Todos los que han visitado Hyères conocen ese pintoresco montículo, donde el penúltimo duque de Luynes comenzó unas excavaciones, interrumpidas por su muerte. Hyères está a cuatro kilómetros; Tolón, a más de diez. Unas caba-

ñas de madera, lugar de cita de jugadores de bolsa, y algunos hoteles diseminados a lo largo del camino, sostienen allí durante el día una circulación que termina próximamente a las ocho. Eran más de las once. Sin embargo, como si no estuvieran bastante seguros de la completa soledad, los dueños del automóvil continuaron hablando en voz baja, cuando después de encargar al *chauffeur* que les esperase, se internaron en el bosquecillo, ya bajo y tupido como una maleza, ya elevado como un verdadero pinar, que cubre la pendiente de aquellas colinas, especie de oasis levantado entre Hyères, Tolón y el golfo de Giens. El hecho del cual aquella misteriosa parada a tales horas y en tal punto señalaba sólo el comienzo, era uno de esos siniestros atentados ante los que retroceden siempre los hombres de cierta esmerada educación; y el hombre que caminaba de ese modo, por una desierta ruta de Provenza, la noche de Navidad del año 1902, llevaba un nombre que contrastaba extraordinariamente con la aventura a que se disponía. Se llamaba el marqués de Rourre, y descendía auténticamente de una de las familias más nobles de la Auvernia. Su compañera le había agarrado del brazo con el gesto de una mujer que no quiere dejarse escapar un cómplice del cual no está muy segura. Caminaba arrastrándola, y de su lindo rostro hacia-él, y cuyas delicadas facciones acusaba la luna, emanaba un deseo apasionado de sugestión, imponiéndole su voluntad por la negra mirada de sus ojos inmensos, por la sonrisa de su boca palpitante, por el calor de su abrazo, por el acento de su voz cálida.

— Ya ves que todo nos favorece—decía—. Hay tanta claridad como en pleno día. Un poco de valor durante media hora, y asunto concluído... Te prometí ser tan buena para el niño como si fuera su madre. Nunca te probaré más cuánto te amo... Por-

que al fin y a la postre, yo no soy su madre, y es hijo de *ella*. Lo olvidaré para no acordarme más que de *nosotros*... ¡Ese niño es el arma segura que no fallará!... ¡Ah! ¡Si pudiese ir yo misma y arrancarle de sus manos!... Tendría valor, te lo juro... Pero no, él no me conoce. Gritaría, se rebelaría, mientras que contigo... Te ha visto aún no hace un año; eres su padre. ¡Te seguirá tan naturalmente!... ¡Es tan difícil!...

— Sí—respondió el señor de Rourre—. ¡Tan fácil... y tan duro!... ¡Entrar como un ladrón, escondiéndome, en una casa donde he vivido como dueño! ¡Exponerme, si me ve algún criado, a luchar con él, a ser detenido quizá innoblemente! Escalar muros, violentar puertas... ¿Y si ella está allí, cerca del niño?...

— No estará—interrumpió la joven vivamente—, bien lo sabes, puesto que hemos escogido esta hora a propósito. Estará en la misa del gallo, como todo el mundo, y aun cuando la encontraras allí, ¿es que acaso no tienes tú un sagrado derecho, el de la naturaleza? Una vez más, ¿no eres su padre? ¿No es tuyo ese hijo? Vas a recobrarle; eso es todo... No hay fallo de tribunal que pueda prevalecer contra la sangre. ¿Por qué te han negado ese hijo? Porque vivías conmigo y yo soy tu querida. Pero cuando tu separación se convierta en divorcio, ¿no voy a ser tu mujer?

— Serás mi mujer—dijo él estrechando más el brazo que se apoyaba en el suyo. Un momento permaneció callado. Sin duda estaba fuertemente conmovido por la evocación de la tragedia que en realidad viviera: su matrimonio con una piadosa doncella de su mundo, la señorita Luisa de Avançon; el nacimiento de su hijo Mauricio; sus primeras infidelidades cometidas durante el embarazo y la cuaren-

tena de la madre; luego su pasión por aquella a quien oía, a su lado, pisar con sus menudos pies los guijarros del camino; los celos de su mujer, sus disputas, las brutalidades de él hasta la última escena de violencia ante testigos, la cual había conducido al escándalo de su proceso de separación. Por fanfarro-nada había instalado en su casa a Julia Cordier. Este era el verdadero nombre de su peligrosa querida, más conocida, en los teatruchos donde actuaba antes de su amancebamiento, con el pseudónimo de Julieta de Orsay. Aquella impúdica presencia bajo el techo conyugal había sido impuesta por ella. Desde el primer día había visto en su amante uno de esos seres débiles con apariencias enérgicas, de los que una diplomacia un poco fina debe obtenerlo todo. Y ella no pretendía nada menos que ser la señora marquesa de Rourre. De ahí aquel escándalo destinado a aislar para siempre al desgraciado de su ambiente. No había calculado, creyendo al señor de Rourre muy rico, que asestaba un golpe terrible a sus propias ambiciones, obligando a su amante a comprometerse de ese modo. El marqués había dilapidado mucho en su juventud, seguro de heredar a un tío materno que no tenía pariente más próximo. Las revelaciones del proceso fueron causa de que el viejo gentilhomme modificase su testamento y dejara todos sus bienes en nuda propiedad al hijo de su indigno sobrino y el usufructo de ellos a la madre. Mientras la señora de Rourre veía juntarse aquella crecida fortuna a sus bienes y subir sus rentas a más de 150.000 francos, el amante de la ex Julieta de Orsay acababa de arruinarse. Su querida le había sacrificado su carrera artística. ¿Cómo pagar tal sacrificio sino con todos sus caprichos de elegancia y de lujo? Y Francisco de Rourre había buscado dinero, donde en París se encuentra: en casa de los usure-

ros, en las mesas de *bacará* y en la Bolsa. Aquella expedición clandestina, en esa noche de Navidad, era el trágico resultado de tales operaciones. Instigado, arrastrado, seducido por los consejos de la aventurera a la cual había ligado su destino, el infortunado se disponía a apoderarse de su hijo. Todo estaba dispuesto para marchar a América con el niño. Entonces se trataría de vender a la madre un regreso, que seguramente pagaría muy caro. Horroso proyecto que favorecía mucho la permanencia de la esposa en un hotel algo aislado de los alrededores de Hyères, y más todavía un pequeño detalle conocido por el raptor, que había vivido allí los primeros días del matrimonio: el anterior propietario había hecho construir en el parque una capilla independiente de la casa. Todas las probabilidades hacían esperar, como Julia Cordier lo había recordado únicamente, que la criatura estuviese sola en su cuarto aquella Nochebuena. Sus cinco años no permitían que su madre le impusiese el sacrificio de la misa del gallo. Pero ¿cómo el padre no sintió, aun en su degradación, lo que añadía de innoble a aquella emboscada, su misma seguridad fundada en la devoción de la mujer y en su celo por la salud del niño? Cuando rompió el silencio, ese remordimiento se reflejó en el tono con que subrayó una de las frases pronunciadas por su astuta y funesta consejera:

— Sí—repitió él—, tú serás mi mujer... *Ella* me provocó, me humilló, me arruinó. Yo haré que no pueda llevar más el nombre de su hijo sin partírlle contigo...

— Si piensas así, volvámonos—dijo la amante haciendo ademán de retroceder. Luego, cruelmente, agregó:—Aun no se ha olvidado la Orsay de su *Variétés* ni de su Palais-Royal. Volveré a ellos; es bien sencillo...

— No—replicó él apasionadamente—. No me abandonarás. Nunca, nunca...— La había estrechado entre sus brazos, y en la diafanidad de la templada noche meridional, la belleza voluptuosa que le tenía hechizado impresionó sus sentidos con un profundo estremecimiento. Sus bocas se juntaron en un beso que dió a aquel hombre enloquecido el frenesí de su resolución primera.

— Esa fortuna era mía. Ella me la ha robado perjudicándose en el ánimo de mi tío. Yo recobraré lo que pueda y como pueda. Vamos...

Y sin cambiar más palabras, reanudaron la marcha, siendo él ahora quien conducía a ella. Los alerces se hacían cada vez más altos, proyectando sobre el camino una sombra más densa, que la luna tamizaba con su polvo de plata. Los cómplices bordeaban los cercados, donde ladraban los perros a su paso; marchaban por atajos en que tenían que apartar las ramas de los madroños, lentiscos, enebros, brezos y romeros. Esos arbustos aromáticos mezclaban sus perfumes con el olor de los pinos; y los efluvios de aquellas colinas por donde se había paseado con su tierna esposa durante la primera época del matrimonio, reavivaban en Francisco de Rourre recuerdos que exaltaban aún más su cólera. Por fin apareció un muro que hacía ángulo con el camino, desierto entonces.

— Ese es—dijo él deteniéndose.

— Son las doce y cinco—pronunció Julia después de mirar, a la claridad de la luna, un reloj engastado en un brazaletes—. Te espero aquí. Bésame, amor mío, y ¡ánimo! Piensa que es por tu amante querida por quien vas a luchar... ¡Ah! Ella debería impedir que te expusieras de ese modo. ¡Si te tomase por un ladrón!... ¡Si se disparase sobre ti!...

— No temas—respondió él bruscamente. La as-

tuta mujer acababa de emplear el argumento decisivo. Había mostrado el peligro a un hombre valiente. Volvió a estrecharla amorosamente contra su corazón, y de un salto ganó la tapia apoyando el pie en una gran piedra colocada en aquel punto para marcar la linde de las propiedades. Demasiado bien conocía ese detalle. Era él mismo quien había hecho reparar ese ángulo de la cerca en otro tiempo.

II

El parque que rodeaba el hotel habitado por la señora de Rourre parecía como cortado en la misma selva que adornaba la colina. Se habían respetado los pinos y trazado solamente, a través de su espesura, avenidas, cuya complicación hubiese extraviado a cualquier otro visitante. Había escaleras de roca que descendían, verdaderas rocas que rodear, y un estanque, detrás de un muro, que esquivar. La estancia del marido infiel en aquel hermoso paraje era muy reciente para que pudiera engañarse en uno solo de los puntos de tal laberinto. Diez minutos después de dejar a su amante, estaba delante de la casa. Silenciosa y hermética se erguía, dibujando la luna claramente sobre el azul del cielo la línea de su original arquitectura. Dos terrazas a la italiana prolongaban por ambos lados el único piso, rematado por un torreón. Geranios trepadores y rosales Banks revestían la fachada de un manto ondulado de hojas y de flores. Una sola parte del bosque había sido roturada, la que se extendía ante la fachada. Palmeras y yucas crecían allí libremente, atestiguando esa vegetación africana la dulzura y el poder de un clima

hecho para construir un nido de amor en la paz, de dicha en la soledad. A través de las palmas dentadas de las *Phoenix* y de las *Fubosas*, se perfilaba, a unos cincuenta metros, la silueta de la capilla y su gótico campanario. La vidriera de su rosetón estaba iluminada. Francisco de Rourre pudo convencerse, por aquella señal, de la exactitud de su previsión. Se celebrara allí un oficio al que todos los habitantes de la casa debían asistir. Los ladridos de un perro, encadenado cerca de la caseta del jardinero, a doscientos pasos de la misma casa, se redoblaron a medida que el raptor se acercaba; pero como el animal había sido atado, precisamente para que los fieles de la misa del gallo no fuesen víctimas de su vigilancia, y como, por otra parte, ese aullido se oía hacia ya cerca de una hora, ninguno de los que en aquel momento se encontraban en la capilla se preocupó de él. Los dos perros de la marquesa habían quedado en la casa, pero en la planta baja. Mas aunque se les hubiese encerrado en la misma habitación donde iba a penetrar, no por eso hubiera retrocedido. Eran dos Kings Charles ya viejos y que le conocían. Por otra parte, no se paró a pensar en las probabilidades favorables o adversas. Para él la cuestión era escalar una de las terrazas: la de la derecha, que daba acceso, por un balcón, al cuarto de la señora de Rourre. Estaba seguro, conociendo bien la disposición de la casa, de que la habitación del niño debía ser la más inmediata, la que le había servido a él, en otros tiempos, de dormitorio. Grandes jarrones de forma provenzal transformados en tiestos, donde se abrían soberbiamente ramos de manzanilla, se hallaban alineados debajo de la terraza. Subido en uno de ellos, Francisco se agarró con una mano a un pilar de la balaustrada y con la otra se cogió a la cornisa. Un esfuerzo más, y apoyando sus pies en los alambres,

por donde subían las plantas trepadoras, logró escalar el balcón.

Hasta aquí la dificultad había sido puramente material. Ensangrentarse las manos en un escalamiento, magullarse las piernas en él, aun arriesgarse, si se le hubiese visto y tomado por un ladrón, a recibir una bala, son sensaciones que un hombre valiente afronta con facilidad. Pero en el momento en que Francisco de Rourre iba a forzar la hoja de la ventana, pensó que podía encontrarse realmente, según se lo había dicho a su amante con mal disimulado temor, frente a frente con su esposa... Su corazón, tan tranquilo al franquear el muro del parque, latía violentamente mientras trataba de abrir el atrancado postigo. Si hubiese habido alguien en la habitación, aquel ruido hubiera bastado para llevar su atención hacia la ventana; pero ningún rumor salió de la cerrada estancia. Francisco tiró con violencia de uno de los batientes, introduciendo los dedos por la rendija de las maderas. A su presión desesperada sintió ceder la falleba interior, y, envolviéndose previamente la mano con un pañuelo, de un puñetazo hizo saltar el cristal que encontró detrás del postigo levantado. De esta manera pudo abrir la ventana y penetrar en el cuarto, que evidentemente estaba vacío, pues aquel estrépito no había provocado grito alguno. La violencia de aquella fractura había despertado en él que la cometía los más perversos instintos, como sucede cuando un hombre de cierta clase comete actos cuya vileza le descalifica ante sí mismo. El gran señor convertido en ladrón tuvo, ante el triunfo de su designio abominable, un momento de feroz alegría, que sucedió de modo casi espasmódico a su ansiedad. Comenzó a reír, pronunciando en alta voz estas palabras, que hubieran helado la sangre en las venas de la moradora de esa mansión, arrodillada entonces

en la capilla, si hubiera podido oírlas y ver aquel gesto:

— Por esta vez, no hay remedio.

Mientras decía esto, y aunque los rayos de luna que entraban por la ventana entreabierta daban cierta claridad a la estancia, sacó de su bolsillo una pequeña lámpara eléctrica, cuyo resplandor le permitió divisar una palmatoria, cuya bujía encendió en seguida. A su pesar, y una vez que la temblorosa llama extendió su luz circular, examinó de una ojeada los rincones de aquella habitación, y su aspecto conocido le hizo estremecer. La esposa ultrajada y abandonada no la había alterado en lo más mínimo, aunque hubiese sido natural que su resentimiento la indujera a apartar de allí todos los objetos, testigos demasiado elocuentes de una unión tan dolorosa como breve. Pero no. Los muebles permanecían en el mismo sitio; la misma tapicería colgaba en la alcoba, donde el mismo lecho preparado mostraba solamente el único almohadón de la viuda. Los mismos cuadros adornaban las paredes. ¿Los mismos?... No. Sobre la puerta había uno que antes no estaba. Francisco de Rourre se acercó, con la luz en la mano, como si no quisiera creer lo que veía. Era su retrato lo que su mujer había colocado en aquel sitio. Sin duda le había mandado hacer después de su separación, según alguna fotografía. Se acercó al escritorio. Otros retratos suyos estaban allí, en los marcos de piel que la señora de Rourre llevaba consigo dondequiera que se trasladase. Su forma lo atestiguaba. El asombro que al improvisado visitador de aquel sitio produjeron esos inesperados detalles fué tan grande, que le invadió un temblor que le obligó a dejar la palmatoria. ¡Había entrado en la casa tan convencido de que su mujer le odiaba!... ¡Se había manifestado tan implacable en su procesol... ¡Por qué entonces esas se-

ñales ciertas de un recuerdo, que hubiera debido exteriorizarse lógicamente por alguna indulgencia y no por aquella inflexibilidad en sus reivindicaciones y, sobre todo, en lo concerniente al hijo? ¿Aquellos retratos, esparcidos por todas partes, parecían dar testimonio de que ella le amaba todavía o que la importaba hacer creer que le amaba? Pero ¿para qué desempeñaba esa comedia, si es que lo era? ¿Qué podía importarla mantener una creencia que toda su conducta desmentía, puesto que jamás aprovechó una sola ocasión para aproximarse a aquél cuyo nombre llevaba y cuyo hijo retenía con tanto celo? Los jueces habían concedido al padre el derecho de ir a visitar al hijo en determinadas épocas, y apenas si hizo uso de él, porque en todas las visitas estaba la madre allí, graciosa cuando entraba, glacial cuando salía, amable sólo cuando Mauricio estaba entre los dos. Y he aquí que a través de aquella vertiginosa aparición de pensamientos que se verificaba en el espíritu de aquel hombre, inmóvil y como estupefacto, comenzaba a bosquejarse una respuesta a ese ¿Por qué?... que brotaba súbitamente de todos los rincones de la estancia. La respuesta iba a precisarse de un modo más claro todavía por un hecho sencillo, pero que debía remover en el padre hasta las más profundas fibras de su ser.

Para sacudir la súbita paralización de que se sintió invadido, se dijo:

— Hay que darse prisa. Julia me espera...

Aquella evocación de la querida, en la alcoba de la esposa, era una rebelión de su presente contra su pasado, un aferramiento de su voluntad inquieta de pronto por la influencia que le había como arrastrado a tal momento y a tal acto. Cogió otra vez la palmatoria y entró en el tocador, que comunicaba con la otra habitación, en la que dormía su hijo. Un leño

acababa de consumirse en la chimenea de aquel gabinete, a la puerta del cual había puesto Mauricio su zapato tres horas antes pensando en el Padre Noel. Junto al calzado del niño, la madre había colocado ya los regalos que iban a alegrar el despertar de la criatura. Se veían allí varios paquetes misteriosamente envueltos y, aparte, una caja muy grande, que debía contener un juguete más espléndido que los otros, a juzgar por su dimensión. Era la única que llevaba una inscripción que Francisco de Rourre no pudo menos de leer: «Para mi querido Mauricio, de su papá en viaje...» Los caracteres estaban trazados en letras capitales, ¿por quién, sino por la madre que había querido fingir su letra?... Todo el secreto de la vida actual de aquella desgraciada mujer estaba en la sublime y candorosa mentira de un regalo en nombre del marido culpable; pero era el padre, el padre que podía volver, el padre cuyo abandono debía ignorar el niño y en cuyo tierno corazón debía guardársele un lugar. Y la madre se le guardaba por una heroica y tierna ficción que en aquel regalo de Navidad mostraba su celo, como en los retratos del dormitorio atestiguaba la perseverancia. El héroe imaginario de aquella piadosa novela maternal contemplaba, atónita la mirada y convulsa la faz, ese regalo hecho en su nombre y sin él saberlo. Todavía llevaba sobre sus ropas de automovilista, desgarradas en algunos puntos, en sus manos manchadas por rayas sanguinolentas, la señal de su escalamiento por el muro y entre los clavos. Se miró en el espejo y se vió de pie cerca de aquel cuadro de intimidad familiar. Vió aquel hogar, aquel zapato de niño, aquellos objetos cuidadosamente envueltos, y se produjo el efecto de un criminal... ¡Ah! ¡Qué le importaba ahora que Julia esperase! ¡Qué distante de él estaba!... ¡Iba a cometer el hecho para el cual se había aven-

turado hasta allí, a apoderarse de aquel hijo en cuya alma la madre mantenía tan evidentemente un culto para él?... ¡Robarle!... ¡Confiarlo a aquella mujer que jamás había poseído de él más que los sentidos, el frenesí de una pasión delirante, pero tan grosera, tan bastarda, de carne y de sangrel... Durante algunos momentos, que fueron bastante cortos, pero hay ciertos *ictus* morales, como los *ictus* físicos, que en su fulminante convulsión trastornan todas las células de un cerebro en algunos segundos, su amante y su vida causaron horror a ese hombre y el «No... no...», que pronunció repetidamente en voz alta, no se parecía en nada al «Por esta vez, no hay remedio», de su llegada... El reloj de la habitación en que se hallaba dió una campanada metálica que le despertó como de un sueño. Pudo ver que el minuterero estaba sobre las seis. Las doce y media... La misa que se celebraba en la capilla iba a terminar... ¡Iba a ser sorprendido así por su mujer! ¡Eso nunca!... Silenciosamente, presuroso, de puntillas, velando con su mano la llama de la bujía, se dirigió al cuarto donde había adivinado que descansaba su hijo. El lecho apareció y en él, sobre la almohada, la inocente cabeza, con sus ojos cerrados, su boca abierta y el oro de sus cabellos esparcidos. El aliento acompasado de aquel ser encantador no se alteró al acercarse su padre, que, inclinado ante ese sueño, rozó con sus labios la mejilla fresca y rosada del niño, su niño, para quien, gracias a la madre, no había dejado de ser el gran amigo bienhechor y admirado, el protector, el padre... Luego, silenciosamente, presuroso, de puntillas, siempre cuidando de ocultar con su mano la luz, que hubiese podido despertar al que dormía, volvió al tocador, al dormitorio, a la terraza... Escuchó... El oficio aún no había acabado, puesto que la capilla permanecía cerrada, y con tanto terror de ser visto

como si no saliera con las manos vacías, sin haber realizado su monstruoso proyecto, se colgó de la balaustrada, se dejó caer al suelo y huyó a través del parque.

III

.....
— ¡Solol...—exclamó Julia cuando su amante franqueó la tapia y se encontró delante de ella—. ¿No has encontrado la habitación? ¿Había gente?... Pero ¿cómo estás tan pálido? ¿Por qué tiembles? ¡Habla, habla!...

— Vámonos—dijo Francisco de Rourre con voz trémula, sin responder a las preguntas de la joven, que le había cogido del brazo insistiendo:

— Confiesa la verdad. No te has atrevido. Has tenido miedo...—Y soltó una risa estridente—. O tu mujer...

— Te he prohibido hablar de ella—interrumpió él desasiéndose y estrechándola a su vez, tan rudamente, que le arrancó un pequeño grito—. Oyes—repetió—, te lo prohibo...

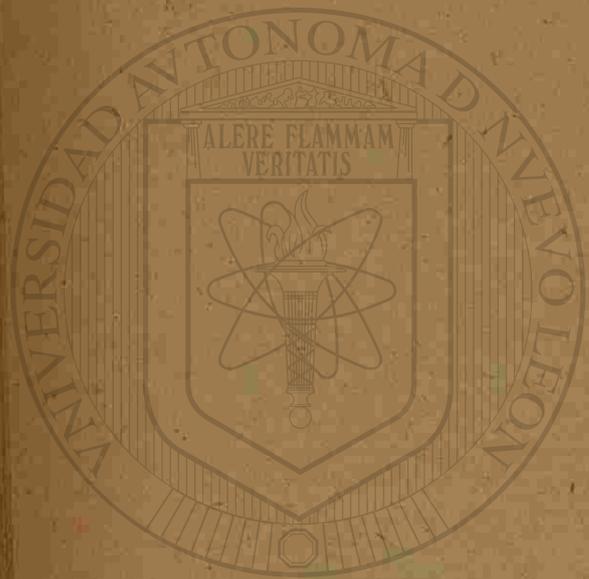
Su acento era tan extraño y su rostro había tomado una expresión tan feroz, que la amante se calló. ¿Qué había pasado en aquella media hora para que cambiase de ese modo? Habían desandado el camino que debía conducirles hacia el automóvil, pero sin que ahora Francisco de Rourre pareciese querer esconderse. Cuando las linternas aparecieron entre los troncos de los pinos, dijo ella con voz en que vibraba un desafío:

— Mira, vamos a volver a Marsella. No pienso se-

guir más tiempo en el Mediodía. Desde el momento en que el asunto ha fallado, regreso a París. No culpes a nadie más que a ti, si vuelvo al teatro...

— ¡Bien! Tú harás lo que quieras—respondió él—. Todo me es lo mismo con tal que nos vayamos de aquí y pronto, pronto...

Por primera vez la querida sintió que la esposa había encontrado el medio de ser más fuerte que ella en el corazón del hombre que ella había llevado hasta el umbral del crimen, e incapaz de explicarse mentalmente, por otros motivos que los más bajos, la variación que echaba por tierra un plan de *chantage* largamente acariciado, cuando el automóvil arrancaba gruñó entre dientes un «¡Cobardel...», que el padre de Mauricio no oyó siquiera. A través del cristal del veloz carruaje veía él alejarse los pinos de la colina lo mismo que fantasmas, y una tristeza infinita le inundaba el alma, donde, sin embargo, surgía una débil esperanza. Si su mujer hacía que su hijo continuase queriéndole y respetándole, ¿era para rechazarle si volvía alguna vez?... ¿Volver?... ¿Se atrevería algún día?... Y volviendo los ojos hacia su compañera, que le observaba de soslayo, como felino que acecha los movimientos de su presa, sintió, con un estremecimiento de toda su carne, que la odiaba tanto como la amaba.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

EL HIJO

I

La señora Ligier se había despertado bien emocionada aquel día, que marcaba una fecha solemne en su existencia de viuda y de madre. Hacía precisamente dos años que, a los treinta y tres, había perdido a su esposo, arrebatado en plena juventud por una pleuresía fulminante, a una carrera de abogado que prometía ser magnífica. Y hacía seis semanas que un compañero de Colegio del difunto, Jorge Foucault, abogado como él, y su rival en estrados, pero un rival amigo, había osado decir a la joven viuda:

—Hace mucho tiempo, señora, que tengo hacia usted un sentimiento cuya verdadera naturaleza no he comprendido hasta la desaparición de nuestro pobre Pedro, y cuando usted ha estado libre... Yo creo haberla probado mi respeto, mi culto por usted, no sólo por mi silencio entonces, sino después. Ahora puedo confesarle que sin usted en mi vida no hay nada interesante. Usted a su edad tiene el derecho, el deber casi, de rehacer la suya. No es ser infiel al

pasado considerarle como pasado, con una honda piedad que no impida aceptar el presente y mirar el porvenir... ¿Podré esperar, señora, que si alguna vez se decide usted a reanudar su vida, pensará que tiene cerca un amigo devoto, sincero, cuya más grata ilusión sería consagrarse enteramente a usted... ¡Ahl! Señora, la amo... Es la primera vez que me permito expresarle mis sentimientos... No tiene usted más que pronunciar una palabra y ésa será la última... Pero no la pronuncie sin concederme el honor de reflexionar... Una sincera afección, como la que yo ofrezco, es algo, a pesar de todo... No la pronuncie en seguida...

— ¿Rehacer mi vida?...—replicó la señora de Ligier, con voz temblorosa y los ojos bajos. La declaración de Foucault acababa de conmoverla hasta lo más íntimo de su ser. No quería contestar directamente, incapaz de emitir aquella palabra de negativa cuya amenaza había él conjurado, y también incapaz de pronunciar el «sí» que aquél imploraba inmediatamente y desde el primer momento.

— ¿Rehacer mi vida?—repitió ella. Luego, mirándole con una hermosa mirada franca y, sin embargo, triste, agregó:

— ¡Mi vida no puede rehacerse!... Me habla usted de derecho y de deber... Yo no conozco más que un derecho: el que mis hijos tienen sobre mí; ni más que un deber: el que tengo para con ellos.

— Pero ¿no sabe usted que también a ellos, a sus tres hijos, les quiero yo?—había dicho Foucault—. ¿Y quién podría reemplazar a su padre junto a ellos, más que el compañero de su juventud que mejor le conoció, que mejor sabe sus ideas, sus gustos, lo que él hubiera deseado para su hija y sus hijos?... No lo conoce usted misma, Catalina?...

Era preciso que la evidente emoción de la señora

de Ligier revelase el secreto consentimiento de su corazón para que él la llamase por su nombre, a través de cuyas sílabas había pasado todo su respeto y todo su amor. Con sus dos manos había cogido las de ella, temblorosas, que no se retiraron, y su acento se hizo aún más tierno, más apasionado, para implorar:

— ¿Quiere usted permitirme reemplazar a aquel padre? ¿Quiere usted ser mi esposa?...

— ¡Déjeme!...—había gemido ella, encontrando ahora fuerza para desasirse. Y dolorosamente:

— No me diga más... ¡Hablándome, acaba usted de hacerme tanto mal!... Yo no sé nada. No comprendo nada. No veo claro en mí... No me guarde rencor—había agregado, turbada por la expresión del semblante de Foucault—. Le hago sufrir, pero no es culpa mía. Le repito que en este momento no comprendo... Más tarde reanudaremos esta conversación; ahora no puedo...

— Esperaré su respuesta el tiempo que usted quiera—respondió Jorge. Después, desmintiendo inmediatamente su propia promesa y volviendo a coger los menudos dedos de aquella mujer cuya fiebre era una confesión, había dicho, con esa cálida insistencia de los amantes que adivinan que su audacia no desagrada:

— Si usted no me responde desde ahora no, es que quizá entrevé una posibilidad de contestar sí. ¿Es que duda?... Esa vacilación me es grata por un lado... La incertidumbre es la esperanza... Mas por otro, me es dura. Estar incierto es temer también, y cuando no se es muy joven, esos temores consumen tanto el corazón!...

Al decir esto mostraba su cabello, todavía negro, aunque los cuarenta años comenzaban a poner en él algunas hebras de plata, y la señora de Ligier pudo

leer en sus pupilas oscuras aquel ardiente reproche del hombre que comienza a calcular su parte de felicidad en la tierra y que sabe que los goces perdidos no vuelven más.

— Sí— continuó él—, esperaré esta respuesta todo lo que usted quiera. Pero me será muy dura. Sería una caridad fijar un límite a este martirio. Tendría valor por soportarlo todo si ante mí tuviera una fecha fija, un punto hacia el cual caminará diciéndome: «Ese día sabré...» Catalina, elija usted misma esa fecha. Aléjela cuanto a usted le plazca, y de aquí allá me comprometo a no hablarla de ese proyecto, que, sin embargo, será mi pensamiento único... Usted verá cómo obedezco. En cambio, sea usted buena... deme un plazo. ¿Cuándo me responderá usted?...

— Pues bien—balbuceó la señora de Ligier, con voz ahogada—: cuando mi luto haya terminado, completamente terminado... Entonces le contestaré... Antes, de ningún modo, y puesto que usted dice que me ama, mantenga su palabra desde ahora, como yo cumpliré la mía... No insista más...

Foucault comprendió que era sincera: sincera en aquel compromiso de responderle; sincera en su remordimiento de abandonarse a sueños de porvenir, cuando no tenía más que mirarse al espejo para que el negro de su vestido evocase inmediatamente el pasado. Por eso había obedecido a esa súplica, no sin antes intentar que desapareciera todo equívoco en aquella promesa, señalando un día.

— ¿Entonces será dentro de seis semanas, el 16 de abril?—dijo él.

Catalina inclinó la cabeza, y ambos permanecieron en silencio. Era un 15 de abril, veintidós meses antes, cuando Pedro Ligier había sido arrebatado por la muerte. Era el 17, cuando se había verificado el entierro y el féretro había abandonado aquel mismo

apuesto. El amante no pudo menos de hacer mentalmente un cálculo, cuya crueldad sintió apenas proferidas aquellas palabras. Idéntica impresión experimentó la viuda. ¡Ayl! Continuar viviendo, es siempre traicionar un poco a los muertos. «¿Y yo he sido tu amigo? ¿Y tú has sido mi mujer?» El fantasma del marido, evocado rápidamente por el recuerdo inconscientemente cruel del día de su muerte, habría podido lanzar aquella queja como un reproche a esos dos seres tan leales mientras él viviera. Ya no vivía, y acababan, él, de preferir, y ella, de escuchar palabras de amor, la realización de las cuales estaba ciertamente permitida. Después, el ausente estaría más ausente todavía, más abismado en la nada insondable...

Las seis semanas pasaron, y aquella impresión de un fantasma erguido súbitamente entre el antiguo amigo y la antigua esposa no había vuelto a amargar sus entrevistas, que se hicieron casi diarias. Jorge había tenido la prudencia de no permitirse nunca la más ligera alusión a la promesa solemne ni a su querida esperanza. Había tenido la delicadeza, al acercarse el 15 de abril, de abandonar París, de manera que la señora de Ligier pudo rendir a la memoria del padre de sus hijos los piadosos deberes impuestos por su aniversario, sin que ningún remordimiento se mezclase a su emoción tierna, sí; pero tan diferente ya de la angustia que siguió a la catástrofe... El 16 llegó una carta de Foucault anunciando su regreso y su visita para el día siguiente. Catalina leyó y relejó aquel mensaje discreto todavía. Entre líneas, sus dulces ojos azules habían adivinado una nueva imploración, siempre respetuosa y siempre apremiante. Involuntariamente, y sorprendida ella misma, había llevado a sus labios el papel, al que su escritura daba vida para ella, como si fuera una persona. En voz alta dijo:

— Sí, será que sí. Es sí.

¿Por qué entonces se despertaba aquella mañana, tan agitada y tan conmovida? ¿Qué había pasado entre el momento en que su boca besaba el billete de Foucault y aquel en que, acodada sobre el almohadón de su cama, miraba, con pupilas quietas, que la alegre llama de la esperanza no iluminaba? Cuando su doncella descorrió las cortinas y abrió las ventanas, un raudal de viva luz había invadido la estancia que, situada en la calle Vaneau, daba al inmenso jardín de la Embajada de Austria, que se extiende desde la calle de Varenne a la de Babilonia. El azul del cielo resplandecía. Los pájaros cantaban. La primavera del ambiente se armonizaba tan bien con la situación en que se encontraba aquella mujer joven, que parecía que todo su ser debiera florecer. El traje mismo, de color claro, que la camarera había llevado, la invitaba a dichosos pensamientos. ¿Por qué se ensombrecía su frente a medida que la aguja avanzaba sobre el cuadrante del péndulo? ¿Por qué seguía pensando en lugar de levantarse, como si temiera que aquel día iba a traerla algo de misterioso y temible?...

II

Quando la señora de Ligier hablaba de sus deberes maternos, no se lo había confesado todo al hombre que solicitaba tan tiernamente, tan gravemente, substituir al padre de sus hijos. No le había dicho que uno de ellos, el mayor, Carlos, era para ella, desde hacía unos meses, el principio de una preocupación que se iba haciendo dolorosa. Jamás el hijo y la madre habían cambiado una sola palabra

respecto a Jorge Foucault. Este trataba familiarmente al mozalbote que había visto nacer, lo mismo que al menor, René, y a la pequeña Elena. Pero mientras los cinco años del niño y los diez de la chiquilla respondían a la afección del amigo del padre muerto, con una ingenua simpatía donde no quedaba lugar para sombra alguna, los diez y seis años de Carlos conservaban un no sé qué de impenetrable y de hostil, de lo cual Foucault parecía no apercibirse. Al contrario, en los últimos tiempos había redoblado su afectuosa solicitud hacia el adolescente, taciturno y pálido. La señora de Ligier había notado bien aquel proceder de Jorge para con su hijo y le estaba por ello agradecida; pero veía allí una prueba más de que su instinto no la engañaba. La alegre mañana de aquel día de abril, el día de sus esponsales, ciertos ya en su pensamiento, mentalmente no hacía más que devanar la misma idea. ¿Cómo anunciaría a su hijo su matrimonio con Foucault?

— Yo debía de haberle hablado durante estas seis semanas, sondearle... No he podido... En presencia suya, estoy como ante su padre, al que tanto se parece: me siento acobardada, paralizada... Sin embargo, Jorge tiene razón.

El llamar de esta manera a ese hombre, en su corazón, era una prueba evidente de que le amaba. Sí. Le amaba con uno de esos sentimientos indefinibles que son los más dolorosos, porque tienen bastante fuerza para que combatirlos sea un suplicio; pero no la suficiente para que todo ceda ante su ímpetu soberano. Y continuaba:

— Sí, Jorge tiene razón. Tengo el derecho de rehacer mi vida. No robo nada al que ya no existe. No robo nada a los hijos que él me ha dejado, puesto que Jorge los quiere... Los dos pequeños comprenderán esto ingenuamente. Carlos, también, cuando refle-

xione. Ahora tiene esa intransigencia de los jóvenes que creen que uno puede inmovilizarse en el pasado. No es posible... ¡Ah! hice mal en no hablarle ayer... Pero habíamos ido al cementerio. Acabábamos de colocar flores sobre la tumba de su padre. ¡Cómo le amabal... Es verdad que instantánea, milagrosamente, se ha hecho un hombre...

En su recuerdo fulguró el lecho donde yacía su marido muerto. No hubiera tenido más que abrir la puerta para verle realmente en la habitación que comunicaba con la suya. Recordó al hijo mayor, de pie, a su lado, teniendo las manos de los otros dos huérfanos. Un surco se marcó en su frente joven, que ya no se borró en aquellos dos años. Una resolución estaba fija en sus labios precozmente silenciosos, que no habían reído nunca con la risa descuidada que es dichoso privilegio de su edad. Seguramente, ante el lecho fúnebre de su padre había pronunciado un voto que explicaba su asiduidad en el cumplimiento de sus deberes y su esfuerzo visible en el trabajo. En las clases que seguía en el Liceo de San Luis, su calificación subía de mes en mes. En todas ocupaba el primer lugar. Sin duda alguna, se había comprometido en su conciencia a reemplazar cerca de los suyos al protector desaparecido, ser el jefe del hogar acéfalo. ¿Cómo no iba a estar impresionada la madre por aquel encantador heroísmo familiar, adivinado en su hijo? ¿Cómo no iba a aterrorizar a la mujer, que proyectaba dar otro jefe a aquel hogar, el acordarse del varonil fervor del primogénito? Y en el momento de la resolución suprema, luchaba contra aquel terror...

— ¿En qué podría contrariar la resolución de Carlos, si verdaderamente la ha tomado, la entrada en nuestra casa de un hombre de corazón? Es por interés de su hermano y de su hermana por lo que él

desea tan ardientemente llegar a ser alguien. Luego él mismo conoce que les es necesario alguien. Ese alguien yo se lo proporciono, dándoles a Jorge por segundo padre... Es demasiado vacilar... Inmediatamente, cuando vuelva del colegio, querrá besarme como todas las mañanas. Yo le hablaré. Juro que le hablaré...

En este vaivén de ideas había pasado el tiempo, y la aguja iba a marcar las diez. Cincuenta minutos más, y Carlos, que salía del colegio a las diez y media, estaría allí. Cuatro horas más, y Jorge Foucault aparecería a su vez. Como sucede en esos momentos de íntimo desorden en que las más pequeñas resoluciones entretienen la espera, la señora de Ligier se reprochó su pereza y comenzó a ocuparse en su tocado con tanta diligencia como si estuviese apresurada por una obligación imperiosa. Acababa de colgar a su cuello la cadena de que pendía su reloj, y de ceñirse sus pulseras, abandonadas hacía dos años, cuando un golpe dado a la puerta la sobresaltó, anunciándole la presencia de aquel a quien no podía menos de considerar como un juez. ¡Y, sin embargo, ella no era culpable!... Era, efectivamente, Carlos, quien se detuvo un segundo como paralizado en la puerta abierta, en lugar de entrar.

— ¿Qué tienes? — le preguntó ella, angustiada por la expresión súbitamente alterada de su rostro.

— Nada — respondió él —. Al pronto me sorprendí... Estoy tan acostumbrado a verla de negro... Pero es verdad... Nuestro luto ha terminado... — Involuntariamente, la madre se miró en la amplia luna y vio su silueta de un gris tenue y claro que combinaba graciosamente con sus rubios cabellos, y contrastaba con el traje, todavía severamente obscuro, del colegial. Su voz temblaba para responderle, desviando en seguida la conversación:

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MEXICO
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
MEXICO, D.F.
1954

— ¿Estás hoy contento de tu profesor? ¿Cómo estaba tu trabajo?... — Y en voz baja se decía: — Esperaré aún un poco. Está demasiado conmovido de verme así... Todavía habrá tiempo, después del almuerzo...

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

III

Lo que hay particularmente pungente en los dramas domésticos es que se desarrollan entre ocupaciones sencillas, apacibles, en un ambiente habitual, a través de esa monotonía de las cosas que el vocabulario burgués define por la expresión vulgar, pero exacta: el trajín de la existencia. Aunque el abogado dejó al morir, gracias a afortunadas colocaciones de dinero y a un importante seguro, una fortuna considerable, la señora de Ligier no había dejado nunca, más desde su viudez que antes, la minuciosa administración de su casa, tradicional en la clase media francesa. Por afligida que estuviese ante la perspectiva de aquella entrevista con su hijo, ahora imposible de aplazar, había, según su costumbre y tan pronto como salió del dormitorio, comenzado a recorrer las habitaciones, colocando ella misma en el salón una figura que no estuviera en su sitio, tocando con sus delicados dedos las hojas de las plantas verdes para cerciorarse de si estaban regadas, dando con un ademán cuidadoso un pliegue más conveniente a una cortina. De esta manera llegó al comedor, donde el criado acababa de poner la mesa. Durante los dos años que pasaron desde la muerte del jefe de la familia, el sitio que él ocupaba en la mesa seguía vacío. Primero fué una especie de piedad completamente natural; y como en la primera época, la

señora de Ligier no recibía más que parientes muy cercanos, ese rito funeral se había conservado fácilmente. En una ocasión que había invitado a algunos amigos, trató de interrumpirle; pero eso precisamente había motivado una pequeña escena con su hijo Carlos, quien, la víspera del día que debía celebrarse aquella cena íntima, habló el primero, demostrando así la obsesión de su pensamiento:

— ¡Qué contento estaría mañana el pobre papá, él que quería tanto a sus amigos!... Pero yo estoy seguro de que él ve desde allá arriba que no tocamos su puesto, y que eso le consuela un poco. Es como si no nos hubiera abandonado...

La madre no respondió nada, y el contagio de ese escrúpulo la había impedido aprovecharse de aquella ocasión tan indicada para quebrantar una costumbre que revelaba una exaltación en el recuerdo, muy diferente de sus verdaderos sentimientos. Ella había dado la orden de que el asiento del difunto no fuese ocupado en esa primera comida. ¿Qué pretexto encontrar luego? ¿Cómo interrumpir una tradición evidentemente cada vez más santa para el hijo, cada vez más penosa para la madre, a medida que la imagen de Foucault se dibujaba más en su corazón? Pero aquella mañana, y tan cerca de sus nuevos esponsales, a los que continuaba decidida, la presencia de aquel sillón colocado ante el blanco mantel se le hizo de pronto intolerable de una manera completamente física. La disposición de los cubiertos en la mesa, con un hueco en el sitio en que el muerto se sentaba en otro tiempo, fué como un reproche mudo contra el cual halló repentinamente en sí la fuerza que dentro de algunos instantes iba a verse obligada a desplegar contra los manifiestos reproches de su hijo. En uno de esos raptos de voluntad espontáneos y casi irreflexivos, que son en el orden moral el equi-

valente de los reflejos en el orden fisiológico, dijo al criado:

— Luis, en lo sucesivo no ponga el sillón del señor a la mesa. Ponga en su lugar a la señorita Monnerón.

Apenas hubo dado esta orden, cuando salió de la habitación con el paso rápido de una persona que acaba de ejecutar una cosa necesaria y demasiado dolorosa, para volver a ella toda temblorosa, media hora más tarde, con la señorita Monnerón, la institutriz, con Elena, René y Carlos. ¿Con qué gesto aceptaría éste aquel ligero golpe de Estado que la madre había llevado a cabo? Sí, muy ligero; pero ¿de qué gran significación! Era la primera escena del acto final: el que cerraba la viudez de la señora de Ligier. Tan bien lo comprendía ella, que se mantenía voluntariamente atrás acariciando con sus manos trémulas los rizos blondos de los cabellos de su hijo René... Carlos se paró. Miró la mesa. Miró a su madre. Se puso pálido; luego enrojeció. La señora de Ligier le vió, con un asombro que le hizo afluir la sangre a las mejillas, dirigirse hacia la silla colocada en el sitio reservado antes al padre, y no tuvo valor para repetirle a él lo que había dicho al criado, ni para instalar, por un segundo golpe de Estado, a la institutriz en aquel sitio, frente a ella, el sitio del jefe, y que pasa por derecho al primogénito. Un detalle aumentó su confusión: al coger con su mano el respaldo de la silla a fin de separarla para sentarse, Carlos la miró con ternura apasionada. A sus ojos asomaron lágrimas que no eran ni de indignación ni de cólera. ¿Era el agradecimiento lo que le conmovía así? Pero ¿de qué? De lo que él imaginaba sin sospechar la realidad. No reparó en la sorpresa del criado que miraba a su señora. No se fijó en que la servilleta que desplegaba no era la suya. El creía que su

madre le había concedido ese puesto en la mesa con una intención en la cual vió una respuesta a sus dudas más íntimas. Apenas si podía comer. ¡De tal modo palpitaba su corazón! ¡Tan oprimida estaba su garganta!

Tampoco la madre pudo comer. Aquel error, provocado por ella misma, se le presentó como una especie de fatalidad, casi como una prohibición del destino. Temió y deseó, todo a la vez, el fin de la comida y las palabras que Carlos iba a decirle, que ella adivinaba, que ella leía en sus labios. La comida terminó sin que madre e hijo se explicaran. El adolescente esperaba que la institutriz se llevara a sus hermanos. Al fin, la señorita Monnerón y los dos niños salieron. La madre y el primogénito quedaron solos. Carlos abrazó a su madre, y le dijo con llanto que no intentó reprimir y que bañó con su tibia humedad el rostro de la pobre mujer:

— ¡Oh! Gracias, mamá, gracias... ¡Sí! — agregó él sin darle tiempo para continuar—. Gracias por haberme señalado el puesto de mi padre en la mesa hoy que salimos del luto... No sabe usted cuánto bien me ha hecho, mamá. ¡Ah! Es necesario que la hable con toda franqueza—insistió—. Desde hace algún tiempo tenía tanto miedo... ¡Oh! Perdóname...

Y en aquel tránsito del *usted* al *tú*, el arrebatado muchacho puso el fiero ardor de su religión filial, confortada por un equívoco.

— Sí, tenía miedo; miedo de que un día te asaltase la idea (no te enfades si te lo digo todo, ya que la pesadilla ha terminado) de que volvieras a casarte... Eres tan joven, tan bella, y he visto este año a tres madres de mis camaradas darles un segundo padre... Por eso, cuando me has colocado ahí hace un momento, frente a ti, en la mesa, he comprendido que habías leído en mí. Tú has querido decirme: «Reem-

plázale a la vista de tu hermana, de tu hermano, de mí...» Reemplazarle a él, tan inteligente, tan bueno, tan generoso, no podré. Pero te juro que lo intentaré...

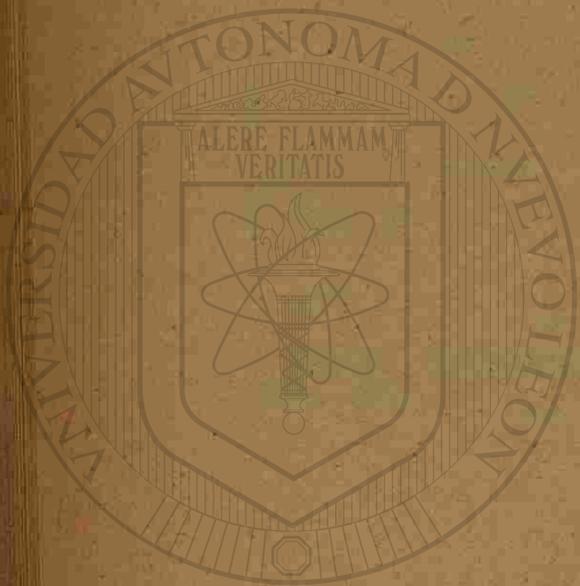
Y mientras el hijo, tan reservado ordinariamente, descubría así, en un transporte de gratitud, la llaga escondida de su corazón, aquel culto idólatra a su padre muerto, aquel temor de que un extraño se introdujese en el hogar, la madre sentía como un frío de hielo corriendo por sus venas. La visión de una horrible evidencia rasgó el velo del porvenir. Si ella cedía a la pasión que el encanto radiante de sus treinta y cinco años había inspirado a Jorge Foucault; si dentro de algunos instantes respondía «sí» a su declaración, rompía para siempre con su hijo. Jamás este niño de sentimientos demasiado intensos, y para quien su padre permanecía tan vivo, admitiría la intrusión del segundo marido. El inevitable conflicto estaba como simbolizado en aquel pequeño incidente del puestó en la mesa. La madre debería, si pasaba por alto esta rebelión de su hijo, sentar al recién venido frente a ella, en las comidas, en aquel sillón del que Carlos se había apoderado con un fervor tan intenso para la memoria del antiguo ocupante. Pero pronto pensó que la sería imposible resistir la mirada del joven, expulsado de aquel sitio que de derecho era suyo, porque era el primogénito, el heredero del nombre y digno de serlo... En aquel momento, y en tanto que luchaba desgarrada de tal modo entre el porvenir y el pasado, entre sus deseos de mujer amante y su ternura de madre, un campanillazo, adivinado más bien que sentido a través de las puertas, la hizo desprenderse de los brazos de su hijo, que se estrechaba contra su pecho. No se había engañado. Algunos segundos después, el criado venía a preguntar si la señora podía

recibir a Jorge Foucault. Carlos hizo ademán de retirarse con una brusquedad que para ella era una confesión.

— Quédate—le dijo la señora de Ligier cogiéndole el brazo, imperiosa y dolorosamente. Luego, dirigiéndose al criado: —Diga al señor Foucault que me es absolutamente imposible recibirle, y que le escribiré.

Y cuando su hijo y ella quedaron otra vez solos: — No—gimió, abrazándole de nuevo con arrebató—; no me casaré nunca. No os daré otro padre. No quiero que tú sufras por mí. No lo quiero... Vosotros me bastáis y yo os bastaré.

Aunque le doliesen las fibras más secretas de su ser, jamás había sentido una alegría más profunda. Al ver los ojos de su hijo mientras ella hablaba, se daba cuenta de que el instinto de aquel niño lo había comprendido todo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

LA CÓMPLICE

I

... En París, una tarde apacible y templada de comienzos de la primavera, bajo las arcadas de la calle de Rívoli, en la esquina de la plaza donde se levanta la estatua de Juana de Arco. Son las cinco. La multitud va y viene a lo largo de los escaparates, bazar cosmopolita en torno del cual ondula una mezcla incesantemente renovada de automóviles y coches, de bicicletas y vehículos particulares. Esa multitud es tan variada, tantos rostros se apiñan y se entrecruzan, que el perro policía más astuto no podría perseguir a nadie entre ella. Por eso Julio Beliere había fijado a su amante ese lugar y esa hora. Allí estaba, contra el cristal de una confitería, ocupado, al parecer, en mirar los enormes huevos de colores que anunciaban la proximidad de la Pascua, y, en realidad, mirando en el espejo inmenso donde se reflejaban centenares de siluetas movientes. La impaciencia contraía su cara de hombre hermoso, de rasgos delicados, de dilatadas pupilas oscuras en una tez pálida. Los labios delgados, que sombreaba el oro de un

fino bigote, descubrían unos dientes de admirable blancura. La esbeltez de sus veinticinco años favorecía la elegancia un poco acentuada del traje, propia de un hombre rico y ocioso. Pero un no sé qué de equívoco se desprendía de su fisonomía. Así inmóvil y vigilante, bajo su tipo de paseante desocupado, aparecía el aventurero con una evidencia que se hizo más marcada cuando Beliere advirtió en la luna que la persona esperada se acercaba. Un temblor le agitó los labios. Se volvió, y antes de que la joven que iba hacia él llegara, sus ojos arrojaron sobre la multitud una mirada circular, cuya cruel inquietud no se parecía probablemente al recelo del amante que teme una indiscreta curiosidad, y su primera frase no revelaba tampoco ninguna emoción tierna hacia la mujer, que llegaba retrasada.

— ¡Hace veinte minutos que te espero, Adela... ¡Y los *polis!*... Ya sabes lo que te he dicho. Si alguna vez me *enchironan*, tú irás delante... Conmigo no se juega.

Había pronunciado estas palabras del *argot* de los ladrones, que por sí solas delataban su profesión, con voz sorda y fría. Los amantes comenzaron a caminar uno al lado del otro sin más palabras de afecto.

— Yo no puedo estar de criada—respondió Adela—, e ir y venir a mi antojo. Mi señora me ha llamado cuando salía... ¿Quieres que ella sospeche?... Además, si crees que tengo miedo de ti, te equivocas. Es el noveno golpe que preparo por vosotros. Si después de triunfar en todos me vas a tratar como una esclava... es ya demasiado. Te lo repito, es demasiado...

La desgraciada se había exaltado al hablar de esta manera. Sus voces y las vehemencias de su gesto atemorizaron, sin duda, al bandido.

— ¡Qué chiquilla eres, amor mío!...—dijo él cáli-

damente. El semblante se le había transformado como la voz. Ahora emanaba de él un encanto que explicaba claramente aquella horrible esclavitud de la cómplice. Las delicadas facciones de Adela, la distinción de su porte, desmentían bien alto el innoble papel que desempeñaba. Era el último capítulo de una trágica novela aquella degradación; y de una novela que afectaba hasta lo más íntimo el corazón de la pobre mujer, porque el cambio de tono de su temible compañero la hizo estremecer.

— He tenido un momento de arrebató—continuó Beliere—, pero te quiero... He visto que te había ofendido y mi cólera pasó... Mas ¿no comprendes que si me atemoriza que me detengan ahora es por tí?... ¿Has olvidado nuestro proyecto de irnos los dos tan pronto como podamos... lejos, bien lejos?... ¿No recuerdas lo que te he dicho de mis sufrimientos, ni de qué manera estoy atado a esta horrible vida?... ¿Qué palabras has empleado, Adela mía, para castigar un momento de obcecación en mí! ¡Dime que lo sientes... dímelo!

Y como la joven permaneciera callada, le cogió la mano, que estrechó suavemente, infundiéndole así la sugestión de su voluntad. Con ese instinto de hombre que sabe hacerse amar, comprendió que aquel pobre ser, en el cual hacía algún tiempo que sentía despertarse, agitarse, la conciencia, sería siempre suyo. ¡Le había amado tanto! ¡Había exigido de ella y obtenido tantos sacrificios, desde el abandono del hogar hasta aquella complicidad para sus crímenes! Adela había tenido la juventud que revelaba su linda y delicada fisonomía: era la hija de unos burgueses de honorabilidad intachable. Su padre había muerto de subjefe en un ministerio, y ella se había casado con un comerciante, un tal Barón, que tenía un almacén de tejidos en la calle Bertin Poirée. Digamos,

no para excusar, sino para explicar las aberraciones de su destino, que el marido de Adela la había tratado brutalmente; que ella no había sido madre, y que no había sospechado tampoco el verdadero oficio de Julio Beliere oficialmente, a la sazón, modesto empleado en un Banco. La casualidad de una visita al campo, a casa de amigos comunes, les había hecho conocerse. Él había contado a la joven una historia con visos de verdad: su contrariada vocación de artista. Ella terminó por ser su querida. Una denuncia anónima que Adela jamás debía saber emanara del mismo Julio, advirtió al marido, que expulsó a la mujer. Ocho días más tarde Julio la anunciaba que había cometido una sustracción de fondos y que había perdido su plaza. Según decía, robó para ella. ¡Y ella lo creyó! En realidad, el malvado formaba parte desde entonces de una banda de malhechores que necesitaban cómplices femeninos para operar de modo más firme.

Se tendrá una idea de la naturaleza de esa complicidad cuando se sepa que el «golpe» a que aludiera él en aquella conversación de los dos amantes era el siguiente: Adela había sido colocada por una agencia en casa de una americana en calidad de doncella, bajo nombre supuesto, con documentos hurtados a una verdadera sirvienta. La cita acordada bajo los arcos de la calle de Rívoli tenía por objeto suministrar a Beliere, alias el *Elegante*, una indicación definitiva para el robo del cofre de joyas de aquella señora. ¡Hasta ese punto había descendido Adela en dos años! ¿Qué tiene, pues, de asombroso que el indigno amante que así la envileciera creyese en su soberano dominio sobre tan débil corazón?... Por eso una sonrisa de triunfo asomaba a sus labios malditos, mientras ella respondía:

— Soy yo quien te quiere, Julio. Has abusado mu-

cho de mis sentimientos para no conocerlos. ¡Te quejas de ser esclavo de tu vial! ¿Qué es lo que nos impide marcharnos desde ahora? Veinte veces te lo he propuesto. Vámonos a los Estados Unidos. Nadie sabrá quiénes somos. Tú trabajarás y yo también...

— Es imposible—interrumpió él—, al menos en este momento, y bien lo sabes tú...

— Entonces, ¿cuándo?—imploró ella.

— Cuando esté hecha nuestra fortuna—replicó él áspicamente—. Esta noche quizá puede hacerse si ese asunto de las joyas de la señora Rísley se lleva a cabo. ¿Has probado en la cerradura de la caja las dobles llaves que hicimos fabricar?

— Las he probado—respondió ella.

— ¿Y estás segura de que el collar de perlas está allí, y que no se le pondrá esta noche?

— Estoy segura. Cena en Neuilly, según te escribí, en casa de su antigua institutriz, y me lleva con ella. Saldremos a las siete. Eso es lo que venía a decirte. No regresaremos antes de las doce. El momento oportuno son las ocho, las ocho y cuarto...

— Comprendo—replicó el *Elegante*—. A las ocho llego a la puerta del Hotel Beausite que da a la calle Saint-Honoré. Si se me pregunta dónde voy, doy el nombre de la señora Rísley. Me dicen que está en la sucursal, calle de Rívoli. Tomo el patio interior, el primer pasillo a la derecha. Subo dos pisos. Llego a la puerta del 67. No está cerrada. Hay una antesa- la y un gabinete. El cofre de las joyas está en el armario del dormitorio. Tú has puesto la llave bajo la colcha. ¿Está bien todo?...

— Todo está bien—respondió ella. Y temblando añadió:—Prométeme... que si encuentras a alguien, por ejemplo, una de las muchachas del hotel, te irás... Tú encontrarás una explicación... No...—Y más bajo:

—No soportaría haberme mezclado en un asesinato... ¡Me pesa tanto lo demás!...

— Estáte tranquila—respondió el bandido con siniestra naturalidad—. No te expondrás a ser guillotina por este caso. Todo se deslizará suavemente. Es nuestro sistema... Y, por otra parte, aun suponiendo que nos viéramos obligados a librarnos de alguien mi *socio* o yo, no lo haríamos más que para defendernos, y en todo caso, y en todo, nos haríamos cortar el pescuezo sin nombrarte, de la misma manera que tú no me nombrarías a mí si te cogieran. ¡Tú me delatarías a mí? Responde...

— Nunca—dijo ella mirándole con una expresión en que se leía la fidelidad en el peligro, único honor de los cómplices de infamia. Beliere pareció experimentar un alivio ante esa protesta de tal modo provocada. Luego, pensando que la prolongación de la entrevista no conduciría más que a despertar nuevos e inútiles escrúpulos en una mujer ya cansada de su esclavitud, la abandonó súbitamente.

— Veo en el rincón de la plaza dos golfos... Cuando demos el *golpe*, es preciso que abras bien el ojo... Pero se hará todo como se debe... Y éste es el último negocio... Vamos, Adela mía, un beso y ánimo...

Mientras hablaba de este modo la había arrastrado hacia la iglesia de San Roque por la desierta callejuela que rodea el coro. La cogió en los brazos, estrechándola fuertemente. Sus labios se unieron. Aquella caricia de dos segundos bastó para que la joven, al volver a la calle de Saint-Honoré, sintiese correr por la carne el veneno de pasión que desde hacía dos mortales años la había convertido en un objeto de aquel apache elegante, tan cruel, tan vil bajo su apariencia de hijo de buena familia, como los rufianes del arrabal, con sus amplias gorras, sus tufos y sus chaquetillas sobre pantalones bombachos.

II

... Apenas había entrado la cómplice en el Hotel Beausité, y aun no se había quitado el sombrero, cuando oyó sonar el timbre que comunicaba su cuarto con el aposento de su señora.

— No son más que las cinco y tres cuartos—se dijo ella apresurándose—. La señora no quería vestirse hasta las seis y media. Con tal que no haya cambiado de parecer... ¡Dios mío!...

Con el corazón oprimido por la ansiedad, se dirigió la pseudo-camarera al saloncito donde esperaba la señora a quien ella no servía sino para robarla. La señora Edith Risley estaba tendida sobre una *chaise-longue* en la vulgar habitación de hotel que su permanencia de un invierno había convertido en una especie de hogar. Todas las cosas que la rodeaban llevaban la huella de su encantadora personalidad, encanto que hubiera bastado para explicar por qué la cómplice de Beliere había vacilado tantas semanas. Edith era de esas americanas que parecen poner en el refinamiento esa voluntad que los hombres de su país ponen en la conquista de la fortuna. En aquel salón no había más que telas antiguas sobre los muebles y figulinas de diversos estilos sobre las mesas. Unas orquídeas se desparramaban en sus búcaros. Dos cuadros: uno de Maes, representando una chicuela comiendo un barquillo cerca de un gato; el otro, un alabardero del Bronzino, estaban colocados en sendos caballetes. La dueña de aquel hogar improvisado los disputó a fuerza de cheques en una subasta famosa, días antes. Libros ingleses y alemanes, italianos y franceses se amontonaban en la biblio-

teca. Era otra señal del cosmopolitismo de aquella exquisita criatura, cuya delicada belleza estaba como devorada por un exceso de inteligencia y de sensibilidad. Edith Rísley era muy rubia, de un rubio pálido y ceniciento. Tenía los ojos de un moreno claro y la tez de flor, una tez suave apenas coloreada. En el momento en que la doncella entró, semejava, con la bata de blanda seda malva y encajes, la esbeltez, los brazos frágiles saliendo del vaporoso volante de las mangas, las manos de afilados dedos y los pies menudos, una infanta del Museo del Prado. Aunque se haya ridiculizado mucho, y con razón, a los americanos su *snobismo* atávico, no es menos cierto que un gran número entre ellos sienten atavismos poco democráticos. Por su familia, Edith era una Van Alstyn. Descendía de un emigrado, que llegó de los Países Bajos en el siglo xvii y que pasaba por ser el bastardo de uno de los últimos gobernadores españoles. Los amigos de Edith, que tenían todos, como clásicos millonarios yanquis, galerías rebosantes de obras maestras más o menos auténticas, la llamaban corrientemente la *Velázquez*. Ella era sobre todo, a pesar de las satisfacciones de una existencia llena de recursos, o quizá debido a ello, una de esas mujeres, como hay tantas en Ultramar, que quieren que todas las personas que las rodean estén tan animadas, tan satisfechas como ellas mismas: hasta tal punto son profunda, íntimamente *kind*. La palabra es intraducible. Significa una bondad, una benevolencia más bien, siempre despierta, siempre activa, que de las cosas importantes pasa a las pequeñas, que no se permite ni un gesto demasiado vivo, ni un tono de voz brusco y que en todo pone una atmósfera de dulzura. Aquella bondad de corazón había sido, ¡oh ironía!, la causa de que mistress Rísley hubiese tomado a su servicio a la amante del apache. Su don-

cella habitual, una alemana que estaba con ella hacía diez años, había sido llamada por telégrafo cerca de su madre enferma. Mistress Rísley, para darle la libertad de una licencia ilimitada, buscó algo precipitadamente quien la reemplazara. Adela se presentó con el nombre de Aurelia Brissaud, con papeles falsos. La americana la tomó al primer golpe de vista.

— Yo creo en la simpatía o la antipatía—decía—, y cedo ante ello ciegamente.

Pronto haría tres meses que aquel servicio comenzó, y de tal manera supo agradar la sirvienta a mistress Rísley, que ésta proyectaba llevársela a América con la otra a quien dejaba que continuase ahora con su familia. Esa era una de las dos causas de la prolongación de su estancia; la subasta en que había comprado los dos lienzos había sido la otra. ¡Y ved lo que es aún de una ironía más fuerte! Durante los últimos quince días, un escrúpulo atormentaba a esa mujer encantadora hasta el punto de impresionarla cada vez que veía a la falsa Aurelia. ¡Cómo la pediría, sin ofenderla, que aceptase el puesto de segunda, después de haber llenado las funciones de primera tan cumplidamente? La alemana anunciaba su próximo regreso, y mistress Rísley no se había decidido aún a plantear esta cuestión a la substituta. ¡Tan querida de ella se creía! Y no se engañaba del todo. Si el odioso Julio Beliere había observado en su cómplice un secreto cambio hacia algunas semanas, influía mucho en él una irresistible gratitud de Adela hacia su ama. Si en ese tiempo ideaba siempre nuevos pretextos para retardar el momento del «golpe» proyectado, era que el proceder cada vez más cariñoso, cada vez más dulce de la americana, iba despertando sin cesar nuevos remordimientos en la conciencia de la pobre burguesa,

convertida en perro de caza de una partida de ladrones. Esos remordimientos no habían sido bastante poderosos para dominar el funesto amor que la ligaba al bandido, puesto que se había decidido al fin a prepararlo todo para el asalto de aquella noche. Lo había hecho durante las últimas veinticuatro horas en un estado verdaderamente febril, bajo la amenaza de Beliere, que le había dicho:

— Voy a alquilar una habitación en el hotel. Será lo más seguro.

El brillo de su mirada fué tan intenso, que Adela tuvo miedo. Ya se ha visto de qué manera creyó poderse arreglar para que su señora estuviese lejos mientras el robo se verificaba. Al menos, había querido asegurarla contra otro peligro. Al sonar el timbre, tuvo el presentimiento de que su propósito iba a malograrse. Cuál no sería, pues, su espanto, cuando al llegar al salón fué acogida con estas palabras:

— No saldré esta tarde, Aurelia. La señora de Renaud (era el nombre de la vieja institutriz en casa de quien Edith había pasado dos años cuando tenía catorce), la señora de Renaud me telegrafía que está enferma. Yo también tengo un poco de jaqueca... Cenaré en mi salón, como de costumbre...

Al pronto Adela no respondió. Una visión acababa de surgir ante ella: la puerta que comunicaba con la habitación contigua entreabriéndose, y el ladrón entrando persuadido de que la estancia se hallaba vacía. Mistress Rísley oiría ruido e iría a ver. ¿Y entonces?... Entonces, o bien ella tenía tiempo de llamar y Julio estaba perdido, o bien... o bien... él mataría... Dentro de dos horas esa visión sería una realidad. El corazón de la sirvienta se angustió de tal modo, que palideció y comenzó a temblar. La señora, a quien ya habían sorprendido su extraordinaria in-

movilidad y su silencio, no pudo dejar de notar esa palidez.

— Pero ¿qué tiene usted, Aurelia? — preguntó —. ¿Se diría que está usted enferma...

Se había levantado de la *chaise-longue* para dirigirse hacia Adela, que la detuvo con un gesto.

— No es nada, señora. Un ligero mareo, pero ya ha pasado.

— Hace ya varios días que noto en usted algo especial — continuó mistress Rísley —. ¿Hay algo que le desagrade en mi servicio? — insistió con aquella voz amiga que tan natural le era y que parecía una caricia suave y tímida. Se hubiese dicho que temía molestar a aquellos a quienes hablaba de ese modo, y añadió: — Eso me contraría. Yo estaba tan contenta de usted, que pensaba estos días hacerle una proposición. Usted me ha dicho que sus padres no tienen más hijos que usted y su hermana. ¿Cree usted que se opondrían a dejarla ir a América?...

— ¿A América? — repitió la cómplice de Julio Beliere —. ¿La señora querría...?

— ¿Llevarla conmigo? Sí. — Y ruborizada: — Hay para ello una ligera dificultad, y es lo que me ha hecho vacilar tanto antes de hablarla. Contésteme francamente: ¿Usted está bien segura de que yo no querría ofenderla por nada del mundo?...

— ¡Oh, señora!... — contestó Adela —. La señora ha sido siempre para mí tan buena y tan indulgente...

— Como usted merece — respondió ella —. ¿Qué habría sido de mí sin usted en estos meses? — Y más turbada aún y más tímida: — Pero usted debe comprender que no se ha vivido varios años con una criada sin aficionarse a ella, y yo no puedo abandonar a mi vieja Muller... que va a volver, según la carta que de ella he recibido anteayer... Es cierto

que comienza a ser realmente vieja y que necesitaría alguien que la ayudase... Para usted es un poco depresivo ser segunda... Pero si yo le ofreciese, sin embargo, este puesto en mi casa con la misma soldada y con la promesa de que un día sucedería a la Muller, ¿aceptaría usted?

Había, en la especie de súplica con que aquella mujer tan rica formulaba esa oferta a un inferior, una ternura que impresionaba sobremanera. Emanaba de ella una bondad tan intensa, que aquello tan insignificante, un poco infantil, adquiría una verdadera nobleza. ¡Era una caridad humilde, pero que revelaba tan ricos tesoros de sensibilidad, tan humano modo de comprender y practicar las relaciones con los desheredados de la fortuna!

Adela, que tanto había sufrido durante dos años las brutalidades del mundo encanallado en que la hacía vivir su relación indigna, experimentó de nuevo la emoción que tan a menudo sentía desde que se movía en el ambiente de aquel alma encantadora: la horrible vergüenza de engañarla, y esa vergüenza se unía en aquel momento a una exaltación de remordimiento más intolerable todavía. El contraste entre aquella proposición y las palabras recientes del amante era demasiado fuerte. Miraba casi enajenada aquel ser tan delicado, tan bueno, tan tierno, que dentro de breves instantes, y por traición suya, iba a ser víctima de una horrorosa emboscada. ¿Quién sabía si de un asesinato? Y balbuceó incoherentes algunas frases:

— La señora es tan buena... Yo agradezco a la señora el cariño que me tiene... La señora comprenderá también que yo no puedo responder inmediatamente... El servicio de la señora ha sido siempre tan fácil... ¿Cómo puede pensar la señora que yo me he de ofender porque no quiera sacrificar su antigua

doncella por una nueva?... Primera o segunda, junto a la señora yo estaría siempre bien... pero...

— Pero usted no quiere decidirse sin consultar antes con sus padres... — agregó mistress Rísley —. No me parece mal eso. Lo que me parece mal, en cambio — añadió —, es que tenga misterios conmigo, como ahora... — E insistió, con una sonrisa afectuosamente maliciosa sobre un gesto que su interlocutora no había podido reprimir —. Sí, era hoy el santo de su madre, Santa Emilia... — Adela apenas se acordaba de haber dado ese nombre a su madre imaginaria al hablar con mistress Rísley —. ¿Por qué no me lo ha recordado usted? Yo le hubiera dado inmediatamente permiso para ir a pasar la tarde con los suyos... Vamos, no esté triste. Todavía tiene usted tiempo, si sale en seguida, para ir a cenar a casa de su hermana... De aquí a Grenelle no hay mucha distancia, y yo no la necesito antes de las once. Dígame tan sólo que está usted contenta...

— ¡Oh!, señora, muy contenta... — La sirvienta pronunció estas palabras de gratitud con voz tan apagada, que apenas pudo oírlas el ama, y corrió apresuradamente al salón para ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos.

— ¡Qué sensibles son estas hijas del pueblo! — se dijo mistress Rísley cuando quedó sola —. He adivinado. Era la idea de esta fiesta, pasada así, lo que la tenía triste. ¡Qué suerte haber mirado el calendario y fijarme en el santo del día!...

DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD
DE CIENCIAS FÍSICO-MATEMÁTICAS
1025 MONTERREY, MEXICO

III

... Habían pasado dos horas, iban a ser las ocho, y Adela Barón seguía en su cuarto, sentada en la silla en que se dejó caer al salir de aquella conversación. Sí, las dos horas pasaron, sin que ella se diese cuenta, en la agitación de mil sentimientos contradictorios: la apasionada gratitud de un corazón que vale más que su vida y que por primera vez ha sido tratado como siempre hubiese deseado merecerlo; el fuego de un amor acrecentado más aún por la complicidad en el crimen y por el común envilecimiento; el terror del hecho que se acercaba y la fiebre de la incertidumbre... ¿Qué hacer? ¿Dónde encontrar ahora a Julio? ¿Ir a esperarle a la acera, delante del hotel, para impedir que entrase, advirtiéndole que el propósito de mistress Risley había cambiado? Ese había sido el primer pensamiento de Adela; pero el perfil del *Elegante* se había dibujado en su espíritu, duro, desconfiado, con aquella mirada fría cargada de amenazas. No la creería. Querría seguir adelante, subir, cerciorarse por sí mismo... ¿Intentaría detenerle? También había entrevisto esta escena: Julio rechazándola, pegándola quizá; los transeúntes aglomerados, un guardia interponiéndose y la detención después. Y hasta la medula se le heló en los huesos ante la idea del arresto, sabiendo que la policía estaba prevenida por las fechorías de su banda. No. No. Ese medio no era posible... ¿Y si ella permaneciera en el hotel acechando en el pasillo la llegada del malhechor? Una disputa entre los dos allí sería imposible, porque infinidad de personas atravesaban los corredores.

— Sí — se dijo —, es lo mejor.

Y en seguida otro temor la sobrecogió; no ya las violencias de su amante, sino su propia debilidad. Otra imagen había surgido en su cerebro: la de aquel amante, no cruel, no amenazador, sino tierno. ¿Y si él la pedía que le recibiera en su cuarto, que le ocultara para intentar después por la noche el robo proyectado? ¿Y si exigía de ella, estando allí, tan a la mano, que robase las perlas ella misma? Él se llevaría el botín, aun cuando ella no hubiese obrado voluntariamente. Sí. Pero ¿y cometer semejante acción, ella misma, con una persona que acababa nuevamente de manifestarle tan afectuosa solicitud?... ¡No, no y no!... ¿Y entonces? Adela, acodada en la mesa, con la cabeza entre las manos, se abismaba en esa aterradora meditación, cuando, al dar las ocho el reloj de la chimenea, se levantó rápidamente. Ya no eran posibles más dilaciones. De un minuto a otro Julio podía estar allí.

En esa crisis de suprema angustia, una idea en la cual la infortunada no pensó, se presentó súbitamente en su espíritu y al momento las secretas fuerzas de su alma desgraciada se lanzaron hacia ese proyecto, que no era más que su emoción profunda de antes hecha acto. ¿Cómo no había pensado en ello desde el primer instante?... Era a mistress Risley, sí, a mistress Risley a quien era preciso decírsele todo, suplicándola que no denunciase el atentado de que iba a ser víctima y del que sería salvada definitivamente. ¡Era ella tan generosa, que no querría hacer prender a la cómplice de Julio Beliere después de esa confesión, ni a Julio tampoco, puesto que la denuncia del bandido suponía la de la encubridora!... Pero ¡qué vergüenza hablar y referir a aquella bienhechora el detalle de la infame maquinación que había hecho de ella una criada!... Y ¡para qué!... Du-

rante un minuto esa impresión fué la más fuerte, y Adela dijo:

— No, no — como había dicho en sus anteriores proyectos... Inmediatamente respondió con un — Sí — emitido en voz alta. El antiguo corazón de la burguesa, educada para ser una honrada mujer, se había despertado y encontraba en aquel exceso de humillación el sufrimiento expiatorio que llega a ser una necesidad casi fisiológica cuando hemos dejado de estimarnos...

— ¡Qué terrible me será!... — gimió otra vez; y otra vez en voz alta: — ¡Tanto mejor!... — Presurosa se precipitó fuera de su cuarto. Corría para no darse tiempo de reflexionar... Ya había golpeado en la puerta del salón. ¡Dios mío! ¡Qué daño le hizo la dulcísima voz que respondió «¡Entre!» Mistress Rísley seguía tendida en la *chaise-longue*. Junto a ella, en una mesa auxiliar, se veían los restos de su frugal comida: una sopera de plata con un poco de caldo y unas uvas sobre una bandeja... Al ver a su sirvienta tan agitada, lanzó un pequeño grito de sorpresa.

— ¡Ya está usted de vuelta, Aurelia?... ¿Qué pasa?

— Pasa que la he engañado, señorita; que yo no soy una criada, que yo no me llamo Aurelia, que yo soy la amante de un ladrón que quizá dentro de cinco minutos entrará aquí... Pasa que yo no puedo soportar la idea de que esto ocurrirá después de que me ha tratado usted tan delicadamente, tan generosamente hace un momento... ¡Ah!, no llame... — Mistress Rísley se había levantado, en efecto, mientras Adela hablaba—. Usted no tiene nada que temer de mí, bien lo ve... Y en cuanto a él... no he podido impedirlo... no ha sido posible. Cierre solamente las puertas con llave, con cerrojo por dentro... Si quiere entrar, tendrá que apoyarse en el montante... Usted hablará, él sabrá que usted no ha salido... y se irá.

Si no se va, entonces escapará usted por la otra habitación y buscará auxilio... Espere, déjeme a mí...

Rápidamente, siguiendo la acción a las palabras, Adela corrió hacia la puerta de la antesala. Dió dos vueltas a la llave y corrió el cerrojo. Con no menos rapidez pasó al dormitorio y realizó la misma operación. Una puerta del cuarto de baño contiguo, daba a la escalera de servicio. También echó el cerrojo en ella. En seguida volvió al lado de la americana, que permanecía paralizada de sorpresa ante aquella escena de una significación espantosa en su silenciosa prontitud. Así estaban las dos mujeres, una junto a otra, y antes de que se hubiesen repuesto de su respectiva turbación para volver a hablar, un rumor que llegó de la antesala las sobresaltó profundamente. Una mano hizo girar el picaporte de la puerta. La resistencia inesperada de la cerradura asombró al malhechor, que sacudió la hoja, pero con presión débil todavía.

— ¡Hable, señora, hable!... — suplicó Adela en voz baja.

— ¿Quién está ahí? — gritó mistress Rísley. Su voz ya no temblaba. Volvía a ser la hija de una raza enérgica en presencia de un peligro real—. ¿Quién está ahí? — repitió más alto. Y saliendo del salón hacia la puerta: — Si no me responde, llamo...

Al amenazar de este modo aplicó el oído y percibió claramente el aliento que traicionaba la palpitación del bandido. Tuvo el valor de poner ella misma la mano sobre el picaporte y hacerle girar como si se dispusiera a abrir. Un ruido de pasos que se apagaban sobre la alfombra la reveló que el hombre se alejaba.

— Ya marchó — dijo —. Voy a llamar ahora y a prevenir de que alguien ha querido entrar en la habitación, para que se coloque un vigilante esta noche en el corredor... Y usted — añadió, cogiendo la mano

de su compañera—quiero que no me abandone ya. Es necesario que me cuente su vida. Quiero saberlo todo, todo...

IV

... Al día siguiente de esta aventura, mistress Risley se despertó tarde. Se había dormido a eso de las cuatro de la madrugada, después de una larga conversación con la desgraciada mujer a quien debía no haber sido asesinada por el ladrón. La confesión de Adela, hecha entre sollozos, la había enternecido hasta tal punto, que le había dicho, arrebatada por esa piedad tan natural de las almas generosas:

— Usted me ha salvado de ese hombre y yo la salvaré a mi vez. Me quedo con usted y nos iremos a América. Usted tomará otro nombre. Él no la seguirá y usted rehará su vida.

Adela respondió a ese ofrecimiento con lágrimas que vertió de rodillas, y besando la mano de la que representaba en el abismo de su vida una salvación inesperada, única, sobrenatural. Quedó convenido que ella continuaría a su servicio, sin salir más del hotel hasta que llegase la sirvienta alemana, y entonces marcharía delante a Liverpool para esperar a mistress Risley.

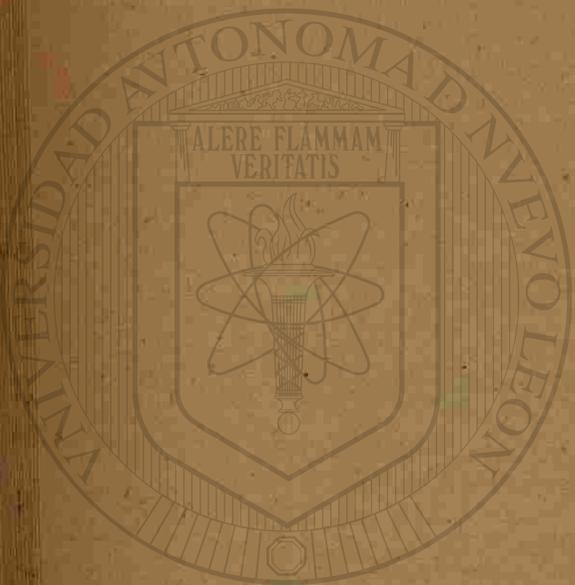
¡Cálculése el asombro de ésta cuando, al despertar, oprimió tres veces, en vano, el timbre que comunicaba con el dormitorio de Adela! Se decidió por fin a llamar a la que hacía el servicio del piso, la cual fué a enterarse de por qué la otra no había respondido, y volvió diciendo que la habitación estaba vacía y sobre la mesa había hallado una carta a nombre de mistress Risley. ¿Una carta? No. Algunas líneas trazadas febrilmente:

«Señora, perdóneme. Siento que no puedo abandonar a ese hombre. Siento que no puedo vivir sin él. Ayer pude obrar como obré porque usted me había tocado en el corazón. Ahora, casi lo siento, por miedo a que él me quiera menos después. Ya ve usted que yo no soy lo que usted cree. Yo no soy buena. Yo soy y seré lo que él quiera que sea. Es mi destino. Intentando concebir una nueva existencia lejos de él, he experimentado el frío de la muerte. Adiós, señora. Le suplico que me haga meter mis cosas en la maleta y depositarla a nombre de Aurelia en la portería. Yo sé que usted no intentará ni detenerme, ni seguirme cuando vaya a buscarla. Si quisiera meter en ella su retrato, sería usted, una vez más, buenísima para esta su servidora agradecida, pero que no puede enmendarse,

Adela.»

Esta anécdota, donde los observadores de la naturaleza humana encontrarán un caso extraño, como tantos otros, de los inexplicables rodeos del corazón, tiene su epílogo: Mistress Risley mandó hacer desde luego la maleta. Metió en ella su retrato y, en un sobre, cinco billetes de mil francos. Quienes la conocen la reconocerán en ese rasgo. Pero ¿conocerían a la cómplice de los ladrones, a la querida de un apache profesional en este otro?... Adela devolvió los cinco mil francos bajo el mismo sobre. Este desinterés en tal abyección y tan gustosamente hecho, pues no pudo salir de nadie más que de ella, se armoniza muy bien, sin embargo, con el remordimiento que le hizo intolerable un atentado cometido contra su bienhechora. Es la ocasión de repetir con Moliere:

«¿Dónde diablos ha ido a esconderse la delicadeza!»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

EL TIMO

Contaron esta historia delante de mí, hace muchos años, en la hospitalaria mesa de una excelente señora, ya muerta, y cuya pasión era relacionarse con todos los literatos; los grandes y los pequeños, la Academia y la bohemia, los triunfadores de la Comedia Francesa y los del Teatro Libre, los autores de grandes tiradas y los de exquisitas publicaciones en papel de China. Todos ellos acudían a sus convites suculentos y saludaban a la dueña de la casa desde la escalera. Los parisienses de 1880—era ayer y ¡qué poco queda!—la reconocerán en este detalle: sirvió de inspiradora, o así se decía al menos, para una obra bastante maliciosa que tuvo su momento de popularidad. Realmente, aquella émula retrasada de la señora Geoffrín era una persona de gran corazón y de mucho ingenio. Dió prueba de ello oportunamente diciendo al dramaturgo en cuestión:

— Puesto que quiere usted pintar un salón literario, ¿por qué no escoge el mío?...

¡Tenía, además, un porte de gran burguesa, poco común entre los anfitriones de su clase. Aun parece que la veo con el rostro de característica del anti-

guo repertorio y la viva mirada de inteligencia, sentarse a la mesa y colocar delante de ella una enorme campanilla, que cogía con las dos manos y agitaba como un bordón cada vez que un comensal importante iba a hablar. Se decía que en cierta ocasión un bromista de mal gusto había respondido graciosamente después de haber invitado con su mímica a imponer silencio:

— ¡Oh!, señora, ¡no vale la pena! Quería únicamente pedir más espinacas.

Otra de sus costumbres era la de plantear al comienzo de la comida temas sobre los cuales debía girar la conversación; de donde proviene otra anécdota tan poco verisímil como la anterior, y según la cual habría ella preguntado a un ilustre novelista:

— ¿Qué piensa usted del incesto?

— ¡Por Dios, señora! Yo no me había preparado hoy más que para el adulterio.

La frase tiene gracia. Nunca se ha oído cosa semejante.

Los asuntos presentados por aquella afamada conversadora eran menos «sugestivos», como hoy se dice, y se resentían del pedantismo de la época. Puede juzgarse de ellos por el que servía de ocasión a la siguiente anécdota: *La moralidad de La Fontaine*. ¡Manes de Chamfort y de Rivarol, del príncipe de Ligné y de Boufflers, de todos los delicados conversadores del siglo XVIII, estremeceos! El tema era para agradar a un universitario recién salido de la Sorbona. Ya adivinaréis la serie de opiniones: ¿Conviene poner las fábulas de «Bonhomme» (1) en manos de los niños? Los eruditos citaron a Juan Jacobo: ¡no hay una lección de egoísmo en *La Cigarra y la*

(1) Bonhomme es el nombre con que se conoce en Francia a La Fontaine.

Hormiga, de brutalidad en *El Lobo y el Cordero*, de desilusión en *Los Animales Atacados de la Peste?*... Otros eruditos citaron a Kant y el imperativo categórico para desvirtuar aquel verso alrededor del cual acabó por concentrarse el debate:

«Es un doble placer engañar al embustero.»

En rigor, esa comida de celebridades parisienses se hubiese convertido como tantas otras en conferencia sorbónica, a no ser por la intervención, ¿será preciso decirlo?, de un bolsista, invitado por casualidad y que habló, sobre poco más o menos, como sigue. De toda aquella discusión no recuerdo más que su relato. ¡Tan cierto es que veinte teorías no valen nunca lo que un solo hecho!

— ... ¿Me permite usted, señora, y usted también, querido maestro, referirles una aventura en la cual estuve mezclado? — Al decir esto se volvió hacia el figurón de aquel ágape académico. Obtenida la aquiescencia, acentuada más aún por un campanillazo, dijo —: Esto pasó el invierno anterior en Niza, en uno de sus grandes círculos. Cuando yo llegué no se hablaba más que de la suerte descarada de un príncipe ruso que estaba en camino de ganar una fortuna al bacará. Había *levantado*, es la palabra del lugar, más de medio millón a los socios del Círculo. Así, pues, los semblantes estaban tristes alrededor del tapete verde, a pesar del hermoso tiempo y del Carnaval. Es decir, no todos. Sentado entre los *puntos* desgraciados, cierto individuo llamó mi atención, desde la primera noche que asistí a aquella partida fabulosa, por su alegría mal disimulada. Era, y es todavía, uno de los brillantes ciudadanos de esa *Cosmópolis* errante que se pasea, según los meses, de Aix-les-Bains a Saint-Moritz, de Londres a Roma, de Biarritz a París, del Cairo a Mónaco; en fin, por to-

das las ciudades del placer donde hay una *estación*, lo que significa banquetes espléndidos y lujo refinado de la sociedad galante y tahir. ¿Por qué no nombrar a ese tipo? Se llama Roberto Darsy, muy auténticamente al parecer, para alegría de los que creen en la predestinación de los nombres. ¿Roberto Darsy? ¿No os da una impresión de escándalo y de elegancia? ¿Qué seudónimo de vividor, con la sonoridad del conjunto, el equívoco del *Da* que invita al apóstrofo y la aristocracia de la *y* griegal! Y el hombre tiene la fisonomía de su ocupación! Ninguna edad. Entre treinta y cinco corridos y cincuenta y cinco muy conservados. Rostro ajado, magro y arrogante de gran señor... o de fanfarrón; cortesía de diplomático... o de caballero de industria. Pero no hay para qué intrigarles más. Sepan que el oficio de ese enamorado de la vida aristocrática es sencillamente la usura. Darsy es una variedad muy moderna de esa especie inmortal, como la prodigalidad y la imprevisión, del prestamista al quince, al veinte, al sesenta y a más. En él la odiosa profesión está tan bien disimulada bajo la botonadura de perlas del vividor que, aun advertidos, no lo creeríais fácilmente cuando lo encontrárais. Os diríais lo que yo me decía aquella noche al verle apuntar con indolente gesto los modestos luses que las abatidas del banquero barrían unos tras otros:

— ¡Es extraordinario que un asiduo concurrente a casinos, como Darsy, se obstine en jugar contra tal *racha!* ¡Y se dice que presta en la *semana grandel!*... Lo que es, es un *snob* que quiere poder presumir mañana ante algunos imbéciles. Ya le oígo decir: «Ayer jugué en el Club con Boris. ¡Cuidado lo que perdí!...» Y añadirá: «¡Cómo! ¿No conoce usted a Boris? Es el primo de la gran duquesa Vera...» Y los títulos afluirán... Es el fondo estúpido de esas vi-

das de Engadina y de la Costa Azul; la vanidad de las relaciones aristocráticas...

De este modo iba razonando como un niño, a pesar de mi cuarto de siglo de Bolsa y de Boulevard. Pronto pude convencerme de ello. Entre las personas conocidas sentadas a la mesa de bacará reconocí en seguida la figura de un simpático joven, hijo de uno de mis compañeros de Bolsa. Permítanme que no diga de él más que el nombre: René. Es candidato al matrimonio, y lo que voy a relatar pudiera perjudicarle entre las madres y las abuelas. Este no eran luses lo que, como el otro, aventuraba sobre el tapete verde; eran buenos y hermosos billetes. Cada vez que el banquero volvía las cartas, su rostro expresaba un mal humor creciente que se exasperó hasta la rabia cuando no tuvo delante más que uno de aquellos preciosos billetes azules, que también se jugó, sin poder reprimir una exclamación cuando vió la inexorable raqueta que le arrebató la última puesta. Se levantó. Tuve miedo de su estado de agitación y me las arreglé para detenerle al pasar.

— Diez y seis pases seguidos ayer—me dijo sin mostrar el menor asombro por nuestro encuentro y sin preguntarme por mí ni por su padre—. Diez y seis, ¿se fija?, y diez y nueve hoy... Me han costado treinta mil francos las dos sesiones.

— ¡Ha jugado usted treinta mil francos contra esa racha!—exclamé.

— Veinte mil—rectificó—, pero *debía* jugarles. Nunca se han dado diez y nueve pases seguidos. Nunca, nunca... Diez mil francos ayer, diez mil hace un momento. Le he dicho treinta mil porque para tener los diez mil que me aseguraban el desquite he tenido que firmar un recibo por doble cantidad... ¡Ah! el dinero está caro en Niza...

— A un buen ciento por ciento—dije yo—. No va usted mal...

— Y todavía Darsy se hace rogar—me respondió—. Porque es a ese canalla a quien he tenido que dirigirme...—Y me enseñaba a su elegante Gobseck con la punta del cigarro; pero prudentemente, con un gesto en que había una singular mezcla de odio y de respeto, de indignación y deferencia. El jugador más incomodado ve siempre en el más áspero prestamista un recurso probable para la próxima *negra*. Y continuó, llevándome más lejos y en voz baja:

— Ahí se queda el tiburón al acecho de otras presas. Al parecer juega; pero lo que hace es vigilar a sus víctimas. ¿Sabe usted que no hace diez años comenzó esa infame especulación con un capital de cien mil francos y hoy es cuatro veces millonario?... Su cálculo es sencillo... No presta bajo firma sino a gentes como yo, de quienes está muy seguro que han de pagarle. De otros exige una prenda. Por ejemplo, a las mujeres no les adelanta más que sobre alguna valiosa joya, y es entendido en ellas. Es comendatario de una gran casa de la calle de la Paix... Aquí todo el mundo sabe a qué atenerse respecto a él y todo el mundo parece ignorar que es un usurero vil. Yo el primero... ¡Ah! si alguna vez llego a curarme del juego, le prometo que no volveré a saludarle. Mientras tanto, va a ser preciso volver a París, procurarse con qué hacer honor a mi firma. Cuatro pagarés cada tres meses en un año. Supongo que no me delatará usted, cuando menos a mi padre... Le aseguro que no me engañan. Yo conozco el bacará... Pero diez y seis «abatos» ayer y diez y nueve hoy, eso no se ha visto nunca... Si yo no supiera que el boyardo que tiene la banca posee un millón de rublos de renta, sospecharía alguna trampa... ¡Adiós! Me marcho esta noche. El señor Darsy exigiría el

doscientos por ciento si le pidiera otro anticipo... La Costa Azul ya no está en mi balance este año. Me voy a reservar mi coche cama y tomaré el primer rápido...

Tres días después de esta conversación, en la que habrán reconocido ustedes las incoherencias del juego y de la juventud, me encontraba en la misma sala a la misma hora. Allí estaba Darsy jugando otra vez. En esta ocasión sus ojos grises, de una mirada tan viva y tan inquieta en el seco semblante inmóvil, tenían para mí su verdadera significación. El boyardo, como le había llamado mi amigo, seguía con la banca, pero ahora perdía todo lo que jugaba. Si volvía un seis, los dos paños tenían siete; si un siete él, los paños ocho; si un ocho el banquero, nueve los puntos. También él mañana, dentro de una hora quizá, tendría que recurrir al implacable prestamista. Tomaría el dinero al mismo interés que el atolondrado René, y no diez mil, sino cien mil, doscientos mil francos. En las pupilas del avaro Darsy leía la infalibilidad del gran golpe próximo; y él en tanto continuaba, ¡qué detalle más elocuentel, sin apuntar más que su miserable luis contra la más evidente mala suerte.

Delante de aquella ligera escena de costumbres se agudizó tanto mi interés que, sin querer, asocié a él a mi compañero de aquella noche, que resultaba ser León Bordiñ, el pintor. No sé si sabrán ustedes que posee un talento para la caricatura superior, si cabe, al de retratista. Al llamarle la atención sobre el usurero, tenía una vaga idea de vengar a René y a las demás víctimas de ese odioso hombre. Era incitar a León para que hiciera uno de esos dibujos que estigmatizan la secreta fealdad de un alma a través de la de una fisonomía.

— Me habían dicho eso de Darsy — exclamó — y no lo había dado mucho crédito. Luego ¿es verdad? Por otra parte, cuando se olvida de sí.. ¡Fíjate qué cabezal! ¡Qué mandíbulas! ¡Qué ojos!...

Y tras de un minuto de silencio, durante el cual permaneció inmóvil como si quisiera fotografiar mentalmente al pobre hombre:

— ¿Me dices que presta de buena gana sobre joyas? Esto me da deseos de ensayar con él una jugarrreta que he leído en unas curiosas *Memorias*, las de un tal D'Estourmel... ¿No las conoces? Se refiere allí la historia de una estafa en Roma que siempre me ha hecho sentir ser un hombre honrado, siendo tan agradable el oficio de petardista... He aquí una ocasión como nunca. Voy... No. No te lo digo. Quiero darte una sorpresa. Prométeme, primero, que no has de preguntarme, y luego, que me ayudarás. Estate tranquilo, que esto no te compromete mucho y, por mi parte, te prometo que dentro de poco, al fin de la semana, y antes quizá, si tengo éxito, ese infeliz de René X... habrá recobrado por diez mil francos los pagarés que ese pillo ha tenido la avilantez de hacerle firmar. Esos diez mil francos los ha desembolsado Darsy, y, como es justo, se le pagarán. Sí, voy a hacerle vomitar su ciento por ciento de interés. Pero te advierto que se trata de jugarle una broma algo pesada.

— ¿Pesada? ¿A semejante granuja?... Cuenta conmigo desde luego. Me comprometo a no preguntarte nada y a ayudarte en lo que quieras. ¿Estás satisfecho?...

— ¿Y a no marearme después con la moral?... — insistió.

— Y a no marearte después con la moral — respondí riendo.

Ustedes han visto a Bordín representar en las re-

vistas los parlanchines. Ahí es donde comenzó nuestra intimidad. Ya saben también la destreza que tiene para componerse la cara. Además, tiene sangre polaca en las venas. Su abuela era nada menos que una condesa Gorka, y a esa herencia debe el genio de la simulación que le hace disfrazarse con gusto para cualquier cosa. Me había hablado de una broma. Indudablemente iba a asistir yo a una de esas bufonadas a sangre fría, en que el caricaturista reaparecía bajo el pintor consagrado. Es verdad que aquella palabra estafa habría debido de inquietarme, lo mismo que la insistencia en prohibirme de antemano todo reproche; pero eso no hizo más que avivar mi curiosidad. Yo había prometido no interrogar al estafador, mas no había prometido no adivinar. Así, pues, tan pronto como nos separamos fui a una librería, y luego a otra, a pedir esas *Memorias* de D'Estourmel, de las que quería poner en acción un episodio. No encontré el volumen de manera que no me había podido enterar de las intenciones de mi amigo, cuando al día siguiente me le encontré frente a frente en el almuerzo.

— Bien he trabajado — comenzó —. Me he hecho presentar a Darsy esta mañana en el paseo de los Ingleses... No estoy muy orgulloso de que ya seamos los mejores amigos del mundo. Yo le he hablado del terror que me inspiran los juegos de azar, el treinta y cuarenta, sobre todo, que me han arruinado, le he dicho, y es la verdad, y de mi afición al juego de Bolsa y al *whist*, en particular. Es inútil decirte que me había informado previamente y supe que el señor Darsy tiene la costumbre de venir al Círculo todas las tardes a las cinco, y echa un *whist*, como por casualidad, hasta las siete. Si tú no te opones, esta tarde jugará con nosotros.

— ¿No me irás a proponer que le desplumemos

para devolver al pobre René sus diez mil francos? — le dije riendo.

— ¿Y tu promesa de no preguntar? — respondió él con la mayor gravedad—. Tú jugarás como sepas. Sólo te pido que al mediar la partida me digas: «Pero yo no te conocía esa sortija, querido Bordín.» Y me suplicarás que te deje mirar de cerca este rubí que tendré en el dedo meñique.

Había sacado del bolsillo una sortija antigua en cuyo oro estaba engastada, efectivamente, una piedra de un tamaño y de un agua admirables.

— La tengo de mi abuela polaca — me dijo mientras yo la examinaba —. La buena mujer, como verdadera esclava, tuvo en su tiempo la locura de las joyas... Yo he hecho cambalache de casi todas las alhajas que heredamos de ella, en mis días de miseria, antes de los retratos a cinco mil francos por término medio. He guardado este rubí hasta ahora, para un caso de apuro. Hoy me encuentro verdaderamente satisfecho de no haberlo vendido. Y, sin embargo, se me han ofrecido hasta dos mil luises... Y a propósito de dinero — continuó —: ¿quieres ver si ahí dentro hay diez billetes de mil?

Me entregó un sobre, cuyo contenido examiné, y al contestarle afirmativamente, dijo:

— Este es el punto más delicado de tu complicidad... Es necesario que vayas a llevar a Darsy esta misma tarde estos diez mil francos. Sé que está en su casa. Le dirás que has sido encargado por el padre de René para retirar inmediatamente dos de los pagarés firmados por su hijo...

— No comprendo — respondí yo después de algunos segundos de un debate interior en que la curiosidad venció sobre mi repugnancia a mentir aún al mismo Darsy —, pero he prometido y cumpliré mi misión.

El usurero estaba habituado por su profesión a semejantes trámites. Lo que éste tenía de indirecto y apresurado no pareció asombrarle. Si algún escrúpulo me hubiese quedado, le habría perdido completamente al oírle que me decía entregándome los dos pagarés:

— Repítale bien al señor X... — y me nombró al padre de René — que no he prestado ese dinero a su hijo más que para impedirle que cayera en ciertas garras... Y que estaba decidido a darle tiempo, todo el tiempo que quisiera. Para el pico que queda, una vez más le digo que le daré, si lo desea, todo el tiempo que quiera...

Era el tono del vividor amable y fácil a quien el compañerismo de la fiesta hace indulgente con las locuras de la juventud. Esa hipocresía me horrorizó de tal manera, que deseaba ardientemente el éxito de la «broma un poco pesada», propuesta por mi amigo. Sin la menor vacilación, pues, sentados a la mesa de *whist*, unas horas más tarde, dije la frase convenida sobre la sortija. Todo había ocurrido como el pintor lo anunció. Habíamos encontrado a Darsy en el Círculo y habíamos organizado con él y un cuarto la partida proyectada.

— Es una joya de familia — respondió Bordín a mi pregunta. Y riendo añadió —: Es una tontería. No llevo esta sortija más que para jugar y como un fetiche... Es demasiado aparatosa para pasearse con ella... Pero no te extasies con la piedra. Es falsa...

— ¿Falsa? — exclamó casi involuntariamente Darsy —. Con este brillo no es posible.

Yo seguía no viendo nada en el plan de mi amigo. ¿Por qué despreciaba de ese modo, y contra toda evidencia, un objeto del que él mismo me había dicho el enorme valor? En todo caso, si había querido picar la curiosidad del explotador de las víctimas de

Monte Carlo, al mismo tiempo que la mía, lo había conseguido.

— Sí, falsa—repitió con su flema de comediante imperturbable—. Completamente falsa.

Se quitó el anillo del dedo y me lo entregó. A mi vez se le pasó a Darsy, cuyos ojos habían recordado la singular expresión de la víspera cuando asistía al desplomamiento de la suerte del boyardo.

— Para ser una piedra falsa—dijo aquél—este rubí está montado de una manera soberbia.

— Por eso ha pensado siempre mi padre—continuó Bordín—que se había dado a reparar esta alhaja a un joyero infiel que substituyó el verdadero con este rubí falso. Como pueden ver, esta obra no es de orfebrería francesa. Muy asombrado quedó él cuando después de la muerte de mi abuela encontramos entre objetos de valor un falso rubí de esta talla; pero el testamento no dejaba lugar a dudas...

— Efectivamente—respondió Darsy después de examinar detenidamente el anillo en todos los aspectos—, es un trabajo hecho por un artista muy hábil—añadió devolviendo la sortija... y continuó la partida de *whist*. Pero las distracciones del usurero probaban lo preocupado que estaba. ¿De qué? Sus continuas ojeadas al rubí lo pregonaban bastante. Bordín parecía no enterarse de ello. Yo, que sabía sus intenciones, observé que se valía de la sortija como el cazador de alondras del espejo. Sus manos iban y venían entre las cartas, presentando incesantemente el rubí ya bajo una arista, ya bajo otra, y la piedra lanzaba sus luces como si fuera un talismán consciente de su tarea vengadora. Cuando nos levantamos de la mesa de juego, el encanto se había producido. Darsy se acercó al pintor con una timidez de que tuve la explicación diez minutos después, el tiempo que duró el aparte.

— Esto marcha—me dijo mi amigo con alegre sonrisa—. Ese D'Estourmel no había mentido. El golpe no falla. Darsy acaba de preguntarme si quería confiarle mi sortija por veinticuatro horas. Desea hacer dibujar la montura.

— ¿Y tú se la has prestado?... Luego, ¿es verdad que el rubí es falso?

— El rubí es bueno. Ya te he dicho que me han ofrecido por él cuarenta mil francos.

— Ya comprendo. Él va a llevarle a casa de un joyero que le dice su valor. Vuelve mañana contándote que le ha perdido, seguro de que tú no te molestarás por una piedra que crees falsa... Tú le amenazas con hacerle detener y te aprovechas de su terror para arrancarle los dos pagarés que le ha firmado René. Darsy recibe los diez mil francos que ha adelantado realmente, pero nada de interés. Y según dicen las gentes de ley, la justicia se hizo.

— Admirablemente razonado—me respondió Bordín con una ironía que no me enfadó. Estaba yo muy interesado por el enigma.

— Me dispensarás que no te responda—continuó—: ese es nuestro convenio. Sólo te suplico que seas puntual mañana, a las cuatro y media, en el Círculo. Darsy estará allí. Yo llegaré a las cinco. El emplearé esos treinta minutos en preguntarte sobre mí. Tú le dirás de qué familia soy y quiénes son los Gorka, si por casualidad lo ignora. Te preguntará si soy rico. Tú le dirás que lo he sido, pero que vivo con mucho lujo y que el juego me cuesta una enormidad. En fin, arréglate para que me crea necesitado...

Comprenderán ustedes que no falté a la hora fijada. Allí estaba Darsy, en efecto. Me admiró que mi amigo hubiese adivinado con aquella exactitud las

preguntas que me hacía el usurero, evidentemente atenazado por el deseo de comprar el rubí, que él sabía bueno y que, según suponía, su poseedor creía falso. La importancia del provecho le atraía hasta el punto de producirle una fiebre de impaciencia.

— ¿Está usted seguro de que su amigo vendrá hoy? — acabó por preguntarme después de haber mirado varias veces su reloj.

— Segurísimo — le respondí —. Comemos juntos.

— Tengo que devolverle el rubí que tuvo la bondad de confiarme. — Y me miraba mientras iba sacando del bolsillo la sortija cuidadosamente envuelta, y la sopesaba. Yo no cedí ante aquella mirada donde podía leerse la tentación del robo sobre seguro. Es curioso, una piedra falsa tan hermosa... ¡Y la montural Repito lo que decía ayer. Es una maravilla... Es preciso que esa condesa Gorka haya sido bastante rica para distraerse en fantasías tan costosas y tan inútiles... Yo conocía al señor Bordín como pintor, pero no como millonario...

— Ni tanto ni tan poco — respondí y continué mi papel de cómplice hablando de las prodigalidades del artista y de su pasión por el juego, con frases un poco embrolladas, lo cual podía ser el remordimiento de mi maledicencia respecto a un amigo. Por otra parte, Bordín se encargó de justificar mi relato saliendo de un salón, con el semblante sombrío, la mirada colérica y el ademán nervioso. Nunca un consumado actor desempeñó más a lo vivo el célebre personaje de Regnard:

«¡Miradlel escritas en la frente sus desgracias. Tiene todo el aspecto de un poseso...»

— ¿Me trae usted mi sortija, señor? — preguntó a Darsy bruscamente después de un saludo poco cor-

tés—. Hice mal en prestársela. No la tenía conmigo y eso me ha dado la negra — añadió dirigiéndose a mí—. Fui después de almorzar a oír un poco de música a Monte Carlo. No hay más que abrir los ojos cuando se está allí, para convencerse de que no se debe jugar. ¿Quién ha pagado ese lujo fastuoso de construcción, azoteas y flores? ¿Quién? Los que pierden en el tapete. Pues aquí tienes uno de ellos, amigo... He jugado y he perdido... No me preguntes cuánto... Verdaderamente estoy muy disgustado de mí... — Mientras se lamentaba de este modo se había acercado al fuego y metido en el dedo la sortija devuelta. De espaldas a la llama, con las manos en los bolsillos del chaqué, comenzó a calentarse las plantas de los pies levantando ya el uno, ya el otro, sin parecer preocuparse ni de Darsy ni de mí.

En vez de marcharse el usurero, como hubiera sido natural, después de aquel exabrupto, permaneció inmóvil sin atreverse a pronunciar las palabras que acudían a sus labios. Encendió un cigarro para darse una tregua, lo mismo que había hecho mi amigo René, su víctima, en la habitación inmediata, la otra tarde, y lo mismo que René, me llevó un poco aparte para hablarme a media voz:

— El señor Bordín tiene aspecto de estar bastante disgustado — me dijo —. Usted sabe que si tiene necesidad de un pequeño anticipo, me encuentro en fondos. Por casualidad he ganado al bacará, y como admiro mucho, pero mucho, su pintura... ¡Vamos! Me complacería... Mas ahora que caigo: yo hago colección de anillos antiguos y de buena gana le compraría el suyo.

— Ya pareció aquello — pensé yo —, pero al diablo, si veo adónde vamos a parar. — Y luego en voz alta: — ¿Por qué no se lo pregunta usted mismo? — Y al levantar Bordín la cabeza con el gesto de quien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA GENERAL
"ALFONSO RIVERO"
1625 MONTENEGRO, BUENOS AIRES

siente que se habla de él, le dije: —Darsy me estaba hablando de tu sortija, que desea para su colección, y querría saber si estás dispuesto a vendérsela.

— ¿Vender mi sortija?... ¿Esta?... —Y el pintor levantaba la mano y miraba el rubí. Su expresiva fisonomía reveló el asombro del que perdió su última peseta y ve de pronto una probabilidad de continuar que no sospechaba. ¡Oh! ¡Qué maravilloso comediante! Todo terminó en un encogimiento de hombros y en un gesto de amargura: la mímica del desaliento ante el absurdo. Y volviéndose hacia Darsy dijo:

— Pero ya sabe usted, tan bien como yo, que esta sortija no tiene ningún valor, ninguno, puesto que el rubí es falso. Ya sé que queda la montura. Lo que usted me diese sería muy poco en relación con los recuerdos que este mal vidrio tiene para mí...

— Soy coleccionista, señor Bordín—replicó sencillamente el usurero. Ese otro farsante, menos inofensivo, dibujaba también la sonrisa bonachona del aficionado en situación de hacer una locura que la confiesa, pero que la hace.—Por tanto—continuó—esta sortija, con su piedra falsa, tiene para mí, sólo por su estilo, tanto valor como para usted... o más quizá... Usted tiene otras joyas de familia, y éste engaste es único en su género...

— ¿Qué diría usted si yo le ofreciese—y su voz temblaba—cuatro mil francos?

— ¿Cuatro mil francos?—repitió Bordín como aturrido por la enormidad de la cifra. Volvió a mirar el anillo y meneando la cabeza...—¡No, no, no! Es diez veces más de lo que vale... Y ¿qué iba yo a hacer con cuatro mil francos?... Además, esta sortija no es sólo un recuerdo. Ya le he dicho que es mi fetiche...

— ¿Cinco mil entonces?—insistió Darsy.

— ¿Cinco mil?...—repitió otra vez el pintor y, renovando la farsa, volvió a contemplar el anillo. De nuevo el entrecejo se frunció, el labio tembló, el puño se crispó. ¡En fin: el más asombroso fingimiento de un debate de conciencia que jamás se haya visto! Y brutalmente, entrecortando las palabras, añadió—: Puesto que usted tiene tal deseo de esta alhaja, señor Darsy, hasta el extremo de pagarla a un precio absurdo, consiento en vendérsela. Pero han de ser diez mil francos o nada. Démelos y este rubí falso es suyo... También yo tengo en gran estima este anillo. Al menos, eso ya vale la pena...

Al formular esta oferta sacó del meñique el anillo con una especie de extravío y volviendo los ojos. Los párpados de Darsy se movieron nerviosamente. ¡Tan grande era su emoción! Sin decir una palabra sacó de un bolsillo de la cartera un fajo de billetes de Banco, probablemente los que yo le había entregado el día antes, ¡oh ironía!, para recuperar los dos pagarés de mi amigo. Entregó el fajo a Bordín, que le dió la sortija. Luego, como avergonzado de aquel bochornoso trato, el nieto de la condesa Gorka, agarrándome del brazo, me arrastró como el jugador empedernido que corre a desquitarse.

— ¡No hay que perder un minuto!—me dijo—. Son las cinco y media. A las seis estamos en Monte Carlo. Antes de cenar he recuperado todo lo que he perdido. ¿Qué quieres apostar?

No bien habíamos salido del Círculo cuando prorrumpió la misma alegre carcajada que le oí la víspera, diciendo:

— ¡Ya está! ¡Ya está!...—Y solemnemente añadió: ¡Paso a la justicia del Rey!.. Mira—me dijo—¿Comprendes ahora?—Y sacó del bolsillo una sortija

exactamente, absolutamente parecida a la que yo le había visto momentos antes entregar a Darsy contra un fajo de billetes de Banco. Luego, burlonamente—: Es la misma sortija, sólo que ésta es la legítima. Ya te he dicho que mi querida abuela la condesa Gorka tenía la locura de las alhajas. Jamás abandonaba su pedrería ni aun en viaje. Su marido, por el contrario, era un avaro, lo cual es inverisímil en Polonia, pero es así. Por eso imaginó hacer construir otras joyas semejantes a las más hermosas de su mujer, con diamantes, zafiros y rubíes falsos, y cada vez que mi abuela se ponía en camino, eran las alhajas falsas las que la obligaba a llevar, por temor a un mal encuentro. He aquí por qué llegué a tener esas dos sortijas. Si examinas el interior de ésta, verás que tiene una pequeñísima cruz. En realidad es la única diferencia entre las dos. Yo llevaba ayer este rubí y se le he dejado a Darsy diciéndole que era falso. El honrado caballero corrió inmediatamente a casa de un joyero para hacer examinar la alhaja. El joyero le garantizó que era buena. Darsy me ha tomado por un imbécil. ¿He representado bien el hijo de familia que en su vida comprobó una cuenta, y menos, por tanto, una joya? Dí. En este momento se estará alborozando el granuja. Figúrate. Está convencido de que por estupidez y por no ir yo mismo a casa de un conocedor, le he vendido en diez mil francos esa joya que vale cuarenta. Mañana le aguardo... Confiesa que está bien hecha la cosa. Pero no es invención mía. Te repito que he tomado la idea de las Memorias de que te hablé. No hay más que variación de forma.

— De manera que el rubí que acabas de venderle es falso...—exclamé yo materialmente estupefacto ante aquella revelación.

— Falso hasta más no poder, como tuve el honor

de advertírselo al mismo Darsy. Tú eres testigo de que no le he mentado. *Este rubí falso es suyo*. Estas son mis propias palabras, ¿sí o no?

— Sí, pero tú, aparentando calentarte las manos al fuego, acababas de substituir el bueno por el falso, y él creía comprar aquél.

— Y, por consiguiente, estafarme. ¿Adónde quieres ir a parar?

— A que yo no puedo soportar el haber participado en lo que tú llamas una broma pesada y que es algo más que eso...

— Tenía tu palabra de que no moralizarías—interrumpió Bordín sin dejar de reír—. Estaba seguro de que no ibas a cumplirla. Lo que yo quería era engañar a ese bandido. Lo he hecho. Ahora me es indiferente que ese badulaque de René X... tome su dinero al ciento por ciento. Eres libre de volver las cosas a su punto. En el bolsillo tienes los dos pagarés de este loco. Vuelve al Círculo. Vete a contar al señor Darsy inmediatamente el procedimiento que hemos empleado para rescatarlos, no me opongo. Devuélveselos a nuestra víctima y tráeme el rubí falso...

— Voy allá—respondí yo y marché, en efecto, en dirección al Círculo. Luego me detuve, y volviéndome rápidamente vi a Bordín que me miraba siempre sonriente—: No—dije—no. No puedo. Quizás seas tú quien tiene razón. Ese granuja ha querido robarte después de haber robado a René. Se lo merece todo...

— Y para disipar todos tus escrúpulos, yo me encargo de obligarle a aceptar a él mismo la lección—dijo Bordín—Tú no tienes más que encontrarte otra vez mañana en el Círculo a la misma hora. Créeme, los canallas triunfarían menos si las gentes honradas les probasen algunas veces que saben servirse de las mismas armas.

¿Será preciso que diga que, a pesar de mi aquiescencia, experimenté una extraña molestia cuando al entrar en el Círculo al día siguiente con mi amigo, vi en la habitación donde se desarrolló la escena de la víspera a Darsy, que vigilaba la puerta? El canalla tenía en el rostro una arrogancia que se traslució en la primera frase.

— Les esperaba, señores—nos dijo uniéndonos a su estafador y a mí en el mismo impertinente saludo—. ¿Ha ganado usted su apuesta? Porque esto sería una apuesta, ¿no?

— ¿Qué apuesta?—preguntó el pintor con un tono...

¡Cuánto hubiera dado por que hubieran ustedes oído aquella voz y visto aquellos ojos de niño aterradol...

— ¿Qué apuesta? La de su sortija—repitió el usurero con cólera creciente—. No continúe esta comedia o creeré...

— ¿Qué creará usted?—dijo Bordín—. Ha querido usted comprarme por un precio irrazonable una piedra falsa que yo le había declarado falsa delante de testigos—. Y me nombró a mí y al que hizo el cuarto en nuestra partida de *whist*—. ¿Pretendería usted quizá pagarme con diez mil francos un rubí bueno que habría valido cuarenta mil?... Pero entonces, caballero, ¿quién es usted?—Y con el desprecio en la mirada y el ultraje en la boca—: Cuando se ejerce el oficio que usted ejerce y se presta a pobres muchachos desplumados como...—aquí nombró a René— diez mil francos, obligándoles a firmar veinte mil, debe darse por muy satisfecho de no verse obligado a restituir más que de ciento en ciento y por procedimientos tan dulces... Si usted cree que tiene algo que reprocharnos en este asunto, tomaremos como jueces a los miembros de la directiva del Círculo,

puesto que todo ha ocurrido aquí... ¿No quiere usted?... Pues entonces renuncie a las actitudes violentas y consuéllese pensando que recobrará los diez mil francos que en rigor ha desembolsado usted para el señor X... y que tendrá esta sortija como intereses. Se la dejo para su colección. Es un buen siete por ciento, se lo aseguro, porque la montura es muy curiosa.

¿Han aplastado ustedes alguna vez una víbora? Su asquerosa cabeza plana no expresa más rabia impotente que el rostro convulso del elegante Darsy mientras su verdugo hablaba. Porque verdaderamente entonces era un verdugo ante el cual el otro no pudo sostenerse, abandonando la estancia rápidamente. Bordín me dijo no sin cierta imploración en el fondo de sus pupilas:

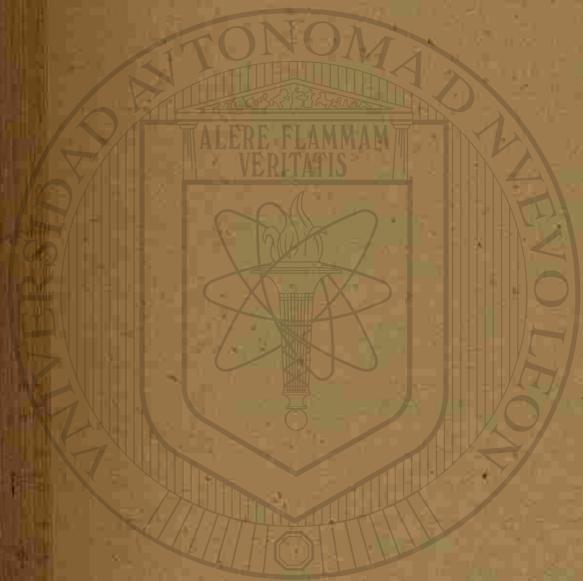
— No contesta nada. Ya lo ves. No me digas que quizá tuve razón, sino que tuve toda la razón, ni más ni menos.

— Sí—le respondí—, has tenido razón...

... La Fontaine, el pintor y el agiotista tenían razón, en efecto, o por el contrario, ¿la tenía el mariscal de Turena, que sostenía su palabra con los ladrones?

— Son ladrones—decía—, pero yo soy Turena...

Hay materia para disputas más interminables que la que provocó el relato de esta anécdota en la mesa de la señora de... Iba a decir su nombre. Adivínale, lector.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

EL ABANICO DE ENCAJE

I

Había entrado en el Hotel Drouot aquella tarde creyendo asistir a la venta de una biblioteca en que figuraba un volumen que andaba buscando desde hacía algún tiempo: un volumen bien modesto y que nada tiene de común con los aldinos y los elzevirianos de las grandes colecciones. Se trataba sencillamente del La Fontaine en un solo tomo, impreso por Rignoux en 1826 y que llevaba el siguiente colofón: «H. Balzac, editor-propietario, calle de los Marais-Saint-Germain, núm. 17», el primer libro publicado por el novelista cuando pensó establecerse. Me había equivocado de día. Pero estaba escrito que mi devoción por el gran Honorato había de verse recompensada de un modo en que mi amigo Lovénjoul, el Ferragús de los balzacianos, no hubiese titubeado en reconocer una misteriosa influencia del maestro. ¿Cómo explicar, si no, que al ir al lugar de las cosas abandonadas para buscar una reliquia del orden más humilde, haya recogido una de esas anécdotas como las quería Balzac, una anécdota en que

hay frivolidad y compasión, capricho y humanidad, y algo también de ese tierno carácter femenino que adoraba el autor de *Honorina*? No faltó allí tampoco esa nota irónica que la vida se complace en poner al margen de todos nuestros recuerdos delicados. He aquí la historia.

Cerciorado del error de fecha que hacía inútil mi paseo, trataba de ganar la escalera. Detenido un momento por la multitud que se agolpaba contra la puerta de una de las salas, tuve la curiosidad de preguntar a un guardián qué venta atraía aquel gentío.

—La de Manón Lescaut—me respondió el hombre.

Recordé, en efecto, haber visto anunciada en los periódicos la muerte de aquella mujer galante que había osado tomar un sobrenombre tan sonoro. No conociéndola más que por él, no tenía motivo alguno para entrar en aquella sala donde se hacía almoneda de sus objetos. Sin embargo, un maquinal instinto de imitación me hizo mezclar a los curiosos dispuestos a asfixiarse allá dentro y, pocos minutos después, me encontré, empujado por la avalancha, en un rincón, desde donde podía ver perfectamente los lotes para vender y los compradores. ¿Quién no conoce este espectáculo? Siempre el mismo muestrario de trajes escandalosos y de equívoca ropa blanca, de muebles llamativos, de objetos de arte dudoso, de joyas de relumbrón, y en torno de estos restos de un lujo a la vez triunfante y despreciado, ¡qué comentarios y qué público! Indignas compradoras de ropas, mujerzuelas envidiosas y burlonas, sórdidos cambalacheros, farsantes desocupados... Por eso mi asombro fué enorme cuando reconocí en primera fila entre aquella multitud a una de las mujeres más distinguidas, de lo más «bien», como dicen algunos, de

este París que todavía conserva algunas señoras dignas de este nombre, gracias a Dios: la condesa de Megret-Fajac. Ya era extraordinario que la señora de Megret hubiese entrado en esta sala, sabiendo lo que en ella se vendía; pero que siguiese la subasta de aquellas infames elegancias con interés manifiesto, era cosa de no creerlo quienes conociesen su carácter y su susceptibilidad de sensitiva. Todo su ser lo revelaba la fineza de la fisonomía delicada y espiritual, la grácil esbeltez, los gestos sobrios, la levedad de las manos y los pies. Después de diez años, que pronto hará, que me hizo el honor de admitirme en su intimidad, ya he dicho en otra parte a consecuencia de qué encuentro (1), siempre he hallado en ella tal comedimiento en las maneras, tal agitación casi morbosa ante la menor palabra algo fuerte, tan estricto cuidado de los gestos y las frases, que resultaba asombroso verla sentada en una silla, pegada a la verja y siguiendo los martillazos que adjudicaban los falsos tesoros de una impúdica famosa. ¡Y más asombroso todavía, que disputase a ciertos concurrentes uno de los objetos que pertenecieron a aquella mujer! Eso fué, sin embargo, lo que en una ocasión hizo delante de mí, que la miraba y la escuchaba como atontado. El tasador había sacado a subasta un pequeño abanico antiguo montado en marfil y guarnecido de encaje de Alenzón.

—Cincuenta francos—había gritado—. ¿Hay quien le compre por cincuenta francos?...

— Sesenta francos—respondió una voz casi imperceptible: la de Alicia de Megret-Fajac.

La rareza de la acción que se atrevía a cometer, agitaba su corazón hasta el punto de quitarla casi el aliento.

(1) V. *Caridad de mujer*, en *Viajeras*.

— Sesenta—replicó una voz de hombre que yo creí, cosa extraña, reconocer también, pero sin identificarla. Intenté distinguir el rostro del que disputaba a la delicada condesa aquella baratija deshonrada por su procedencia. Un muro de hombros y cabezas me impidió percibir al competidor de la señora de Megret-Fajac, que había ya sobrepasado la puja de aquél.

— Cien francos—había dicho ella con el tono de quien sube de golpe la subasta para terminar.

— Ciento veinte—respondió la otra voz, y la lucha continuó entre estos dos caprichos.

— Doscientos francos...

— Doscientos cincuenta...

Hasta que la condesa Alicia dejó caer, con un acento cada vez más firme, la cifra de mil francos, enorme para un objeto de aquella insignificancia. Esta vez la puja no subió más. El martillo del tasador cayó adjudicando el abanico de la cortesana a la gran señora. Apenas entregó el billete azul a quien correspondía y escondió el abanico en el manguito, cuando la compradora se levantó. Como si no hubiere ido más que para aquella compra, se deslizó entre el gentío hasta la puerta, donde yo la alcancé. Ella no me había visto y quizá tenía sus razones para preferir que su extraña compra no hubiese sido notada. El deseo de poner en claro un enigma del que yo no comprendía ni una palabra, venció en mí al escrúpulo y me presenté a ella en el mismo instante en que ganaba la escalera.

— Tengo que confesarle que acaba usted de asombrarme—le dije después de las dos o tres frases obligatorias de cortesía mundana.

— ¡Ah!—contestó ella—. ¿Estaba usted allí?...

Sus mejillas pálidas enrojecieron. Bajamos silenciosos varios escalones; yo, avergonzado de mi indis-

creción; ella, visiblemente turbada. Luego, levantando la cabecita con el gracioso movimiento algo altanero que tiene en ciertas ocasiones, me preguntó:

— Y ¿puede usted decirme si ha encontrado explicación para lo que me ha visto hacer, y cuál es ella?...

— Conociéndola—repliqué—, y si se tratase de otra venta que la de Manón Lescaut, apostaría que era algo de caridad...

— No se puede estar más desacertado—interrumpió ella con alborozada risa.—¡Algunas mujeres, como ella, muy desgraciadas y honradísimas, tienen momentos de alegría infantil que descubren tanta frescura de alma detrás de su habitual melancolía!...—Aquello no fué más que un instante, y pensativa otra vez, me enseñó la estrecha caja de raso ajado que encerraba el abanico, y continuó:—Habla usted de caridad... Pues bien: lo que este objeto representa para mí, es precisamente una caridad que no he hecho. Por esto he querido tenerlo.—Otra vez calló. El enigma se había oscurecido. Sin embargo, aquellas últimas palabras tenían un sentido. La encantadora y espiritual condesa es de las que guardan a través de las frivolidades del mundo los ardientes fervores de una piedad rayana en el misticismo. Es lo que se dice el cilicio bajo la seda. Yo no dudaba ya: el recuerdo suscitado por ese abanico la era doloroso y ella quería hacérsele más tangible, más real, martirizándose la conciencia con un remordimiento. ¿Qué remordimiento? ¿Me atrevería a insistir para saberlo?... Ella me ahorró esta nueva y más grave indelicadeza. Habíamos bajado la escalera. Me preguntó:

— ¿Dónde va usted?—Y al contestarla yo, añadió:—Voy a dejarle allí de paso. Tengo el automóvil a la puerta. Le contaré todo—añadió dulcemente iró-

nica—, no para proporcionarle asunto para una novela, como las colaboradoras desconocidas de los escritores...—y otra vez sería, después de aquel ingenuo empeño—sino porque esta aventura es una lección que puede servirle como a mí me ha servido y me servirá...

II

— Hace de ello quince años—comenzó, mientras el carruaje rodaba, tan pronto lanzado a toda velocidad como detenido casi instantáneamente, pero siempre demasiado veloz para mi deseo, porque su rapidez iba poniendo fin a las confidencias de aquel alma hermosa, tan verdaderamente digna de su alcurnia por la aristocracia de su sentimiento—. Yo pasaba el invierno en Cannes. La temporada era sumamente brillante, debido a la presencia de varios príncipes extranjeros. Aun los asiduos a la Croisette se lamentaban de que hubiese tantas Altezas imperiales y reales. ¡Figúrese qué número habría!... La casualidad quiso que en uno de los bailes dados por una de esas Altezas en casa de la señora de Carlsberg, esposa morganática del archiduque Enrique-Francisco, me encontrase sentada al lado de una joven que me interesó notablemente. Era muy joven, muy bonita y estaba vestida con extremada sencillez, casi con pobreza, que contrastaba vivamente con el lujo de los atavíos ostentados a nuestro alrededor por las americanas y las rusas que llenaban el salón. Esa modestia de su traje le daba un encanto de rusticidad que aumentaba todavía la expresión bravia de sus ojos. Era evidente que no conocía a nadie en aquella reunión. Encogida e inmóvil en un extremo

del diván, veía danza tras danza, sin que ninguno de los hermosos jóvenes que discurrían entre los grupos, la flor y nata de Niza y Monte Carlo, se dignase siquiera invitarla a un baile. Había en aquella cara de veinte años una mezcla ingenua de tentación y desencanto, de ironía y timidez. La música voluptuosa de los *tsiganes* encendía la fiebre en sus ojos. Se la sentía devorada por el deseo, tan natural a su edad, de ser una de las felices en la fiesta. Al mismo tiempo, se la veía tan humilde, esforzándose en pasar inadvertida con su modesto traje de muselina, que de tal manera me interesó, que busqué a la señora de Carlsberg para preguntarle quién era aquella desconocida y hacer que me la presentara...

— ¿Tenía yo razón o no, hace un momento?—interrumpí—. ¿No era eso una caridad?

— No—replicó la señora de Megret—. Una curiosidad. Lo cual es casi siempre lo contrario... Pero déjeme continuar. La señora de Carlsberg tuvo necesidad de preguntar al secretario de su marido para contestarme. Al fin supe que mi desconocida era la señora de Journault, esposa de un oficial de Marina, y estaba casada hacía dos meses apenas. Su marido había estado ocho días antes de servicio cerca del príncipe en cuyo honor se daba la recepción aquella noche. Esta coincidencia hizo que su mujer y él estuviesen inscriptos en la lista de invitados. El se había sentido enfermo poco antes de ir, y ella asistió sola. Supe algunos de estos detalles por la señora de Carlsberg y otros por la señora Journault, cuando me la presentó la dueña de la casa y comencé a hablar con ella. Parece que la estoy viendo ahora mismo, temerosa al principio, conñada luego, elevando hasta mi sus hermosos ojos oscuros, donde podía leerse el mudo reconocimiento de una muchacha que ha encontrado una protectora inesperada... Pronto co-

menzó a animarse. Algunos hombres de mi sociedad llegaron a saludarme. Se la presenté. Su encanto natural y rudo, que ninguno de ellos había notado, les sedujo al verla hablando con una persona de su categoría. La invitaron a bailar, y bailaba maravillosamente, con una gracia exquisita. Tuvo éxito, y lo conoció con íntimo regocijo. En cada intermedio iba a mi lado, como para ofrecerme su alegría y su triunfo. Comenzaron las confidencias sobre su niñez, pasada toda ella en Brignoles, en un pueblecito de las montañas del Var, y sobre su vida de convento en Marsella, de donde había salido seis meses antes para casarse. Acabó hablándome de su marido, que «era muy bueno», me decía, «muy bueno». Al pronunciar estas palabras tenía en la mirada un tinte de melancolía que me hizo interesar más por ella. Toda una novela se fraguó en mi mente: la de una niña demasiado delicada para su destino, que no tenía ni padre ni madre, me había dicho que era huérfana, y a quien sus allegados, deseosos de librarse de ella, habían casado de prisa y de cualquier modo. La única nota falsa de aquella noche fué el recuerdo de una abuela que era, me dijo, una dama noble antes de la Revolución. En su acento creí adivinar que mi joven amiga era algo vanidosa, pero ¡de un modo tan infantil! También sorprendí un peligroso despertar de su imaginación cuando me habló de sus lecturas. No le gustaban más que las novelas, y aun de este género literario había leído muy poco, según me dijo. ¿Querrá usted creer que la que acababa de leer y de la cual me habló con entusiasmo era esa inmortal obra maestra del abate Prevost, de la cual debía más tarde, una vez degradada, sacar su nombre de batalla?...

— ¿Luego Manón Lescaut y la señora Journault...? — pregunté yo.

— No son más que una sola persona — respondió la señora de Megret-Fajac —. Escuche ahora de qué manera más sensible y más extraña supe aquella metamorfosis de la candorosa mujer del pobre oficial de Marina en una de las princesas del mundo galante. Pocos días después de aquella velada, dejé Cannes precipitada a causa de una grave enfermedad de mi suegra, sin que volviera a ver a mi protegida del baile Carlsberg.

Ella me había dicho que el buque de su marido anclaba en Villefranche, y por eso no me extrañó que no hubiese ido a visitarme al día siguiente. Yo pensaba regresar tan pronto como mi suegra estuviese restablecida; pero su indisposición se prolongó. No volví a Cannes durante aquella temporada. Las circunstancias hicieron que estuviese tres inviernos sin volver a la costa y sin tener más noticias de la señora Journault. Sin embargo, yo no la olvidaba; pero en vano dije su nombre a algunos marinos: — ¿Journault? — me había contestado un almirante —. ¿Journault?... Espere... No conozco más que a un excelente oficial que está en China. — Y otro: — ¿Journault?... Sí... Está en Terranova. — ¿Journault? — me había dicho un tercer interlocutor —, creo recordar que hay un Journault en Brest. Yo me informaré... — Siempre había insistido para saber también algo sobre la joven. Nadie la conocía. ¡Figúrese, pues, mi sorpresa al encontrar esa huella perdida, y ¡de qué manera!... Era precisamente el cuarto invierno después de aquel en que ocurrió la escena del baile. Estaba en Niza pasando algunas semanas con unos amigos. Un primo mío, que usted conoce, Santiago De Breves, fué a visitarme. Aunque se había alejado mucho de nosotros, de mi marido y de mí, esto no era bastante para justificar la turbación que noté en él desde el principio de nuestra conversación. De re-

pena, y como un hombre que hace un gran esfuerzo: —Alicia—me dijo—, prométeme que no te ofenderás. Traigo para ti una extraña comisión. —¿Cuál? —le interrogué asombrada por su aspecto, pero bien lejos de sospechar la menor relación entre este preámbulo embarazoso y la antigua pensionista del convento de Marsella. —Prométeme otra vez— insistió—que no te vas a ofender... —¿Te lo prometo!— dije riendo—. ¿Es tan grave entonces?... —Muy grave, no, ¡pero tan extraordinario!... En fin: he cometido la tontería de empeñar mi palabra y yo soy del parecer de aquel que decía: es necesario cumplir la palabra aún con los ladrones... Además, tengo cierto interés en saber si mi comitente me ha dicho la verdad... ¿No me reñirás tampoco por lo que voy a decirte?... Ayer estaba yo cenando con una hermosa mujer conocida en el mundo galante con el nombre de Manón Lescaut. Yo no sé si ella sorprendería alguna frase cambiada entre uno de los comensales y yo, en la que dije que estabas en Niza, o si se ha informado de otra manera: el hecho es que me llevé aparte un momento y me dijo: —¿Es usted el primo de la señora de Megret-Fajac? —Sí—respondí. —¿La ve usted con frecuencia?—insistió ella. —No tan frecuentemente como debía y como yo desearía—le dije. —Pero usted la ve...—agregó—. Entonces, déme su palabra de que ha de hacerme un favor que a usted no le compromete a nada y para mí será un gran beneficio... —¡Por Dios!, prima—continuó Santiago—. ¡Qué irreflexivo estuve! He sido débil. Prometi... Manón entonces me dijo: —Yo no he sido siempre la que soy ahora. Yo he estado casada y he sido recibida en la alta sociedad. Me llamaba la señora Journault. Este es un secreto que confío a su caballerosidad. En aquella época, y en cierta ocasión que la señora de Megret-Fajac recordará si usted le dice

mi verdadero nombre, fué muy buena para mí, muy buena... y nunca le he dado las gracias... Yo querría que, como recuerdo de aquella simpatía que me demostró una noche, me permitiese ofrecerle un objeto del que no puedo servirme ahora que me he convertido en lo que soy. No tiene nada de precioso. Es un abanico de marfil con punto de Alenzón que heredé de mi abuela. Ella lo sabe porque la hablé de eso... En fin, ruéguela, ya que tuvo compasión una noche de la pobre abandonada en aquel baile, que seguramente recordará, que acepte y guarde esta reliquia de lo que yo era, de lo que no seré jamás...

— Usted rehusó naturalmente ese regalo—exclamé yo—, y eso es lo que se reprochaba al hablarme de caridades que no había hecho... Pero es inaudito que De Breves se hubiese atrevido siquiera a transmitir a usted esa comisión de una mujer de esa clase...

— Mi primo estaba apasionadamente interesado por ella—respondió la señora de Megret—y, como me había dicho, quería saber si le había mentado. La historia de la caída de la señora de Journault, que después supe, había sido muy sencilla. Encantadora como era, coqueta, viviendo en las inmediaciones de Niza y Monte Carlo, se había dejado hacer la corte por uno de los innumerables grandes señores extranjeros que van a distraerse a la costa desde diciembre hasta mayo. Ella, como tantas otras, había sucumbido al atractivo del lujo. Había sido raptada y abandonada luego. Es verdad que ahora era una ramera, pero conservaba una nostalgia lacerante de su honor perdido. Yo hubiera debido comprenderlo y también que la loca idea de ofrecerme aquel abanico a mí, que había sido buena para ella, no significaba más que una súplica para que la compadeciese, para que conservase en mi memoria, en lugar aparte, la

seguridad de que no todo había muerto para ella y que ella valía más que su vida. No lo comprendí... y rehusé el abanico, no sin un remordimiento. Había en aquel paso, dado por mediación de otro, un llamamiento de la mujer a la mujer que, a pesar de todo, me conmovió. Sin embargo, rehusé. Vea la consecuencia. Algunos días después, estaba comiendo con mi marido y un matrimonio amigo en una de las salas de un gran restorán de Monte Carlo. A dos pasos de la nuestra estaba preparada una mesa con seis cubiertos, a la que se acercó, acompañada de dos mujeres y tres hombres, la que yo había conocido señora de Journault. La modesta y sencilla joven que me había interesado tanto en el baile de la señora de Carlsberg, se había convertido en lo que usted puede figurarse. Escandalosamente pintada, desafiadora la mirada y provocativa la boca, con uno de esos trajes llamativos que son un anuncio, se sentó a su mesa. Miró a su alrededor. Me vió... Después de tantos años, no he olvidado la impresión de malestar que me produjo su amarga sonrisa. Pasó por sus pupilas de odio y de recelo una especie de arrogancia insultante y una cólera apenas contenida. En seguida comenzó a hablar y a reír tan alto, que todo el mundo se volvía. Siempre oiré cómo interpeló al camarero que había llevado un plato que no la agradó: —Diga al encargado que si nos sirve otra vez así, Manón Lescaut le *tirará el plato a la cara*. No eran éstas, precisamente, sus palabras. Y continuaba mirándome fijamente. Era como si me gritase con su voz, sus gestos, su altanería: —Usted no quiere ver en mí más que una ramera. Me lo ha hecho usted notar al rehusar mi pobre homenaje. ¡Pues bien, lo soy, y como tal me conduzco!...—Lo que había de particularmente desagradable en aquella actitud era la presencia de mi primo a su lado. Ya sabe usted

que este rozamiento del gran mundo y el mundo galante es lo corriente en esa abominable caravana del vicio cosmopolita. Yo había tenido la debilidad de ir allí llevada por mi marido, en rigor, y también porque es de mal gusto hacer sentir demasiado a los amigos y amigas que hacen mal en vivir cierta vida. Bien castigada estaba yo con semejante vecindad... Mi primo se encontraba, y bien se excusó después, entre la vergüenza del escándalo y la pasión que comenzaba a sentir por aquella criatura. No era su querida. Lo era de uno de los que cenaban con ellos. ¿Se imaginaria la desgraciada que iba a mortificarme tomando a Santiago por amante? ¿Lo haría para enfangar más la delicada idea que había tenido, arrastrando en su cieno con ella al que había sido su infortunado mensajero? El caso es que la misma noche volvía de Monte Carlo con Santiago, rompiendo abiertamente con el otro. El resultado fué un duelo a pistola entre su ex amante y Breves, al día siguiente, y en el cual, afortunadamente, ninguno resultó herido, y, lo que es peor, una unión de mi pariente y aquella mujer en la que ésta fué sistemáticamente, obstinadamente, terrible de fría explotación... Pues bien—continuó la condesa Alicia después de un silencio—: siempre he pensado que si yo hubiese tenido la caridad de aceptar aquel abanico de punto de Alenzón, que ella me había ofrecido, no habría hecho a mi primo el daño que le hizo, ni ella se lo habría hecho a sí misma... Cuando teí su muerte y el anuncio de la almoneda en los periódicos, me procuré el catálogo. Al ver que ese objeto se encontraba allí, quise comprarlo para tenerlo siempre y recordar que nunca hay que rechazar ningún movimiento delicado de ningún alma. Siempre se puede ayudar a los buenos a ser mejores y a los malos a no hacerse peores.

III

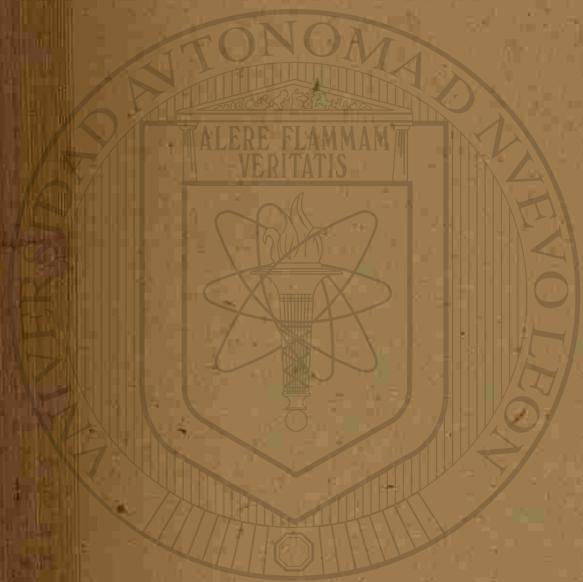
Hablando así, la encantadora mujer sacaba de su estuche y me enseñaba el abanico asociado para ella a ese hermoso y noble sentimiento de una caridad rehusada. Abrí las frágiles varillas de marfil, en que se veían pagodas y pájaros con el delicado estilo chino del tiempo de Luis XV. Las flores de encaje se esfumaban sobre el tul amarillo. Un penetrante aroma de viejo perfume se desprendía de él. Devolví esta reliquia a la señora de Megret-Fajac, con una emoción de la que no puedo sonreírme ni aún después del epílogo que la casualidad puso a esta confianza y que voy a transcribir en toda su brutalidad.

No hacía una hora que había bajado del automóvil de la condesa Alicia, cuando me llegaba un despacho azul, firmado con un nombre que me hizo reconocer inmediatamente y retrospectivamente la voz cuyo timbre me había sorprendido en el Hotel de Ventas. Era el contrincante de la señora de Megret en su paradójica subasta, que me pedía una entrevista para el día siguiente. Paso por alto los detalles, para referir únicamente las palabras que me dirigió aquel visitante, un excelente oficial de Marina a quien había conocido en el Círculo:

— Le he visto salir ayer del Hotel de Ventas con la señora de Megret-Fajac... ¿Tiene usted con ella bastante confianza para decirle que un pobre diablo de ex teniente de navío le pide humildemente que le ceda, a menos que tenga razones para conservarlo, el abaniquito de encaje que compró en la almoneda de Manón Lescaut?... Una palabra va a revelárselo

todo: Manón se llamaba por su verdadero nombre la señora Journault, y yo fui su amante entonces, el primero yo creo. Ese abanico era regalo mío y hubiera querido de buena gana rescatarle, como recuerdo de Manón... No he podido pujar más, pero estoy dispuesto a dar a la señora de Megret el precio que ha pagado. ¡Si supiera usted qué hermosa era!...

No hay que decir que imaginé un pretexto para declinar esta misión, y que jamás dije a la señora de Megret-Fajac nada que la revelase en su protegida del baile en la villa Carlsberg una comedianta de la peor especie. ¡Quién sabe, sin embargo! ¡Quizá al contar aquella historia de una reliquia legada por su abuela y que no quería profanar, la desgraciada Manón Lescaut no había mentado más que en los hechos! ¡Quizá creyó en el papel que representaba al tiempo de hacerlo! ¿Se explicaría de otro modo si no su cólera del restorán? ¿No querría, por ese procedimiento, enganchar a Santiago De Breves? Sea lo que quiera, la condesa, por su parte, no desempeñó papel alguno, y ¿para qué desilusionarla con el relato de una villanía? ¿Para qué profanar el santuario en que guarda la imagen de esa falsa Magdalena, la cual quizá le ha rendido homenaje a su manera, engañadola?...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

EL PERITO

I

Todos cuantos se interesan por los estudios médicos, conocen de nombre al profesor Courrioles, el autor de aquel «Tratado de Psiquiatría» que es para Francia lo que para Alemania el libro de Kroepelin o el de Krafft-Ebing, para Rusia el de Kossakoff y el de Morselli para Italia: el cuadro más completo de las doctrinas francesas sobre las enfermedades del espíritu. Menos elegante en su forma que Gilbert Ballet, menos original en sus intuiciones que Ernest Dupré, menos enciclopédico que Grasset, Courrioles tiene el mérito de haber reunido un número de observaciones clínicas realmente prodigioso. Quizá no quedará nada de las teorías que ha edificado: por ejemplo, de su hipótesis sobre lo que él llama las «semipsicosis»; pero sus descripciones son tan vivas, tan gráficas, para valernos de una palabra inglesa de singular contenido, que durarán tanto como las de Trousseau. Lo que durará también para quienes le han conocido, es el recuerdo de uno de los más extraordinarios personajes de este tiempo. Físicamente,

Courrioles es una especie de gigante fornido, al que el pelo encarnado y las gafas de oro darían aspecto de sabio alemán, si no fuera por la fijeza netamente latina de su mirada. En verano como en invierno, desde las ocho de la mañana ya está embutido en su levita negra, donde la rosetilla de la Legión de Honor pone la única nota algo clara. En verano como en invierno, a la misma hora, su coche antes, su automóvil hoy, le lleva a la clínica de un asilo de las afueras, del que es médico director. Sale de él al mediodía para regresar al muelle de la Megisserie, donde vive, precisamente frente al Palacio de Justicia, y que es uno de los centros de su actividad. Ahí se ha creado para él una sala especial, conocida en el mundo de la Medicina legal con el nombre de «Clínica del Palacio». Llega a las dos y sale a las cinco o a las seis algunas veces. Su misión consiste en examinar los individuos detenidos en la vía pública y sospechosos de enajenación. Dos veces a la semana da una lección de psiquiatría, a la cual no son admitidos más que un número muy restringido de alumnos y algunos colegas. A las seis vuelve a su casa: cena solo, lo mismo que comió. Su régimen alimenticio está dispuesto con una exactitud y una sobriedad completamente monacales. A las ocho se pone a trabajar, y ordena sus observaciones del día, hasta la una de la madrugada. Su despacho está tapizado del modo más extraño, con la más siniestra colección de fotografías: accidentados, melancólicos, dementes, paralíticos generales, alcohólicos y degenerados. Ese museo de horrores, cuidadosamente catalogados, se prolonga hasta el dormitorio, el comedor y el pasillo. Courrioles no es verdaderamente feliz más que en medio de esos documentos de las más lastimosas enfermedades humanas. No se le conoce ningún amor, ningún capricho, ningún vicio, sino la psiquia-

tría. No vive más que para ella, para esta ciencia todavía incipiente y de la cual ha sido infatigable obrero desde hace casi treinta años, y tiene cincuenta y cinco. No tiene clientela. Apenas si, de cuando en cuando, acude a una consulta, tratándose de un caso extraordinario. Entonces se hace pagar bastante caro, para poder vivir con sus modestas rentas, a las que se unen los módicos honorarios de médico de asilo y del Palacio. No ha ocupado más que un año la cátedra creada para él en la Facultad y cuya tarea encontró incompatible con sus investigaciones apasionadamente perseguidas, reduciendo su enseñanza a dicha conferencia bisemanal. Sus trabajos de perito forense completan su presupuesto, sistemáticamente reducido a unos veinte mil francos. Su gasto más importante es el automóvil, por la mañana, que le economiza tiempo. No es menos económico de palabras, de gestos, de todas las manifestaciones de su pensamiento. Si se añade que su integridad científica hace de él un maestro, en la más pura acepción de esta palabra, se comprenderá la reputación de que goza entre los estudiantes, los cuales consideran como un favor inestimable el ser admitidos a seguir libremente los diagnósticos que hace de sus enfermos en el asilo y sobre todo en el Palacio. Pero es sumamente avaro de esta autorización, y apenas si tiene dos alumnos a la vez en la reducida sala adonde se le llevan los detenidos de la noche y de la mañana.

Demasiado pequeña es dicha sala, dispuesta en la parte del piso bajo del Palacio de Justicia, que da a la Consejería. Una mesa y seis sillas la amueblan. En la pared, un tablero reservado para pruebas caligráficas de los desgraciados que allí se conduce y que no saben hacer una suma sin equivocarse, ni trazar diez letras seguidas. Dos ventanas enrejadas proyectan una luz débil. La puerta da a un pasillo donde

se abren una serie de celdas con ventanillo. Sobre la mesa hay una lámpara eléctrica que se emplea para apreciar el grado de reacción que conservan las pupilas. Un pequeño martillo cerca de ella, está destinado a provocar los reflejos. El membrete del papel colocado en la papelera, «Tribunal del Sena, Enfermería especial», resume perfectamente la doble impresión, de cárcel y hospital, que causa al visitante ese trágico recinto. Y ahí es donde Courrioles ha pasado innumerables horas de embriaguez intelectual. Es necesario haberle visto, en la mesa, interrogando a uno de sus clientes, para comprender hasta qué grado de exaltación interior puede llevar a un hombre el amor a las ideas. La atención hace terso su rostro surcado de arrugas. En sus pupilas claras brilla una llama. La fiebre del descubrimiento anima su cuerpo, cuya crispación nerviosa se adivina bajo el vestido. Hay algo de cazador, o más bien de policía, en ese eretismo del sabio, para quien el individuo sentado ante él, hombre o mujer, no es más que una experiencia intentada por la naturaleza, y que es necesario descifrar. Ese individuo ha sido detenido porque ha robado, porque ha disparado un tiro, porque ha intentado arrojarse al Sena, porque ha escandalizado, amotinando a los transeuntes en la calle, desde donde los agentes, extrañados por su aspecto, le han conducido a la enfermería. ¿Quién es? ¿Un vulgar malhechor o un enfermo? Si es un enfermo, ¿cuál es su enfermedad? La responsabilidad de estas preguntas es terrible. Bastarán algunas líneas pergeñadas por Courrioles para que ese ser sea enviado al hospital de locos, o a la calle. La primera hipótesis es la de menores consecuencias. En un hospital, se le examinará de nuevo y quizá el diagnóstico del célebre psiquiatra sea modificado. Es la otra, la de la libertad, la que angustia la frente del médico. ¡Qué caso

de conciencia! Tener delante de sí a un alienado cuya locura no se puede discernir y que mañana, pasado mañana o a los ocho días, este alienado se convierta en un asesino, en un incendiario! Ese interés del deber social se mezcla en el sabio con la intensa alegría de la curiosidad profesional. Porque en último extremo, para él, ese individuo es, ante todo, un caso. Y las inflexiones de la voz de Courrioles reflejan, a su pesar, la vehemencia de tal interés. Esa voz ausculta literalmente al paciente. A golpes de breves preguntas, si esto puede decirse, el psiquiatra tantea aquella inteligencia y aquella sensibilidad. De pronto se vuelve hacia uno de los dos alumnos sentados a su lado, porque jamás admite un tercero a estas sesiones.

— Veamos, Portehaut, su diagnóstico.

El alumno, azorado, aventura tímidamente:

— Es un *Pe-Ge* (las dos sílabas que designan un Paralítico General en el vocabulario de la Clínica).

— ¿Y el suyo, Croulebois?

— Un paranoico (1) de origen etílico—responde Croulebois con un tono más firme.

— Ni lo uno ni lo otro—rectifica Courrioles.

En pocas palabras expone sus conclusiones, que comenta analizando al enfermo, que unas veces sonriente, otras indómito, asiste como idiota a esa disección de su personalidad. En esos cuadros improvisados, en que es preciso compendiar todo un destino humano, Courrioles es incomparable. Ningún novelista le iguala en invenciones pintorescas, ningún policía en sutiles deducciones sobre los datos más sencillos. En cada una de sus palabras se siente la

(1) Término sacado del griego por Kroepelin. Designa un individuo que piensa por sugestión: de παρά «al lado», y νόος, «inteligencia».

maestría, la seguridad del vidente que escoge con certeza, adivina el detalle significativo. El enfermero en pie detrás del enfermo, si es hombre, o la enfermera, si es mujer, no pueden menos de escuchar aquella palabra tan clara en su tecnicismo. Y la hermosa lección, que se perderá como tantas otras, acaba con un resumen escueto de diez y ocho líneas, escrito por el profesor con su escritura delineada, y como dibujada con el estilógrafo que siempre lleva consigo, sobre uno de los papeles administrativos, extendiendo la sentencia de arresto o de libertad. El enfermero o la enfermera le levantan mientras el psiquiatra dice tranquilamente: «Otro».

¿Tranquilamente? No. Su entusiasmo es demasiado vivo. Ese otro será quizá un delirante de otro género, el caso único de que están ávidos todos los coleccionistas. ¿Acaso no hay algo de coleccionista en Courrioles? Sus ojos tienen una mirada de espera, siempre impaciente, cada vez que la puerta se abre para dar paso a un enfermero introduciendo a un nuevo sujeto.

II

A principios del invierno pasado, tuvo ese sabio entusiasta una de las más intensas alegrías de su vida profesional. Se le encargó, como perito, de examinar a un criminal cuyo nombre tuvo alguna boga hace cuatro años. Hoy, ya, ¿quién se acuerda de Guillermo Ribier y de aquel asesinato cometido en Grenoble, en la persona de un relojero, y donde el jurado, sin que pueda comprenderse por qué, encontró circunstancias atenuantes? Ribier, condenado a diez años de trabajos forzados, se volvió loco poco des-

pués de la condena. Recluído en un manicomio, salió de él casi curado para volver a la prisión. Desde entonces comenzó a escribir a los médicos, a los magistrados, a los ministros, al jefe del Estado, súplica tras súplica, aduciendo que había cometido el hecho por el cual sufría condena, en un momento de locura del que no se había dado cuenta hasta después de su gran crisis. El azar quiso que una de esas cartas, cayese en manos de uno de los miembros del Consejo, antiguo interno del hospital, que se interesó en su juventud por la psiquiatría. El tono de sinceridad del memorial le impresionó. Creyó reconocer un carácter de verisimilitud en los argumentos alegados por el suplicante, y habló de ello a su colega el ministro de Justicia, que fué del mismo parecer. El resultado había sido aquel peritaje confiado a Courrioles.

— He leído todo el proceso —dijo a Portehaut—. Tengo una gran curiosidad por ver a ese hombre. Los detalles que da sobre su estado mental antes del proceso son tan preciosos, que sólo un alienista podría inventarlos. Ahora bien: Ribier, antes de asesinar al relojero, trabajaba en la carpintería, y jamás hizo estudios de Medicina. ¿Cómo, pues, habría podido construir una fábula tan exacta, tan especiosa?... Sin embargo, hay una cosa que me intriga.

— ¿El retraso con que se ha planteado esta reclamación? —insinuó Portehaut, cuando calló el maestro.

— No —dijo Courrioles—. Es muy posible que una primera crisis de manía pase inadvertida para el que la experimenta, si no hace más que iniciarse. Pero hay demasiada coherencia en los síntomas presentados por Ribier. Esto huele a construcción —repitió la palabra— reflexiva y voluntaria. Me acuerdo de lo que me decía un anticuario a quien he asistido: «Lo que distingue el objeto falso del auténtico es

que, casi siempre, el objeto falso es demasiado perfecto...» Ya veremos...

Pronunciaba estas prudentes palabras, divisa de todos los investigadores, mientras se sentaba a la mesa en la estrecha sala de la enfermería del Palacio, y hojeaba el paquete de fichas en que estaban anotados los enfermos del día.

— ¿No hay nada urgente?—preguntó.

Y al contestarle Portehaut:

— Creo que no...

— Empecemos entonces por Ribier—continuó el profesor—. Tráigale, Habert.

El vigilante Habert era un antiguo soldado, un atleta de faz rojiza y alegre, alegre aun en tarea tan horrorosa, el cual se llevó a la frente el dorso de la mano, resabio que le había quedado del cuartel, y que Courrioles comentaba invariablemente con una expresión técnica dirigiéndose a su alumno: «Este-reotopía del saludo militar». Dos minutos después regresaba el vigilante, conduciendo a un joven de veinticinco años, con el uniforme gris de los correccionales, y a quien el doctor invitó, con un ademán, a sentarse en la silla situada al otro lado de la mesa, cosa que verificó naturalmente, pausadamente, lo mismo que había entrado. Miró al sabio, que a su vez le miraba a él. Aunque Guillermo Ribier fuese un hermoso hombre, con delicadas facciones, la carencia de expresión daba a su fisonomía un carácter siniestro. Los músculos del rostro estaban completamente inmóviles. La extremada agilidad de las pupilas grises, siempre moviéndose en el rostro negruzco, como esculpido en una materia insensible, madera, cera o piedra, daban la idea del acecho. Era el animal batido que despliega toda su energía para no perder una sola coyuntura de escapar o de atacar. Cuando el joven hablaba, la boca se agitaba con

un movimiento tan estudiado, que sólo hablaba con los labios, como si esa parte de la cara hubiese sido movida por un mecanismo absolutamente independiente. Las palabras salían un poco atropelladas, dichas entre dientes, sin entonación alguna, sin que la menor emoción las matizara. Aquella total impasibilidad no iba a desmentirse un segundo durante el interrogatorio comenzado con la fórmula ritual:

— ¿Se llama usted Guillermo Ribier?

— Sí, señor doctor.

— ¿Ha sido usted condenado por el asesinato del relojero Jacquín, en Grenoble, y recluso luego como loco?

— Sí, señor doctor.

— ¿Y pretende usted que en el momento de cometer el asesinato estaba ya loco, y que a causa de su estado no se ha podido defender en su proceso?

— Sí, señor doctor.

— ¿Puede usted decirme lo que sentía entonces?

— Sí, señor doctor. Primero debo decirle que mi madre fué siempre muy nerviosa. Quizá en ella esté la causa de que yo lo sea. Mi padre había muerto y yo dormía en el cuarto de mi madre. Una mañana, a eso de las seis, me despertó un grito y la vi, era en primavera, retorciéndose y gimiendo, los ojos abiertos y desorbitados, un brazo, el derecho, sobre el pecho, y el otro, el izquierdo, sacudido con movimientos convulsivos. Intenté hablarla para que despertase, pero no me oía. Después quedó inmóvil y con un ronquido. Cuando volvió a abrir los ojos, no me reconocía.

— ¿Era una crisis histérica o comicial?—preguntó el médico.

— No sé—respondió Ribier, pareciendo no comprender los términos científicos de que Courrioles se

había servido para designar ese fenómeno nocturno tan claramente descrito por el que decía ignorarlo—. Aquel ataque nervioso de mi madre me horrorizó de tal manera, que estuve enfermo. Ella murió mucho tiempo después, pero no de eso, sino del pecho. Desde entonces he sido siempre muy nervioso, muy impresionable. Seis meses antes del suceso de Grenoble, comencé a estar triste sin motivo. Estaba en casa de un buen patronó. Me portaba bien. Tuve dolores de cabeza. No comía. No dormía. Todo eso pasó. La semana que precedió al hecho, experimenté un sentimiento de bienestar extraordinario. A un camarada le decía que Grenoble era mío. Luego, un día me encontré víctima de una excitación que no pude dominar. Me movía incesantemente. Cambiaba de ideas, a pesar mío, con una rapidez que a mí mismo me asombraba. Me sentía atraído invenciblemente por cosas que antes me eran indiferentes, la bebida, por ejemplo. Esto no me gustaba. Era una necesidad a la que no podía resistir. Lo mismo que para las mujeres. Yo tenía una querida que casi no era más que una amiga. Comencé a experimentar por ella una pasión que no comprendo hoy. Por ella cometí el crimen. Quise regalarle un reloj con cadena por el que se encaprichó un día al pasar por la tienda de Jacquín. Jacquín no quiso darme la joya a crédito. Me cegué. Le golpeé sin darme cuenta. A partir de ese momento, hasta la salida del manicomio, todo es como un sueño para mí. Mi detención, mi encarcelamiento, el juicio, son imágenes que recuerdo como si las hubiera visto durmiendo. Hay algo entre mí y ellas. El manicomio, luego, es la noche cerrada. Y una mañana me encontré despertando con tanta lucidez como la que hoy tengo. El médico me ha dicho que me volví loco en la prisión y ha tenido que contarme mi propia historia. Yo me doy exacta cuenta

de que el acceso había comenzado antes. Por eso pido la revisión de la causa.

— ¿Cómo explica usted—interrogó Courrioles—, si todo eso pasó como dice, que haya usted violentado la caja de caudales del relojero y substraído lo que contenía, joyas y valores por una suma que los documentos encontrados en casa de Jacquín permiten evaluar en 60 ó 70.000 francos?

— También me han dicho eso—respondió Guillermo Ribier—, que había desaparecido una suma importante. Quizá hubiera podido cogerla yo en un momento de inconsciencia. Pero en aquel momento yo no estaba inconsciente. Hasta que llegué al hospital no lo he estado. Debería acordarme.

— ¿Supone usted, por tanto, que algún otro haya robado esa suma?

— Sí, señor doctor. Al leer los detalles de mi proceso notará usted que yo llegué a casa del desgraciado Jacquín a las cinco de la tarde. Eso está probado. Los vecinos no se extrañaron de ver la tienda abierta y sin luz, hasta las ocho de la noche. Entre las cinco y las ocho hay algún tiempo. Yo supongo que un transeunte entró. Vió el mostrador vacío. Era un ladrón y juzgó propicio el momento para dar un golpe, ya porque viera el cuerpo de Jacquín, ya porque no viera a nadie, lo cual también es posible porque yo le había llevado a la trastienda.

— Pero ¿y las llaves? ¿Cómo se procuró las llaves aquel ladrón si no las tomó del difunto?

— Pudo tomarlas del difunto—respondió Ribier—. También pudo encontrarlas en la caja. ¿Quién le dice que Jacquín, cuando salió de la trastienda al ruido del timbre para venir adonde yo estaba, no se hallara ocupado en guardar algún objeto en la caja de caudales? ¿Quién le dice, sencillamente, que no hubiera dejado su manojito de llaves en el bolsillo de la cha-

queta que se encontró colgada en la trastienda? A causa del calor estaba en mangas de camisa. Pero no es cosa mía explicar una coincidencia que no tiene nada que ver con la tesis que yo sostengo y que es la misma justicia. Señor doctor, usted opinará que a un enajenado no puede considerársele como responsable. Yo era un enfermo y no se sabía. La prueba de ello se hizo después de mi prisión. Yo pido que mi proceso se revise en virtud de ese nuevo hecho y que pueda defenderme ahora que he recobrado mis facultades.

Todo ese discurso había sido pronunciado con la misma voz apagada, sin entonaciones ni altibajos, que daba la idea de sílabas emitidas con metrónomo, y siempre con aquella inmovilidad de semblante que lo mismo podía reflejar el asombroso dominio de sí que la anormalidad del maniático.

Courrioles no estaba menos impasible.

— Resumamos todos los síntomas de que usted me ha hablado—dijo el médico—. Los ataques nerviosos de su madre, ¿tuvieron algún otro testigo?

— Mi padre—respondió Ribier—, pero nadie más. No sucedían más que por la noche.

— ¿No se remontaban a la infancia, por tanto?—preguntó el doctor.

— Ella me dijo siempre que no había tenido más que tres—contestó Ribier—, y el primero a los veintisiete años.

— ¿Luego sabía que los había tenido?—interrogó Courrioles.

No parecía nada aquella breve réplica, y era el duelo que comenzaba ante dos testigos, de los cuales, uno solo, Portehaut, podía comprender el detalle del encuentro. El vigilante Habert no sabía bastante patología para percibir el lazo tendido desde el primer momento por el psiquiatra al forzado. Lo que

distingue las crisis histéricas y epilépticas, diurnas o nocturnas, es que el enfermo sale de éstas sin guardar recuerdo alguno de lo que le ha pasado. Es raro que la histeria y la epilepsia se declaren de golpe después de los veinte años, muy raro que los accesos sean exclusivamente nocturnos. Sin embargo, eso es posible. En cambio, la inconsciencia es regla absoluta. Si a la pregunta sobre la memoria de su madre, Ribier contestaba afirmativamente, estaría confeso de simulación. Sería seguro que había inventado esas crisis para atribuirse una tara hereditaria.

— Mi padre se lo había dicho—respondió él—, porque ella no se acordaba de nada al despertar.

— ¿Y ella no tenía algún otro síntoma nervioso?—preguntó el médico después de un minuto de silencio.

Mientras el interlocutor preguntaba de ese modo, qué penetrante mirada le había echado! Era posible que un obrero hubiese adquirido nociones de tal precisión científica sobre las enfermedades del encéfalo? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? A esa segunda pregunta, más insidiosa aún que la primera, Ribier contestó de manera que revelaba, o bien que decía la verdad, o si no, que poseía un conocimiento especial de la patología nerviosa, porque comenzó a referir una serie de detalles que demostraban que su madre había estado realmente atacada del «mal sagrado».

— A veces sentía—dijo—necesidad de un sueño imperioso que le era preciso satisfacer dondequiera que fuese. Salía de él con dolores de cabeza terribles... Otras, sentía grandes temblores... Pero no es eso sólo. Me olvidaba decir que en ocasiones la ocurría conservar una actitud muy fatigosa indefinidamente, si no se llamaba su atención. Yo la he visto permanecer lo menos media hora con una garrafa

que levantó para servirse, teniéndola colgada de la mano. Quitando esto, era como todo el mundo.

Ante esa respuesta, el médico cambió rápidamente la dirección del interrogatorio. Dejó a la madre para pasar a la permanencia de Ribier en el manicomio. Sus preguntas se hicieron rápidas, breves, casi incoherentes al parecer. El otro respondía pausadamente, con cierta cachaza, que dejaba adivinar una voluntad en tensión. Lo cual podía ser también una sincera preocupación de defenderse, muy legítima en el hombre que él pretendía ser. Si efectivamente había estado loco, era muy natural que tratase de demostrarlo para recobrar la libertad. Cuando, por fin, después de una hora de examen, Courrioles dijo al vigilante: — He terminado; puede usted llevarle— la impasibilidad del forzado pareció desvanecerse.

— ¿No me hará usted padecer mucho tiempo, señor doctor?— dijo al retirarse—. Usted sabe que es muy duro estar encarcelado por un crimen del que no se es realmente responsable. Ya es bastante haberle cometido cuando no era uno dueño de sí.

III

— ¿Qué le parece?— preguntó Courrioles a Portehaut cuando se cerró la puerta, y el maestro y el alumno se encontraron solos.

— Me parece, querido maestro— respondió el estudiante—, que es el simulador más extraordinario que yo he visto.

— Va usted un poco de prisa— dijo Courrioles, moviendo la cabeza—. Ya ha visto usted que ha sido exacto, hasta clásico, en lo que nos ha dicho de las convulsiones de su madre. El no puede haber in-

ventado lo que nos ha referido sobre la tendencia que tenía a conservar las actitudes tomadas. Es la catatonía, diría Kahlbaum. Sería preciso suponer que ese mozo en su celda ha tenido entre las manos algún libro de vulgarización sobre enfermedades nerviosas y que ha trabajado en él como un aspirante al internado. Es posible, pero inverosímil. ¿Y el cuadro de su propia enfermedad, aquel período de invasión señalado por vagos sufrimientos con todos los signos somáticos de rigor: cefalalgia, insomnio, inapetencia? Luego aquel bienestar, aquella agitación tan característica, y todo lo demás, hasta aquella brusca cesación de fenómenos al despertar una mañana... Si yo hiciera el loco, no trataría de simular más síntomas que esos. Pero hay que repetir, Guillermo Ribier no es un alienista... Por otra parte— añadió el sabio después de un silencio—, hoy sólo le he tanteado... Mañana le plantearé una cuestión respecto a la cual ningún libro puede prepararle. Ya la conoce usted. Se trata de mi ley inédita: la de la hiperestesia disociada.

Esa ley que el psiquiatra reivindicaba para sí con ese orgullo ingenuo, la conocía Portehaut, pues había visto a su maestro buscarla y descubrirla recientemente. A Courrioles le había extrañado notar, en los enfermos conducidos a sus dos clínicas, un contraste singular: el de su insensibilidad general con el exceso de su sensibilidad particular. Un maniático vaga medio desnudo por las calles en un tiempo frigidísimo sin notar el frío. He aquí la insensibilidad general. Un ruido muy débil y que no llega a nosotros, lo percibirá él con una fineza de oído que revela, por el contrario, una extraordinaria sobreexcitación del órgano. He aquí el exceso de sensibilidad particular. Eso era lo que el médico en su lenguaje técnico, casi incomprensible, llamaba hiperestesia disociada.

que levantó para servirse, teniéndola colgada de la mano. Quitando esto, era como todo el mundo.

Ante esa respuesta, el médico cambió rápidamente la dirección del interrogatorio. Dejó a la madre para pasar a la permanencia de Ribier en el manicomio. Sus preguntas se hicieron rápidas, breves, casi incoherentes al parecer. El otro respondía pausadamente, con cierta cachaza, que dejaba adivinar una voluntad en tensión. Lo cual podía ser también una sincera preocupación de defenderse, muy legítima en el hombre que él pretendía ser. Si efectivamente había estado loco, era muy natural que tratase de demostrarlo para recobrar la libertad. Cuando, por fin, después de una hora de examen, Courrioles dijo al vigilante: — He terminado; puede usted llevarle— la impasibilidad del forzado pareció desvanecerse.

— ¿No me hará usted padecer mucho tiempo, señor doctor?— dijo al retirarse—. Usted sabe que es muy duro estar encarcelado por un crimen del que no se es realmente responsable. Ya es bastante haberle cometido cuando no era uno dueño de sí.

III

— ¿Qué le parece?— preguntó Courrioles a Portehaut cuando se cerró la puerta, y el maestro y el alumno se encontraron solos.

— Me parece, querido maestro— respondió el estudiante—, que es el simulador más extraordinario que yo he visto.

— Va usted un poco de prisa— dijo Courrioles, moviendo la cabeza—. Ya ha visto usted que ha sido exacto, hasta clásico, en lo que nos ha dicho de las convulsiones de su madre. El no puede haber in-

ventado lo que nos ha referido sobre la tendencia que tenía a conservar las actitudes tomadas. Es la catatonía, diría Kahlbaum. Sería preciso suponer que ese mozo en su celda ha tenido entre las manos algún libro de vulgarización sobre enfermedades nerviosas y que ha trabajado en él como un aspirante al internado. Es posible, pero inverosímil. ¿Y el cuadro de su propia enfermedad, aquel período de invasión señalado por vagos sufrimientos con todos los signos somáticos de rigor: cefalalgia, insomnio, inapetencia? Luego aquel bienestar, aquella agitación tan característica, y todo lo demás, hasta aquella brusca cesación de fenómenos al despertar una mañana... Si yo hiciera el loco, no trataría de simular más síntomas que esos. Pero hay que repetir, Guillermo Ribier no es un alienista... Por otra parte— añadió el sabio después de un silencio—, hoy sólo le he tanteado... Mañana le plantearé una cuestión respecto a la cual ningún libro puede prepararle. Ya la conoce usted. Se trata de mi ley inédita: la de la hiperestesia disociada.

Esa ley que el psiquiatra reivindicaba para sí con ese orgullo ingenuo, la conocía Portehaut, pues había visto a su maestro buscarla y descubrirla recientemente. A Courrioles le había extrañado notar, en los enfermos conducidos a sus dos clínicas, un contraste singular: el de su insensibilidad general con el exceso de su sensibilidad particular. Un maniático vaga medio desnudo por las calles en un tiempo frigidísimo sin notar el frío. He aquí la insensibilidad general. Un ruido muy débil y que no llega a nosotros, lo percibirá él con una fineza de oído que revela, por el contrario, una extraordinaria sobreexcitación del órgano. He aquí el exceso de sensibilidad particular. Eso era lo que el médico en su lenguaje técnico, casi incomprensible, llamaba hiperestesia disociada.

— Sí—continuó—, si Ribier ha estudiado los síntomas de la manía en los libros, no habrá encontrado éste, porque aun no he publicado mi memoria sobre ellos. Tiene, pues, la idea clásica de que los locos no sienten nada. Ya puede usted comprender. Si es un simulador, nos dirá que todos sus sentidos estaban igualmente embotados. Esto no será más que un detalle, pero indiscutible, y será nuestro... ¿No es más que un simulador?... Bueno. Ahí está Croulebois. Tarde llega usted, amigo mío. Usted mismo se ha castigado. Ya le referirá Portehaut lo que se ha perdido... ¡Oh! La señora Susana nos trae un sujeto interesante.

Efectivamente, la señora Susana, el femenino ayudante de Habert, una mujerona bigotuda, entraba al mismo tiempo que Croulebois. El estudiante retrasado se sentó, disculpándose, al otro lado del maestro. La enfermera llevaba, casi sosteniéndole en los brazos, un pingajo humano, una mujer de ochenta años, temblorosa la cabeza, los ojos de loca, y a quien los agentes habían recogido en la calle sin saber su domicilio ni su nombre.

Fijense en lo que les he dicho tantas veces—habló Courrioles cuando la desgraciada se sentó en la silla que momentos antes ocupó Ribier—, de qué manera las viejas conservan en todas las facciones, en la mirada recelosa, en la boca hundida, un algo de maldad que los viejos no tienen. ¡Al fin confiesan!—añadió riendo—: *¡Et nunc erudimini, jóvenes!*

— ¿Está enamorado Croulebois?—preguntó el psiquiatra dos horas después a Portehaut, al salir con él del Palacio de Justicia. Era costumbre que los dos Wagner de ese Fausto de distinta especie acompañasen a su maestro hasta su domicilio. — Sí—agregó—, antes llegó tarde. Ahora nos deja. Hace

varios días que vengo notando que no está en lo suyo. Y cuando he hablado de la maldad de las mujeres, a propósito de la vieja loca, ¿no se ha fijado usted? Ha hecho un gesto... así. —El minucioso observador hizo con los párpados idéntico movimiento al que había sorprendido en su discípulo, demostrando hasta qué punto había llegado su facultad de atención con el ejercicio cotidiano.

— Yo no se lo hubiera dicho, doctor—respondió Portehaut—. Pero es verdad. Tiene una querida, una mujer del barrio. Se llama Julieta. Es soberanamente hermosa y le está haciendo sufrir enormemente.

— ¡Psicosis sexual electiva!—añadió Courrioles encogiéndose de hombros—. Eso es el amor. Ya intentaremos sacarle de ahí. Ha hecho usted bien en decírmelo. Vamos a empezar por hacerle trabajar. Vaya a buscarle en seguida y dígame que está usted ocupado esta tarde y mañana por la mañana, y que no puede usted atender a Ribier. Detállele nuestra sesión de hoy, y ruéguele de mi parte que observe a ese hombre esta tarde y mañana por la mañana. Repítale que cuento con él. Yo le conozco. Obedecerá.

IV

Bajo sus rudas apariencias, el misógino Courrioles ocultaba esa sensibilidad delicada y profunda de tantos hombres de ciencia. Por interesado que estuviese ante el caso de Guillermo Ribier, la confidencia del sincero Portehaut sobre su camarada Croulebois le preocupaba más todavía puesto que sus primeras palabras, al llegar al día siguiente a la enfermería del Palacio, fueron para su interno.

— El señor Croulebois ha venido y se volvió a marchar—le contestó Habert.

— ¿Se ha marchado?—preguntó Courrioles.

— Sí, señor profesor, y ha dejado esta nota.

El psiquiatra tomó la hoja de papel en la cual el estudiante había escrito su observación de la mañana concerniente a Guillermo Ribier. Esa observación estaba extendida en una decena de líneas: «He visitado a Ribier ayer tarde—decía—. Le encontré muy tranquilo. Hemos hablado de su asunto. Sigue sosteniendo que es víctima de un verdadero error judicial. Su sinceridad me parece evidente. He vuelto a verle esta mañana. Le he notado una superactividad de la asociación automática de las representaciones mentales. La terminación de una palabra le conduce a pronunciar inmediatamente otra de terminación análoga. Concluye frases enteras por asonancias o rimas. (¿Manía remitente o intermitente?) La segunda hipótesis concordará bien con la teoría de Doutrebente, que relaciona las manías intermitentes con el mal sagrado. La herencia materna lo explicaría.» Y Croulebois había firmado de un modo que pareció sin duda extraño a Courrioles, porque permaneció largo tiempo examinando los signos de aquella escritura, con una expresión tan concentrada y severa a la vez en el rostro, que el jovial Habert dijo en voz baja al constante Portehaut:

— Que se ande con cuidado el señor Croulebois cuando vuelva. Yo conozco al doctor. Está encolerizado.

— Déjelo—respondió Portehaut, bajando la voz él también—. Yo le hablaré. ¡Es tan buena persona!...

El estudiante alardeaba. No se atrevió a hablar al maestro. ¡Hasta tal punto se había ensombrecido su fisonomía! Era aquél un muchacho de veinticuatro años, con cara sonrosada y blanca que encuadra-

ban los cabellos rubios ondulados. Ese aspecto infantil de niño de coro contrastaba casi cómicamente con la clase de trabajos a que se había consagrado. Era el discípulo sumiso, atento, dócil, mientras que Croulebois, el ausente, tenía el rostro atormentado, como verduoso de bilis, muy en armonía con el siniestro decorado del singular laboratorio que dirigía el severo Courrioles. Era el alumno preferido del maestro, lo cual basta para explicar el mal humor de éste y del que Portehaut fué en seguida la víctima expiatoria.

— Que entre Guillermo Ribier.

Esas primeras palabras fueron seguidas de estas otras:

— ¿No dió usted bien mi encargo a Croulebois?...

— Sí señor—balbuceó Portehaut. Luego, enrojecido por la denuncia que iba a hacer en interés de su compañero, añadió: —Julieta ha venido a buscarle... y por eso...

— ¡Y por eso le excusa usted? No le defienda. Es preferible que me enseñe su trabajo.

Apenas tuvo tiempo de leer por encima el resultado del interrogatorio de la víspera, cuando Ribier era introducido de nuevo en la estancia por el vigilante Habert. El asesino tenía el mismo rostro impasible, en el cual continuaban los ojos moviéndose tan extrañamente como los de un animal de presa. Lo mismo que el día anterior, a flor de labio, respondió a la pregunta del perito:

— ¡Ya veo, Ribier, que ha pasado usted una noche excelente!

— ¿Excelente? En fin, he dormido, pero no lo suficiente.

— ¿No lo suficiente?—preguntó Courrioles, haciendo el mismo eco a la rima: *excelente, suficiente*—. Pero usted ve que nadie le quiere mal, puesto que se

me ha encargado que le examine. Nosotros no queremos más que la justicia y la verdad.

— No tengo confianza, señor doctor. Se me ha tratado con mucha severidad.

— ¿Ha leído usted la nota de Croulebois?— preguntó en alemán Courrioles a su interno. (Los dos hablaban corrientemente esa lengua.) Y al contestar negativamente Portehaut: — Léala— dijo el maestro señalando con el dedo a su alumno la frase sobre la superactividad de la asociación automática.

Ribier acababa de justificarla contestando nuevamente con una consonancia, verdad y severidad, a la segunda pregunta que se le había dirigido. Durante este interrogatorio, que no duró menos de otra hora, no cesó éste, con una flexibilidad de lenguaje verdaderamente notable, de repetir en eco, por la terminación de sus respuestas, el final de cada pregunta. Portehaut se asombró de ver que tales preguntas se mantenían, contra la costumbre del profesor, en el mismo círculo que el día precedente. Parecía que Courrioles quisiese hacer pasar a su interlocutor de la víspera exactamente por los mismos caminos. El plan del perito era muy sencillo. Pero en esa misma sencillez estaba su profundidad, que el estudiante aun no comprendía. Por último, al final de este interrogatorio, el lazo tendido comenzaba a entreverse.

— El día que sucedió lo que usted llama su accidente, ¿hacía mucho calor?— preguntó Courrioles.

El asesino se sirvió de esta expresión:

— No sé, señor doctor— respondió—. Durante mi crisis yo no he sentido nunca ni frío ni calor.

— ¿Quiere usted decir— interrogó Courrioles— que tenía usted los sentidos como embotados; es decir, así como si algo en usted hubiese dormido?

— Exactamente— respondió Ribier—, como si algo se hubiese dormido.

— Es claro que usted no veía bien— continuó el doctor con el mismo tono, el tono del que abunda en el parecer de otro—. Tampoco oía usted distintamente.

— Al contrario, señor doctor— respondió el asesino, que pareció reconcentrarse para evocar sus recuerdos, y otra vez, con una asonancia que rimaba con las preguntas del investigador—. Jamás mi oído fué más agudo, ni mis ojos tan clarividentes.

— Está bien— dijo Courrioles después de un silencio.

Hizo una señal a Habert para que se llevara al prisionero, que se levantó un poco asombrado de aquella repentina interrupción del interrogatorio. Pareció querer decir algo. Luego, retractándose, dijo únicamente:

— Buenas tardes, señores médicos.

— Tenía usted razón, mi querido maestro. No es un simulador— dijo Portehaut cuando la puerta se cerró—. Por otra parte, esa especie de «ecolalia» (1), esa rima al final de las frases... Yo no había notado eso ayer. Además, él no puede conocer la ley de usted sobre la hiperestesia disociada... Y él tenía esa hiperestesia junta con una anestesia general. Evidentemente es un maniático cíclico.

— Eso es lo que dice Croulebois... ¿Sabe usted dónde estará en este momento?

— Me temo, señor, que en casa de su querida— dijo Portehaut.

— Pues bien— respondió Courrioles—, coja usted un coche y tráigamele en seguida. Si no quiere venir, dígame sencillamente que su observación ha decidido mi diagnóstico y que le necesito para ordenar mi exposición, que debe ser remitida mañana por la ma-

(1) Palabra técnica, que significa palabra de eco.

ñana. Que vaya a mi casa, adonde yo me voy, para redactarla. Con un coche no tardará usted mucho. Antes de media hora estará de vuelta. ¿Dónde vive esa mujer?

— En la calle Monge.

— Muy bien. Después acabará usted la visita de los enfermos. No hay más que cuatro hoy. Vaya y vuelva pronto.

.....
Cuando media hora más tarde, en efecto, Croulebois, advertido por Portehaut, entró en el estudio del muelle de la Megisserie, adonde Courrioles había regresado, según dijo, encontró fijos en él, inmediatamente, los ojos del célebre maestro. Eran tan perspicaces sus pupilas, que el joven sintió que se le paralizaba el corazón. Courrioles le invitó a que se sentase y, siempre escrutándole con su terrible mirada, le dijo:

— Croulebois, usted tiene una querida que le ha amenazado con abandonarle. Usted ha querido procurarse dinero para ella a toda costa. Usted ha sabido que Ribier, el asesino a quien yo he examinado ayer y hoy, había robado cerca de setenta mil francos al relojero Jacquín y que no se han encontrado. Usted ha sabido por Portehaut la cuestión que yo le iba a plantear para descubrir su simulación. Usted ha entrado en relación con ese hombre, aprovechándose de mi encargo, y le ha ofrecido ayudarle a libertarse si quería cederle una parte del tesoro oculto. El aceptó. Usted le ha dicho lo que yo iba a preguntarle y lo que él había de responder. Usted le

enseñó luego otro síntoma de manía desconocido para él, ese eco al final de las frases. Pero usted no está hecho para el crimen, mi querido Croulebois. Usted no ha podido soportar su presencia durante el interrogatorio al bandido, del que se ha hecho cómplice. Usted me ha escrito, sin acordarse de que hace treinta años que me ocupo en leer en los escritos el movimiento de la mano del que escribe. La suya ha temblado al trazar aquellos caracteres. Su agitación interior ha pasado por los dedos. Usted no ha reflexionado, no, que yo empezaría a plantear a Ribier las mismas cuestiones que ayer, y no le encargó que variase un poco las respuestas. Ese automatismo le ha traicionado... ¿Tengo razón, Croulebois? Conteste — y la voz se hizo tan imperiosa como la mirada —. Conteste. Aun es tiempo de confesar y de arrepentirse.

— ¡Señor! — dijo el estudiante, cuyo rostro se iba descomponiendo a medida que el otro hablaba. Luego, sollozando —: Es verdad. He perdido la cabeza. Soy un miserable. No me queda más que arrojarme al agua al salir de aquí.

— No — respondió Courrioles, con voz en que temblaba ahora la piedad —, sino arrepentirse y probármelo dejando a esa mujer en seguida. Esa es la condición de mi silencio — continuó —. Voy a llevarle a la estación del Este hoy mismo por la tarde y a mandarle a Munich con una carta para el profesor Kroepelin. Le adelantaré a usted diez mil francos, que le bastarán para una estancia de diez meses allá. Usted sabe tanto alemán como Portehaut y puede seguir aquella clínica, de la que me mandará un resumen diario. ¿Me lo promete?

— Es usted muy bueno, señor — agregó el joven, siempre sollozando —. Se lo prometo. Haré lo que usted quiera.

Con gesto de apasionada gratitud y de remordimiento quiso coger la mano del sabio, que le rechazó como si no quisiera dejarse embargar por la emoción y que le dijo:

— Ayúdeme usted antes a esclarecer un punto que queda oscuro y que tengo que dilucidar en mi informe. ¿Cómo y dónde ese Ribier ha aprendido la medicina suficiente para fingir así la locura?

— Encontró en la cárcel un doctor, condenado por aborto, que le ha trazado su papel.

— ¿Sabe usted su nombre? — preguntó Courrioles.

Y, al decirle que no el estudiante, concluyó él:

— Es preciso que yo lo sepa y que vea a ese hombre. Debe ser extraordinario para haber adiestrado tal alumno. Sí, extraordinario... Por otra parte, ¡qué hermosas observaciones ha debido recoger en ese ambiente!

1907.

LA PALABRA DADA

I

Algunos rincones de la naturaleza, de una belleza tan deliciosa como humana, tan delicada como suave, parecen haber sido hechos exprofeso para recoger los grandes dolores y envolverlos en una atmósfera de calma. A mí, ninguno quizá me ha dado esa impresión de asilo consolador tan intensamente como aquella parte del lago de Thoune donde se encuentra la antigua ciudad de este nombre. ¡Cuántas veces, sentado a orillas del Aar, que sale del lago con tan fiero ímpetu, he sentido emanar de aquel paisaje un espíritu de reposo! En lo alto, sobre los contrafuertes de hondos precipicios de los primeros Alpes Berneses, el Jungfrau y el Blunlialp levantan sus picos nevados eternamente. A su pie, el río, que ha tomado de los glaciares los azulados reflejos de su rápida corriente, corre entre enormes troncos de árboles seculares, nogales añosos, plateados fresnos, embalsamados tilos, cuyas colosales ramas, arqueadas por la carga de sus hojas, se inclinan hacia el agua murmurante. Un puente de madera limita el

Con gesto de apasionada gratitud y de remordimiento quiso coger la mano del sabio, que le rechazó como si no quisiera dejarse embargar por la emoción y que le dijo:

— Ayúdeme usted antes a esclarecer un punto que queda oscuro y que tengo que dilucidar en mi informe. ¿Cómo y dónde ese Ribier ha aprendido la medicina suficiente para fingir así la locura?

— Encontró en la cárcel un doctor, condenado por aborto, que le ha trazado su papel.

— ¿Sabe usted su nombre? — preguntó Courrioles.

Y, al decirle que no el estudiante, concluyó él:

— Es preciso que yo lo sepa y que vea a ese hombre. Debe ser extraordinario para haber adiestrado tal alumno. Sí, extraordinario... Por otra parte, ¡qué hermosas observaciones ha debido recoger en ese ambiente!

1907.

LA PALABRA DADA

I

Algunos rincones de la naturaleza, de una belleza tan deliciosa como humana, tan delicada como suave, parecen haber sido hechos exprofeso para recoger los grandes dolores y envolverlos en una atmósfera de calma. A mí, ninguno quizá me ha dado esa impresión de asilo consolador tan intensamente como aquella parte del lago de Thoune donde se encuentra la antigua ciudad de este nombre. ¡Cuántas veces, sentado a orillas del Aar, que sale del lago con tan fiero ímpetu, he sentido emanar de aquel paisaje un espíritu de reposo! En lo alto, sobre los contrafuertes de hondos precipicios de los primeros Alpes Berneses, el Jungfrau y el Blunlialp levantan sus picos nevados eternamente. A su pie, el río, que ha tomado de los glaciares los azulados reflejos de su rápida corriente, corre entre enormes troncos de árboles seculares, nogales añosos, plateados fresnos, embalsamados tilos, cuyas colosales ramas, arqueadas por la carga de sus hojas, se inclinan hacia el agua murmurante. Un puente de madera limita el

horizonte de la cañada que domina el hermoso castillo de Thoune. Los cónicos tejados de sus cuatro esbeltas torrecillas están revestidos de morenas tejas, cuyo matiz armoniza con el color de los travesaños de aquel puente cubierto. Un campanario vecino, el de la iglesia de Scherzigen, unge de piedad la orilla verdegueante, en la que se destacan algunas islas. En una de ellas se ve una casa baja. Los cristales de su balcón rozan casi un inmenso cañaveral, por donde se deslizan unos cisnes. Allí vivió el poeta alemán Henri de Kleist, encantado, sin duda, por los paisajes, a la vez de recogimiento y grandiosidad, de las cercanías del Oberland. El viajero que atraviesa aquella comarca para ir a Interlaken, no puede sustraerse a su prestigio. Por poco que haya seguido a lo largo del Aar el divino paseo dei Boechimatt, seguramente ha soñado, si es joven, con ir a esconder allí su felicidad y a enterrar sus penas; si pasó ya la edad de las dulces y de las tristes ilusiones, habra experimentado, entre aquellos arboles venerables, ante aquella corriente fugaz y rapida como la vida, esa nostalgia de la meditacion en la vispera de la gran partida que nuestros padres expresaban con esta sabia palabra: el Retiro. En el colegio aprendíamos los célebres versos:

Tircis, es necesario pensar en retirarse...

Entonces nos parecían ingenuos. Hoy el cansancio de la vida nos ha revelado su profundidad y en horizontes como aquél acuden a nosotros. Al contemplarlos, concebimos la melancólica voluptuosidad de acabar, de la suprema renunciación a nosotros, de sentir nuestro ser disolverse en la serenidad de las cosas, entre esas laderas erizadas, esas aguas tranquilas o bulliciosas, ese pueblo gris y obscuro, donde los muertos de hace quinientos años reconocerían

todavía, si pudiesen levantarse de sus tumbas, las terrazas de su Schlossberg, las de su calle principal, y alla lejos, tocando al cielo, la línea de sus glaciares teñidos de rosa por el sol poniente.

Aquella suavidad confortadora, aquel reposo adormecedor para una herida demasiado sangrienta, era lo que habia ido buscando el invierno anterior, a orillas del lago Thoune, una de nuestras compatriotas, cuyo nombre gozó durante algunas semanas de la triste celebridad del infortunio, que también como las otras se desvanece. Pocos recordarán ya, al leer el nombre de la señora De Bessay, el espantoso drama que la dejó viuda y que se enlaza con los primeros incidentes de la revolución rusa. El comandante De Bessay acababa de retirarse del ejército hacía dos años. Se encontraba en Moscú por una rara casualidad; una herencia considerable que tenía que recoger. Su bisabuelo se habia casado en el destierro con una princesa Werekiew, y como los Bessay no habían dejado nunca de relacionarse con sus parientes de las orillas del Neva, uno de éstos, solterón sin hijos, habia dejado en testamento su fortuna al oficial francés. El comandante habia creído más conveniente arreglar en seguida aquella sucesión, un poco complicada. Estaba en Moscú hacia seis días y comía en el club. Su mesa estaba contigua a la del conde Sergio Komow, el hombre de estado más impopular en aquel entonces, uno de esos mártires de la autoridad a quienes la ingratitude del pueblo que han intentado salvar no concederá nunca los honores que su estulticia prodiga a los impostores o a los insensatos que le pierden. Una bomba arrojada por un asesino, que no pudo encontrarse, estalló en aquel tranquilo salón del Circulo y mato a Komow y a seis comensales mas, entre ellos Bessay. Una circunstancia, particularmente siniestra, habia aumentado para la viuda el

horror de la catástrofe. En aquel momento visitaba ella con su hijo único a unos primos, franceses también, en el Borbonesado. Había sabido la terrible noticia por un periódico comprado en un puesto de una estación. La sacudida fué tan violenta que, después de diez y ocho meses, padecía aún de fenómenos nerviosos, tan intensos, que habían resistido a todos los tratamientos. Por consejo de una amiga, y también impulsada por la inquietud natural en los enfermos de esa clase, había ido a consultar con uno de los más célebres neurólogos de Europa, el profesor D..., en Berna. El médico le había prescrito una cura de cierta soledad y de campo. Por eso, habiendo visitado Thoune, decidió establecerse allí durante algunos meses. Había encontrado libre una casa que llenaba las condiciones requeridas y cuyo pintoresco aspecto la sedujo desde el primer instante, quedándose en ella con su hijo. Pocas semanas bastaron para que la influencia emanada de aquella naturaleza tranquila y agreste comenzase a calmar un poco su organismo devorado por los sufrimientos, estragado por los insomnios y las pesadillas, y en el que la obsesión producía el desastroso efecto de un verdadero envenenamiento.

Aquella mansión, situada en la estrecha península que separa el fondo del lago y la salida del Aar, se llamaba, y se llama, el castillo Stockhorn, a causa de los Alpes de este nombre que la dominan. La casa fué construída a mediados del pasado siglo, para servir de morada de recreo a una familia de Lausana, venida a menos, y que optó por alquilarla después de haberla tenido desocupada mucho tiempo. Ese relativo abandono permitió un notable y libre crecimiento de todos los vegetales plantados en el vasto parque, hasta el punto de que el edificio, ya revestido de hiedra, desaparecía completamente detrás de

la cortina de árboles enormes. Una lindera de sencillas flores, de malva loca, girasoles y dalias, era el único lujo de jardinería que cuidaba el guardián. Esas plantas alegraban con sus vivos colores el muro que bordea el río. Sus magníficos ramos atraían las miradas de los pasajeros del vapor que hace el servicio entre Thoune, Oberhofen, Spiez y Saint-Beatenberg. Aquel verano, los que conocían la trágica aventura de la señora De Bessay, trataban inútilmente de penetrar con los ojos la barrera de opulenta fronda tras de la cual el castillo esconde su armazón, a la que tanta elegancia dan los agudos tejados de pizarra. Ese detalle indica la abundancia de las nieves, que desde noviembre se amontonan en esa frontera del Oberland. Además, aunque los gigantescos ramares hubieran dado paso a la curiosidad de los turistas, ¿qué hubieran visto éstos? Senderos borrosos entre maleza o sobre el césped, y a ciertas horas del día el lento caminar, sobre aquel suelo herboso, de una señora de cuarenta y cinco años, enlutada y acompañada por un criado o por un joven. Ese era un punto en que todos los médicos coincidieron: nunca debía estar sola. Hay en tales prescripciones la revelación de un diagnóstico demasiado amenazador para que su gravedad escape aún a los más indiferentes. Con mayor razón, la solicitud de un hijo no podría engañarse. Aquella casa tranquila y aquel parque silencioso ocultaban un drama moral, tan patético en su monótona duración como lo había sido en su fulminante rapidez el que costó la vida al oficial: la angustia de un muchacho de diez y siete años, maduro antes de su edad por el dolor y la responsabilidad, escrutando los menores movimientos, las menores miradas, las menores impresiones de una madre de quien se ha constituido enfermero y que sabe que en cualquier momento puede surgir una

idea funesta en aquel cerebro, aun convaleciente; producirse una desgracia más irreparable que la otra.

Pero no bastan los hechos para que una crisis sentimental de ese género estalle en un alma joven; es preciso cierta índole de corazón. Desde pequeño, Francisco De Bessay había sido uno de esos niños aplicados en quienes la aplicación en los estudios, el orden en las costumbres, la limpieza en los vestidos y la mesura en los juegos, revelan una disciplina innata, a la par que esa necesidad de armonía con el medio, el más seguro indicio de una sensibilidad profunda. En la adolescencia, la rebelión, es decir, el desacuerdo entre nosotros y el ambiente, denota, nueve veces de diez, el íntimo egoísmo, el orgullo dominador, todas las probabilidades para el porvenir de sequedad y dureza. El niño concienzudo hasta la exageración que no discute a los suyos, es casi siempre sensible y será un hombre cariñoso. Francisco había idolatrado a sus padres, que, por su parte, habían evitado al hijo único la cruel prueba de la educación colectiva. Su único horizonte había sido la familia. La tragedia de Moscú había tenido, pues, en él una resonancia no menor que en su madre. Sus nervios no fueron sacudidos con menos violencia, y el resultado no había sido tampoco menos morboso. El estado de salud de la señora De Bessay había llegado a ser para el hijo, como la muerte del comandante para la viuda, una obsesión que bordeaba la locura. Pero Francisco tenía, por su edad, energías vírgenes, y había podido hacerse en torno de esa angustia una vida lo bastante activa para encontrar en ella resistencia a la invasión de la idea fija. Espontáneamente había continuado sus estudios y terminado con éxito el bachillerato. Su estancia en Suiza no interrumpió su trabajo. Cuatro veces a la

semana iba a Berna en el tren que sale al mediodía, y vuelve a la caída de la tarde, a recibir las lecciones de un profesor de la Universidad. Aquella paciente preparación para los exámenes se confundía, en las ingenuidades de su fervor, con el culto a la madre. Había decidido estudiar medicina para no abandonarla nunca y curarla si enfermaba más. Tal era la ilusión que paseaba bajo los tilos olorosos del parque de Stockhorn aquel joven rubio, de ojos azules y claros como los de una doncella. Ya se veía en un hospital siguiendo los cursos de la Facultad, aprendiendo una ciencia que consagraría a la mujer envejecida prematuramente y a la que ya vigilaba con la mirada de un clínico. Los bateleros del Aar, que le conocían todos y que le saludaban a su paso cuando se dirigía rápidamente a la estación de Scherzligen, le llamaban en su dialecto suizo: «Der jung docteur» (el joven doctor). Nunca dijeron mejor. Mientras se dirigía al andén de la estación se iba preguntando:

— ¿Cómo la encontraré a la vuelta? Quizá no he debido dejarla. Estaba más pálida esta mañana... — O bien: — ¿No me engañaré? Va mejorando. Ha hablado casi alegremente. ¡Dios mío! ¡Si pudiera volver a lo que era antes de aquel horroroso día!...

Entonces surgía otra visión que le obligaba a entornar los párpados para desecharla: la de su padre, asesinado en condiciones tales, que la brutalidad del azar daba un carácter más cruel por su absurdo mismo. ¡El comandante De Bessay había hablado al conde Komow por primera vez, en aquel salón del club, un cuarto de hora antes de la comida! Y en el corazón del hijo se despertaba un odio tan violento, que durante sus viajes a Berna, cuando le ocurría hallarse frente a algún o algunos estudiantes rusos que abundan en aquella Universidad, tenía que cambiar de departamento. Con remordimiento se decía, pues

su encuentro precoz con tan trágica sorpresa del destino no había herido su fe religiosa:

— Aunque el Evangelio manda perdonar a los enemigos... yo, yo no lo podré hacer nunca...

II

Por el ligero relato de ese estado y de ese carácter, se comprenderá la impresión que debió producir a Francisco De Bessay la siguiente plática sostenida en alta voz, y por dos de sus compañeros de tren, una tarde que precisamente volvía de una de las clases de Berna:

— Será preciso, sin embargo, que Europa entera acabe por coaligarse contra estas gentes... — decía uno, burgués suizo honrado y pacífico, que ofrecía un periódico a su vecino, un hombre ancho del mismo tipo—. En cualquier parte que estén se creen en Rusia... ¡Otro atentado político más, cometido en un hotel de Murren! Un tiro disparado por un ruso. Y, como siempre, un error de persona... Si nosotros, usted y yo, nos pareciésemos, por desgracia, a un gran duque o a un general condenado a muerte por uno de sus comités, no podríamos ni aun tomar tranquilos nuestra taza de café en un lugar público... Le repito que debiera expulsárselos a todos.

— ¿Y cómo? — respondió el otro después de leer el artículo que su amigo le había indicado—. Tienen la habilidad de emplear procedimientos que burlan toda vigilancia. Si lo que dice este diario es verdad, ¡vaya usted a sorprender una nihilista en una joven de veinticinco años, inscrita en el hotel con nombre danés, de admirable conducta, que no habla

con nadie, paga su cuenta puntualmente y parece tan inofensiva como nosotros!

— Y entretanto — interrumpió el primero de los dos interlocutores — ese infortunado Steenackers muere, y esa pretendida señora Noetsved se escapa. Los veinticinco testigos de la escena no piensan más que en huír, y así ella tiene tiempo de desaparecer... Alguien hay que no dormirá tranquilo estas noches, y es el general Gorka cuando sepa que ha sido perseguido por semejante mujer... Ya habrá usted visto en las últimas noticias que el dueño del hotel ha recibido una carta de ella en la que pedía perdón por la molestia que iba a causarle, explicándole al mismo tiempo que Steenackers no era Steenackers, sino el general... ¡Y ese pobre Steenackers era, en rigor, un inocente rentista belga que pasaba en Murren una temporada como todos los años! ¡Con tal que mañana sepamos que ha sido detenida!...

— Yo he visto la carta — respondió el segundo burgués—. Es inaudito, inaudito... Además, envíe un billete de cincuenta francos para el resto de la cuenta y las propinas a los criados. ¡Ha tenido el atrevimiento de detenerse en algún sitio en su camino, de escribir esas líneas y de echarlas al correo!... ¡Asesinos con tales escrúpulos que se creen honrados! ¡Y lo son hasta el momento del disparo o de la bomba!... ¡Y ésta conserva cuatro balas de revólver, puesto que sólo tiró una! Es muy natural que no se haya intentado detenerla...

— ¡Hacen el favor de dejarme el periódico un momento, señores? — preguntó una voz tímida: la de Francisco.

Él, que de ordinario hacía sus viajes sin cambiar con nadie la palabra, no resistió al deseo de conocer detalladamente una tragedia tan parecida a la que costó la vida a su padre. El digno ciudadano suizo

miró un segundo al enlutado desconocido que le hablaba. Su rostro honrado revelaba una vacilación como si temiese encontrar un correligionario de la falsa señora Noetsved. El evidente candor que resplandecía en el semblante del huérfano dominó inmediatamente aquel recelo, y acercó el periódico solicitado con una frase amable:

— Puede guardarlo si quiere. Ya le he leído y pensaba dejarle en el tren. Ahí está la filiación de esa anarquista rusa. ¡Quién sabe si alguno, por haber leído esas líneas encontradas casualmente en un vagón, no la reconocerá!... Y si es así, yo confío en que ha de denunciarla... ¡Ojalá fuese yo!... Si los extranjeros no están seguros en Suiza, ¿dónde lo van a estar?...

Esta ingenua observación resumía la psicología de un país donde el turista es la industria nacional. El joven no era capaz de notar el egoísmo, a la vez tan legítimo y tan cómico, trastornado como estaba por una de las frases que habían precedido a aquélla: «... por haber leído esas líneas encontradas casualmente...»

Mientras leía el relato de aquel sangriento atentado, su pensamiento se trasladó repentinamente al salón donde sabía que su madre estaría a aquella hora tomando el te.

A menudo se la ocurría, después de ese refrigerio, salir al encuentro de su hijo cuando éste volvía de Berna, y si el tren llegaba con retraso, alargaba el paseo hasta la estación de Scherzligen. Si hoy hacía esto, podía oír a los viajeros hablar del crimen de Murren. Compraría quizás un periódico como hizo en la reducida estación de Borbonesado, donde se enteró de la muerte de su marido. Leería todo aquel relato y sufriría uno de esos contratiempos que los médicos, y especialmente el doctor ***, habían reco-

mendado tanto evitar, y se comprometería todo el progreso conseguido en las últimas semanas.

— Sí—pensaba el hijo prosiguiendo la lectura—, tiene razón ese hombre. Es preciso que Europa entera se coaligue contra esos monstruos que no conocen todo el alcance de sus crímenes. Si mamá recae a consecuencia de esta inesperada sacudida, será por obra de esa miserable. Razón tiene ese hombre para decir: ¡ojalá fuese yo!... Cada cual debiera erigirse en juez de semejantes hazañas. ¡Y qué bien estaba mamá esta mañana cuando salí! ¡Y cómo me regocijaba yo de ello y de que el tiempo estuviera tan hermoso!... Hice mal. Siempre es malo no temer los deseos. Mis libros lo dicen, y la vida lo prueba. Mi padre consideraba como una suerte aquella herencia de Werekiew... y le acarreó la muerte. Así es todo. Si lloviera, tendría seguridad de que mamá no saldría a la estación; pero con este cielo azul lo hará seguramente. Querrá saber detalles. Probablemente los sabrá ya...

Esas reflexiones, impropias algunas de su edad, como la prueba por qué atravesaba, le habían conducido a una certidumbre, porque ¿quién no ha amado con pasión a un ser débil, sin admitir como verdaderas las peores posibilidades tratándose de aquella persona tan querida? Para Francisco, desde el momento en que el empleado gritó el nombre de Scherzligen, la presencia de la señora De Bessay en el andén estaba tan fuera de duda como el resto de sus presentimientos. Aquella pesadilla se desvaneció al apearse del vagón y no ver la silueta de la viuda con el semblante ansioso, minado por la tristeza, bajo el velo de crespón. Sin embargo, el hijo no se tranquilizó hasta llegar a Stockhorn y hablar con el criado.

— ¿Ha estado mal mi madre, Pedro? —preguntó, y el corazón le latía como siempre, aceleradamente.

— La señora está en el salón escribiendo cartas — respondió Pedro —. No ha salido porque está fatigada de calor.

— ¿No ha recibido correo de Francia o de alguna otra parte?... ¿No?... ¡Mejor!... — continuó el joven—. Durante algunos días procurará usted que no haya en la casa ningún periódico, ¿oye?, ninguno...

Y comenzó a explicar en pocas palabras el motivo de aquella orden terminante. Pedro, que había sido ordenanza del comandante De Bessay antes de casarse con la camarera de la viuda, oía el relato del drama de Murren con verdadera consternación. Su grito de viejo servidor fué el eco del que había lanzado el burgués suizo en el tren de Berna.

— ¿No se decidirán a expulsar a esos criminales de todas partes? Si yo cogiese uno le colgaría, sin remordimiento, de este árbol corpulento... Esté usted tranquilo, señorito Francisco; yo se lo recomendaré a Luisa, y la señora no conocerá este nuevo crimen... Tiene usted razón: en su estado se trastornaría. Todo su duelo acudiría a ella... y no es necesario...

III

¿Muy tranquilo? ¡Ay! No debía el amante hijo permanecer mucho tiempo en esa seguridad que el fiel criado le prometía. El presentimiento que le hirió al enterarse del asesinato de Steenackers iba a realizarse muy pronto, y en condiciones terribles además. Verdaderamente, parece que en ciertos destinos se produce, y sin que podamos explicarnos por qué, un fenómeno análogo al que los jugadores designan con las palabras vulgares y misteriosas, pueriles y exac-

tas, de buena y mala suerte. Las más humildes, las más modestas personalidades se encuentran de pronto sufriendo como rachas de acontecimientos trágicos. Añadamos, para reducir a una proporción exacta esos enigmas tan desconcertantes de la existencia, que esas series negras no son de ordinario más que una consecuencia lógica del primero de esos acontecimientos. Sin el accidente de Moscú, Francisco no habría tenido que temer contratiempo alguno en su madre por el atentado de la pretendida señora Noetsved. Sobre todo, no habría tenido que pasar por la cruel crisis de conciencia y de sentimiento que se le preparaba sin saberlo. Persuadido de que la vigilancia de Pedro y de Luisa no dejaría pasar nada que revelase a su señora aquel crimen tan semejante al otro, había podido llegar donde su madre con alegre semblante, encontrándola a ella también con el humor de sus buenos días. Antes de cenar la había paseado, como de costumbre, por la ribera del Aar y del lago. Sentados en el tronco predilecto, habían contemplado juntos la púrpura y el oro de la tarde serena reflejados en las tenues nubecillas del cielo, en las agudas crestas de los glaciares, en el espejo tembloroso de las aguas. Al volver habían cenado frente a frente en el comedor del piso bajo, abandonándose al encanto apacible del lento crepúsculo: la madre, más alegre y más habladora que lo había estado en muchos meses; el hijo, observando con una alegría refrenada aún por el temor, la mirada más viva ya de aquellos ojos oscuros en los que tanto temiera ver el fulgor sombrío, y la desesperación en aquella frente, que encuadraban unos cabellos grises, del siniestro surco que tanto le preocupara; la sonrisa, en fin, que había vuelto a aquella boca crispada de amargura. Después de la comida se habían retirado a la biblioteca, que se encontraba también a

— La señora está en el salón escribiendo cartas — respondió Pedro —. No ha salido porque está fatigada de calor.

— ¿No ha recibido correo de Francia o de alguna otra parte?... ¿No?... ¡Mejor!... — continuó el joven—. Durante algunos días procurará usted que no haya en la casa ningún periódico, ¿oye?, ninguno...

Y comenzó a explicar en pocas palabras el motivo de aquella orden terminante. Pedro, que había sido ordenanza del comandante De Bessay antes de casarse con la camarera de la viuda, oía el relato del drama de Murren con verdadera consternación. Su grito de viejo servidor fué el eco del que había lanzado el burgués suizo en el tren de Berna.

— ¿No se decidirán a expulsar a esos criminales de todas partes? Si yo cogiese uno le colgaría, sin remordimiento, de este árbol corpulento... Esté usted tranquilo, señorito Francisco; yo se lo recomendaré a Luisa, y la señora no conocerá este nuevo crimen... Tiene usted razón: en su estado se trastornaría. Todo su duelo acudiría a ella... y no es necesario...

III

¿Muy tranquilo? ¡Ay! No debía el amante hijo permanecer mucho tiempo en esa seguridad que el fiel criado le prometía. El presentimiento que le hirió al enterarse del asesinato de Steenackers iba a realizarse muy pronto, y en condiciones terribles además. Verdaderamente, parece que en ciertos destinos se produce, y sin que podamos explicarnos por qué, un fenómeno análogo al que los jugadores designan con las palabras vulgares y misteriosas, pueriles y exac-

tas, de buena y mala suerte. Las más humildes, las más modestas personalidades se encuentran de pronto sufriendo como rachas de acontecimientos trágicos. Añadamos, para reducir a una proporción exacta esos enigmas tan desconcertantes de la existencia, que esas series negras no son de ordinario más que una consecuencia lógica del primero de esos acontecimientos. Sin el accidente de Moscú, Francisco no habría tenido que temer contratiempo alguno en su madre por el atentado de la pretendida señora Noetsved. Sobre todo, no habría tenido que pasar por la cruel crisis de conciencia y de sentimiento que se le preparaba sin saberlo. Persuadido de que la vigilancia de Pedro y de Luisa no dejaría pasar nada que revelase a su señora aquel crimen tan semejante al otro, había podido llegar donde su madre con alegre semblante, encontrándola a ella también con el humor de sus buenos días. Antes de cenar la había paseado, como de costumbre, por la ribera del Aar y del lago. Sentados en el tronco predilecto, habían contemplado juntos la púrpura y el oro de la tarde serena reflejados en las tenues nubecillas del cielo, en las agudas crestas de los glaciares, en el espejo tembloroso de las aguas. Al volver habían cenado frente a frente en el comedor del piso bajo, abandonándose al encanto apacible del lento crepúsculo: la madre, más alegre y más habladora que lo había estado en muchos meses; el hijo, observando con una alegría refrenada aún por el temor, la mirada más viva ya de aquellos ojos oscuros en los que tanto temiera ver el fulgor sombrío, y la desesperación en aquella frente, que encuadraban unos cabellos grises, del siniestro surco que tanto le preocupara; la sonrisa, en fin, que había vuelto a aquella boca crispada de amargura. Después de la comida se habían retirado a la biblioteca, que se encontraba también a

nivel del parque. La señora De Bessay, tendida en un diván, había cogido una labor cuyo punto continuaban automáticamente las agujas en la penumbra que precede a la obscuridad. Sólo en último extremo hacían llevar luces, porque gustaba melancólicamente de la tristeza de aquella hora. Francisco, sentado en la mesa, ordenaba sus apuntes de la tarde. Probablemente se encontraba bien seguro, y bien segura su madre, cuando un ligero incidente, casi instantáneamente seguido de otro, le oprimió de pronto el corazón con aquella angustia que Robinsón experimentó cuando percibió, impresas en la húmeda arena de la ribera, huellas de pasos humanos. Primero fué la aparición del criado en la ventana, que había ido allí indudablemente para llamar la atención de su amo esquivando la de su señora. Era la hora de la cena para él.

— Señorito—dijo a Francisco cuando éste salió de la habitación con pretexto de ir a buscar un libro olvidado en la suya—, el batelero Hartman ha venido desde Scherzligen a prevenirnos que la policía de Thoune va a visitar estos lugares para registrar las casas y los jardines... La mujer de Murren, la que mató al señor belga por error, está por aquí. Se la ha visto... Hartman sabe la enfermedad de la señora y lo impresionable que es. Por eso se ha creído en el deber de advertirnos para que no la sorprenda.

— Vaya a la puerta del parque en seguida—replicó el joven—. Tan pronto como se presenten los agentes, dígales sencillamente la verdad. También ellos deben saber que hay en la casa una mujer bastante enferma a quien los médicos han prohibido toda emoción. No tienen más que hacerme llamar y yo mismo les serviré de guía.

No hacía cinco minutos que se le había comunicado esta noticia amenazadora, y Francisco, ya vuelto

al lado de su madre, estaba combinando mentalmente el plan que seguiría para engañarla si la policía, desoyendo sus súplicas, penetraba brutalmente en el castillo, cuando de pronto sintió parársele el corazón. Le pareció que del fondo de uno de los paseos del parque, y en las sombras de la noche, alguien surgía recelosamente... Una forma de mujer se dibujaba avanzando despacio, deteniéndose, ocultándose... De repente, como cansada de retroceder ante lo inevitable, esa persona comenzó a andar deliberadamente, en dirección a la casa, amparada por los árboles. En este momento, la sangre de Francisco se le heló materialmente en las venas. Su madre, cuyo diván tenía afortunadamente el respaldo contra la ventana, se levantó.

—Empieza a ser completamente de noche—dijo—; voy a llamar para que traigan luz—. Que mirase detrás de ella, y vería también a la intrusa sobre cuya identidad el joven tenía ya algo más que una sospecha... Los policías seguían los pasos de la nihilista de Murren... Esta se hallaba en los contornos... Esa mujer no podía ser más que ella. ¡Dios mío! ¡Cómo conmovió al hijo el gesto de la señora De Bessay!... Otra propicia casualidad quiso que una vez que llamó, notase cierto desorden en uno de los anaqueles de la biblioteca.

— Este pobre Pedro no se acostumbrará jamás al orden—dijo ella—. Cuando desempolva los libros, no puede volver a ponerlos como estaban... Aquí hay una porción de ellos con los tejuelos invertidos... Pero ¿dónde vas, Francisco?

— Voy a pasear un poco por el jardín, mamá—contestó—, antes de que traigan la luz.

Aunque el tono de su voz estaba tan alterado que le sorprendió a él mismo, la madre no se fijó. No pocas veces había inquietado al hijo aquella limita-

ción del campo mental que hacía que la enferma se abstrayese enteramente y con ansia febril en los más nimios detalles. En el caso presente era una posibilidad más para el éxito del proyecto que la aparición de la criminal de Murren, si era ella, coincidiendo con la inminente llegada de la policía, acababa de hacer surgir en su espíritu en un momento de terror. Toda la cuestión estaba en que pudiese abordar a esa mujer sin que ella se delatase con algo que manifestase su presencia de un modo incontestable. Con esa rapidez y esa precisión casi sonámbula que toman nuestros pensamientos y nuestras acciones en esas crisis en que el menor error sería de incalculables consecuencias, Francisco había salido de la biblioteca por el balcón que daba al paseo mismo por donde avanzaba la sospechosa visitante. Estaba seguro, y pensaba acertadamente, que el primer instinto en ella sería el de ocultarse al ver a cualquiera de los moradores del castillo dirigiéndose hacia ella. Apenas había dado dos pasos cuando la silueta de la fugitiva se perdió entre los árboles. El continuó andando con un paso que tuvo fuerza para no acelerar. Si era, efectivamente, la señora Noetsved quien había matado al inocente Steenackers, con seguridad, la desconocida, iría armada y no menos cierto era que no vacilaría en disparar sobre quien quisiera detenerla. Por tanto, era cuestión para Francisco de medir sus movimientos como si no la hubiera visto. El aspecto de ella indicaba que había ido al parque en intención de dirigirse a los dueños de Stockhorn para pedirles, ¿qué? ¿un asilo? ¿un socorro? ¿Qué más daba! La imploración que iba a hacer en el umbral de la puerta la haría entonces, siempre que no tuviese miedo. El heroico joven se daba clara cuenta de lo que arriesgaba. Pero no en balde era el hijo de un soldado, y si el pulso latía más fuerte a

medida que se acercaba al sitio donde la mujer se escondiera, ésta no podía, en modo alguno, sospechar esa emoción. Ya estaban a cinco pasos uno de otro. Repentinamente se detuvo él. La mujer debió creer que acababa de verla y echó mano al bolsillo para buscar el revólver. ¿Qué hacer para que no disparase? Súbitamente Francisco recordó haber leído en unas memorias de viajes que en los Estados Unidos los ladrones gritan o los que asaltan: «¡Hands up!»... ¡Manos arriba!... y levantó las suyas con insistente ademán para demostrar que no tenía armas, y se atrevió a avanzar más diciendo: — ¡Señoral... ¡Señoral... Ya ve que nada tiene que temer de mí... ¡Pero no gritel... ¡No se mueval... ¡No salga de esta espesura!... ¡Que nada delate su presencia, o está usted perdido!... La policía la busca por todo este lugar. Quizá en este momento los agentes estén ya en el castillo... ¡Créamel ¡Le suplico que me creal... Yo estaba en una de las habitaciones bajas hace un instante, cuando usted apareció en esta avenida. La he observado algún tiempo y he comprendido que usted se ocultaba, y con lo que yo sabía de esta persecución de la policía y su filiación por los periódicos, he adivinado que usted es... que usted viene de Murren, donde se ha hecho llamar señora Noetsved. Ya ve que estoy enterado... No me diga nada. Yo le digo esto para demostrarla con qué intenciones vengo aquí. Yo sé lo que usted ha hecho. No tenía más que dejarla acercarse al castillo, y sería apresada. Si estoy aquí, es que tengo una razón para ayudarla a salvarse... Pero sígame. Es menester que me siga...

Ahora estaba junto a la Noetsved. Sus temores filiales no le habían engañado. Era el asesino del infortunado Steenackers a la que los azares de la fuga habían llevado hasta aquel rincón, uno de los más abruptos y solitarios de las cercanías del lago. Sólo

su silencio ante las palabras del joven constituía una confesión que, en otras circunstancias, le habría estremecido de horror; pero todas las energías de sentimiento estaban como aniquiladas ante la idea de que la detención podía practicarse en el parque, cerca de su madre, en el castillo quizá, si la anarquista rusa se escapaba por ese lado. Habría en él un combate si ésta se defendía: tiros, sangre derramada, muertos. La señora De Bessay oiría las detonaciones. Querría saber la causa. La sabría. Si Francisco había temblado por el efecto que produciría en aquella razón quebrantada la sola lectura de un periódico, más de temer sería una escena semejante realizada, probablemente, ante la misma enferma... ¡Ahl poco le importaba que esa mujer hubiese asesinado y que él mismo, al ayudarla, se convirtiese en su cómplice. A toda costa evitaría aquel nuevo dolor a su madre, y renovó la súplica juntando las manos esta vez.

— Sí, es necesario... Le doy mi palabra de honor de que haré todo lo que pueda para salvarla... ¡Mi palabra de honor—repitió—, créamel

— Le creo, señor—respondió la fugitiva—. Indíqueme el camino. Le sigo.

La claridad de la noche era suficiente para que los dos jóvenes pudiesen distinguir sus rasgos respectivos. La señora Noetsved había podido reconocer en la fisonomía, tan expresiva, de Francisco la sinceridad de una oferta absolutamente enigmática para ella; pero ¿cómo no aceptarla en el estado de postración en que se hallaba? Acababa de pasar treinta y seis horas corriendo como una bestia acosada, sin dormir, sin comer, entre Murren, de donde escapó de un modo casi milagroso, y aquel castillo aislado cerca del lago Thoune, que abordó diciéndose: «Voy a pedir un pedazo de pan. Si me lo niegan, me mataré». La energía de las supremas resoluciones estaba impresa

en aquel rostro de veinticinco años, cuya expresión tenía un carácter casi feroz. Era una cara algo moletuda con rasgos delicados. Sobre la macilenta palidez, como empañada, del semblante, se destacaban los ojos grises que lanzaban una mirada penetrante. La boca fina, entreabierta por el exceso de cansancio, como si el aire la faltase, descubría los dientes menudos, muy blancos y algo separados. El tono ceniciento de los cabellos y de las cejas acababan de darle, aún en el desorden del vestido, inevitable después de aquellos dos días en los bosques, aspecto de distinción. Desde luego, esa mujer era de una categoría social que hacía más horrible la audacia del crimen que había cometido con aquella misma mano enguantada con una piel desgarrada por haberse cogido a las zarzas y a los peñascos. Era de mediana estatura, delgada, de esa delgadez resistente en que existe toda la fuerza de un sistema nervioso intacto, como lo probaba la agilidad de su paso para seguir la marcha acelerada de Francisco, a pesar de su espantosa extenuación. Así caminaron algunos minutos, sin cambiar palabra, a lo largo de uno de los senderos del parque: él, espiando, con la cabeza alta, por si llegaba el aviso de Pedro advirtiéndole la presencia de la policía; ella, con la mano en la culata del revólver guardado en su bolsillo, para caso de sorpresa. La noche iba cerrando y el espesor de las sombras se añadía a la impresión siniestra de aquella marcha silenciosa. Llegaron a una especie de pabellón de madera, situado precisamente en el extremo que separa el río del lago. Aquel kiosco constaba de dos pisos, con una sola habitación cada uno. La del entresuelo tenía dos casillas destinadas a los baños; estaba obstruída por instrumentos de pesca y daba a un embarcadero, al cual estaba amarrado un barco. La habitación del primer piso estaba dispuesta de

modo que en los días de mucho calor pudiera pasarse allí la tarde y tomar el te. El pabellón cerraba con una llave, la cual Francisco, que iba allí a menudo con su madre, recordaba haber dejado en la puerta el día anterior. ¿La habría quitado el jardinero? El triunfo de su plan dependía de ese detalle. Por eso había cierta tranquilidad en el acento cuando dijo, siempre en voz baja:

— La llave está puesta... Entre, señora... Tenga cuidado, que hay un escalón. No me atrevo a encender una cerilla. Yo colocaré las redes delante y cerraré después la puerta del pabellón, y como la llave estará fuera, cuando los policías hayan visto que tiene dada doble vuelta, no supondrán que usted haya podido entrar por ahí. Queda el refugio de los barcos; pero hay una verja con candado...

— Gracias, señor... — respondió la señora Noetsved. Tenía esa sencillez característica de los fanáticos, que contrasta tan vivamente con la violencia de sus actos. Parecen no tener la facultad de asombrarse, preparados como están por el exceso de tensión interior, a las más extraordinarias resoluciones...

— Por otra parte — añadió —, si usted no logra alejar de aquí a esos bandidos de la policía, no me cogerán viva. Antes he de hacerles pagar cara mi muerte...

Al decir esto sacó del bolsillo un revólver, estrechándole contra su pecho con la feroz energía de una *outlaw*, para quien su propia existencia no significa más que las otras. Francisco se estremeció hasta lo más profundo de su ser, y cogiéndola del brazo con una violencia que desmentía su anterior actitud:

— Señora — gritó —, no, no hará usted eso. Júreme que no lo hará... Es verdad que no puede usted comprender... Escuche... En esa casa, a la que usted se dirigía antes, vive una pobre mujer, mi madre. Hoy es una señora vieja; hace dos años todavía era

joven. Era feliz. Tenía un marido que la adoraba y a quien ella adoraba: mi padre. Estos dos seres no habían vivido más que para el bienestar de los otros: el mío, el de sus parientes, sus amigos, sus inferiores, los pobres... Mi padre tuvo que ir a Rusia. En Moscú estaba cuando el atentado contra el conde Komow. Un correligionario de usted hizo lo que usted. Hirió al azar, a riesgo de alcanzar a unos inocentes. Mi padre era uno de éstos y murió como Steenackers...

— Steenackers no era un inocente — dijo ella —. Se llamaba...

— ¿Gorka? — interrumpió Francisco —. Eso ha creído usted; pero se ha engañado.

— Yo no me he engañado — insistió ella —. Tenía su retrato.

— Se ha engañado usted — repitió él con creciente exaltación —, se ha engañado lamentablemente. Y ¿quiere usted saber las consecuencias de esos funestos errores? Hace dos años, le he dicho ya que mi madre supo la horrorosa nueva, y tan grande y tan profundo fué su dolor, que tememos aún por su razón. Por eso salí del castillo como he salido; por eso me he precipitado sobre usted cuando la he visto en la avenida del parque. Desde el primer momento, repito, adiviné quién era usted. Lo que yo he querido no era salvarla; hubiese preferido detenerla con mis manos. No. Era evitar a mi pobre madre la horrible sacudida de su presencia ante ella, después de haber muerto mi padre, asesinado por los suyos, y también la horrible sacudida de una lucha a pocos pasos de ella, delante de ella, que no debe recibir ninguna emoción. Como no tiene energía, esa escena sería la locura para ella, la muerte quizá... Ya le he dado a usted mi palabra y la mantendré. Haré todo lo que humanamente pueda para que no la

apresen ahora y pueda usted escapar. Pero si no lo logro, usted no debe ser causa de una espantosa desgracia para mí... Sí... Si hubiese aquí una lucha, balas cruzadas, ¿cómo quiere usted que mi madre no oiga el ruido? Estoy hablando en voz baja aun en este momento en que el terror me trastorna. No estamos más que a cincuenta metros del castillo. Mi madre quería venir. Vendrá...

Se paró, espantado él mismo ante la imagen que evocaba. Era tan joven, tan ignorante de la vida, a pesar de la prueba que tan tempranamente le dejó huérfano, tan poco preparado para la violencia de hechos como aquel en que se encontraba metido, que los nervios le dominaron y estalló en sollozos. Su compañera le miraba muda. También ella parecía víctima de una agitación que no sujetaba enteramente, y se dejó caer sobre una de las sillas como si no pudiera tenerse en pie... De pronto, una señal cruzó el aire. Esa señal convenida de una vez para siempre entre Francisco y el criado para que éste pudiese advertirle a distancia, sin llamar la atención de la señora De Bessay, consistía en la simple entonación de las primeras palabras de la Marsellesa. No bien hubo oído el joven aquellas notas cargadas para él de tan horrenda significación, se levantó.

— Los policías se acercan, si no están ya ahí— dijo—. Pedro me dice que es necesario que yo vaya... Tengo necesidad de todo mi valor... Señora, ¿me dejará usted ir con esa angustia?

— No— respondió la fugitiva.

Y repitió como hablando consigo misma:

— No. No sería justo. Tiene un derecho sobre nosotros... — Le tiene... Luego, bruscamente, tendió su revólver al joven.

— Tenga, tenga— insistió—. Si tuviese este arma, le prometería, y quizá no tuviera fuerza para cum-

plir mi promesa. Tenemos una deuda con usted, y yo se la pago... pero haga lo posible por que no me detengan... Estaría indefensa, y sufrir eso sería horrible.

IV

Dos horas hacía que Francisco sintiera los dedos crispados del asesino deslizar en los suyos temblorosos y febriles aquel revólver, instrumento de crimen, caliente todavía por el febril apuñamiento; dos horas que la señora Noetsved se había encerrado en la casetta de baños delante de la cual había él amontonado útiles de pesca. Había quitado la llave de la puerta y dejado, en cambio, la de la puerta del pabellón después de dar doble vuelta. Si la pesquisa era somera, los policías debían razonar de este modo: «Este kiosco está cerrado por fuera, luego el asesino no está ahí.» ¿Cómo iban a sospechar en la complicidad que suponía ese detalle? Si entraban, análogo razonamiento les haría abandonar el registro de la habitación. ¡Qué acusación más terrible para Francisco si, por el contrario, una pesquisa minuciosa descubriese esos ardides! Él no había pensado en eso. Y todo había sido ejecutado tan de prisa, que llegó a tiempo para encontrar a los cuatro policías de Thoune a mitad de camino, entre la cancela del jardín y el castillo.

— Ya sabemos la desgracia que le aflige, señor De Bessay— contestó a sus primeras explicaciones el jefe de la escuadra—. También usted ha sido una víctima de esos criminales; por eso debe comprender mejor que nadie que es necesario a toda costa hacer un escarmiento. Esa mujer está en este rincón del

lago, y debemos registrarlo todo: es nuestra consigna. Sin embargo, ya que su madre está tan enferma, no entraremos en la cámara donde ella se encuentra. Estamos bien seguros de que el asesino no se encontrará allí... Esto es todo lo que podemos concederle.

Es fácil adivinar qué momentos habría pasado el hijo, el cual decidió quedarse con su madre en la biblioteca. Él propuso, según solía, jugar a la baraja, por temor a que la asaltase la idea de dar un paseo por el jardín o que un capricho la llevase a otra estancia del castillo. Ella había aceptado, y él tuvo la energía de seguir detalladamente una partida de *besy* con el corazón angustiado a cada rumor que llegaba de la casa, en un principio, y más luego, cuando comprendió que los agentes registraban la espesura. Pero nada. El grosor de los muros y quizá también la diligencia del fiel Pedro, impidieron que eco alguno turbase la calma de la biblioteca. Ningún rumor entró por las ventanas abiertas, sino la palpitación del follaje de los corpulentos árboles sobre los postigos herméticamente cerrados. La partida de *besy* había concluído, y la madre subió a su cuarto. Ordinariamente Francisco se oponía a que se retirase antes de las once. Sabía bien que eso no conduciría más que a despertarse a eso de la media noche. Entonces, para disipar las tristezas de su insomnio, la enferma recurría a esos calmantes cuyo peligro habían señalado los médicos. Aquella noche de buena gana habría dado el hijo a la madre la disolución de cloral, menos peligrosa que la sacudida que le hubiesen causado gritos de angustia rasgando de improviso la noche. Gritos que él había espiado con punzante ansiedad mientras cantaba las fórmulas corrientes del juego; los «ciento de ases», «ochenta de reyes», «doscientos cincuenta». Por instantes creía oírlos...

pero no... Y luego, ya solo, vió entrar al criado que le anunciaba un término más feliz de lo que él mismo hubiera deseado. Después de registrar la casa y recorrido el parque, los policías se habían retirado. Iban a coger a toda prisa el tren último que por ellos se había detenido en la estación de Thoune. Un expreso había venido a revelarles una nueva pista.

— Los viajeros son los que no estarán contentos del retraso—concluyó filosóficamente Pedro—. Muchas veces se enfada uno por lo que es en interés suyo. Y todos tenemos interés en que se coja a ese perro rabioso... Parece que se ha visto a esa mujer en Munsingen y que había error en la pista ésta. Si no fuera por la señora, lo sentiría. Me habría parecido justo que una de esas odiosas anarquistas rusas viniera a hacerse prender en la casa de nuestro comandante. Hubiera yo tenido así como la idea de que al fin estaba vengado...

Bien sencillas eran aquellas pocas palabras del ex ordenanza. Eran la lógica de sus ideas y de sus sentimientos; pero, sin embargo, produjeron en Francisco tal impresión, que permaneció mucho tiempo inmóvil una vez que marchó quien las pronunciara, como si el fantasma de su padre se irguiera de repente ante él con los pobres jirones de carne que la bomba de Moscú dejara a la piedad de un hijo y de una viuda. Desde el momento en que percibió la silueta de la Noetsved en la avenida del parque, y adivinó su identidad por una de esas infalibles intuiciones que suelen tener los corazones verdaderamente apasionados, no tuvo más que un pensamiento: evitar a su madre un peligro cuya inminencia le había aterrado. Había sido uno de esos accesos en que sólo una realidad existe para el hombre poseído por la *fobia*: aquello que teme. Desviada esa amenaza, despertamos de la obsesión y nuestra conciencia se

reintegra; en su integridad encontramos la de nuestras facultades y nos asombramos de nosotros mismos como un epiléptico después de una crisis irresistible. La policía había salido sin descubrir la presencia de la asesino. La señora De Bessay no corría peligro alguno. El vértigo de aquella tarde, de aquellas dos últimas horas, sobre todo, había desaparecido. La situación se le presentaba al joven en todo su verismo. La observación del criado bastó para precisar la doble aficción: ¡él, Francisco De Bessay, el hijo del comandante De Bessay, de un inocente asesinado por los revolucionarios rusos, acababa de dar asilo a uno de esos revolucionarios! ¡Él, Francisco De Bessay, el hijo devoto de una madre piadosa, y para quien un mal pensamiento, el más fugaz, era una ocasión de escrúpulo; él, que se confesaba de haber cometido una sola negligencia en sus estudios, de haber hablado violentamente a un servidor, de haber experimentado demasiado placer en una comida; él, había ayudado a un asesino a burlar la justicia, a escaparse a un «perro rabioso», como había dicho brutal, pero exactamente, Pedro! Y las imágenes se le agolpaban en el cerebro, mostrándole lo que había hecho y lo que iba a hacer, con una claridad casi concreta que le paralizaba de remordimiento.

— Ese Steenackers, a quien esa mujer ha matado—se decía—, tiene quizás un hijo. ¿Qué pensaría de mí ese hijo si supiese esto? ¿Qué habría pensado yo de quien hubiera amparado al asesino de mi padre? ¿Qué pensaría yo de cualquiera de quien supiese que, conociendo al autor de un robo, no lo denunciase? Y ¿qué es un robo al lado de un asesinato?... ¡Tenía yo tantos medios de impedir que mi madre no se enterase!... Hacer cerrar las puertas de la casa; decir a Pedro que fuese a decir a los agentes que esa mujer estaba en nuestro parque. Ellos llegaban; ella

les vería acercarse; huiría lejos de la casa, naturalmente, y si había disparos, sería a distancia. Hablaríamos a mamá de una pendencia en el camino...

Esas quiméricas posibilidades se hacían tan ciertas en su espíritu, libre de la pesadilla de antes, que otra crisis menos imaginaria y más dolorosa iba a dominarle. En un momento aquellas visiones retrospectivas le fueron tan intolerables, que sacudió la cabeza con un movimiento de rebelión para ahuyentarlas. Tapándose los ojos con las manos, y paseando por la estancia, dijo en alta voz:

— No soy más que un niño...

Luego sus ideas se orientaron en otra dirección.

— Sí — se repetía mentalmente —, no soy más que un niño... Es ya demasiado tarde para pensar en ello. Esa mujer está aquí y no debe estar. Pero le he dado mi palabra; ese es el hecho. «Una palabra no se discute—me decía mi padre—: se mantiene.» Yo he prometido a esa mujer que haré todo lo que pueda para salvarla. He comenzado, luego debo acabar.— Otra vez se repitió en voz alta estas palabras: —Debo acabar.—Palabras que se tradujeron en el sentido de acción inmediata y concreta —. Esto significa — pensó — que tengo que preguntarle a ella misma cómo quiere abandonar Stockhorn, y que tengo que protegerla en su partida. Sí, protegerla. Es preciso. Pedro habló de un modo que me probó cómo la trataría si supiera su presencia... Luego lo primero que tengo que hacer es librarme de él y mandar acostar a todos los criados.

Como varias veces solía quedarse solo hasta hora muy avanzada de la noche leyendo o escribiendo en la biblioteca, su vigilia no podía despertar ninguna sospecha. Cuando hubo llamado y dió a la servidumbre permiso para acostarse, permaneció algún tiempo escuchando el rumor de los pasos en la escalera y el

de puertas que se cerraban. Entonces, y mientras esperaba así, una nueva idea vino a herir su mente y a invadirlo todo desde que apareció, porque respondía a profundos elementos de su naturaleza y de su educación.

— Sí. He comprometido mi palabra. Pero ¿es que la palabra dada tiene valor cuando se trata de individuos colocados al margen de la ley?... Luego si esa mujer me hubiese hecho prometer por mi honor ayudarla a encontrar a ese Gorka a quien ella ha creído tener en sus manos, y a quien seguramente tiene el encargo de ejecutar, como ellos dicen, por uno de sus comités de asesinos, ¿debería yo entregarle? Evidentemente, no. Un hombre no puede prometer por su honor obrar contra el honor... Supongamos que una vez saliendo de aquí con mi ayuda, se junta a uno de sus compañeros de crimen, que despista la persecución y que vuelve a empezar, que mata, sencillamente, a ese Gorka. Esa sangre recaería sobre mí. Yo sería en rigor su cómplice. No, yo no he podido prometer esto por mi honor. No lo he prometido. Fué en un momento de aberración. Ahora veo claro mi deber. Mi deber es reparar mi debilidad de hace dos horas. ¿Debilidad? No. Yo he cumplido un deber primordial: el de ahorrar a mi madre una agitación que amenazaba serle funesta. Ese deber estaba ante todo. Mi madre descansa. Ahora no despertará. Estoy libre para cumplir el otro deber: castigar al perro rabioso. Tengo bajo llave al fiero animal. Llamo a Pedro. Se lo digo todo. Vamos allá los dos. Ella estará desarmada. La atamos. Él la vigila mientras yo corro a Thoune a avisar a los policías... y en una hora todo se concluyó.

Tanto le alivió esto de su remordimiento de antes, disipado para siempre, que la ejecución siguió casi automáticamente al proyecto. Salir de la biblioteca,

subir la escalera y llegar a la puerta de la habitación donde dormía el criado, fué cuestión de unos minutos. Allí, en lugar de golpear, se detuvo. El silencio del castillo dormido era tan profundo, que oía su corazón saltándole en el pecho. En voz baja, como si su fuerte emoción necesitase de palabras, se dijo:

— No. No puedo... Esa mujer me despreciaría, y tendría razón para ello.

V

Con la cabeza entre las manos se había sentado en el último escalón. La lucha entablada le robaba todas las energías de su ser, hasta el punto de hacerle olvidar dónde estaba y que podía ser sorprendido por alguno de la casa. Entonces, con las dificultades morales de la situación, se complicaron dificultades materiales. La fugitiva seguía en el pabellón. Si se producía la alarma aquella noche en ese rincón del castillo por cualquier singularidad de su actitud, tan prodigiosa como aquella meditación, se le seguiría, se descubriría su secreto, se le denunciaría. Se trataba, pues, de una prudencia muy humana para aquel alma en que todas las virginidades de la conciencia jamás fueron holladas por la tentación, y que se encontraba en pugna con escrúpulos verdaderamente trágicos. Los minutos pasaban, esos minutos tan contados, y él seguía víctima del vaivén de su voluntad. De pronto levantó la cabeza. El reloj de caja de madera colocado en el vestíbulo daba las doce campanadas de media noche, que se extendían sobre la gran paz campestre con una extraordinaria solemnidad. Francisco contó, una tras otra, esas implacables llamadas de metal. La percepción de la rapidez de

de puertas que se cerraban. Entonces, y mientras esperaba así, una nueva idea vino a herir su mente y a invadirlo todo desde que apareció, porque respondía a profundos elementos de su naturaleza y de su educación.

— Sí. He comprometido mi palabra. Pero ¿es que la palabra dada tiene valor cuando se trata de individuos colocados al margen de la ley?... Luego si esa mujer me hubiese hecho prometer por mi honor ayudarla a encontrar a ese Gorka a quien ella ha creído tener en sus manos, y a quien seguramente tiene el encargo de ejecutar, como ellos dicen, por uno de sus comités de asesinos, ¿debería yo entregarle? Evidentemente, no. Un hombre no puede prometer por su honor obrar contra el honor... Supongamos que una vez saliendo de aquí con mi ayuda, se junta a uno de sus compañeros de crimen, que despista la persecución y que vuelve a empezar, que mata, sencillamente, a ese Gorka. Esa sangre recaería sobre mí. Yo sería en rigor su cómplice. No, yo no he podido prometer esto por mi honor. No lo he prometido. Fué en un momento de aberración. Ahora veo claro mi deber. Mi deber es reparar mi debilidad de hace dos horas. ¿Debilidad? No. Yo he cumplido un deber primordial: el de ahorrar a mi madre una agitación que amenazaba serle funesta. Ese deber estaba ante todo. Mi madre descansa. Ahora no despertará. Estoy libre para cumplir el otro deber: castigar al perro rabioso. Tengo bajo llave al fiero animal. Llamo a Pedro. Se lo digo todo. Vamos allá los dos. Ella estará desarmada. La atamos. Él la vigila mientras yo corro a Thoune a avisar a los policías... y en una hora todo se concluyó.

Tanto le alivió esto de su remordimiento de antes, disipado para siempre, que la ejecución siguió casi automáticamente al proyecto. Salir de la biblioteca,

subir la escalera y llegar a la puerta de la habitación donde dormía el criado, fué cuestión de unos minutos. Allí, en lugar de golpear, se detuvo. El silencio del castillo dormido era tan profundo, que oía su corazón saltándole en el pecho. En voz baja, como si su fuerte emoción necesitase de palabras, se dijo:

— No. No puedo... Esa mujer me despreciaría, y tendría razón para ello.

V

Con la cabeza entre las manos se había sentado en el último escalón. La lucha entablada le robaba todas las energías de su ser, hasta el punto de hacerle olvidar dónde estaba y que podía ser sorprendido por alguno de la casa. Entonces, con las dificultades morales de la situación, se complicaron dificultades materiales. La fugitiva seguía en el pabellón. Si se producía la alarma aquella noche en ese rincón del castillo por cualquier singularidad de su actitud, tan prodigiosa como aquella meditación, se le seguiría, se descubriría su secreto, se le denunciaría. Se trataba, pues, de una prudencia muy humana para aquel alma en que todas las virginidades de la conciencia jamás fueron holladas por la tentación, y que se encontraba en pugna con escrúpulos verdaderamente trágicos. Los minutos pasaban, esos minutos tan contados, y él seguía víctima del vaivén de su voluntad. De pronto levantó la cabeza. El reloj de caja de madera colocado en el vestíbulo daba las doce campanadas de media noche, que se extendían sobre la gran paz campestre con una extraordinaria solemnidad. Francisco contó, una tras otra, esas implacables llamadas de metal. La percepción de la rapidez de

las horas acabó de impulsarle a un nuevo proyecto que se elaboraba en su mente a través de los conflictos entre su promesa y su resentimiento filial, entre su juramento y su moralidad. Hay siempre en esos combates interiores un momento en el que creemos entrever la solución conciliatoria, y nos refugiamos en ella con la misma sensación de salvamento con que el piloto de un buque batido por el temporal entra en el puerto.

— Sí, esto es — decía Francisco otra vez en voz baja—. ¿Cómo no pensé antes en ello?... No hay otro medio de armonizar el honor de la promesa y el otro, el verdadero. Si ella rechaza, no tendré nada que reprocharme... Si acepta, al menos ese atentado de Murren habrá sido su último crimen. Aceptará. No puede menos... Mas para caminar esta noche es preciso que coma. ¡Parecía tan extenuada!...

Comenzó a bajar, a tientas en la obscuridad, los peñaños de la escalera. Iba a coger en la biblioteca una pequeña lámpara eléctrica de que se servía para sus paseos nocturnos por el jardín. Entró en la despensa. Cogió pan, fiambres, vino, y un cuarto de hora después, saliendo de la casa por el mismo balcón que traspuso para ir al encuentro de la fugitiva, llegó al pabellón. Esperaba que al rechinar la llave de la cerradura la prisionera se moviese y preguntase: — ¿Quién va? — Nada... ¿Se habría escapado quizá al ver que no volvía?... Los aparatos de pesca amontonados ante la puerta de la caseta denotaban que ninguna mano, después de la suya, los había tocado. Intentó abrir y encontró atrancado por dentro con un trozo de madera, que su esfuerzo hizo saltar. Tembló ante la idea de que la señora Noetsved estuviese muerta; muerta de terror, de fatiga, de exceso de emoción. ¿Quién podía saber?... Pero ella se había dormido tranquilamente sobre el mismo banco, como

un animal rendido de cansancio, después de la encarnizada persecución que acabara de burlar. La cabeza descansaba sobre el extremo de la blanca madera, y la laxitud del descanso le daba una expresión completamente juvenil, casi de niña. Sus veinticinco años apenas parecían diez y ocho. Por mucha prisa que tuviese Francisco De Bessay en llegar a una conclusión positiva que pusiese fin al malestar de sus inquietudes, no pudo menos de mirar con una curiosidad, en que la compasión y el horror se mezclaban, aquel rostro de serenas facciones, donde el atroz crimen del día antes parecía no haber dejado huella. La mano que había matado — ¡matar! ¡qué cosa misteriosa y horrible! — pendía inerte, suave como la de una niña. La respiración alentaba tranquila, regular. El contraste entre la calma del sueño y lo que él sabía de aquella mujer, alteró tan vivamente sus sensibles nervios, que la despertó cogiéndola del brazo casi brutalmente. Ella se asustó. La tensión de un ser en guerra con la sociedad contrajo instantáneamente su fisonomía. Reconoció a Francisco, y, recordando su serenidad, dijo:

— ¡Ah! ¿Es usted? ¿Marcharon ya esos hombres?... Les oí hablar ante la puerta del pabellón. Dieron vuelta a la llave, pero no entraron. Después me dormí en seguida. ¡Estaba tan cansada! ¡Tenía tanta hambre!...

— Ya marcharon — respondió él —, y aquí traigo para que coma.

— Yo no bebo nunca vino — agregó ella, rechazando la botella y el vaso que el joven le ofrecía —. Deme sólo de ese agua. — Y señalaba al sitio donde las ondas del lago chapoteaban contra las barcas.

Cuando él le trajo el vaso lleno, que bebió de un trago, empezó a comer el pan y la carne con una voracidad animal que denunciaba el grado de su nece-

sidad. Acabada la comida, fué ella misma al embarcadero, bajo los bancos de madera tomó agua en las cuencas de las manos y se lavó la cara repetidas veces; se secó con un pañuelo y volvió al lado de Francisco. Sin detenerse en agradecimientos, con el tono de aquel para quien cada minuto perdido es una probabilidad de salvación escapada, dijo:

— Estoy dispuesta. Es preciso que me vaya. Tengo que ir a Straettligen, donde me esperan... Con la barca llegaremos en seguida si quiere usted ayudarme a remar hasta allá...

— ¿Y si no quiero ni ayudarla ni dejarla coger la barca?—respondió él.

Su voz era distinta ahora al pronunciar esas palabras tan diferentes de las que aguardaba la fugitiva que, subiendo la escalera del embarcadero con extraordinaria agilidad, yendo derecha hacia él, clavando sus ojos en los suyos a la claridad de la pequeña lámpara eléctrica que descansaba sobre una tabla, preguntó:

— ¿Si usted no quiere? ¿Qué significa eso?

— Eso significa que he reflexionado y que no abandonaré su fuga más que con una condición. Tengo el derecho de imponerla. Júreme usted que desde hoy abandonará la execrable secta de revolucionarios a que está afiliada; que jamás, entiéndalo bien, jamás tomará parte en ninguna confabulación; que ese crimen del inocente Steenackers será el último, y que si recibe usted la orden de matar al general Gorka, desobedecerá esa orden. Júreme, en fin, que cambiará su vida, o si no...

— Si no, faltará usted a su palabra—interrumpió ella. Por su voz pasó una amargura insultante—. Falte usted a ella desde ahora—continuó—. Me ha cogido usted mi arma y ni puedo defenderme ni tengo fuerzas para huír. Deténgame. Puesto que tiene

usted alma de policía, hágalo. Nunca juraré lo que usted pretende... Nunca... Yo no he cometido ningún crimen. He cumplido con mi deber... Es posible que me haya engañado y tomara a ese Steenackers por el general Gorka, pero he obrado de buena fe. Estamos en una batalla, y toda batalla causa víctimas. No. No juraré respetar a ese Gorka si lo encuentro. Yo no sé lo que es faltar a un juramento. Cuando le prometí no defenderme si era sorprendida, compadecida por sus lágrimas al implorarme en nombre de su madre, era sincera... y lo he demostrado. Usted, en cambio, desempeña un papel... y ahora arroja la máscara. Mejor... Falte a su palabra, vuelvo a decirle. Sí, prefiero que falte a ella. Eso me probará una vez más lo que valen esas clases altas a las que usted pertenece. He estado a punto de tener remordimiento de nuestra obra por lo que me dijo de su padre... y usted me lo quita. Se le mató. Usted me entrega... y en paz.

— Señora—exclamó el joven—, no me hable de mi padre. No me provoque.

— ¿Le doy motivos para cometer la infamia que usted piensa, y aún se queja?—respondió ella. Y continuó en un tono más acerbamente irónico, revelando con la siguiente alusión que había sido estudiante o que quizá lo era todavía—: No será usted un simple Judas. Usted puede llamarse Orestes o Cid.

— Luego ¿no acepta usted mis condiciones?—agregó él.

— No.

— ¿No quiere usted prometer que no cometerá nuevos crímenes?

— No.

— Entonces no saldrá usted de aquí más que para ir adonde usted merece—dijo él. De un salto, como si temiera que ella le siguiese y tratara de escapar

por el jardín, se abalanzó a la puerta del pabellón. La abrió y la cerró tras él con doble vuelta de llave como antes; pero no tan rápidamente que no oyese a su prisionera soltar una carcajada ultrajante diciendo:

— Le doy mi palabra de honor de que haré todo lo posible por salvarla. Créame... Le he dado mi palabra y la cumpliré. Haré todo lo que buenamente pueda.

Francisco oyó como si cayesen, una por una, esas palabras pronunciadas por él mismo tan pocas horas antes en aquella misma estancia del pabellón. La señora de Noetsved articulaba las sílabas con cruel lentitud. De cada una de sus inflexiones emanaba un menosprecio tan insultante, que el hijo del oficial sintió enrojecérsele el rostro de vergüenza. Aquello fué para él como una reacción instintiva y avasalladora, como si hubiese recibido una bofetada en la mejilla. Impulsivamente, arrebatado por un vértigo más poderoso que todas sus reflexiones, que todos sus principios, volvió a abrir la puerta cerrada, y sin una explicación, sin un reproche, sin una queja, se dirigió directamente a la barca diciendo:

— ¡Sea, pues!... Usted quiere ir a Straettligen. Vamos.

La señora de Noetsved no pareció asombrarse de un cambio que tampoco le agradeció. Mientras él buscaba los remos, ella le ayudó como si no acabase de mediar entre ambos una discusión de vida o muerte. Tampoco él manifestó ninguna sorpresa ante una actitud que aceptó como si su auxiliar en esta maniobra hubiese sido Hartmann el batelero. En cinco minutos la barca estaba provista de sus remos. La luna, rasgando las nubes que la habían velado toda la noche, alumbraba la partida. Aquel resplandor permitió a Francisco apagar la lámpara eléctri-

ca, una vez que encontró y descolgó la llave del candado del desembarcadero. Si la proscripta hubiese guardado algún recelo sobre la sinceridad de su compañero, aquel solo detalle lo hubiera disipado. El joven tomaba todas las precauciones que pudiesen asegurar su huida. Subieron a la barca, y cogiendo cada uno un par de remos comenzaron a avanzar bordeando la orilla, lo bastante cerca para que la sombra de las montañas les permitiese pasar inadvertidos. Los dos seguían callados, contentándose con seguir la dirección que él imprimía al barco. De cuando en cuando se paraba el joven, volvía la cabeza y trataba de hundir en la noche una mirada para percibir los jalones que le permitiesen gobernarle bien. En torno de ellos el lago extendía su sábana inmensa que una luz, como sobrenatural, teñía de matices plata y perla, nácar y ópalo. Las nevadas líneas del Blumlisalp, del Jungfrau, del Moensch, del Eiger, se perfilaban con fantásticas blancuras en el oscuro terciopelo celeste donde brillaban las estrellas, y las otras montañas, más cercanas, que bordean el lago, mostraban sus alternativas de sombra y claridad que revelaban las quiebras de sus pendientes abruptas. El golpear de los remos en el agua muerta era el único ruido que animaba aquel vasto paisaje, cuya serena belleza formaba tan extraña antítesis con los pensamientos de los remeros. De esta manera llegaron en tres cuartos de hora, próximamente, al punto en que el río Kander desemboca en el lago Thoune.

— Aquí debemos detenernos—dijo el joven—. Usted seguirá hasta el gran puente y reconocerá Straettligen en su antigua torre.

Esas fueron las primeras palabras pronunciadas en los cincuenta minutos que estuvieron sentados en el barco. La señora Noetsved no pareció oírlas. En el

modo de batir los remos podía adivinar su compañero cuánta era su fatiga. Sin embargo, cuando la quilla de la barca tocó fondo en una reducida enseada entre dos rocas, que permitía un descenso fácil, encontró ella energía para levantarse y saltar afuera sin aceptar la mano que Francisco le había tendido para ayudarla a salvar los bancos. El permaneció en la barca. Cuando ella estuvo en la orilla, no le dió las gracias y se dirigió a él bruscamente con la imperiosa sequedad que un acreedor pudiese tener para reclamar el pago de una deuda a una persona con quien estuviese enemistado.

— Usted tiene un arma que me pertenece. ¿Quiere usted devolvérmela?

— Aquí está—respondió él sacando del bolsillo el revólver que la anarquista le entregara en el pabellón. Ella extendió el brazo para cogerle, con una agitación que despertó repentinamente todos los remordimientos del joven.

— No—dijo retirando la mano y sin haber dejado el arma en aquellos dedos ávidos—. No le entregaré el revólver si no me jura lo que le exigí antes.

— Deme ese arma—repitió ella—. No tiene usted derecho para guardarla. Se la he confiado; no dado. Es mía. Devuélvámela.

— No la tendrá usted—dijo él, y como viese que ella se abalanzaba para arrancarle el revólver de las manos por sorpresa, le arrojó al lago. La audaz mujer no pudo reprimir un grito de cólera. Su puño se levantó como para golpearle. Luego, rompiendo en la misma carcajada estridente que ya soltara una vez, vociferó:

— Hay armeros y químicos por todas partes. Con eso no ha impedido usted nada, ¿lo oye bien?, nada. Únicamente habrá usted cometido una cobardía y una infamia, y todo porque tiene usted miedo. ¡Des-

graciadol. No es usted presa para nosotros. Usted no vale ni el proyectil que le matara.

Y agarrando con las dos manos el borde de la barca, la impelió hacia el lago, con tan sorprendente energía, que antes de que Francisco cogiese los remos y pudiese atracar de nuevo, ya ella había desaparecido corriendo. Este último insulto le había exasperado de tal modo, que no podía dominarse. Quería obligarla, cuando menos, a retractarse de lo dicho y a exigir que le pidiese perdón. Saltó a la orilla y se puso a buscarla entre los árboles y en el camino que bordea el lago, pero inútilmente. Por fin volvió a su bote y remó en dirección de Stockhorn. A medida que avanzaba por aquel agua siempre acariciada por la brisa y bajo aquel cielo palpitante de inmensas estrellas, la soberana majestad de la naturaleza, en la que no se había fijado, le rodeaba, le invadía. La furia que le produjera el insulto de aquella mujer se amortiguaba para dejar paso a una especie de piadosa rebelión. La ferocidad de la anarquista sublevaba en él al cristiano para quien el respeto de la vida humana es la primera de las virtudes, al mismo tiempo que no podía dominar un asombro, casi una admiración, ante el valor de que había visto animada a tal criatura. Esa sensación de monstruo moral le causaba un malestar inexplicable. El temía encontrarse de nuevo frente a ella y a la vez sentía el deseo de justificarse, de explicar las razones que le habían impedido devolverle el arma. Con todas estas impresiones se mezclaba cierto escrúpulo de conciencia. Aquel arma arrojada al lago no le producía ningún remordimiento, pero volvía a plantearse el problema de la promesa hecha, y cuando más tarde, al regresar la barca y borrarse todas las huellas de aquella expedición nocturna, se encontró en su habitación, acostado en el lecho a pocos

pasos de su madre dormida, era ése todavía el problema que le tenía desvelado, a pesar de la fatiga:

— Yo he mantenido mi palabra. ¿He hecho bien? ¿Cuál era mi deber?... Cuando se ha obrado bien, dicen todos mis libros, se siente paz en la conciencia. ¿La mía está tan turbada, por el contrario?... ¿Acaso debía obrar de otro modo?... Ahora siento que si hubiera obrado de otra manera estaría más tranquilo... ¡Dios mío! ¡Haz que no sepa nunca que esa mujer ha cometido otro asesinato!...

VI

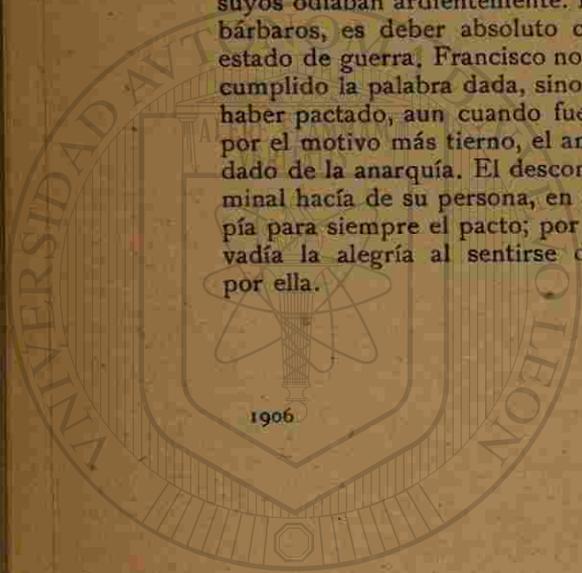
.....

Estaba escrito que por lo menos ese terror de un nuevo crimen cometido por la falta de su caballerosa fidelidad a un compromiso insensato, había de ahorrársele a ese noble muchacho, y también que el epílogo de esa dramática aventura daría a aquella conciencia una satisfacción con que compensar el peligroso prestigio emanado de la fugitiva y de su atroz heroísmo. Al día siguiente de aquella terrible noche, era para Francisco De Bessay día de lección también. Aunque quebrantado por tantas y tan fuertes emociones, no quiso por nada del mundo faltar a ella por temor de inquietar a su madre. Había hecho, pues, el trayecto de Thoune a Berna y bajaba la gran escalera interior en la estación de esta última ciudad, cuando una oleada de gente llamó su atención. Tembló. Acababa de oír hablar de Murren y de una mujer detenida. ¿Sería posible que su compañera de la víspera estuviese ya apresada, a pesar de la ayuda de los cómplices que parecía esperar en Straettligen? Abriéndose paso con los codos, empu-

jando a unos y otros, a riesgo de oír palabras desagradables, llegó a meterse en la móvil muralla que formaban los curiosos agolpados en el andén de la estación. Llegado a la primera fila, Francisco pudo ver, saliendo de un vagón, entre cuatro policías vestidos de paisano, a la falsa señora Noetsved en persona, esposadas las manos, desgarrados los vestidos como si se hubiese defendido encarnizadamente. Su hermosa cabeza se mantenía altiva bajo sus cabellos enmarañados. Erguida, clavaba en la multitud los ojos arrogantes con un desafío que de repente se convirtió en un indecible menosprecio. Había reconocido a Francisco De Bessay. Pasó junto a él sin dejar de mirarle, y escupiendo casi a sus pies dijo sencillamente esta palabra: «Judas», ininteligible para todos, pero muy clara para aquel a quien se dirigía. Y éste, en lugar de experimentar la furiosa cólera de la víspera bajo la afrenta de aquel insulto, sintió que su ser se aligeraba como en una liberación. Evidentemente, para que la anarquista le lanzase este último ultraje, era necesario que estuviese persuadida de que tan pronto como llegó a Thoune había corrido a denunciarla y a poner a la policía sobre su verdadera pista. Parecía que semejante error debiese despertar en quien era víctima de él ese deseo, esa necesidad de explicarse, de justificarse que había sentido tan imperiosamente al regresar solo en el bajel. ¡Pues no! Aquella falsa imagen de él en aquel pensamiento y en aquella sensibilidad de revolucionaria, era la ruptura para siempre de toda relación entre ellos, sucediera lo que sucediera, y no sólo de hecho, sino de idea, y tomando el camino que debía conducirle a la casa de su profesor, el hijo del comandante De Bessay, el descendiente de una larga estirpe de civilizados comprendió esta profunda verdad: la horrible crisis moral que había atravesado en

UNIVERSIDAD DE MEXICO
BIBLIOTECA DE MEXICO
1945
1945

torno de la palabra empeñada, acababa de *aliarse* con una enemiga del orden social a la que él y los suyos odiaban ardientemente. Frente a frente a esos bárbaros, es deber absoluto considerarse como en estado de guerra. Francisco no era culpable de haber cumplido la palabra dada, sino de haberla dado, de haber pactado, aun cuando fuese por un minuto y por el motivo más tierno, el amor filial, con un soldado de la anarquía. El desconocimiento que la criminal hacía de su persona, en aquel momento, rompía para siempre el pacto; por ello sintió que le invadía la alegría al sentirse despreciado y odiado por ella.



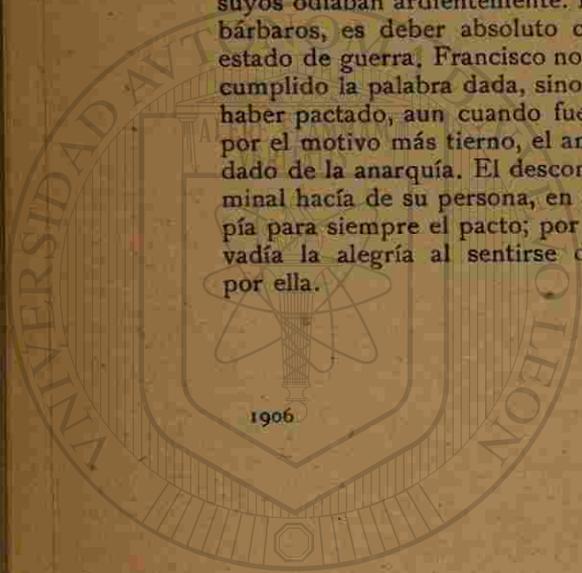
Í N D I C E

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

torno de la palabra empeñada, acababa de *aliarse* con una enemiga del orden social a la que él y los suyos odiaban ardientemente. Frente a frente a esos bárbaros, es deber absoluto considerarse como en estado de guerra. Francisco no era culpable de haber cumplido la palabra dada, sino de haberla dado, de haber pactado, aun cuando fuese por un minuto y por el motivo más tierno, el amor filial, con un soldado de la anarquía. El desconocimiento que la criminal hacía de su persona, en aquel momento, rompía para siempre el pacto; por ello sintió que le invadía la alegría al sentirse despreciado y odiado por ella.

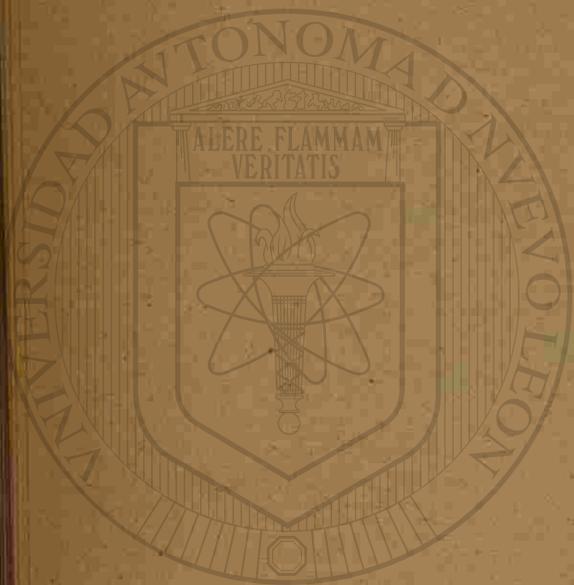


Í N D I C E

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

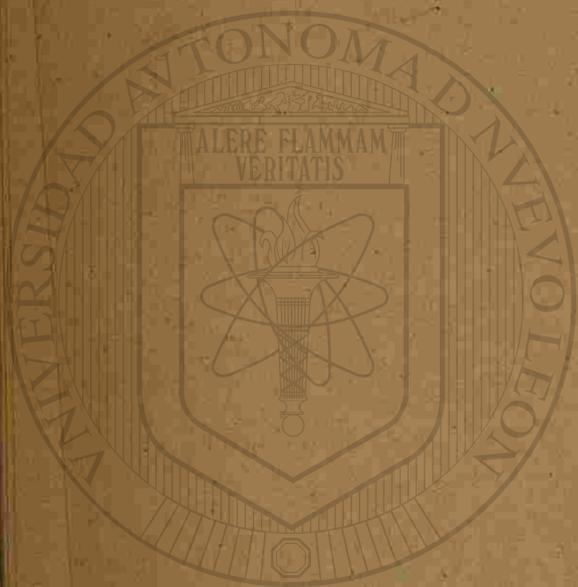


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas.

Brutus.....	5
La vida es la juventud.....	23
Complicidad.....	47
La amenaza.....	63
La prueba.....	79
El rapto.....	103
El hijo.....	119
La cómplice.....	135
El timo.....	155
El abanico de encaje.....	177
El perito.....	193
La palabra dada.....	217

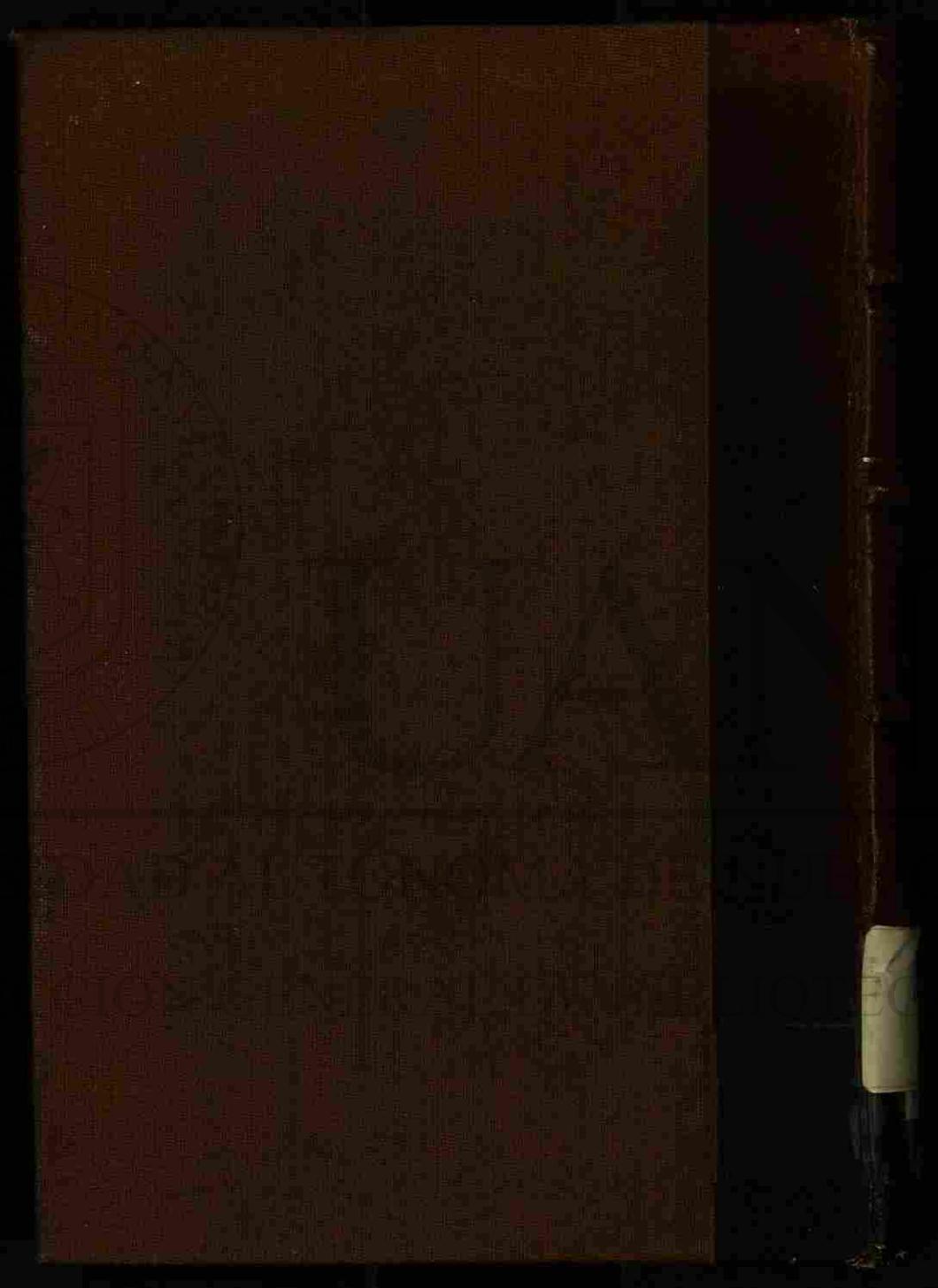


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





sentir o no sentir. Las ruedas del vehículo que llevaba a Guillermo y a la señora de Montclerc no habían aún doblado la esquina, cuando él sabía ya que ella no iba adonde iba más que por otro. Todo el enigma de aquel carácter de mujer se presentó de nuevo ante su espíritu de manera tanto más imperiosa cuanto que estaba allí, tan cercana y tan distante, tan confiada y tan impenetrable. Desde el momento en que el coche se puso en marcha, ni ella abrió la boca, ni él, por su parte, dijo una palabra. Había algo de fantástico en aquella carrera silenciosa a través de las calles de la ciudad alborotada, que hacía bulliciosa la alegría de una loca noche de fiesta. Todo un pueblo transitaba por las aceras risueño, divirtiéndose al paso con innumerables máscaras y bromas. Mientras reflexionaba en lo extraño de su propia situación, Duclós, aprovechando los primeros instantes, sujetó al rostro el antifaz y bajó su capuchón. Una vez que de este modo quedó desconocido, preguntó a su compañera, en el momento que llegaban al teatro, con una ironía indulgente y burlona:

— ¿Estoy bien así para el papel que quiere usted que represente esta noche?...

— ¿Qué papel? — preguntó ella a su vez con voz baja, casi ahogada —. No lo comprendo...

— En cambio, yo creo que la comprendo demasiado — continuó él —. Confiese que va usted a buscar en el Veglione alguien de quien usted está celosa, y se ha dicho: Duclós es el comparsa que necesito para esta comedia. Disfrazado y enmascarado, todavía hará una figura presentable. El no sabrá nada, y por otra parte, aunque lo supiera, me lo perdonaría porque me ama tanto...

— ¡Pero usted no creerá eso!... — respondió la señora de Montclerc vivamente, estrechando la mano de su acompañante con una fuerza que denotaba su

nerviosidad—. ¡Dígame que no lo cree!... Sé que usted me ama — añadió con un acento desconocido para él —; no tanto como usted se imagina; pero sí lo bastante para confiar en usted esta noche... — Y luego, suplicando y uniendo sus manos en un gesto apasionado: — Yo le juro, amigo mío, que jamás he tenido la horrible idea que me atribuye. No; nunca he pensado servirme de usted para dar celos a nadie. Demasiado sé lo que se sufre... Pero he tenido necesidad, *necesidad* de estar aquí esta noche—. Y subrayó aquella palabra con una fuerza que no permitía dudar de su sinceridad. — Podía haber venido sola. No me he atrevido. Por eso le he traído, no como un comparsa, sino como un protector... Si me he engañado, si usted no es amigo mío para prestarme un *inmenso servicio* — y volvió a recalcar estas dos palabras — sin pedirme explicaciones, sin sospechar una odiosa maniobra, entonces... — pareció dudar un segundo, y resuelta continuó: — entonces, déjeme. Ahora que me ha costado tanto llegar hasta aquí, tendré la fuerza necesaria para llegar hasta donde yo quiero...

— Perdóneme — dijo sencillamente Duclós, después de un silencio. Había conocido que Luisa no le mentía, y en su voz y en su mirada se reflejaba la emoción. Su curiosidad se agudizaba. ¿Qué motivo sino un punzante interés de amor podía turbar a aquella mujer después de decidirla a una empresa tan audaz y tan extraña en su rango y en sus costumbres? Al mismo tiempo, porque no hay que atribuir a aquel viejo parisiense una inocencia que no tenía, aquella semiconfidencia y aquella complicidad habían despertado en él otra idea: los triunfos por despecho no son, ciertamente, los más lisonjeros, pero son los más frecuentes. Confesemos, pues, que un secreto cálculo se mezcló a la ternura con que el